MAR PETRYK



DETONANTE

Planeta

DETONANTE

MAR PETRYK

DETONANTE

Planeta

Petryk, Mar
Detonante / Mar Petryk. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9190-8

1. Narrativa Argentina. 2. Thriller. I. Título.
CDD A860

© 2025, Mar Petryk

Todos los derechos reservados

© 2025, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: mayo de 2025

ISBN 978-950-49-9190-8

Primera edición en formato digital
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Índice de contenido

Portada

Portadilla

Legales

Playlist

Prefacio

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

EPÍLOGO

CONTENIDO EXTRA

LA LIBRETA DE SARA

“Viva”

NOTA DE LA AUTORA

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Comienzo de lectura

Para aquellos cuyas voces fueron silenciadas.
Nunca es demasiado tarde para gritar.

PLAYLIST

The Night We Met - *Lord Huron*

Vos mi voz - *Renacer del Tiempo*

Wicked Game - *Stone Sour*

Darkside - *Bring Me the Horizon*

One Night - *Elvis Presley*

Backbone - *KALEO*

Lonely Day - *System of a Down*

Where´s My Love - *SYML*

Taciturn - *Stone Sour*

Nothing´s Gonna Hurt You Baby - *Cigarettes After Sex*

Girl - *SYML*

Car´s Outside - *James Arthur*

PREFACIO

Se despoja de su vestido como si se arrancase la piel.
Corre descalza, las piedras rasgan sus pies.
El frío entumece sus piernas.
Los árboles se multiplican.
Su corazón está enfurecido.
En su cabeza reina el vacío.
Puede oler el lago.
Está cerca.
La sangre es plomo en sus venas.
No sabe lo que hace, solo sabe que llegó el momento.
La tierra se convierte en agua.
El miedo le acaricia la espalda.
El oleaje la engulle.
El mundo se apaga.

CAPÍTULO 1

DANTE

El cielo es un manto negro, el frío me come los huesos.

Una llovizna caprichosa humedece la leña que llevo en la vieja carretilla y dificulta el descenso. Mi pierna se queja, cada paso es una punzada que viaja hasta mi columna recordándome escenas que deseo olvidar. Pero el orgullo pisa más fuerte, por eso salí esta noche, porque tengo algo que demostrar.

Mis pulmones arden, tengo la garganta seca. Continúo, la linterna y la luna marcan el camino.

El crujir de las ramas detiene mi paso, agudiza los sentidos.

Suelto la carretilla y apunto entre los inmensos cipreses que copan la isla. Algo corre entre los árboles, camino al lago. Y no es un ciervo. Llevo aquí suficiente tiempo como para distinguir la pisada del animal de la del hombre.

—¡*Hey*! —Mi voz áspera por el licor retumba en el silencio. Espero que no se trate de otro turista perdido.

El crujir de las ramas se aleja, va hacia el lago.

Los músculos de mi pierna se tensan cuando aprieto el paso y salgo del laberinto de troncos.

La isla es un enemigo oscuro y silencioso cuando cae el sol. Nadie se anima a enfrentarlo. Nadie excepto yo. Y la silueta que corre.

—¡*Hey*! —Apunto a la sombra con curvas de mujer—. ¡¿Hola?!

No se detiene, sigue corriendo hasta que las olas se comen la orilla. Entonces, parece petrificarse de cara al lago.

—¡¿Hola?! —El grito astilla mi garganta—. ¿Estás perdida?

No responde. No se mueve. Sé que no vive en la isla. Conozco a los pocos que habitan este lugar. Somos, en su mayoría, hombres y ninguno está tan loco como para correr por el bosque semidesnudo en una noche helada como esta.

Avanzo sobre la arena, la linterna apunta en su dirección. Un camisolín es lo único que cubre su cuerpo pálido. No se percata de mi presencia, no la perturba la luz artificial que la alumbra. Solo observa el agua, hasta que se mete en ella.

—¡*Hey*! ¡El lago está helado! ¡¿Qué estás haciendo?!

Mi pierna pierde todo rastro de naturalidad cuando intento correr hacia ella. Los cincuenta metros que nos separan arden como balas.

Camina lago adentro, el agua le llega a la cintura.

—¡*Hey*! —Tengo el pecho en llamas. Aprieto los ojos, intento alejar los recuerdos—. ¡Vas a morir de hipotermia! ¡Sal del agua!

Mi rodilla falla y caigo sobre la arena.

—¡¿Estás loca?! ¡Tienes que salir!

El agua tapa sus hombros. El lago la devora.

Me pongo de pie. Apago los recuerdos que desfilan en mi cabeza, ignoro la quemazón en los músculos de mi pierna y avanzo. Avanzo hasta el monstruo negro que acaba de tragarse a la forastera.

No sé por qué mis gritos no atraen al imbécil del guardaparque.

El agua gélida toca mi piel y sé que es real. Sé que estoy cruzando los límites. *Mis* límites.

El mundo pierde sonido cuando hundo la cabeza en la negrura líquida.

Mi pierna se siente ligera, más hábil, más viva. Nado lago adentro con una destreza que creía olvidada, con miedo que creía enterrado.

Mis ojos luchan por cerrarse; su cuerpo, por hundirse.

Los segundos se sienten años debajo del agua, hasta que la veo y el tiempo se paraliza. Rodeo su cintura con un brazo, me esfuerzo por llevarnos a la superficie.

El oxígeno es el fruto más dulce en mi boca. Y se hizo desear.

—Te tengo —susurro, sintiendo su cuerpo lánguido entre mis brazos dormidos.

La oscuridad del lago me reclama. Quiere engullirme, pero el instinto es visceral y se abre paso dejándonos a ambos sobre la arena.

La suelto mientras mis pulmones luchan por recuperarse. El viento sensibiliza mi piel mojada, me activa.

Su cabello es fuego alrededor de un rostro inconsciente.

Mi mente no tiene voz, porque mi cuerpo sabe exactamente qué hacer. Porque fui programado para reaccionar al aleteo de una mosca.

Los masajes cardíacos comienzan.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Mi boca se pega a sus labios azules.

Su cuerpo no responde, está helado.

Mi mente sigue en blanco.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Mi boca se pega a sus labios azules.

Su pecho se infla.

La tos vibra en su garganta y es música para mis oídos.

La acomodo de costado, dejo que su sistema expulse el lago e intento que la adrenalina me abandone.

Cuando termina de vomitar agua, los espasmos la sacuden.

—¿Estás bien? —Sigo arrodillado a su lado con la piel curtida por el frío y el pulso alocado—. ¿Qué intentabas hacer? ¿Estás loca? Podrías haber muerto. Tienes suerte de que haya salido a buscar leña. —De repente, estoy enojado. Conmigo—. Tienes suerte de que te haya visto.

Sus ojos se abren despacio, la noche no me deja ver qué esconden.

—¿Puedes decirme tu nombre? ¿Puedes levantarte?

Está en otro mundo.

—Yo… —El temblor también se apoderó de su voz, que suena dulce y aniñada—. Yo no… no lo recuerdo. Estoy… mareada y… tengo sueño. ¿Qué…?

—Es la hipotermia. —Me levanto, la Tierra gira bajo mis pies. Me quito el abrigo empapado, dejo mi pecho húmedo al descubierto—. Voy a ponerte de pie, ¿sí?

Su cuerpo es ligero, a pesar de que cae casi muerto sobre el mío. Aferro las manos a sus muslos, intentando que rodee mi cadera con sus piernas y me facilite el trabajo que implica cargarla cuesta arriba.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo? No. —Se queja cuando uno su pecho al mío.

—Tranquila, solo intento que entres en calor. —Mis pies se entierran en la arena, apenas puedo caminar. Mi rodilla ya no existe —. Estás helada. Trata de sostenerte fuerte de mi cuello, ¿sí?

—¿Dónde…? ¿Dónde estoy? ¿Eres médico? ¿Eres… la policía?

—Algo así. —Los temblores no la sueltan, la acerco más a mi pecho—. Soy Dante. Tranquila, puedes confiar en mí.

CAPÍTULO 2

DANTE

Su respiración cálida escribe sobre mi cuello.

No ha dejado de temblar, pero su pecho logró encenderse junto al mío.

—¡Jeremías! ¡Jeremías! ¡Sal de una maldita vez! —Mi pierna se deshace. Sé que esto es obra de un ser superior, de otra manera no explico cómo logré subir hasta la cabaña—. ¡Jeremías! ¡¿Dónde estás cuando te necesito?!

El cuerpo de la forastera se desliza por mis brazos, apenas puedo mantenerme en pie.

Cinco pasos me separan de la cabaña. Del fuego. Del calor. Del respiro que mis músculos necesitan. Cinco pasos que camino casi de rodillas.

Mi hombro furioso se estampa contra la puerta hasta que se abre.

—¡Jeremías! —Las piernas de la forastera caen dormidas a los costados de mi cuerpo—. ¡Luz! Alguien que me ayude.

Mis rodillas tocan la alfombra, mis brazos adormecidos hacen lo posible para dejar a la pelirroja junto a la chimenea. El fuego crepita hambriento, crea un juego de luces sobre el rostro ausente de la muchacha.

No hay una sola parte de mí que no esté temblando.

No hay una sola parte de mí que no esté aferrándose con uñas y dientes a los vestigios de adrenalina que se mezclan con mi sangre. A esa sensación vibrante a la que fui adicto. A la que soy adicto. La que extraño mucho más de lo que debería.

Los minutos pasan. El cuerpo es sabio y opera para recuperarse, se prepara para otra batalla.

—*Hey*, Forastera. —Alejo el cabello húmedo de sus mejillas. Sus párpados dormidos se mueven siguiendo mi voz. ¿Cuántos años tendrá ese rostro lleno de pecas? No pasa los veinte—. Voy a traerte una manta.

Me aferro al cuero del brazo del sillón y vuelvo a estar de pie.

Todas las luces de la cabaña están encendidas. La chimenea arde, pero no hay rastro de mi hermano ni de Luz.

Entro a mi habitación y revuelvo el armario. Tomo una toalla y la manta más gruesa antes de volver a la sala.

El cuerpo semidesnudo de la joven yace al lado del fuego. Sus ojos están abiertos. Su mirada caramelo me paraliza.

—¿Estás…? —Percibo la desconfianza y el pánico que irradia su expresión. Quiero acercarme sin que se sienta acechada—. ¿Estás bien?

Sigo bajo la lupa de su mirada ansiosa.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Soy Dante. Estás en la isla Victoria.

Luce como si acabara de decirle que está en otro planeta.

—Neuquén. Patagonia argentina.

—No… —Mira alrededor, estudiándolo todo—. Yo no…

Me agacho para entregarle la toalla y la manta, pero se aleja.

—¡No te acerques! —Se pega contra la pared y abraza sus piernas.

—Sirena, acabo de salvarte la vida. No soy una amenaza.

Una arruga profunda divide su tersa frente.

—¿Sirena?

—O Forastera. Parece que te gustan los deportes extremos. ¿Qué intentabas hacer?

Su silencio es abrumador, solo se oye el crepitar del fuego.

—¿Al menos vas a decirme tu nombre?

Sus ojos pasean por cada objeto de la habitación esperando que alguno lleve escrita la respuesta.

—No… —Se aprieta las sienes, cierra los ojos con fuerza—. No lo recuerdo. Yo… no sé cómo me llamo. ¿Qué…? —El tono de su voz se agudiza y pronostica lágrimas.

—Tranquila —hablo bajo, acercándome con la toalla como una bandera de la paz—. Todavía estás confundida, es la hipotermia. En unas horas todo volverá a la normalidad.

Me escucha. Me observa. Y, justo cuando creo que confía en mí, se abraza a sí misma hasta convertirse en una bolita.

—Voy a dejarte esto aquí. —Apoyo las cosas en la alfombra, al lado de sus pies heridos—. Quítate el camisón, sécate y no te alejes del fuego. ¿De acuerdo? Yo iré a prepararte algo caliente para tomar. Debes estar hambrienta, ¿no es así? —El silencio comienza a desesperarme—. Te daré privacidad.

Doy media vuelta y me pierdo en la cocina. Pongo a calentar agua. Busco dos tazas y un puñado de hierbas.

Siento la humedad en la espalda, pero mi torso está seco y tibio. Busco qué comer mientras me pregunto si será alérgica a algo.

Vuelvo sobre mis pasos para preguntarle. Cuando recuerdo que ni siquiera puede decirme su nombre, es demasiado tarde. Mi mirada se pierde en su espalda desnuda. En su cuerpo desnudo. Pasa la toalla por sus hombros, secándose de cara al fuego. El camisón es un suave charco a sus pies.

Mi garganta se seca. Mi pulso encuentra un nuevo ritmo, uno perdido.

Es la primera mujer que veo desnuda en cuatro años. Y no sé si me gusta lo que siento.

Aparto la mirada y me obligo a retroceder antes de que se percate de mi presencia.

«Esto no pasa en la isla. Esto no me pasa a *mí*».

La pava silba anunciando su punto de hervor. Lucho por alejar la imagen de sus curvas y preparo el té para seguir con la locura de esta noche.

Cuando termino, me encargo de hacer algún que otro ruido que anuncie que voy camino a la sala. Solo por las dudas. La bandeja

que llevo entre las manos huele tan bien que mi apetito se despierta.

La forastera está sentada junto a la chimenea, envuelta en la manta. Su cabello es del color del fuego, feroz y vibrante, y ha comenzado a secarse. El azul casi desapareció de sus labios y sus mejillas están rosadas y brillantes.

Apoyo la bandeja sobre la mesa de centro, sus ojos la observan con reticencia.

—Deberías comer. —Señalo el queso, el pan y las frutas, pero su atención ahora está en mi torso desnudo—. No está envenenado. —Intento bromear, pero consigo lo contrario a una sonrisa—. Estoy bromeando. Quiero decir… realmente no está envenenado, es solo…

—Gracias. —No hay seguridad en su voz.

—Voy a cambiarme. —Señalo la puerta de mi habitación—. Puedes comer tranquila.

Busco una camiseta para mí y otra para la forastera. No puede seguir desnuda mucho tiempo más. Por el bien de todos. Me visto con calma y peino mi cabello húmedo con los dedos. Cuando salgo, la pelirroja está comiendo con desconfianza.

—Te traje una camiseta, así estarás más co…

La puerta se abre, la risa de Luz desaparece junto con el resto de mis palabras.

La mirada azul de mi hermano se clava como un dardo letal en la forastera.

—¿Dante? —No se mueve. Espera una explicación.

—Cierra la puerta. —La orden no lo saca de su desconcierto.

—Papi, ¿quién es ella? —El índice de Luz señala a la intrusa.

—Ven aquí. —Me agacho y su pequeño cuerpo viene a mis brazos—. ¿Cómo está mi princesa? ¿Dónde estaban?

—El tío Jeremías me llevó a la casa de la señora Raquel, fuimos a darle madera y parte de las galletitas que nos trajo la abuela.

Observo a mi hermano, que sigue hipnotizado.

—Sabes que no me gusta que te la lleves sin avisarme, Jeremías, y menos de noche.

—Dante. —Me mira por primera vez desde que entró—. ¿Qué significa esto?

Me incorporo, Luz sigue aferrada a mi pierna.

—Amor, ¿puedes ir a tu cuarto? El tío y yo tenemos que hablar. Luego te explicaré todo, lo prometo.

Luz mira a la forastera durante un instante antes de ir saltando hasta su habitación.

—¿Por qué no me avisaste que salías? —La violencia burbujea en mi voz.

—Me parece más importante saber por qué hay una mujer… —la señala, la mirada fija en la piel de su clavícula— prácticamente desnuda en mi sala.

—Estaba ahogándose en el lago. —La historia corta parece ser la mejor—. La ayudé.

La pelirroja deja el queso en el plato, ahora se ve más asustada que antes.

—¿Ahogándose? —Suena incrédulo—. No hay barcos ni lanchas después de las diez de la noche. ¿De qué estás hablando?

—No cayó de ningún barco, Jeremías.

—No estoy entendiendo. —Tiene las manos en la cintura, aún no se ha quitado el uniforme.

—A ver, guardaparque, ¿no escuchó mis gritos? Me dejé la garganta llamándote.

Su cara es un poema. Cada vez entiende menos.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué haces en la isla? —Se acerca y la pelirroja se estampa otra vez contra la pared—. ¿Perdiste el último barco turista?

—Déjala en paz. —Pongo una mano en su pecho, evitando que siga avanzando—. Está confundida.

—¿Confundida? —Echa fuego por la boca. Imaginé que esto no iba a gustarle—. ¿Cómo te llamas? Tengo que reportarla a Parques Nacionales, no puede estar en la isla si no es…

Dejo de escucharlo, los ojos de la forastera piden mi ayuda.

—¿Puedes calmarte, por favor? —Imprimo en mi voz toda esa paz que no siento—. Acompáñame a la cocina un momento.

No se mueve, sigue observándola.

—Jeremías. A la cocina.

Me sigue los pasos con recelo.

—¿Qué mierda significa esto, Dante? —Pretende hablar en voz baja, pero fracasa—. ¿Quieres meterme en problemas?

—Si tenemos en cuenta que eres el guardaparque y una muchacha casi se ahoga en tu zona de vigilancia, ya estás en problemas. Deberías agradecerme.

—¿Agradecerte? ¿Por qué? ¿Por jugar al héroe? ¿Por alimentar tu ego?

—¿Jugar al héroe? —Lo siento, está en mi sangre y va a estallar —. ¡Le salvé la maldita vida!

—¡Y fallaste a tu promesa! —Los susurros quedan en el olvido.

—¿Qué pretendías que hiciera? ¿Eh? —Sueno duro. De roble. Ojalá aún me sintiera así.

—Tengo que avisar. Dame su nombre. Ahora.

—No lo sé. Ni siquiera ella lo sabe. Casi muere. ¿Puedes darle un respiro? Está confundida, necesita descansar. Mañana el panorama será distinto, podrá decirnos quién y cómo…

—¿Mañana? ¿Estás sugiriendo que se quede aquí a pasar la noche?

La seriedad lo endurece tanto que, por momentos, no parece el hermano menor.

—No estoy sugiriendo nada. Estoy diciendo que se quedará aquí.

—Estás loco.

—¿Qué quieres hacer? —No sé dónde dejé la paciencia—. ¿Echarla? ¿Dejar que pase la noche afuera, bajo la helada?

—Subirla a la maldita lancha y llevarla a la ciudad.

—Jeremías, está asustada y no recuerda nada. Ni siquiera es capaz de decirme cómo llegó al lago.

Suspira, sé que está bajando la guardia.

—Es una completa desconocida. ¿Vamos a dejar que duerma con nosotros? ¿Con Luz?

—Voy a vigilarla toda la noche. Además, ¿la viste? Es ella quien tiene miedo de nosotros.

—Esto es una locura.

—Asegúrate de que Luz se acueste mientras le preparo el sofá a la forastera.

Me mira como si yo estuviera disfrutando esto.

—La forastera… —murmura al salir.

Vuelvo al salón.

—¿Eres amiga de mi papi? —Luz habla bajo, manteniendo una distancia prudencial—. Te pareces a Ariel, la sirenita. ¿También eres una sirena? ¿Por eso estabas en el lago? ¿Mi papi te salvó? ¿Cómo te llamas?

—Luz.

Da un saltito en el lugar cuando me ve.

—Papi.

—Te pedí que te quedaras en tu habitación.

—Pero…

—Ya cenaste, incluso diste un paseo. Es hora de ir a la cama. Ve a prepararte. —Acaricio sus rulos rubios—. El tío Jeremías te leerá el cuento esta noche y nosotros hablaremos de todo mañana.

No luce muy convencida, pero me besa la mejilla y saluda a la *sirena* antes de desaparecer.

La forastera luce más aturdida que antes, Luz la dejó fuera de combate en cuestión de minutos. Es el efecto que causa el terremoto de seis años.

—¿Estás bien?

—Estoy muy cansada. —Le creo a sus párpados, que luchan por mantenerse abiertos—. Y mi cabeza va a estallar. —Se aprieta las sienes, cierra los ojos.

—Necesitas descansar. —Acomodo los almohadones del sofá, extiendo la manta vieja que suele estar sobre el respaldo—. Mañana solucionaremos esto, todo será distinto.

Es un instante. Un instante en el que sus labios se curvan con suavidad hacia arriba y una sonrisa se pierde en el tiempo.

—Gracias —susurra.

—De nada. —Señalo la puerta al costado de mi habitación—. El baño está por ahí. Puedes usarlo. Puedes cambiarte.

Extiendo la mano para ayudarla a ponerse de pie. Sus dedos, ahora tibios, se entrelazan con los míos y su mirada se pierde en

cientos de preguntas que tengo escritas en el rostro.

—Gracias —susurra otra vez y se aleja del fuego.

Me quedo mirando el crepitar furioso, acomodando el caos en mi cabeza.



Los minutos son espesos.

Apagué las luces, la chimenea sigue ardiendo.

Luz está dormida, Jeremías se encerró en su habitación. La forastera está perdida en su mundo de sueños, abrazada a un almohadón. Su cabello rojo es más furioso a la luz del fuego; su rostro, más angelical.

¿Quién es? ¿De dónde salió? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué corría por el bosque? ¿Escapaba? ¿De qué? O… ¿de quién? ¿Por qué caminó hacia el lago con tanta determinación?

Con cada pregunta mis ojos se abren un poco más. Aquí, sentado en el punto de vigilancia, comienza mi guardia.

Una incógnita. Un objetivo pelirrojo y esta noche helada.

CAPÍTULO 3

FORASTERA

Mis dedos corren la cortina roja, asomo la nariz y suplico que nadie me descubra.

Tres hombres conversan. No logro entender lo que dicen, pero sé que sus labios forman palabras. No paran de moverse. Dos mujeres con faldas largas sirven té. Sus bocas parecen estar cosidas.

¿Qué está pasando? ¿Por qué siento este fuego trepando por mis piernas? ¿Qué significa este dolor que me oprime el pecho?

Abro los ojos. Una fina capa de sudor me pega el cabello a la nuca y la camiseta al pecho. Soy consciente del zumbido que se esfuerza por quedarse en mi cabeza.

La luz cálida y anaranjada dibuja formas sobre el techo, aún escucho el crepitar del fuego.

—Buen día, Forastera.

Sigo la voz. Está ahí, sentado en un sillón individual, observándome con una taza humeante entre las manos. El sol que entra por la ventana le arranca destellos dorados a su cabello claro, que se ve como si hubiera estado tocándoselo sin parar. Triturándose los sesos pensando. En mí.

—Buen día. —Mi voz suena de todo menos mía.

—¿Dormiste bien? —Su mirada es como el hielo. Rígida, fría, pero translúcida.

Me incorporo un poco y echo un vistazo alrededor, intentando comprender dónde me encuentro.

—Sí. —Me aferro a la manta que me cubre las piernas desnudas —. ¿Y tú?

—No dormí. —Da un sorbo lento, no deja de mirarme. Oigo el sonido del líquido pasando por su garganta—. Te vigilé toda la noche.

—¿Me vigilaste?

—Eres una extraña, Forastera.

No digo nada, tiene lógica.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

Me acomodo en una esquina del sofá y me cubro con la manta.

—¿Vas a decirme tu nombre?

El zumbido se intensifica, rebota en las paredes de mi mente vacía.

—No… No lo sé.

Se mueve hacia delante, apoya los codos sobre sus piernas y me mira. Me estudia.

—¿Me estás mintiendo?

—¿Por qué te mentiría?

Se encoge de hombros, la camiseta se pega a sus músculos con cada movimiento. Se ve como alguien muy fuerte y eso me asusta. Pero más me asusta su hermano.

—No lo sé. Tal vez eres una asesina y me estás usando de tapadera o de coartada.

Se me escapa una risa tonta.

Apoya la taza en la mesa pequeña.

—¿Qué es tan gracioso?

—¿Una asesina? —digo y vuelve a encogerse de hombros con aire despreocupado—. Sé que no maté a nadie.

—¿Cómo? Si ni siquiera recuerdas tu nombre.

Aprieto mis sienes, que punzan otra vez. ¿Cómo? ¿Cómo lo sé? ¿Estoy segura?

—De acuerdo. No eres una asesina, pero escapabas de algo. O alguien. ¿Me equivoco?

El vello de mis brazos se eriza, mi estómago se revuelve y algo parecido a la desolación me abraza. Y no entiendo por qué. Y me desespera no saber. No recordar.

—No lo sé, no lo recuerdo.

—¿Recuerdas por qué estás aquí?

Trago el ovillo de ansiedad, me concentro en su voz. Me gusta su voz. Es contradictoria. Es dureza y dulzura.

Lo miro. Él, sus brazos y el fuego son las únicas piezas que encajan en mi rompecabezas.

—Me encontraste.

—Ahogándote en el lago —agrega y mi mano viaja hasta mi garganta por instinto—. Te saqué inconsciente y congelada. Tuve que hacerte reanimación cardiopulmonar. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas qué hacías en el lago?

Espera una reacción que no llega. Y me quema. Su mirada celeste me quema. Desvío la atención hacia una esquina de la habitación, hay una pequeña mesa redonda llena de fotos de él, una niña y una mujer bellísima y sonriente.

—Forastera. —Su voz es un reto a mi curiosidad.

—No lo recuerdo, ya te lo dije. —La desesperación me aprieta la garganta—. Solo sé que me trajiste aquí. Estoy diciendo la verdad.

Se levanta y mis ojos barren la extensión de su cuerpo. No sé cuánto mide, pero es casi tan alto como el marco de la puerta. Se acerca a mí despacio, apretándose la pierna derecha a cada paso. Toma mi mano, la aleja de mi boca y mira mis uñas mordidas.

—Tranquila, los recuerdos deberían regresar poco a poco. ¿Sabes cómo me llamo?

Su nombre baila en la punta de mi lengua y mis labios lo susurran sin vacilación.

—Dante.

Asiente, su ceño se relaja.

—¿Tienes hambre? —Mi estómago ruge en respuesta y él sonríe. Es breve. Minúsculo—. Voy a prepararte el desayuno.

—¿Dónde está mi ropa?

Mi pregunta frena sus pasos.

—No tienes ropa.

—¿Estaba…? ¿Estaba desnuda?

—No, tenías puesto un camisón. Era algo anticuado para alguien tan joven. Creo que uno de esos que van debajo de los vestidos o algo así. Mi madre los usa.

Mi ceño se frunce.

—¿Una enagua?

—Eso, pero está lleno de arena. —Se rasca la barba incipiente—. De todas formas, no va a servirte demasiado con la temperatura que hace afuera.

Miro por la ventana, los árboles danzan con el viento y son víctimas de la helada.

Intento levantarme, pero un dolor punzante enciende una llama bajo mis pies. Me quejo. Y él está ahí. Solo tres zancadas y está arrodillado frente a mí, inspeccionando mis pies con sus ojos de hielo.

—Olvidé que los vi anoche —dice, revisando con suavidad las plantas de mis pies—. Están muy heridos, corriste descalza. Vamos a curarlos un poco primero.

Desaparece antes de que pueda negarme y vuelve con varias cosas. Se sienta en la mesa de centro y embebe un trozo de algodón en alcohol.

—Pon los pies en mi regazo —ordena, palmeándose las piernas. Lo miro con cautela antes de obedecer—. Eso es. —Acaricia el contorno de mis dedos sucios y heridos, enviando pequeñas descargas eléctricas a todo mi cuerpo—. Si se infectan, tendrás que ir al médico urgente.

Médico.

La palabra explota como fuegos artificiales dejando caer un recuerdo.

—¿Eres médico? —Siento que ya se lo pregunté.

—No.

—¿Cómo hiciste para salvarme? —Intento alejar el pie cuando pasa el algodón rebosante de alcohol, pero me lo sostiene por el tobillo—. ¿Cómo sabías lo que tenías que hacer?

Suspira. Se ve cansado, a pesar de su paciencia. Sigue atento a la tarea que tan bien desempeñan sus manos.

—Soy oficial.

—¿Oficial? ¿Eres policía?

—De la División Especial de Seguridad Halcón, más conocido como Grupo Halcón.

Noto cómo su tono se endurece y los músculos de sus brazos imitan el gesto. Supongo que está orgulloso de su trabajo.

La densidad del aire me hace querer cambiar de tema.

—¿Y la niña? ¿Y el otro hombre?

—Luz es mi hija. —Deja el algodón, que ahora ya no es blanco, sobre la mesa y comienza a vendarme los pies—. El otro hombre es Jeremías, mi hermano.

Asiento con la cabeza, a pesar de que no está mirándome.

—¿Cuántos años tienes? —Anuda la venda con destreza y continúa con el otro pie.

Inhalo profundo, exhalo con fastidio.

—No lo sé.

—Pareces joven. Muy joven.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Treinta y dos.

—Pareces más joven.

Su mirada se desvía de mis pies por primera vez, alza una ceja.

—¿Me estás diciendo viejo?

—No. Quise decir que…

—Voy a prepararte algo de comer —me interrumpe, levantándose. Junta todo el desastre que fue dejando sobre la mesa.

—¿Y tu esposa?

Sé, por la manera en que su rostro se desfigura, que entré en campo minado.

—Ya hay una cosa que sabemos de ti, Forastera. Te gusta meterte donde no te llaman.

Un par de medias de Dante protege mis pies vendados.

El silencio es abrumador y hace que mi ansiedad escale cada vez más rápido.

Necesito recordar. *Necesito* saber quién soy y qué pasó conmigo. *Necesito* emerger de esta laguna.

Su mirada esconde mil preguntas. Preguntas sin respuestas. Preguntas que yo misma me hago.

—Tengo que hacer un llamado. —Se levanta, pero mi mano se cierra alrededor de su brazo.

—Gracias. —Siento el calor de su piel bajo mis dedos fríos—. Por todo.

Luce incómodo, pero necesitaba que lo supiera. Estoy agradecida. Según él, se metió a ese lago helado por mí. Según él, me salvó la vida. Y le creo. Por ahora, él y estas paredes son mi historia.

Veo su nuez de Adán moverse.

—Come. Necesitas fuerza.

Mis dedos se quedan vacíos, su espalda desaparece.

Estoy lavando todo lo que usó para hacer el desayuno. Necesito moverme. Necesito hacer algo para evitar el zumbido en mi cabeza. Para sentirme útil.

La casa está caliente, pero afuera la temperatura es negativa. Puedo ver la escarcha.

¿Dónde está la niña? ¿Dónde está el otro hombre?

Mis pies arden. Intento concentrarme en ese ardor para evitar pensar en la angustia sin nombre que retuerce mi pecho.

—¿Forastera? —Su voz suena desde el salón.

Cierro la canilla, me seco las manos y camino despacio.

Dante ayuda a una señora a sacarse el abrigo.

—Ella es Raquel —dice, mientras la mujer me escanea de pies a cabeza. Sé que luzco ridícula con la ropa de Dante—. Es una amiga, puedes confiar en ella. Es la doctora de la isla, va a revisarte.

Mi instinto me obliga a mostrarme reticente, pero tal vez no sea tan mala idea. Tal vez me ayude a entender qué pasó.

—Las dejo solas.

Con una mirada le suplico que no lo haga. No confío en esta mujer. Tampoco sé si confío en él, pero sin duda lo prefiero.

—Mi nombre es Raquel. —Me sonríe con dulzura—. Dante me contó lo ocurrido. ¿Te parece bien si reviso tus heridas? —Señala el sofá, quiere que me siente.

Asiento sin emitir sonido, cada paso que me acerca a ella duele más.

—¿Qué edad tienes? —Comienza por mi pie derecho, deshaciendo el prolijo trabajo de Dante.

—No lo sé. —Si digo un *No lo sé* más, voy a explotar.

—Te ves muy joven. —Continúa sonriendo con amabilidad—. Asumo que tendrás unos veinte o veintidós años, no más.

Me abrazo al silencio. Soy una extraña en mi propio cuerpo. Soy el vacío en mi cabeza.

La venda desaparece, examina de cerca mis heridas.

—No están infectadas, pero no lucen nada bien. —Abre un maletín, saca un frasco oscuro—. ¿Cómo te sientes?

—Confundida. Ansiosa y… angustiada.

—¿Dolores de cabeza? —Echa un líquido rojizo sobre las heridas, no arde. Comienza a quitar la venda del otro pie.

—Sí. Un zumbido, como si algo retumbara dentro.

—Es normal, es parte de la amnesia.

—¿Es temporal?

—Debería serlo. De todos modos, lo iremos controlando. ¿Dijiste incoherencias?

—No. Creo que no.

—¿Sabes en dónde estamos?

—En la isla Victoria.

—¿Puedes leer esto? —Agarra un libro infantil de la mesa.

—Caperucita roja y otros cuentos.

—¿Sabes cuánto es catorce más doce?

—Veintiséis.

—¿Cuál es tu último recuerdo?

—Dante acostándome cerca del fuego.

Asiente mientras termina con su tarea. Deja mis pies fríos y envueltos en gasas nuevas.

—¿Tienes heridas en otras partes del cuerpo?

—Creo que no.

Su mirada me examina por completo.

—¿Puedo ver tus brazos?

Asiento, extendiéndolos. Me toma de las muñecas y los revisa con paciencia.

—Estos golpes —acaricia el interior de mis brazos, mostrándome unos círculos verdosos y amarillentos que no había notado—, ¿duelen si aprieto?

—No.

—Son viejos.

—¿Viejos?

—Tienen semanas, casi están desapareciendo.

Me juzgan. Sus ojos me juzgan. Y me siento más abrumada que antes.

—No sé qué… No sé cómo me los hice.

—Tranquila. Puede llegarte todo de golpe o tal vez recuerdes poco a poco. Estarás bien, vamos a ayudarte.

Junta sus cosas, me mira en silencio.

—Voy a avisarle a Dante que hemos terminado.

Me regala una sonrisa sutil antes de desaparecer. No puedo evitarlo, sigo el murmullo de voces en cuanto lo escucho. Me acerco a paso mudo, apoyo la cabeza a centímetros de la puerta.

—¿Cómo está Luz? —La dulzura invade la voz de la mujer cuando pronuncia el nombre de la niña.

—Preguntona como siempre. —Casi puedo ver su sonrisa—. Sale de la escuela en un rato.

—¿Jeremías? Necesito pedirle un poco más de leña, la que me trajo anoche no es suficiente.

—Le diré que te la lleve cuando regrese. —El ruido de unas ollas me obliga a acercarme un poco más—. ¿Cómo está ella? Dímelo en castellano, por favor.

—Está bien. Tiene buenos reflejos, puede realizar las operaciones básicas. Todo indica que la amnesia debería ser temporal.

—¿Sus pies? ¿Hay infección?

—No, pero debe mantenerlos limpios y secos. No cicatrizarán rápido.

—Entonces, ¿puedo quedarme tranquilo?

Las voces no llegan, quiero entender el silencio.

—Sí. Sin embargo, hay algo que me preocupa. ¿Viste sus brazos?

—No. Quiero decir, sí, pero no los examiné de cerca.

—Están llenos de hematomas.

—Tal vez se golpeó con las rocas del lago. O quizá se los hice yo cuando la traje hasta aquí, tuve que agarrarla muy fuerte para lograr sostener su cuerpo y subir.

—No, Dante. Esos hematomas no son nuevos, son viejos y hay demasiados.

—¿Qué estás queriendo decir? —susurra.

Siento el corazón en la garganta, palpitando enloquecido.

—Que alguien la golpeó. O tal vez estuvo en una pelea.

Trago saliva, el zumbido en mi cabeza no cesa.

«¿Alguien me golpeó? ¿Estuve en una pelea?».

—Dante, no sabes quién es esa muchacha. —La voz es apenas audible—. No me parece muy sensato que la dejes quedarse aquí.

—No tiene adónde ir, ni siquiera sabe su nombre.

—Podría ser peligrosa. ¿No crees que alguien debe estar buscándola? Me dijiste que escapaba de algo o de alguien.

—Sí, eso parecía, pero…

—¿Qué pasará cuando recuerde quién es? ¿Y si te acusa de secuestro?

—¿Crees que haría algo así? —La duda está sembrada en su voz.

«¿Haría algo así?».

—No lo sé. De eso estoy hablando, no sabemos de lo que es capaz, no sabemos quién es ni qué hacía en el bosque.

—Luce frágil. Raquel, no se ve como alguien que puede hacerme daño.

—Dante —su voz es baja pero firme—, no te dejes llevar por las apariencias. Creo que deberías llamar a la policía. Lo sabes mejor

que nadie, sabes cuáles son los procedimientos en casos como este. ¿Por qué estás ocultándola?

No siento mis huesos, no sé cómo estoy parada.

Un suspiro.

—Tienes razón, lo haré.

CAPÍTULO 4

DANTE

La mirada de Raquel se relaja. Soné convincente, pero no es así como me siento.

—Deberías avisarle a tu hermano primero.

El ruido de un portazo hace temblar las ventanas.

—¿Qué…? —Me asomo al salón, la forastera no está. Pego la nariz a la ventana—. Está huyendo.

—¿Cómo? Dante, ¿qué estás haciendo?

Tomo un abrigo y salgo.

—¡*Hey*! ¡¿Adónde vas?! —Estoy trotando y mi rodilla lo sabe, no puedo engañar a mi cuerpo—. ¡¿Estás loca?! —Mis pulmones se esfuerzan, mis músculos gritan. El viento me quema el rostro—. ¿Tengo que hacer esto otra vez? ¡No puedo correr! Por favor, no me hagas esto. Estoy tratando de ayudarte.

—¡Dante! —El grito de Raquel no me detiene—. ¡Tu pierna! ¡Vas a lastimarte!

Cierro los ojos, aprieto los puños, ignoro los recuerdos y me repito que soy de acero. Y troto, aunque cada paso duela.

—¡*Hey*! ¡Sirena!

Su cabello es fuego zigzagueando entre los árboles. Lo sigo, una punzada por cada paso.

Aminora la marcha, oigo los quejidos. Y lo entiendo.

—¡Estás destrozándote los pies! ¡¿Puedes detenerte?!

Casi se arrastra, ayudándose con las manos. Es un animal herido huyendo del cazador, solo que se equivocó de cuento.

Aprieto el paso, casi estoy corriendo. Y sé lo que vendrá luego. Sé que voy a pagarlo con creces.

La furia de su cabello ondea cerca. Muy cerca.

Serpenteo entre los cipreses, me estoy consumiendo. El bosque pasa demasiado rápido, hasta que una piedra detiene el tiempo. Tropiezo. Caigo. El dolor es abrumador. Mis manos tiemblan mientras se aferran a mi cadera y se deslizan por mi pierna como si pudieran hacerlo desaparecer. Como si pudieran viajar en el tiempo. Atrás. Muy atrás.

—¡Carajo! ¡Dios! —Aprieto los dientes, pero no puedo contener el grito que me araña la garganta—. Mierda. —Jadeo. Intento recuperarme. Intento no pensar en que, tal vez, acabo de joderlo todo.

Tengo la vista húmeda, el cielo y las copas de los árboles son un borrón doloroso. El aire arde, pero es bien recibido. Mi pierna llora y sé que no hay consuelo. No para mí. No para esto que siento. No para *esto* en lo que me convertí.

—¿Estás bien? ¿Te lastimaste?

La forastera se arrodilla a mi lado, está colorada, agitada. Su cabello cae como una cascada de lava alrededor de sus hombros.

—¿Estás loca? —Pierdo la cabeza intentando descifrar su mirada. Descifrarla a ella.

Apoya sus manos sobre las mías, en mi pierna, como si pudiera robarse mi dolor.

—¿Qué tienes? ¿Por qué no puedes correr?

La vulnerabilidad comienza a comerme despacio. La desprecio. Es la sensación más putrefacta que experimenté en mi vida. Esto, sentirme así. *Débil*.

—¿Por qué escapabas? —Alejo sus manos, intento sentarme.

—Vas a entregarme a la policía.

—¿Entregarte? Voy a llevarte con ellos.

—No puedes.

—¿Por qué? ¿Por qué no tendría que hacerlo?

Borra una lágrima traicionera de su mejilla.

—No lo sé. No se siente correcto, no puedo explicarlo. Solo sé que no es lo correcto.

—¿No es lo correcto acudir a la policía? —Ignoro su ayuda y me levanto solo, aunque ya siento el sabor de las lágrimas en mi boca—. ¿Qué hiciste, forastera?

—¡No lo sé! —Por primera vez su voz muestra rabia. Fuerza. Emoción—. ¡No sé quién soy! ¡No sé qué es lo que hago en este lugar! ¡No sé qué hacía en el lago! ¡No sé! ¡No sé!

—Baja la voz. —Apoyo mi dedo en sus labios gélidos—. Solo hay un vecino en las cercanías y no quieres llamar su atención.

Agacha la cabeza, sus hombros tiemblan.

—Por favor, tienes que creerme. Creo que no hice nada malo, solo… *necesito* recordar. Entender. Entender esta angustia que siento. Necesito tiempo.

Una guerra se desata en mi cabeza. Pienso en Luz, en Jeremías.

—Por favor.

Hay tristeza en sus ojos. Profunda. Oscura. Y me pierdo.

«¿Quién es? ¿Qué esconde? ¿A quién dejé entrar a mi casa?».

—Me estoy congelando. —Se abraza y observa las manchas rojas que florecen en las vendas de sus pies.

—Entremos.

Nuevos e impolutos vendajes cubren los pies heridos de la forastera, que está acurrucada en una esquina del sofá con un té humeante entre las manos.

—Gracias. —Sujeto las manos cálidas y ásperas de Raquel—. Voy a hacer lo correcto, solo necesito un poco más de tiempo.

—Lo sé. —No suena muy convencida y mira de reojo a la pelirroja—. Voy a mantenerlo en secreto, Dante, por el cariño que te tengo a ti y a tu familia, pero necesitas actuar rápido. —Me aprieta las manos—. Sabes que algo en todo esto no huele bien.

Asiento. Sé que algo se pudre delante de mi nariz y no puedo verlo.

—Llámame si notas algún cambio. —Me abraza con fuerza—. Dale un beso a Luz de mi parte y dile a Jeremías que necesito más leña, por favor.

—Lo haré.

Otro abrazo maternal y la veo perderse entre los árboles. Cierro la puerta, me apoyo en ella.

—Voy a necesitar que seas sincera si vamos a hacer esto, Forastera.

—¿Puedes dejar de decirme *Forastera*?

—Con gusto, solo tienes que decirme tu nombre.

—¡No lo recuerdo!

Camino despacio, el relajante muscular que tomé está haciendo efecto. Me siento sobre la mesa de centro, desafío a ese rostro pecoso y disgustado.

—Si acudimos a la policía, que es lo correcto, ellos pueden ayudarte. Pueden decirte quién eres.

Sé que no es tan simple como suena, pero pueden.

—No. —Su mirada se inunda demasiado rápido y la desvía hacia la taza entre sus manos—. No sé cómo explicarlo, ya te lo dije.

—Inténtalo. Antes de que venga mi hermano, por favor. —Miro la hora, tiene que estar por llegar con Luz en cualquier momento—. Me gustaría tener algo que decirle. Algo que justifique que aún no te haya llevado a la comisaría del centro.

—Quiero entender esta angustia que me cierra la garganta. —Se lleva la mano al cuello—. Me siento… triste. Aterrada. Y no entiendo por qué. Y me desespera no saber. ¿Puedes ponerte en mis zapatos?

—No tienes, corrías descalza.

Una pequeñísima, casi imaginaria, sonrisa curva sus carnosos labios.

—Lo hago, Forastera. Es lo que intento hacer desde el momento en que puse un pie en ese lago.

Desvía la mirada, tal vez también siente cómo quema la incertidumbre. Apoya la taza en la mesa.

—Mira. —Extiende los brazos—. ¿Cómo me hice estos golpes? ¿*Quién* me los hizo? ¿Crees que eres el único que necesita respuestas? La mujer, la doctora, dijo que son viejos, que tienen

semanas. —Sus ojos húmedos se agradan—. ¿Y si alguien me hacía daño? ¿Y si escapé y por fin me libré de quien me hizo esto? —Mueve los brazos en mi dirección, enseñándomelos—. ¿Y si yendo a la policía solo vuelvo a esto? —Se mira la piel herida en silencio.

—¿Y si te lo hiciste tú misma? —Sé que puede sonar ridículo, pero ya nada me sorprende en este mundo. No después de todo lo que vi.

Niega con la cabeza y se abraza, parece querer desaparecer en esa esquina del sofá.

—¿Por qué haría algo así?

—No lo sé, tal vez estás loca.

—No estoy loca.

—¿Cómo lo sabes?

Suspira. Es un gesto cargado de irritación.

—Puedes llegar a ser exasperante —murmura.

—Parece que nos vamos conociendo. ¿Por qué volviste? Recién, afuera. ¿Por qué volviste, si querías escapar?

—Te lastimaste.

—¿Y? Vi el ímpetu con el que huías.

—¿Por qué te metiste a un lago congelado siguiendo a una desconocida?

—Un acto reflejo.

Alza una perfecta ceja pelirroja.

—¿Un acto reflejo?

—Siempre estuve al servicio de los civiles, fue instinto.

Lo que sale de mi boca la engatusa, pero mi ego se ríe.

—¿Vas a hacerlo? —Me mira como un ciervo asustado.

—¿Hacer qué?

—Darme unos días. —Se muerde las uñas—. La doctora dijo que puedo recordar todo de golpe, que esto debería ser pasajero. Te prometo que, apenas recuerde algo, me iré. Dejaré de ser una molestia. Lo juro.

Me atraviesa un pensamiento crudo. Me gustaría decirle que no es una molestia, que es lo primero excitante que me pasa en cuatro años; sin embargo, no lo hago.

—Necesitarás ropa —digo y algo en su mirada brilla—. Y un buen baño.

La puerta se abre y Luz entra como un torbellino.

—¡Papi! ¡No sabes lo que aprendimos hoy!

Su rostro cachetón se pega al mío.

—Preciosa. —Dejo que se coloque entre mis piernas—. Cuéntame todo.

—Vino un señor que hablaba en mapuche. —Sus ojos se agradan extasiados e ignoran por completo a la forastera, así como yo ignoro a mi hermano—. Es muuuuy raro y la maestra nos contó que quedan muy poquititos que hablan así. Y el señor no vive en la isla, vino de visita como la sirena.

Una mezcla de preocupación y diversión invade el rostro de la forastera.

—Parece que tuviste un día divertido, amor. —Extiendo la mano —. Choque esos cinco y vaya a cambiarse.

Su mano efusiva choca con la mía antes de acercarse a la pelirroja.

—¿Chocas, Sirena? —Extiende sus dedos bien separados.

La forastera me mira, busca permiso antes de chocar la mano de Luz. Se queda de piedra cuando la pequeña se va saltando.

—Creo que vamos a tener que explicarle qué haces aquí, *Sirena.*

—Y a mí también. —La voz indeseada de Jeremías borra la sonrisa tímida de la pelirroja.

—Deberías darte una ducha. —La miro a los ojos, ignorando a mi hermano.

—Tengo que usar el baño. —Jeremías comienza a quitarse el uniforme—. ¿Tengo prioridad? ¿Sigue siendo mi casa?

Aprieto los puños, odio el tono de su voz. Odio vivir con él.

—Forastera, usa el baño que está en mi habitación. —Señalo la puerta y ella se levanta vacilante—. Tiene todo lo necesario. Puedes agarrar una camiseta y un pantalón limpio del primer cajón de mi armario, ve.

Desaparece más rápido de lo que esperaba.

—¿Una mañana *entretenida* con la forastera?

Decido dejar pasar la mordacidad en su comentario.

—Raquel necesita más leña. ¿Puedes llevársela?

—Llévasela tú.

Cuelga el abrigo y se quita el cinturón donde guarda la linterna, el cuchillo y el resto de los juguetes que lo hacen sentir importante.

—Preferiría no tener que andar el día de hoy.

Sé que está mirando ese rengueo que me dejó el juego con la sirena.

—Parece que lo vas entendiendo. —Señala mi pierna con la cabeza—. Deberías volver a usar el bastón.

Sabe cómo hacerme sangrar y se está divirtiendo.

—Necesita algo de ropa. —Abro el bolso de Luz para revisar sus cuadernos.

—¿Quién?

—La muchacha.

—La forastera —dice con sorna—. ¿Le cobramos la estadía completa? ¿O sin desayuno?

—¿Vas a dejar de tocarme las pelotas? ¿O está en tu lista de *Hacer* para el día de hoy?

Ríe, acomodando sus cosas con precisión militar. Al menos es ordenado, de lo contrario ya nos hubiéramos matado.

—¿Puedes ir al puerto o al centro y comprarle cualquier cosa? —insisto—. Hay dinero en el cajón.

—¿Por qué no va ella?

—¿Desnuda?

—Sería un espectáculo interesante.

El comentario me sacude por dentro.

—Hoy estás tentando a tu suerte.

Sonríe con superioridad y me da la espalda.

—¿Estuvo Raquel?

—Sí.

—¿Qué dijo de ella?

Escucho a Luz cantar en algo muy parecido al inglés.

—Que necesita un poco de tiempo, pero recordará. Es algo temporal.

—¿Cuánto tiempo?

Tiene las manos en la cadera y me mira como si fuera un niño caprichoso.

—No lo sé. Algo.

—Algo… Le doy dos días. Si no recuerda, la deporto.

Está jugando al macho alfa y lo deja muy claro cerrando la puerta del baño con furia.

Intento relajarme, concentrándome en la voz finita de Luz repitiendo una y otra vez ese tonto estribillo. Pasan los minutos, no logro poner la mente en blanco. Me levanto y voy a mi habitación a buscar ese libro de poesía que escribió la esposa de un colega, siempre me ayuda a matar el tiempo.

El vello de mi nuca se eriza cuando la veo. Observa mis condecoraciones. Sus dedos acarician las piezas metálicas, pero no es eso lo que me nubla la vista, es la camiseta roja que lleva puesta.

—¿Qué te pusiste? Quítatela. Ahora.

Su expresión pasa de la confusión al pánico.

—Me… —las palabras tropiezan en su lengua— me dijiste que podía agarrar una camiseta, esta era la más pequeña y…

—Dije del primer cajón. —Abro el armario y tiro todo lo que encuentro hasta sacar una camiseta. La estampo contra su pecho—. Quítatela.

Me tiemblan las manos cuando me doy vuelta y espero a que se cambie.

—Ya… Ya está.

Miro por encima del hombro, está vestida. Me da la prenda y la agarro con desesperación, hundo mi nariz y mis ojos llenos de lágrimas en ella. Respiro, pienso en Luz, pienso en *ella.*

—Si vuelvo a verte tocando mis cosas, voy a arrepentirme de haberte sacado del lago.

CAPÍTULO 5

FORASTERA

Lleva todo el día afuera, cortando leña en pedazos simétricos y acomodándolos en pilas perfectas.

Yo no hice más que tener la nariz pegada al vidrio, observarlo desde la ventana. La casa está sumida en un profundo silencio, solo se escucha el filo del hacha destrozando la madera y algún que otro jadeo cansado que sale de su boca. Y, tal vez, algún suspiro que se escapa de mis labios sin permiso.

La pequeña está en la escuela y el otro hombre de ojos claros dando vueltas por la isla, cuidándola y detestándome un poco más.

Miro alrededor, todo está impoluto y ordenado. Ni siquiera puedo ocupar mi tiempo limpiando. Sería limpiar sobre lo limpio. Vuelvo a posar la vista en los brazos que sostienen el hacha en lo alto; brazos que antes me sostuvieron intentando devolverme a la vida.

Sus palabras siguen dando vueltas en la habitación vacía en que se ha convertido mi cabeza.

«Un acto reflejo. Instinto».

¿Y yo? ¿Yo tendré ese instinto? ¿Soy capaz de arriesgar mi vida por salvar la de un desconocido? ¿De qué soy capaz?

El ruido de un corte seco y magistral me arrastra a la realidad. La madera cae, la levanta con sus manos grandes y ásperas; pero sus ojos no siguen el accionar, están sobre mí. Y queman. Me llenan de

sensaciones que no entiendo. Lo he notado antes, la manera en la que Dante mira, como si estuviera marcándote de por vida.

Me obligo a romper la conexión antes de que el fuego acabe con nosotros.

Me desplazo por la sala con la seguridad que un par de pantalones y un suéter pueden infundir. Luz y su tío gruñón hicieron un buen trabajo con la elección de talles, aunque no tanto con el estilo. La ropa es tan oscura que podría ir de aquí directo a un funeral. No sé por qué, pero tengo la sensación de que no es algo que yo elegiría, que vestiría. Siento que el color es lo mío. ¿Será un recuerdo?

Me siento en la punta del sillón, masajeo mis sienes e intento desencadenar algo más que preguntas.

—¿Agotada, Forastera?

Alzo la vista, el cabello alborotado le cae sobre la frente húmeda.

—No te escuché entrar.

—Estabas muy concentrada buscando aquí dentro. —Se toca la cabeza con el índice antes de meterse en la cocina.

Lo sigo en silencio. No hablamos mucho después de lo que ocurrió ayer en su habitación. Aún intento entender qué es lo que hice mal, qué provocó que se pusiera como se puso. Solo tomé una camiseta vieja del cajón, justo como lo ordenó.

—¿Tienes hambre? —pregunta dándome la espalda.

—No, gracias.

—Veo que no eres de gran apetito.

—No lo sé, supongo que no.

Se da vuelta, bate un café y recorre mi cuerpo con la mirada.

—Creo que estás demasiado delgada.

Me apoyo contra el marco de la puerta.

—¿Me veo mal así?

—No es eso lo que dije. Y no es eso lo importante. —Me pasa de largo de camino a la sala.

Lo persigo.

—¿Cómo puedo ayudar? —Necesito hacer algo antes de volverme loca.

—¿Ayudar?

Se sienta en el lado izquierdo del sofá. Siempre el izquierdo. Noto cómo frota su pierna derecha con disimulo.

¿Qué tiene? ¿Qué le pasó? ¿Por qué se avergüenza tanto de su condición física?

—Hacer algo que justifique mi estadía.

—Solo tienes que recordar. —Se encoge de hombros, bebe. No entiendo por qué el movimiento de su garganta al tragar me resulta hipnótico—. Con eso lo considero pago.

—Suena tan simple.

—Tal vez lo sea.

—No me crees, ¿verdad? Que no recuerdo.

No hacen falta palabras cuando el silencio hace tanto ruido.

—Tal vez podrías ayudar en algo.

—¿En qué?

—Tengo que hacer algunos arreglos en la escuela.

—¿Arreglos? ¿Trabajas allí?

—Soy voluntario en la isla, hago de todo un poco. La escuela siempre es prioridad.

Quiero preguntar más. Quiero saber por qué no está en servicio. ¿Es temporal? ¿Lo dejó para siempre? Las preguntas están en el aire, pero su mirada las hace desaparecer.

—¿Qué escuela?

—La única escuela de la isla —explica como si fuera obvio—. Donde van Luz y los ocho niños que viven aquí.

—¿Entonces puedo ir? Creí que no tenía permitido salir.

—Nadie te mantiene encerrada, puedes irte cuando quieras.

—Quise irme ayer y no me dejaste.

—Fuiste tú quien volvió por mí. —Alza una ceja, se inclina hacia adelante—. Puedes salir. Puedes irte cuando quieras, siempre y cuando me des una explicación coherente. O algo que garantice que no irás a denunciarme por secuestro.

—¿Crees que haría algo así?

Esa última palabra lo golpea. Lo endurece. Ensombrece su mirada y su voz.

—No te conozco.

—Yo tampoco a ti, sin embargo, estoy durmiendo bajo tu techo.

—Porque es mejor que dormir afuera bajo la helada.

Hay una cosa que ya sé de Dante, se le da demasiado bien responder.

—¿Qué diremos si un vecino nos ve?

—Que eres mi hermana y estás de visita.

No puedo evitar sonreír.

—¿Tu hermana? Soy pelirroja. Tengo tantas pecas que parece que me salpicaron la cara con tierra. Tú no tienes ni un lunar.

—Eso no lo sabes.

Es instinto, no puedo evitar recorrer su cuerpo y preguntarme si habrá lunares debajo de esa ropa.

—No nos parecemos en nada.

—Entonces serás mi prima.

Una sensación me revuelve el estómago. No quiero salir. No quiero arriesgarme a que alguien me reconozca, me encuentre. No hasta que yo misma lo haga.

—Podríamos ir de noche. Si tienes llaves del lugar, claro —sugiero —. Eso nos evitaría las mentiras peligrosas.

—Las tengo. —Se cruza de brazos, me analiza como si fuera un espécimen fascinante—. Pero la helada será insoportable.

—Me abrigaré, ahora tengo ropa.

—De nada. —Sonríe y apoya la taza sobre la pequeña mesa.

—Entonces… ¿esta noche?

—Parece que tenemos una cita, Forastera.



La escarcha pone a prueba mi estabilidad; el frío, la enorme chaqueta de Dante que cae sobre mis hombros.

—¿Tus pies? —Avanza delante de mí, marcando el camino con una linterna. Yo tengo una mucho más pequeña, pero cumple su objetivo—. ¿Duelen?

—Solo un poco —miento, cada paso es agonía.

Se detiene un instante, me da un respiro y apunta directo a mis zapatos nuevos.

—¿Y las botas? ¿Son cómodas?

—Creo que son un talle más grande, pero mantienen mis pies calientes. Están bien.

—Eres bastante conformista. —Lo dice como si fuera algo malo.

—Preferiría decir que soy práctica y agradecida.

Retoma el camino empinado, pero se detiene otra vez. Gira y me apunta con la linterna.

—Quiero disculparme por cómo te hablé ayer en la habitación.

La disculpa suena sincera y no sabía cuánto la necesitaba.

—No sé qué fue lo que hice, pero, si te molestó, también me disculpo.

—La camiseta. La camiseta que tenías puesta era de mi esposa.

Contengo la respiración.

—No lo sabía. No quise usarla a propósito. Pensé que…

—Lo sé. —Detiene mis palabras—. No debí reaccionar así, por eso estoy intentando disculparme.

Asiento sin saber qué hacer o decir. Tengo tantas preguntas que quisiera hacerle, pero sé que no es el momento.

—¿Estamos bien? —Retoma el camino.

—Estamos bien.

El crujir de las ramas me paraliza.

—¿Qué fue eso, Dante? ¿De dónde vino?

Su linterna examina los alrededores con calma.

—Seguramente fue un ciervo.

—¿Un ciervo? —El miedo y la ansiedad adormecen mis piernas.

—La isla está llena de ciervos, Sirena. También hay jabalíes, pero rara vez se dejan ver.

—Me alegra que sean tímidos.

—Sigamos, no quiero que nos agarre la helada.

—¿Falta mucho?

—¿Ya estás cansada?

Ignoro el dolor de mis pies, el frío que me quema la piel.

—Para nada.

—Bien, porque serás mi asistente esta noche.

Un siglo helado después, llegamos. Apenas siento los dedos cuando Dante abre el candado y me deja pasar. La escuela no es más que otra cabaña inmensa, llena de pupitres y grandes pizarrones negros. Hay carteles con letras y dibujos por todos lados, no sé qué mirar primero.

—¿Dónde estudian los más grandes? —Me da curiosidad que todo sea tan infantil.

—Aquí. —Apoya su caja de herramientas y enciende las luces—. Hay alrededor de diez alumnos. No están divididos por edad, estudian todos juntos y cada uno va a su ritmo. Todos con la guía necesaria.

—Eso suena distinto.

—Aquí todo es distinto.

—Parece otro mundo.

—A veces se siente así.

Hay tristeza en el eco de su voz.

—¿Qué hay que reparar? —Doy vueltas por la habitación, intentando entrar en calor, pero está casi tan helado como afuera.

—La calefacción. —Señala el artefacto pegado a la pared.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Pasándome las herramientas. —Abre la caja y revuelve en su interior.

—¿Cómo si fuera una operación? ¿Soy la instrumentadora?

—Exacto.

Se deshace con rapidez de los tornillos, quita la tapa del artefacto y me la da. La sostengo con ambas manos, aunque es más liviana de lo que aparenta. Apunta con su linterna el interior, que se ve bastante sucio.

—¿Puedo preguntarte algo? —Pica en mi lengua, pide a gritos que lo deje salir.

—Ya lo estás haciendo.

Tira el destornillador dentro de la caja y toma una pinza, me roba el trabajo.

—¿Qué te pasó en la pierna?

El silencio se funde con el aire. Lo vuelve denso. Letal.

—No me gusta hablar de eso.

—Me gustaría conocerte un poco.

Forcejea con algo que hace mucho ruido. Quisiera entender lo que está haciendo. Quisiera *entenderlo*.

—¿Por qué?

—Porque tú y este lugar son todo lo que hay en mi cabeza ahora mismo.

El suspiro que acaricia sus labios está lleno de emociones.

—Me dispararon estando en servicio.

La lástima está dibujada en mi rostro, lo sé por cómo me mira.

—¿Es reciente?

—Hace cuatro años.

Hago cuentas. Luz era una niña muy pequeña, no puedo imaginar lo difícil que debe haber sido para ellos.

—¿Fue muy grave? —hablo bajo, como si eso hiciera mi pregunta menos invasiva.

—Fractura de fémur, una desastrosa. Dos operaciones, cuatro meses sin caminar, silla de ruedas, mucha rehabilitación, medicamentos y esas cosas.

Está incómodo, no me mira y su voz es inestable.

—Qué ironía que un instante pueda hacer tanto daño. ¿No? —Pienso en voz alta.

Deja la pinza, vuelve al destornillador. Yo sigo en pie sosteniendo la tapa.

—Fue un disparo a corta distancia.

Quiero más. Quiero detalles. Quiero saberlo todo.

—¿Fue intencional o…?

—Fue mi culpa, me distraje.

Se levanta desplegando su altura intimidante. Me quita la tapa de las manos, me mira un segundo de más.

—¿Por eso estás retirado?

—¿Qué te hace pensar que estoy retirado?

—Que estás aquí, arreglando la calefacción mientras tu uniforme adorna la pared de tu habitación.

Mis palabras endurecen su gesto, forman una línea recta en sus labios.

Se apoya en la pared para agacharse, termina la tarea en silencio. Pronto el calor comienza a sentirse.

—Se te da bien arreglar cosas. —Espero que el cumplido relaje el ambiente. Pero me ignora. Recoge sus herramientas y se pone de pie—. A Luz le debe encantar esta escuela, es muy acogedora.

Comprueba por tercera vez que todo esté bien, abre la puerta y me observa.

—¿Vienes o te dejo con los ciervos?

Camino tan rápido que siento cómo las heridas de mis pies vuelven a abrirse.

Dante pone el candado, se coloca la capucha del abrigo y lidera el camino de vuelta.

—Apunta bien a tus pies. Está lleno de piñas y rocas.

Sigo la orden y sus pasos, apunto al sendero. La noche cae gélida y silenciosa, solo se oye el susurro del lago.

Intento no pensar en los ciervos, a pesar de que él sostiene que no son una amenaza.

«¿Me dan miedo los animales? ¿A qué le temo? Al agua está claro que no».

Estoy cansada, hambrienta e incómoda. Quiero llegar y dormir, así no tendré que pensar en nada.

Comienzo a contar las piñas que esquivo, intento distraerme. Es entonces cuando lo veo, algo refulgente entremedio de las ramas. Me agacho, mis dedos se hunden en la tierra fría hasta que el oro está en mi mano.

—¿Tienes hambre? —La voz de Dante se aleja junto a sus pasos —. Habrá sopa caliente cuando lleguemos.

Mi cuerpo tiembla y no es por el frío. Me cuesta dominar la linterna, pero logro apuntar a la pesada cadena entre mis dedos. Limpio la suciedad de la medalla circular y acaricio el nombre grabado.

Sara

La angustia humedece mis ojos, me aprieta la garganta.

El té está servido, es mi cumpleaños número quince. Unas manos robustas acarician mi cuello antes de adornarlo con oro. Todos están felices, ya soy una mujer. Veo sonrisas en las caras de los presentes, pero en la mía solo siento… vacío.

—¿Forastera? No te quedes atrás.

Las lágrimas calientan mis mejillas, mi cuerpo no sabe dejar de temblar.

—*Hey*. —Su linterna me apunta, pero tengo la mirada fija en la medalla—. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes ahí?

Mi pecho sube y baja con violencia, la angustia no me cabe en el cuerpo.

—Sara —susurro—. Mi nombre es Sara.

CAPÍTULO 6

SARA

El bosque da vueltas a mi alrededor, la oscuridad se burla de mí y el oro quema en mis manos.

—Sara —susurro—. Mi nombre es Sara. Soy Sara.

Caigo de rodillas, a merced de los recuerdos y el llanto. Llanto que explota en mi pecho y desgarra mi garganta. Llanto que grita la vida. El nuevo renacer.

Hundida en la sal de mis lágrimas y el ardor de mi angustia, no soy consciente de los brazos que me sostienen ni de las manos que acarician mi espalda hasta que el calor me envuelve.

—Sara. Eres Sara y todo estará bien.

—Yo… El collar… —Mis manos temblorosas acarician el dije—. Yo me arranqué el collar. Me arranqué el collar antes de meterme al lago. No sé por qué. Dante, no sé por qué lo hice.

—Shhh. —Su aliento cálido roza mi cuello—. Todo está bien. Estás recordando, Forastera. Estás recordando y eso es bueno. ¿Por qué lloras?

—Sara. —Mi voz aguda se pierde en la noche—. Me llamo Sara. Sé que esto es mío. Sé que soy Sara.

Apoyo la espalda contra su pecho, dejo que me sostenga hasta que la angustia me suelte. Dejo que me salve una vez más.

Las emociones van mermando, anidándose poco a poco dentro de mí.

—Es un placer conocerte, Sara. ¿Crees que puedes contarme qué acaba de pasar en un lugar donde no muramos congelados?

Asiento y Dante nos pone de pie. Recoge las linternas mientras yo junto mis pedazos.

—Vamos a casa.

Me ofrece la mano, mis dedos tímidos se pierden en su piel. Caminamos bosque adentro con la noche a la espalda y mi nombre en los labios.



El calor del fuego y el silencio nos reciben cuando entramos.

Me despojo del abrigo húmedo mientras él deja las herramientas y se quita las botas.

—¿Estás más tranquila?

—Estoy confundida.

No hay dureza en su mirada, solo compresión.

—Necesitamos comer y descansar. Vamos.

—¿Hambrientos? —La voz de Jeremías rompe la quietud. Apoyado en el umbral de la cocina nos mira con una extraña sonrisa —. ¿Mucha actividad física?

El rostro de Dante se contrae ante el comentario que, sin duda, esconde algo más.

—¿Luz?

—Durmiendo desde hace horas, como es de esperar a la… —Jeremías mira su reloj— una de la madrugada. ¿Puedo saber qué hacían por el bosque o es privado?

—Estuve arreglando la calefacción de la escuela.

—¿A la una de la mañana?

Mi atención va de un hombre al otro.

—Vamos a comer. —Dante toma mi mano, me lleva con él—. Tienes que curarte los pies y descansar.

—El tiempo de la *Forastera* se agota, Dante.

Me detengo, mi corazón palpita enloquecido cuando murmuro:

—Sara.

—¿Qué?

Giro, me enfrento a sus ojos claros.

—Mi nombre es Sara.

Jeremías mira por encima de mi hombro.

—Acaba de recordarlo —advierte Dante—. No la presiones.

—¿Sara qué? —insiste. Se acerca. Me acorrala—. ¿Cuál es tu apellido?

—No lo sé. —Me abrazo, pero me obligo a mantener la frente en alto—. Solo recuerdo mi nombre. Sara. Nada más.

—¿Cómo llegaste a la isla?

—No lo sé. No sé cómo llegué. Solo sé que me llamo Sara. Nada más.

—Estás mintiendo. —Sus ojos son llamas—. Dante, está mintiéndonos.

—¡No estoy mintiendo!

—¿Pueden bajar la voz? No quiero que Luz se despierte. —Dante se interpone entre nosotros—. Es tarde. ¿Puedes darnos un maldito respiro, Jeremías? Cuando amanezca hablaremos más tranquilos.

Niega con la cabeza. Sonríe como si no pudiera creer lo que ve. A mí. En su casa. En su isla.

—Estás cegado por una cara bonita, hermano.

—¿Cuál es tu problema? —La nariz de Dante casi roza la del guardaparque—. ¿Te molesta tanto ayudar a una mujer que apenas sabe cómo se llama? ¿Dónde quedó tu humanidad, *hermano*?

En esa lucha de miradas cabe el pasado y el presente. Hay odio y repugnancia. Hay secretos que hielan la sangre.

—Supongo que en el mismo lugar que tu sentido común, enterrado bajo tres metros de mierda.

Me prende fuego con una mirada y se pierde por el pasillo.

—Yo… —Froto mis sienes—. Perdón, estoy causándote demasiados problemas.

—¿Lo dices por Jeremías? —¿Eso es un atisbo de sonrisa?—. Es un problema desde que nació.

El canto del viento mantiene mis ojos abiertos. A pesar del calor del fuego y el cansancio sobre los hombros, el sueño se burla de mí.

La noche es espesa y mi cabeza está vacía, también mi pecho.

Me acurruco entre las mantas, hundo el perfil en el almohadón del sofá. Me concentro en el crepitar del fuego. Poco a poco las llamas y sus matices me adormecen, mi cuerpo comienza a rendirse. Entonces lo escucho. Pisadas. Pisadas que resuenan en la gravilla, cerca de la ventana.

Me incorporo de un salto, aferrándome a la manta. Las sombras me engullen mientras los pasos se mezclan con la voz de la noche. El miedo agudiza mis sentidos, las pisadas juegan con mi cordura.

Cierro los ojos con fuerza.

Está en la ventana.

Mi pulso va a estallar.

Los pasos se acercan a la puerta.

El pánico me paraliza.

Los escalones de madera rechinan.

Las mantas caen, mis piernas corren hacia su habitación.

—Dante —susurro frente a su cama—. ¡Dante!

Se mueve entre las sábanas.

—¿Sirena?

—Alguien quiere entrar a la casa.

CAPÍTULO 7

DANTE

Dos movimientos estudiados, casi robóticos, y estoy fuera de la cama empuñando mi Glock.

Los ojos de la forastera son ventanas al pánico.

—Te encierras en esta habitación y no sales hasta que venga a buscarte. ¿Entendido?

Asiente.

Solo puedo pensar en una cosa mientras atravieso el pasillo: Luz. Su cuarto es lo primero que reviso. Ese rostro inocente y dormido me devuelve el oxígeno.

Pasos mudos me llevan al salón.

Silencio.

El metal frío entre mis manos.

El crepitar del fuego enfurecido.

La adrenalina invadiendo mis venas.

Despejada. La casa está despejada.

Bajo el arma y relajo la postura, suelto el aire despacio.

El crujir de unas ramas me eriza la piel, tensa mis hombros. La semiautomática se acomoda como seda en mis manos otra vez. Tres pasos, mi índice corre la cortina de la ventana. El viento juega con los cipreses y, entre las sombras, unos ojos brillantes se clavan en los míos. Ciervos. Un trío de ciervos huye despavorido.

Exhalo, pero sigo empuñando el frío metal.

La helada me come los huesos cuando salgo y reviso el perímetro. Despejado. Le pongo el seguro a la Glock y verifico que toda la cabaña esté bien cerrada antes de volver a mi habitación.

—Soy yo, abre —susurro.

Tres segundos de silencio y su rostro pecoso aparece.

—¿Estás bien? —Asoma la cabeza al pasillo—. ¿Quién era? ¿Qué pasó?

—Un cazador de sirenas, pero le dije que no vi ninguna.

Sus cejas coloradas se juntan.

—No…

—Ciervos.

—¿Eh?

—Solo era un trío de ciervos. Te dije que bajan del punto más alto y suelen merodear cuando no hay gente.

—¿Estás seguro? —Su mirada húmeda desconfía—. Se oían como pisadas. Eran pisadas.

—De ciervos. Los vi, Sirena.

—Sara —me corrige.

—Son solo animales. No tienes de qué preocuparte, *Sara*.

Baja la mirada, se avergüenza con tanta facilidad.

—No quise despertarte. Realmente creí que había alguien.

—Sería extraño que alguien quisiera meterse a alguna cabaña de la isla, no suele haber desconocidos. Pero, teniendo en cuenta que fuiste capaz de escabullirte del control, no está de más estar alerta.

—Tienes razón. Tal vez mi imaginación… Perdón por entrar a tu habitación. Voy a dejarte dormir.

—No creo que pueda volver a dormir.

—Yo tampoco.

La miel en sus ojos es algo cautivante. Y me pregunto qué esconde.

—¿Quieres un café?

Una sonrisa sutil tira de sus labios.

—Me encantaría algo caliente —susurra y su mirada viaja hasta el arma que descansa en mi mano.

—Guardaré esto primero.

El sabor intenso y amargo del café inunda mi boca; su voz, mi cabeza.

—¿Por qué se odian?

—¿Quiénes?

—Tu hermano y tú. ¿Por qué se odian?

Apoyo la taza sobre la mesa, la inexpresividad en mi rostro hace temblar su voz.

—Perdón. Supongo que no tengo filtro. Debo ser de esas personas entrometidas.

—Curiosa, diría yo. Y también de las que se disculpan hasta por respirar. —La observo, se pone nerviosa. Hace un gesto dulce, casi otra disculpa, y sus manos abrazan el café que viaja hasta su boca carnosa. Esa que tal vez miro más de lo debido—. No nos odiamos. Al menos yo no lo hago. Solo no nos llevamos bien.

—¿Puedo saber por qué?

—Somos polos opuestos.

—No lo parece. Tú estás en el ejército, él es guardaparque. Ambos tienen trabajos responsables, dedicados a la protección, a la gente.

—No sabes cómo son las cosas.

—Tal vez lo haría, si me lo contaras.

El café me amarga o yo lo amargo a él mientras la analizo.

—¿Por qué debería hablarte de mi vida? No te conozco.

—Y no vas a hacerlo, si no hablamos.

—No veo cómo puedo llegar a conocerte, si ni siquiera sabes quién eres.

Sus ojos buscan refugio en las cicatrices de la mesa de madera en la que apoya los codos.

—Perdón, soy un poco bruto.

—Está bien. En realidad, tienes razón. No tengo nada para decir. Supongo que no soy interesante.

—Creo que todo lo contrario.

Ahora me busca. Me gusta la facilidad con la que sus mejillas se encienden. Y lo odio. *Me* odio.

—¿Crees que soy interesante?

—Eres un completo signo de interrogación. ¿Cómo podrías no serlo?

—Me gustaría tener respuestas.

—Ya llegarán.

Continuamos bebiendo y estudiándonos sin disimulo, en silencio.

—¿Puedo hacerte otra pregunta, Dante?

Me dejo caer sobre el respaldo de la silla, relajado por primera vez en días.

—Ya la estás haciendo.

—¿Qué le pasó a tu esposa?

Hielo. Hielo en mi sangre. Hielo en mis pulmones. En mi voz.

—¿Cómo te atreves a…?

—¿Papi? —Luz me interrumpe.

—Princesa, ¿qué haces levantada?

Se acerca y me abraza con fuerza, con necesidad.

—Estaba teniendo sueños *requete* feos.

—¿Pesadillas? —Le acaricio el cabello.

—Sí… Te ibas al cielo con mamita.

Me reduce a cenizas. Cada palabra me reduce a cenizas.

—No voy a ir al cielo, preciosa. —La abrazo fuerte—. Papá siempre estará para cuidarte. ¿Recuerdas lo que te expliqué?

—Sí. No pueden quitarme a mis dos ángeles guardianes. Voy a tenerte siempre.

Sus bracitos me estrujan con fuerza mientras las lágrimas desaparecen.

—¿Quieres que te lea un cuento?

Sus ojos claros miran por encima de mi hombro, curiosos.

—¿Puede la sirena leerme un cuento?

Sonrío por su ocurrencia.

—No sé si la sirena sabe leer.

—¿Sabes leer, Sirena?

Sara se levanta y se acerca a nosotros con los ojos llenos de emoción no derramada. Incomprendida.

—Sé leer. Y algo me dice que me encantan los cuentos.

Mi Luz le sonríe mostrando todas sus perlas de leche, toma su mano y la guía hasta la habitación.

Las sigo en silencio. No voy a dejarla sola con mi hija.

—¡Este! El de la princesa que se parece a ti. —Luz se acurruca a su lado en la cama. La forastera toma el libro y, mientras le acaricia el cabello con dulzura, lee con perfecta entonación:

—«Érase una vez un reino submarino de gran majestuosidad, donde habitaban todas las criaturas marinas que el hombre solo ha conocido en su imaginación y viejas leyendas. Este reino era gobernado por el sabio rey Tritón, el cual tenía cinco bellas hijas sirenas. La menor de todas se llamaba Ariel, quien superaba a sus hermanas en belleza, pero también en curiosidad y atrevimiento».

Me apoyo en el marco de la puerta, los recuerdos humedecen mis ojos. Así me dejo llevar por su voz, hundiéndome en angustia una noche más.

CAPÍTULO 8

SARA

Está en la cocina, pero sé que va a volver con más preguntas. Revisó mis pies y me dijo que están cicatrizando más rápido de lo esperado, le echó un vistazo a los hematomas que decoran mi cuerpo y también se alegró al escuchar mi nombre. Pero sé que hay algo más. Sé que está contándoselo a Dante ahora mismo.

Vuelvo sobre mis pasos y me dejo caer en el sillón justo antes de que ambos regresen a la sala. Al parecer, se me da bien espiar a la gente.

—Sara, ¿qué te parece la idea de salir? —Raquel me mira, pero yo solo veo a Dante.

—¿Salir?

Ambos se sientan, no dejan de observarme.

—Explorar —explica la mujer.

—¿La isla?

—A ti.

Un cosquilleo trepa por mis piernas. La ansiedad humedece las palmas de mis manos y juega una carrera con mi pulso.

—Explorarte a ti, Sara —continúa—. Conocer qué te gusta y qué no, qué te divierte y qué te aburre, a qué le tienes miedo y a qué no…

—A los ciervos. —Hay picardía en la mirada de Dante—. Les teme a los ciervos.

—¿Eso es un recuerdo? —La doctora se fija en mis uñas mordidas.

—Lo descubrí aquí. Creo.

—De eso estoy hablando. Los días pasan y, si continúas encerrada entre estas paredes, las cosas serán más difíciles. El miedo y la ansiedad no harán nada para que tus recuerdos vuelvan. —Toma mis manos, detiene la guerra de pulgares—. Necesitas estimulación, sentirte útil y activa.

—¿Eso me hará recordar?

—Eso te hará conocer quién eres y los recuerdos son parte de lo que somos.

—No sé si quiero arriesgarme a que alguien de aquí me vea. No quiero causarle más problemas a Dante.

—Hoy la isla está llena de turistas hasta la noche, puedes mezclarte con ellos sin inconvenientes —sugiere con expresión maternal.

—Entonces… —Los nervios juegan con mi voz. Miro al hombre que me salvó la vida.

—Parece que saldremos a dar una vuelta, Sirena.



El atardecer acaricia la isla invadida por turistas que intentan capturar con sus cámaras la belleza que ni siquiera los ojos más despiertos logran apreciar.

El viento gélido juega con los cabellos, colorea narices y orejas.

—¿Lista?

Paseo por su rostro, me deslizo por su mandíbula hasta terminar en esos labios. Esos que me resultan fascinantes cuando habla. Cuando dice *Forastera*.

—¿Adónde vamos? —Guardo las manos y la ansiedad en los bolsillos del abrigo.

—A Puerto Pañuelo —responde mezclándose entre la gente que garantiza que mi cabeza de fósforo no llame demasiado la atención.

—¿Así se llama? —Intento seguirle el paso.

—Sí. ¿Por qué? ¿Te parece gracioso?

—Un poco. —Me duele los pies, pero aprieto el paso—. ¿Qué haremos allí?

—Un amigo me prestará su auto. Iremos al centro.

—Creí que no tenías amigos por aquí. En la isla todo parece… solitario. —Tengo que trotar para alcanzar sus zancadas—. ¿Cómo puedes caminar tan rápido estando discapacitado?

Se da vuelta como si el mundo hubiera dejado de girar. Y colisionamos. Su pecho contra el mío. Su furia contra la disculpa que no me deja verbalizar.

—No soy discapacitado.

Lo siento. Siento el dolor con el que escupe aquella palabra. Como si fuera algo malo. Como si fuera un error.

—Per… —Miro hacia arriba, esos ojos cristalinos queman—. Perdón, no quise... Es que…

—Se nos hace tarde —murmura y se aleja.

Si tuviera un *ranking* de cosas preferidas, ver este atardecer sin duda estaría en el puesto número uno.

—¿Concentrada?

Sigo su voz, me acerco a la cabina. La lancha es inestable, igual que yo.

—Embelesada.

—Es un paisaje vivo, nunca deja de sorprenderte.

Admiro la belleza. Me concentro en el sonido del agua. Y le pongo voz a un pensamiento fugaz.

—Luz tiene suerte de crecer en un lugar así.

Me observa, me analiza otro poco. Creo que no dejó de hacerlo desde que me encontró.

—Me intriga saber dónde creciste, Sirena.

—A mí también.

Está concentrado en dominar las olas con las que juega el viento, pero hay algo que no dice.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—¿Qué sientes? —La pregunta es tan profunda como su voz—. ¿Qué presentimiento tienes acerca de tu infancia? ¿Qué imaginas?

La puesta de sol se dibuja sobre el agua. Mi mente bucea entre las nubes y el eco de su cadencia.

—Es extraña.

—¿Qué?

—La angustia que me produce pensar en mi infancia.

Mis ojos se llenan de lágrimas sin historia, mi piel se eriza con un recuerdo invisible.

—Disfruta del paisaje, Sirena. Las aguas serán turbias cuando regresemos esta noche.

Asiento. Intento pausar la guerra que divide mi pecho y abrazar este presente prestado.

Cuando desembarcamos, la ansiedad me consume. No soy consciente de mi postura rígida y cabizbaja, de mi paso rápido y la tensión en los músculos, hasta que Dante toca mi brazo.

—Vas a chocarte con medio mundo si no miras al frente —habla cerca de mi oído, despierta mi piel—. Estás a salvo. Relájate.

Inhalo profundo, el aire gélido arde en mi garganta. Relajo el paso y levanto la cabeza.

Puerto Pañuelo cabe en la palma de mi mano. Una cafetería, una tienda de regalos y algo más.

—Creí que esto era inmenso —confieso.

—Es bastante grande para mí. Cumple su función.

—¿Adónde vamos? —Me abrazo—. Voy a morir congelada en cualquier momento.

—¿Lo dice la mujer que corría desnuda por el bosque?

—¡No estaba desnuda! —Me arrepiento de alzar la voz, desperté la curiosidad de la gente.

—*Casi* desnuda, Sirena. No vas a quejarte ahora que tienes abrigo.

Lo sigo en silencio, recorremos el camino de gravilla hasta la entrada del puerto. Dante saluda a los guardias refugiados en la casilla de control.

—Espérame aquí.

Se aleja, me deja sola. Sola y paranoica. Se detiene junto a una camioneta negra y golpea la ventanilla. Un hombre gigante y de cabello largo baja del todoterreno. Me cuesta creer que supera a Dante en tamaño y musculatura. Su expresión es intimidante y me deja más tiesa que el invierno.

Un saludo militar y un abrazo fraternal hacen que los hombres intercambien risas. El gigante clava sus ojos en mí. Una sonrisa con aires de complicidad se estampa en su rostro antes de dirigirse a Dante. Conversan mientras el frío se come mis huesos.

Cuando creo que estoy a punto de perder las piernas, el gigante baja una moto de la parte trasera de la camioneta. Sube. Acelera. Desaparece.

Dante me hace señas y me acerco.

—¿Ese era tu amigo?

Me abre la puerta del acompañante.

—Víctor. Fuimos designados juntos a una misión, desde entonces trabajamos en equipo. —Me pone el cinturón de seguridad como si yo no fuera capaz de hacerlo—. Cuidado con los dedos —advierte y cierra la puerta.

Dejo que la calefacción me acaricie mientras lo veo rodear el vehículo. Su perfume lo impregna todo apenas se sienta y enciende la radio.

Nos alejamos del lugar para adentrarnos en la más angosta de las rutas. El vértigo me revuelve el estómago. O tal vez es el miedo que no me suelta.

—Elige la música.

—No sé qué música te gusta.

—Esto no se trata de mí, se trata de ti. —Señala la radio—. Experimenta.

Miro el artefacto antes de acariciarlo con los dedos. Una música vibrante y eléctrica comienza a sonar. Me aturde. Rechazo el sonido y cambio de estación. Una voz grave y desgarrada, acompañada de

una batería furiosa, lo acapara todo. Me pone nerviosa, la rechazo también. Varios intentos más tarde, bajo la mirada curiosa de Dante, doy con una melodía que me gusta. Que me hace sentir… algo. La voz masculina y seductora me relaja. Cierro los ojos, por un instante me transporto hacia algún lugar. Uno donde no soy un lienzo en blanco. Uno donde no estoy perdida. Uno donde no tengo miedo.

—Elvis Presley. —Dante sonríe y niega con la cabeza.

—¿Eh?

—Parece que tienes buen gusto, Sirena.

El elogio me saca una sonrisa y apaga el fuego de la ansiedad.

—¿Qué haremos primero?

—Comer. Muero de hambre.

—Siempre tienes hambre.

—Soy un hombre de buen apetito.

Nuestras miradas se cruzan. Dura un suspiro, pero me permito perderme en cada detalle de su rostro maduro y reconocer lo bien que lleva los años.

El resto del camino se escapa sin hablar, solo con la compañía de la música que flota entre nosotros. La urbanización comienza a filtrarse, rodeada por montañas y lagos de ensueño. Este lugar es mágico. Y no sé qué hago aquí.

Tengo la nariz pegada al vidrio y los ojos maravillados. Estoy tan hipnotizada por la belleza que apenas siento que nos detenemos. El motor se apaga. Dante baja y abre mi puerta. Me ofrece la mano.

—Vamos a conocerte, Forastera.

CAPÍTULO 9

SARA

—No hay forma de que podamos comer todo esto.

La mirada pálida de Dante me busca.

—¿Me estás desafiando?

Observo la absurda cantidad de comida.

—Pastas, hamburguesas, tartas… y —señalo el plato que el mozo acaba de dejar— ¿qué es eso?

—Es Selva Negra, una porción de mi pastel preferido.

Miro por la ventana, la noche se acomoda entre las montañas. La vergüenza, en mi pecho.

—No deberías haber pedido todo esto, es ridículo.

—¿Por qué? —Sirve una copa de agua para mí.

—Porque no vamos a comerlo todo, estás tirando tu dinero a la basura.

—Exacto, *mi* dinero. —Corta un trozo de tarta de atún—. Por lo tanto, puedo gastarlo en lo que quiera.

—Es ridículo —murmuro avergonzada—. No tienes por qué gastar tu dinero en mí. No quiero.

—¿Sabes qué es ridículo? Que sigas hablando cuando todo esto huele tan delicioso. —Acerca el tenedor cargado a mi rostro—. Abre la boca, Sirena.

El tono autoritario contrasta con la dulzura del gesto. Y ese detalle, insignificante para otros, me eriza la piel. Obedezco sin

vacilar.

—Saboréalo bien.

Los sabores explotan en mi boca. El pescado es intenso y la masa crocante. Las verduras se combinan con especias que no logro identificar.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Me gusta, pero no me fascina.

—Uf… —Se lleva la mano al pecho—. Es mi tarta favorita.

Me disculpo con un gesto tímido, de esos que florecen a su alrededor. No sé qué es, no sé por qué, no sé si se debe a su actitud dominante, pero tiendo a sentirme pequeña e inexperta a su lado.

—Probemos con esto. —Pincha un raviol de ricota. Repite el gesto llevando el cubierto a mi boca.

Saboreo la exquisita pasta con los ojos cerrados.

—Esto me encanta.

—¿Del uno al diez?

—Diez. Definitivamente diez.

Sus ojos están perdidos en mi boca. Me mira de una forma diferente. Más intensa, más oscura.

—Hace calor —susurro.

Alguien se aclara la garganta y la burbuja de sabores y miradas ardientes explota.

—Disculpen. —El joven mozo deja dos copas delgadas sobre la mesa—. Son invitación de la casa —agrega y me sonríe—. ¿Le gustaría algo más, señorita?

—Estamos bien por ahora. —La voz de Dante es tan tajante como su mirada—. Gracias.

El mozo se aleja dejando una extraña tensión en el aire.

Algo cambió. Dante está sumido en sus pensamientos y quiero saber qué hay en su cabeza. Quiero saber por qué ya no me mira ni me habla.

Deslizo un plato hasta tocar su mano.

—¿No vas a comer tu tarta preferida?

Alza la mirada gélida. Acepta el plato y comienza a comer con desgano.

Juego con las mangas del suéter, busco coraje y mi voz.

—¿Hay algún problema? ¿Dije algo malo o…?

—Deberías probar la hamburguesa antes de que se enfríe.

Lo hago, como bajo su vigilancia.

No dice una sola palabra hasta que solo quedan esa porción de Selva Negra y mil preguntas en el aire.

—¿Cuál es tu color favorito?

Mi patético intento por recuperar el clima agradable lo toma por sorpresa. Me mira fijo antes de responder.

—El rojo.

Intento no tocar los mechones en llamas que enmarcan mi rostro.

—Por… —Mi tenedor se atreve a cortar un trozo de pastel—. ¿Por qué?

Siento sus ojos sobre mí, siguiendo el recorrido que el pastel hace hasta mi boca.

—Es un color con personalidad.

Frunzo el ceño, saboreo el chocolate intenso. Amargo.

—¿No tienen todos los colores personalidad?

—El rojo es fuerza. Es furia. Pasión. Vida y muerte. Es un color poderoso y seductor.

Vida y muerte.

El suéter me parece demasiado abrigado; el aire, tan espeso como el chocolate que degusto.

—¿Y el tuyo?

Le robo otro bocado a su postre. Me encanta.

—Ya sabes que no lo sé.

—Mira a tu alrededor. —Me quita con delicadeza el cubierto y sus dedos rozan los míos—. Ahora. ¿Cuál es el color que más te gusta?

Me siento hipnotizada cuando relame el chocolate de sus labios.

—No lo pienses demasiado.

Me muevo incómoda en el asiento, mis ojos exploran el lugar.

—El amarillo —afirmo, deteniéndome en un cartel que dice: *Vive simple, sueña grande.*

—¿Por qué?

—Es vibrante, atrevido. Es vida y… —Niego con la cabeza.

—¿Y qué?

—Me hace sentir… feliz.

Me sonríe. ¿O me lo imagino? No. Es real. Es fugaz y conserva esa rigidez de la que no puede desprenderse.

—La Selva Negra estaba deliciosa. Todo, en realidad. Gracias por la cena.

—¿Qué fue lo que más te gustó?

Me sorprende lo que pienso, lo que callo y lo que eso me hace sentir.

—Las pastas.

Ladea la cabeza, me mira de esa forma… ¿Cómo si pudiera penetrar mi mente? ¿Descifrarme?

—Voy a pedir la cuenta.

Cuando el suspiro de la noche me acaricia, despierto del trance que supuso cenar con este hombre taciturno, protector, serio. Y cálido. Dulce.

—Dime una cosa, Sara, la joven que le teme a los ciervos, ama las pastas, el chocolate y el color amarillo, ¿qué quieres hacer ahora?

Una risa genuina y liberadora nace en mi garganta. Mi mente repite el sonido de mi nombre en sus labios y me doy cuenta de cuánto me acostumbré a su molesto *Forastera*. O su provocador *Sirena*.

Me pierdo en el cielo salpicado de estrellas.

—¿Podemos caminar?

—¿Quieres que ejercitemos para quemar todas esas calorías? —Señala con su pulgar hacia atrás, al restaurante que se convirtió en mi favorito.

—No creo que el ejercicio sea lo mío.

—Me pregunto qué será lo tuyo.

El silencio y la comodidad juegan con la noche, con nosotros.

—¿Qué es *lo tuyo*, Dante?

—El ejército, mi familia.

—¿En ese orden?

Mi voz es un imán, atrae su mirada. Esa que me deja claro que no le gusta que indague en su vida. No demasiado.

—Así fue por mucho tiempo. —Suspira—. Demasiado tiempo.

—¿Cuándo te uniste al ejército?

Camina despacio, esconde las manos en los bolsillos de su abrigo negro.

—Estudié en el Liceo Militar desde los catorce años. Este mundo es todo lo que conozco.

—¿Siempre supiste que querías ser militar?

—Siempre supe que quería sentirme fuerte, útil y respetado. —Patea piedritas que se interponen en su camino—. Y también tenía…

El silencio se roba el resto de sus palabras dejando un sabor agrio en el viento.

—¿Qué? ¿Qué tenías?

Me observa, sé que analiza si soy digna de su verdad.

—Tenía una hiperactividad incontrolable.

—¿Y eso?

—Eso significa que era un grano en el culo para todos mis profesores. O eso decían. —Sonríe como si recordara buenos tiempos—. Nada se ganaba mi atención por demasiado tiempo. Era muy hiperactivo e impulsivo. Ese fue mi mayor problema, el exceso de energía. Y la impulsividad.

—¿Te causaba problemas para estudiar?

—Problemas de conducta. Sabía que algo era incorrecto, pero igual lo hacía. No podía controlarlo.

—Pero eras solo un niño. ¿No necesitan todos los niños explorar, hacer travesuras, equivocarse?

Niega con la cabeza.

—No era normal.

—¿Qué no es normal? ¿No soportar una clase que no te interesa? ¿Querer probarlo todo? ¿Gastar tu energía?

—Daba igual, siempre terminaban echándome.

—Hasta que entraste al Liceo.

—Hasta que entré al Liceo. Ahí supieron domarme. Ahí el exceso de energía era un atributo y la impulsividad… puede resultar un as bajo la manga, en especial cuando te unes a la División Especial de Seguridad Halcón.

—Creí que ser impulsivo podía causarte muchos problemas en algo tan… táctico y delicado.

—Lo hace, a veces. Pero el impulso te vuelve valiente. Y valentía es lo único que necesitas para caminar este mundo.

Sus palabras se meten bajo mi piel, buscan un lugar donde anidar para siempre.

—Me gusta cómo piensas —confieso.

La quietud de la noche nos abraza mientras caminamos entre turistas que prueban chocolates y admiran la belleza del sur.

Me detengo cuando una melodía vibrante acapara todos mis sentidos. Clavo mis ojos en la puerta negra, sé que es un club. Tiene que serlo.

—¿Eso que se escucha es… salsa?

—Sí.

Las risas, la música y el calor se escapan cuando la puerta se abre y una pareja entra.

—¿Qué estás pensando, Forastera?

—Nada.

—Dilo.

Me detengo. Nos miramos.

—Quiero… bailar.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Quiero bailar. Ahora.

—¿Qué pasa con tus pies? ¿No te duelen?

—No. Ya no —miento, le doy la mano al impulso—. Pero... ¿tú? —Miro su pierna casi sin querer—. ¿Puedes?

—Yo no bailo.

—Perdón por sugerirlo, no quise…

—Puedo hacerlo —me interrumpe—. Solo no sé cómo. Y no me interesa.

—No hay nada qué saber, todos bailan. ¡No es una ciencia!

—Tengo dos pies izquierdos, créeme. Yo *no* bailo.

—¿Te asusta hacer el ridículo? —Lo provoco y desvía la mirada—. ¿Encontré algo que asusta al Gran Dante? No lo puedo creer.

—¿Asustarme, Sirena? —De espaldas, camina hacia el club sin dejar de mirarme—. Espero que esos zapatos te queden cómodos.

CAPÍTULO 10

DANTE

Ignoro el cansancio que repta por mis huesos y decido demostrarle que el *Gran Dante* no le tiene miedo a nada.

Escucho la risa de la forastera pisándome los talones.

—¡Dante, espérame!

El clima tropical que se respira en este subsuelo contrasta con el invierno despiadado, haciendo que la ropa comience a estorbar.

Una mujer seductora nos indica que podemos dejar nuestras pertenencias en los *lockers* cercanos a los baños.

Nos adentramos en la humedad y la locura de los cuerpos que se mueven al ritmo de la música. Apenas cabe un alfiler. Siento el impulso de tomar la mano de la pelirroja y no soltarla hasta cruzar el mar de gente. Y lo hago luchando con la electricidad que me consume cuando sus dedos se entrelazan con los míos.

Cuando los casilleros aparecen, suelto su pequeña mano como si hubiera estado sosteniendo el sol.

—¿Guardamos todo en uno solo? —pregunta y asiento.

Entre el juego de luces y sombras, me quito el abrigo mientras la observo despojarse del suyo. Prenda a prenda, su figura se va revelando.

Desabrocho los primeros tres botones de mi camisa sin poder quitar los ojos de su cuerpo, que solo viste pantalones y una camiseta blanca de tirantes que acentúa sus curvas.

—¿Vas a quedarte así?

Se mira antes de cerrar el *locker*.

—Hace demasiado calor aquí.

La imagen se me atora en la garganta.

—Ve a divertirte, Sirena.

Sus ojos se iluminan, maravillados, cuando la música cambia y el vitoreo de la gente estalla.

—Lo haré, si vienes conmigo.

Su mano está en el aire, esperándome. Me sorprendo cuando la acepto y dejo que lidere el camino.

Mis hombros rozan pieles extasiadas y, poco a poco, formamos parte de la locura.

Las sombras no me dejan ver la miel en los ojos de la sirena que se acerca a mi pecho.

—¿Qué haces? —grito por encima de la música cuando toma mis manos.

—¡Bailar! —Tiene una sonrisa pintada en el rostro. Una sonrisa sensual—. ¡Vamos!

—¡Te dije que no sé bailar!

—¡Solo mira a los demás e imítalos! ¡No es difícil!

Miro alrededor, hay parejas sincronizadas a la perfección. Hombres moviéndose con carisma y mujeres, con sensualidad.

—Tu pierna hacia adelante, la mía hacia atrás —susurra cerca de mi oído, devolviéndole vida a mi piel—. ¡Solo sígueme!

No sé qué es lo que dijo, solo sé que no puedo ignorar la sensación de su aliento cálido en mi cuello.

Lleva nuestras manos unidas a la altura de la cintura.

—Tu pierna izquierda adelante y mi pierna derecha atrás.

Hago lo que dice, llevo mi pierna sana hacia delante, intento seguir el ritmo que impone su cuerpo. Estalla en risas cuando la piso con torpeza.

—Te dije que no servía para esto.

—¡Lo estás haciendo genial! —miente—. ¡Solo suéltate un poco!

Lo intento. Intento no pensar en los perfectos movimientos de la gente que nos rodea y enfocarme en ella. En esas mejillas rojas, esa

boca carnosa curvada por la risa y ese cabello de fuego meciéndose sobre su cintura.

Casi sin darme cuenta domino el paso, el único que repetimos una y otra vez. La camisa se va pegando a mi cuerpo, la forastera juega con su pelo.

—¡Esto me encanta! —lo grita ella, lo grita la humedad de su piel.

Con un movimiento rápido e inexperto la hago girar. Y explota en risas cuando la acerco a mí.

—¡Dijiste que no sabías bailar! —Creo que me halaga.

—Esto no es bailar, solo estoy haciéndote girar.

Apoya las manos en mi pecho. Luce libre. Como si tuviera todas las respuestas que busca. Que busco.

—Entonces me encanta girar.

La música cambia a un ritmo algo más lento, mucho más íntimo.

—¿Bailamos? —Leo sus labios rosados.

Quiero complacerla. Quiero que sonría y se sienta poderosa. Quiero que se descubra y retome su vida, pero hay algo que se esconde entre mis costillas. Algo que no me deja respirar.

—Tengo que ir al baño.

Me pierdo. La dejo sola en el medio de la pista y huyo como un cobarde, chocándome con los cuerpos hipnotizados.

Me encierro en el baño, apoyo la frente en la pared y llevo una mano hasta el bulto en mis pantalones. Aprieto la dureza, odiándola, intentando hacerla desaparecer.

Cierro los ojos.

Inhalo profundo y exhalo. Busco erradicar de mi mente su sonrisa y las pecas en su escote.

Pero sigue ahí. La dureza entre mis piernas y en mi pecho, atormentada por el recuerdo de la única mujer que amé, sigue ahí.

—Cálmate —mascullo, apretando la frente contra la pared, luchando a mano limpia con la angustia—. No es para ti. No es para ti.

Meto la mano en el bolsillo del pantalón, toco el anillo que solía estar en mi dedo anular. Ese que aún llevo a todas partes.

Respiro profundo, acaricio el oro.

Los minutos pasan y la calma llega.

La puerta se abre, deja pasar la melodía. Y vuelvo a la realidad.

Me lavo la cara. Me miro al espejo, busco en mi reflejo la fuerza para continuar con esta noche.

Cuando salgo, me arrepiento al instante de haberla dejado sola. Resulta imposible encontrarla entre las luces tenues y el tumulto.

Serpenteo, me abro paso intentando dar con el objetivo rojo. Y lo encuentro. Y desearía no haberlo hecho.

Sus caderas seducen a la música lenta y sensual. Sus manos se enamoran de su cabello dejándolo caer sobre su hombro. Su boca voluptuosa se abre en una sonrisa que pone de rodillas a todos mis demonios. Y sé que no pretende seducir, pero ese rostro es un pecado.

Pero no es ella quien altera mi pulso, son las manos masculinas que se aferran a su cintura.

Doy un paso al frente, pero me detengo. La observo bailar sin pudor, confiada en sí misma, disfrutando con inocencia del momento.

¿Qué voy a hacer? ¿Arrancarle la cabeza al tipo que se mueve con destreza a su ritmo? ¿Por qué? ¿Con qué derecho?

Mi ego herido se arrastra hasta una mesa al fondo del salón y se sienta, pero sus ojos siguen fijos en la sirena. Deja que la imagen lo torture, que esos cuerpos jóvenes unidos por la sensualidad se graben en su mente.

La conversación con Víctor vuelve sin compasión.

—¿Pelirroja?

—No es lo que piensas, Víctor. Voy a explicarte toda esta historia después.

—Por cómo te está mirando, es lo que pienso, hermano. ¿Bebiendo de la fuente de la juventud? ¿Cuánto tiene? ¿Veinte años?

—Siempre tan cavernícola. Deja de mirarla. No me obligues a romperte la nariz, Romero. No otra vez.

—¿Quién es el cavernícola ahora?

—Cierra el pico.

—Acá está la llave. Que tú y tu no es lo que parece *pasen una hermosa noche.*

Las palabras de Romero y las caderas de la pelirroja juegan con mi sensatez. Con mi paciencia y autocontrol.

Sus pasos están perfectamente sincronizados con los del imbécil que la lleva adelante y atrás. Hay soltura, disfrute y costumbre en cada uno de sus movimientos. *Costumbre*. Está claro que la sirena sabe lo que hace.

Manos juguetonas, piernas ágiles, sonrisas, pasos seductores y esa eterna melodía caliente que me ata al potro de tortura.

No lo soporto más.

Saco el teléfono, le escribo un mensaje a mi madre.

¿Cómo está Luz? ¿Ya se durmió?

Masajeo mis sienes.

«No la mires. No la mires. No la mires».

La pantalla del celular se enciende.

Sabes que cuesta dormirla cada vez que viene aquí, pero lo logré. ¿Puedes despreocuparte? Deberías aprovechar y salir un rato, tomar aire. Estás muy solo, hijo. Todos necesitamos un poco de compañía.

Esa es mi madre. Lleva tres años recalcándome lo bien que me haría un poco de *compañía*. Si supiera que estoy con una mujer ahora mismo, aunque solo sea viéndola bailar, enloquecería.

Estoy bien, mamá. Te veo mañana. Te quiero.

La música desaparece. Es un *impasse* de risas y silbidos que dura un segundo, hasta que otro ritmo tropical se enciende con fuerza.

Los ojos de Sara escanean todo el local, ignorando a su compañero de baile. Después de rebotar por cada uno de los rostros, dan con el mío.

Una sonrisa de ensueño curva sus labios y camina decidida hacia mí, radiante.

—Te perdí. —Se sienta a mi lado.

—Creo que soy yo quien te perdió. ¿Divirtiéndote, Sirena?

—Muchísimo. —Intenta recuperar el aliento—. Mientras bailo no pienso en nada más. Solo siento la música. Es como si me desconectara del mundo.

—Ya lo creo. —Trato de ignorar el satín de su piel y su cabello alborotado—. No estabas improvisando, sabes lo que haces.

—¿Crees que sé bailar?

—No me cabe duda. Más con un compañero tan joven que te sigue los pasos.

Sus ojos de miel vuelven a la pista.

—¿Tan joven? Lo dices como si fueras viejo.

—Te llevo, por lo menos, diez años. Estoy seguro.

—¿Y eso es malo?

—¿Malo para qué?

Niega con la cabeza, sonríe avergonzada.

—Tobías es buen bailarín, pero…

—¿Tobías? Veo que no perdieron el tiempo.

La sonrisa de la forastera desaparece al igual que mi juicio.

—¿Hay algún problema?

—Ningún problema. —Miro mi reloj, es tardísimo—. ¿Quieres quedarte con él?

—¿Qué?

Me acerco un poco más.

—Si quieres quedarte con él. Seguir bailando.

Sus pestañas aletean llenas de desconcierto.

—Vine contigo. No quiero pasar la noche con nadie más, solo contigo.

Ahí está, levantándose, aferrándose a las cuerdas, preparándose para un segundo *round*, mi ego malherido.

Es un duelo de miradas intenso. Somos conscientes de la atracción. De la tensión.

—¿Qué…? —Relame sus labios—. ¿Qué estás pensando?

«Que quiero perderme en esa boca. Saborearte hasta los miedos. Eso estoy pensando».

—Yo…

—¿Dante?

Esa voz pincha la burbuja. Y lo agradezco.

—¿Interrumpo algo? —pregunta y nos sonríe.

—¿Sol? —Estoy atónito.

—¡Jamás imaginé encontrarte en un lugar como este!

Su abrazo me vuelve piedra, pero le devuelvo el gesto.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Espero no verme tan aturdido como sueno—. ¿Y tú? ¿Cómo están tus padres?

—¡Uf! Pidiendo nietos. —Ríe—. ¿No vas a presentarme a tu chica?

Miro a la sirena.

—Ella no es mi chica. Sara es… una amiga.

—Un gusto conocerte, Sara. —Le tiende su mano—. Mi nombre es Sol, soy amiga de Dante y de su esposa.

Esa palabra desata un incendio dentro de mi pecho.

La forastera me busca incómoda.

—Perdón, de Marlene —se corrige—. Me alegra verte bien, Dante. —Toma mi mano, la aprieta—. De verdad, me alegra verte.

—Cuídate, Sol. Y saluda a tus padres de mi parte.

—Lo haré. —Sonríe, nos mira a ambos y se aleja.

La tensión ocupa un lugar en esta mesa. Solo queda el humo del fuego que ardía entre nosotros.

—¿Te parece si regresamos a la isla?

—Sí, estoy cansada.

Me castiga con su silencio desde que dejamos el club de salsa en el recuerdo.

Ni una sola palabra durante la larga caminata que nos llevó hasta la camioneta.

Ni un solo sonido desde que nos adentramos en la carretera.

Enciendo la radio solo para no volverme loco.

—¿Tienes frío?

Niega con la cabeza, su atención está en la ventana. Contempla el cielo estrellado.

Asiento, aceptando que silencio es todo lo que va a darme.

Tamborileo los dedos al compás de Muse, dejando kilómetros de noche atrás.

Un movimiento brusco nos sacude. Aminoro la marcha, me detengo a un costado del camino desolado.

—¿Qué pasó?

—Carajo. Creo que pinchamos.

—¿Pinchamos? —Mira hacia atrás por el espejo.

—¿Puedes fijarte si hay una linterna en la guantera?

Abre el compartimento y busca, la encuentra entre papeles y golosinas. La agarro, coloco la baliza y bajo.

La rueda derecha está deshecha.

—¿Qué tan malo es? —La forastera se acerca.

—Ya es basura.

Se agacha a mi lado, inspecciona.

—¿Tienes un *cricket*? —pregunta—. ¿Qué pasa? Me estás mirando como si tuviera un cuerno en la frente.

—¿Me estás pidiendo un *cricket*? ¿Vas a cambiar la rueda?

—¿Crees que no puedo cambiar una rueda?

Busco las herramientas detrás de la camioneta.

—No dije eso. Solo estoy sorprendido. No recuerdas nada y… Olvídalo.

—No sé si tomarlo como un halago o un insulto.

Me acerco con el gato hidráulico. La forastera me lo quita, lo coloca debajo del vehículo y comienza a levantarlo.

—¿Tienes una llave cruz?

Busco la herramienta y la pongo en sus manos. La observo, afloja las tuercas de la rueda una por una.

—Pásame la rueda de auxilio —masculla con la pequeña linterna entre los dientes— y deja de mirarme así.

Sonrío y obedezco sus órdenes.

Coloca la rueda sana, ajusta las tuercas con paciencia y hace descender la camioneta.

—Esto es un espectáculo, Sirena. Yo hubiera tardado una década.

Coloca el *cricket* en la parte trasera y comprueba por última vez que todas las tuercas estén ajustadas.

—De nada. —Pone la llave cruz en mi mano.

—Una maravilla —susurro contemplando el neumático nuevo mientras ella sube a la camioneta.

Me apoyo en la ventanilla baja.

—¿Podemos irnos ya? —Se acurruca con una manta que seguro encontró en el asiento de atrás—. Falta mucho para llegar al puerto, ¿no?

Me pierdo en sus ojos cansados, su nariz coloreada por el frío y ese brillo inexplicable a su alrededor.

—Bailas como una profesional y cambias la rueda del todoterreno como un mecánico. ¿Quién eres, Sirena?

CAPÍTULO 11

SARA

E*l último bucle de cabello cae sobre mi espalda. Trato de no llorar, no debo arruinar mi maquillaje. Acaricio la cadena de oro que adorna mi cuello, aquel dije que lleva mi nombre. Podrá verse como una delicada joya, pero se siente una soga que me condena a la horca. Pesada. Inevitable.*

Inhalo profundo, recuerdo sus palabras.

«Eres fuerte. Eres mujer».

Cierro los ojos, clavo las uñas en mis palmas y busco refugio en ese dolor.

La puerta se abre, lo veo a través del espejo. ¿Qué hace aquí tan temprano? No se supone que esté conmigo. No todavía.

Su paso es decidido y viene hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —Intento arrancar sus violentas manos de mi cuerpo, pero es más fuerte—. ¡Basta! ¡No! ¡No!

No importa cuánto luche, los dos sabemos cómo terminará esto.

No hay otro camino, no para mí.

—¿Sirena?

Miro alrededor, las lágrimas nublan mi visión. Arruinan el maquillaje. No debía arruinar mi maquillaje. No debía arruinarlo*.*

—¿Dante?

Su toque duele. Quema. Marca.

—¿Sirena?

—¡Dante!

Mis manos están atadas.

Mis labios, cosidos.

Este es mi destino.

Aquí dejo de ser yo.

—Sirena. —La voz llega a mí desde todos los ángulos—. Sirena, estoy aquí. Despierta. Despierta, Sirena…

Mis párpados ardientes se abren, liberando una cascada de temores.

—¿Estás bien?

Intento reconocer el rostro que se encuentra a centímetros del mío, pero la humedad de mis ojos me lo impide.

—*Hey*, ¿estás bien?

Es ajena la caricia que roza mi mejilla y se lleva las lágrimas. Pero no el miedo. Él permanece, anida muy dentro de mí.

—Estás despierta, Forastera.

«Forastera. Forastera. Forastera».

—¿Dante?

Mi mirada aturdida enfoca esa barba casi rubia, esos ojos como el cielo, esa boca con la que anoche soñé despierta. Tal vez. *Dante*. Obedezco al impulso que me obliga a rodearlo con los brazos y respirar sobre su piel hasta que el pánico me suelta.

—Hola —responde con incomodidad a mi abrazo desesperado.

—Hola.

—¿Pesadillas, Sirena? —Sus manos caminan mi espalda—. ¿O Jack el Destripador entró a la cabaña y está usando el baño?

Sonrío y me esfuerzo por borrar el rastro de la pesadilla.

—¿Te desperté?

—¿Despertarme? Casi me matas del susto, gritabas como si alguien estuviera despellejándote viva.

—Perdón. —Peleo con las ganas de quedarme entre sus brazos y me alejo—. Menos mal que estamos solos. Tu hermano terminaría de pensar que estoy loca si lo hubiera despertado con mis gritos.

—Y Luz ya estaría llorando, igual o más fuerte que tú. —Su pulgar borra una lágrima caprichosa de mi pómulo. La última.

Permanezco atada a su mirada mientras pasea por mis facciones.

—¿Qué soñabas?

Me permito contemplarlo también. Sigo el rastro de piel desnuda hacia el sur, encontrándome con un bóxer negro. Y no necesito saber quién soy para afirmar que es la primera vez que veo a un hombre en ropa interior. Lo *sé*. Lo siento.

Agarra un almohadón y lo coloca sobre sus piernas.

—Escuché que gritabas y ni siquiera pensé en vestirme. Discúlpame. Voy a ponerme un pantalón, ahora vuelvo.

Desvío la mirada cuando se levanta con el cojín sobre su hombría.

Mis párpados se cierran.

Oigo cajones abrirse y cerrarse.

Me concentro. Inhalar. Exhalar. Nunca pareció tan difícil.

La pesadilla aún vibra en mis huesos; la verdad, en mi pecho.

Escucho sus pasos sobre la madera, lo veo regresar. Vestido. Trae dos mantas. Estira una sobre la alfombra, al lado del sofá donde duermo, y se acuesta con ligera dificultad. Se tapa hasta la cadera con la cobija más liviana, cruza los brazos detrás de su cabeza y clava los ojos en mí.

—Duerme tranquila, estaré aquí.

—¿Vas a dormir en el suelo? Va a dolerte la pierna.

—Voy a vigilar tu sueño.

No puedo contener la risa, dejo que corra.

—¿Vas a vigilar mi sueño? —Me acomodo de perfil, disfruto de la vista.

—Sí.

Oigo el crepitar de la chimenea, la calma de la madrugada.

—Estás muy cerca del fuego.

—Me gusta la adrenalina.

Las llamas dibujan sombras sobre sus párpados cerrados.

—El que con fuego juega, se quema —susurro.

—¿Lo dices por experiencia? —Acepta mi silencio—. Que descanses, Sirena.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? Ni siquiera me conoces.

—No me hace falta conocer tu historia para sentir empatía. Tuviste un momento de vulnerabilidad. Sé lo que se siente. Sé lo que

es estar perdido, vacío. Todos sangramos, Forastera.

—Me cuesta creer que alguien tan grande y fuerte como tú puede ser vulnerable.

—Lo fui. —Suspira—. Muchas más veces de las que quisiera recordar.

—¿Cuándo te sentiste más vulnerable que nunca? —hablo en un susurro, acercándome más al borde del sofá.

Su pecho se hincha buscando oxígeno o coraje.

—Cuando perdí a mi esposa.

Dejo que el silencio absorba el dolor de su confesión. El ambiente es tenso. Está cargado de emociones desconocidas, pero familiares.

—¿No vas a preguntarme nada? —Sonríe de costado, pero no puede alejar la tristeza del gesto—. ¿Estás segura de que te sientes bien?

—No quiero ser bruta ni entrometida. Estoy intentando domar mi curiosidad.

Posa la atención en el techo, solo se oye el crepitar del fuego.

—Me hacía humano, ¿sabes? —El tono de su voz se suaviza—. Ella me hacía humano.

—¿Marlene?

—Vivo evitando pronunciar su nombre, a pesar de que suena a cada minuto en mi cabeza.

—No puedo imaginar lo que debes sentir.

Lucha por oxígeno como si estuviera ahogándose en recuerdos.

—Me enamoré de ella solo con verla, pero cuando oí su voz supe que era la mujer de mi vida. Hablamos de una clase de amor en peligro de extinción. —Me mira—. Incluso sus defectos me parecían perfectos. Era hermosa, dulce, inteligente, decidida, carismática. Todos en mi familia la adoraban. Todos sabían que ella me hacía mejor persona, que sacaba a relucir la mejor versión de mí mismo. Y juntos éramos algo excepcional. Pero yo… —pasa las manos por su rostro, deja un brazo sobre su frente— yo estaba casado con el ejército, con mi equipo, con las misiones, con el sabor del peligro. Con el sentido del deber. Si me preguntas, Forastera, creo que fui un esposo de mierda. Ausente. Un adicto al trabajo. Un enfermo que no valoró lo que tenía hasta que lo perdió. Porque cuando se fue…

Carajo, cuando se fue deseé volver el tiempo atrás. Deseé cambiar las horas de servicio por horas en casa haciéndola reír, creando recuerdos que hoy ayudarían a llenar este vacío. Quizá.

Siento el amor en cada una de las palabras que salen de su boca, también el remordimiento. Y algo se instala en mi pecho. Una emoción que arde y retuerce mis entrañas, una que desprecio: celos. ¿Cómo debe sentirse que alguien te quiera así?

—Me gustaría saber qué decir.

—No se trata de saber qué decir, se trata de saber escuchar.

—Puedo escucharte, Dante.

—Lo sé. —Se coloca de perfil. En sus ojos vive la huella de la agonía. De un perdón del que no se cree digno—. Eres buena escuchando.

—Eres bueno siendo bueno.

Una sonrisa pequeña, pero real, lo ilumina.

—¿Vas a contarme qué soñabas?

Mi pulso se acelera.

Sé que es el momento.

No quiero hacerlo.

Pero es ahora.

—Creo que sueño mi pasado —susurro—. Creo que sé quién soy.

CAPÍTULO 12

DANTE

Hasta el último músculo de mi cuerpo se tensa.

Me siento a sus pies, alerta. La curiosidad viva en mis ojos.

—¿Qué…? ¿Qué recuerdas?

Los nervios la consumen. Tal vez desea que las mantas la engullan, que la devoren con pasado y presente.

—Es… difícil de explicar —dice sin mirarme—. Aún me siento confundida, es como si estuviera armando el rompecabezas más difícil aquí. —Toca sus sienes.

La angustia acelera su respiración. Tomo sus manos frías entre las mías.

—Respira profundo y habla, Sirena. Necesito escucharlo.

Sus ojos húmedos viajan hasta nuestras manos. Asiente, inhala profundo y comienza a hablar.

—Mi nombre es Sara Gómez. Estoy… sola.

—¿Sola?

—Sola en el mundo. Nací y me crie en la calle. —Suelta mis manos, se lleva las suyas al pecho—. No recuerdo a mis padres, tampoco a mis hermanos, solo la soledad. Eso es todo lo que siento. —Se acaricia el corazón y el gesto es demoledor—. Soledad y miedo que duelen en los huesos. Es confuso y me hace sentir tonta el hecho de recordar emociones más que situaciones. Pero es así. Ahora mismo veo mi vida en escenas mezcladas, algunas

incoherentes. Lo único claro es lo que me hace sentir pensar en mi mundo *antes* de estar aquí.

—¿Qué te hace sentir?

—Pánico. Desesperanza. Odio. Dolor.

El silencio es un manto asfixiante sobre nosotros.

—No soy de Neuquén. —Se abraza las piernas—. No soy de ningún lugar y soy de todos a la vez. Por lo poco que recuerdo, anduve de aquí para allá toda mi vida. Sin rumbo, sin propósitos, solo existiendo. Sobreviviendo.

Mil preguntas cruzan mi mente ahora mismo, pero su fragilidad hace relucir una que me tortura desde que llegó a la isla.

—El lago. ¿Por qué estabas en el lago?

Su mirada se esconde avergonzada. Una lágrima joven pasea por su mejilla.

—Eso es lo que más me duele —susurra—. Yo… iba a terminar con mi vida.

—¿Qué?

Me levanto. Busco una distancia necesaria para mirarlo todo con objetividad.

—Sara —levanto la mano como si pretendiera alejarla, a pesar de que no se está acercando—, hay cosas que no entiendo. Tienes que explicarte mejor. ¿Por qué harías algo así? ¿Por qué una mujer tan joven y…?

—Alguien intentó abusar de mí.

Está nevando dentro de mi cuerpo, el frío me paraliza célula a célula.

—Por Dios…

—Fue ese día. —Se abraza. El dolor la hace pequeña, tanto que creo que va a desaparecer en esa esquina del sillón—. No… no recuerdo todo, solo sé que era alguien en quien confiaba. Yo trabajaba para él, limpiaba su casa y planchaba su ropa. Sé que fue la primera persona en darme un trabajo cuando llegué a Bariloche. Yo confiaba en él, Dante. Lo hacía.

El fuego del infierno se abre paso en mis venas, derritiendo el hielo. Furia. Todo lo que soy capaz de sentir es furia.

—Los hematomas. —Señalo las marcas que casi han desaparecido por completo de su piel—. ¿Fue ese hijo de puta?

Asiente cabizbaja, el rostro rojo y brillante por las lágrimas.

—Dime su nombre y yo me encargo.

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas?

Niega con la cabeza. Me acerco como una tromba, intentando controlar la ira.

—Sara, dime su nombre.

—No lo recuerdo. Hay… hay cosas que no recuerdo. Apenas lo conocía, recién había llegado al sur y estaba feliz de haber conseguido un empleo tan pronto. No era fácil para mí, ¿sabes? —La angustia juega con su voz—. Conseguir un trabajo digno sin tener estudios, viviendo en la calle. No es el mundo que conoces, Dante. No sabes lo difícil que es dormir con un ojo abierto, pasar frío, hambre, miedo. Estar sola. Ser la piedra en el zapato de la gente.

—Carajo.

Me siento a su lado, dejo caer la cabeza entre mis manos.

—Perdón. No es lo que esperabas escuchar.

—No. —La rabia es ácido en mis venas—. Pensé en muchas cosas desde que llegaste. Cosas muy locas y retorcidas, pero nunca quise creer que alguien te había herido de *ese* modo.

—No lo hizo —susurra.

Salgo de mi escondite, la observo.

—Logré morderlo y golpearlo con un jarrón. Escapé. Me subí al primer ómnibus que pasaba y aparecí en el puerto. Sola, con la mente perdida en algún lugar. —Intenta ocultar el temblor de sus manos—. Era de noche y el lugar estaba vacío, me escabullí en un barco pesquero y terminé aquí.

—Cuando te encontré, no vestías más que ese fino camisón de tirantes.

Se muerde una uña y asiente mientras mira a la nada con ojos vidriosos.

—Hay una secuencia aquí. —Cierra los ojos, aprieta sus sienes—. Me arranco la ropa como si pudiera arrancarme la piel. Corro descalza, las piedras se clavan en las plantas de mis pies. El frío me

entumece las piernas. Los árboles se multiplican, mareándome. Mi corazón late con furia, siento que va a salirse de mi pecho. En mi cabeza solo hay vacío, no pienso en nada. Puedo oler el lago. Mi cuerpo se siente pesado y solo soy tristeza. No sé lo que estoy haciendo, pero sé que este es mi límite. Toco el agua y todo se siente más liviano. Y aquí —junta las manos sobre su pecho— duele menos.

Su llanto crepita con más furia que el fuego, sacudiendo sus hombros. Y me veo reflejado en esa clase de dolor que te impide respirar. Que te impide pensar en otro amanecer. En seguir adelante. En olvidar.

—Tranquila, Sirena.

—Solo quería dejar de sentir —balbucea entre hipidos y lágrimas —. Solo quería dejar de soñar con esa vida que jamás tendría, dejar de estar sola, de ser el blanco de la gente. De sentirme tan asquerosamente vulnerable. De estar tan… vacía.

No soy consciente de lo que hago hasta que mis brazos la rodean. Y no es un abrazo, es un refugio.

—Está bien. Todo está bien ahora. —Acaricio su cabello—. Estás bien ahora.

No hay consuelo para la pena que estremece su alma.

—Si no hubieras aparecido… —murmura entre sollozos—. Si no hubieras arriesgado todo para sacarme de ese lago…

Apoya la cabeza en mi pecho y se aferra a mí como si fuera a desaparecer.

—¿Sabes qué? Creo que sacarte de ese lago fue una de las mejores cosas que hice, Sirena. Esta es tu segunda oportunidad. La vida recién empieza para ti.

—¿Qué vida, Dante? Vivir en la calle no es vivir, es sobrevivir. Es pelear cada día con un monstruo distinto. No quiero volver a eso. No *puedo* volver a eso.

No encuentro palabras. No tengo voz.

La sostengo con firmeza y acaricio sus miedos hasta que la angustia se aburre y la deja en paz.

—No me dejes sola, por favor. No quiero volver a estar sola.

CAPÍTULO 13

SARA

El amanecer me encuentra entre sus brazos, limpiando mi alma gota a gota. Su piel tibia fue el fuerte que me protegió de todos mis miedos.

Solo hubo paz, silencio y consuelo. Y no necesité nada más que ese instante. Allí, entre lágrimas saladas y susurros dulces, lo tuve todo. Por una vez en mi vida.

—Sara, tienes que intentar dormir otro poco. Estás agotada.

Siento su voz cerca de mi oído, haciéndome vibrar. Sé que tengo que moverme. Sé que estuvimos en esta posición durante horas, pero no me creo capaz de despegar mi nariz de su cuello, de dejar de oler su fragancia masculina, de despegarme de su calidez. No *puedo* hacerlo, porque no sé cuándo volveré a sentirme así de segura. Así de entera.

—¿Sara?

Inhalo profundo una vez más, intento llevarme la esencia de este momento. Su barba incipiente estimula mi piel, iniciando una revolución desconocida en el centro de mi estómago. Comienzo a separarme, sintiendo cómo mi cuerpo llora. Pero su nariz roza la mía y pierdo el control de mis pensamientos.

Un suspiro caliente se escapa de sus labios y roza los míos. Nuestras narices bailan un vals eterno, calculando la distancia hasta el siguiente paso. O lo imagino.

—Forastera.

Su voz es una descarga eléctrica directa a mi corazón, detiene su marcha solo para reanudarla a una velocidad bestial.

Mis dedos se atreven a subir por su brazo, no me reconozco. Pero su piel se eriza y me gusta saber que soy yo quien lo provoca.

—Dante.

Deseo que lo haga. *Necesito* que me bese y me aterra. Jamás deseé a ningún hombre, jamás estuve tan cerca de una boca a la que yo quisiera.

Mi pecho sube y baja igualando el ritmo de su respiración.

Nuestros ojos se encuentran, extasiados, y veo la lucha en su mirada.

Me acerco un poco más, cruzando esa línea que él parece no animarse a tocar. Mi nariz roza sus labios tibios y siento su suspiro en todo el cuerpo.

—Sirena.

Nuestras bocas se veneran sin tocarse. Somos solo pensamiento. Solo ganas. Solo miedo. Solo culpa.

—Quiero… —susurro, pero la puerta se abre.

Jeremías cierra con un portazo que me envía a la otra punta del sofá. Gira sacándose la chaqueta. Se quita de dos patadas las botas embarradas y mira la escena como si fuera un crimen.

Mi rostro en llamas, el cuerpo rígido de su hermano y las mantas sobre la alfombra.

—¿Interrumpo algo? —Sorprende con un tono de voz alegre.

—¿Dónde…? —Dante carraspea, se para y pone un océano entre nosotros—. ¿De dónde vienes? Creí que estabas con mamá.

—Anoche salí a tomar algo con Mara. —Se quita el reloj y lo tira sin cuidado sobre un mueble—. ¿Qué hacen despiertos tan temprano?

—¿Mara otra vez? —Dante deja claro que no le agrada.

—Nos vemos de vez en cuando, sabes que no estoy buscando nada serio. ¿Cuál es tu problema? —Se desabotona la camisa, la deja caer a los lados de su cuerpo fornido. No le importa mi presencia—. ¿Qué haces despierto a las cinco de la mañana?

—Tengo… —Me mira, un gesto furtivo y lleno de culpa—. Tengo que volver al centro a buscar a Luz, tiene mucha tarea por hacer.

—Es sábado, deja a la pobre niña en paz.

—¿Puedes dejar de desvestirte en el medio de la sala? Hay una muchacha.

—¿Estás hablando en serio? —Jeremías sonríe—. Estás sin camiseta y a ella no parece molestarle. ¿Verdad, *Sirena*?

Dante es un témpano. Está tan rígido que podría fracturarse.

—Se llama Sara. Sara Gómez.

La mirada clara y relajada de Jeremías me busca.

—Sara… ¿Gómez? ¿Recuerdas tu apellido? —Se acerca—. ¿Ya recuperaste la memoria?

Mis ojos buscan a Dante con desesperación.

—Siéntate —le ordena—. Tenemos que hablar.



El ovillo de nervios que sentí desde que empecé a relatar la historia por segunda vez no desapareció ni siquiera cuando me quedé sin palabras. Solo creció y me arrastró con él.

—Dime su nombre. —Jeremías tiene los hombros tensos y la mirada extraña—. Dante y yo podemos encargarnos.

La sorpresa ante el gesto de ¿amabilidad? de ese hombre tosco y gruñón no solo está en mi rostro, también hace presencia en el de Dante.

—No lo recuerdo —susurro, fijando la vista en las manos rojas de tanto retorcerlas.

—¿No recuerdas el nombre del tipo que estuvo a punto de violarte?

—¡Jeremías! —Dante lo increpa, pero mi voz grita más fuerte que su furia.

—Perdón por no haberme anotado su nombre y su dirección en la palma de la mano, no se me ocurrió cuando tenía sus dedos alrededor de mi garganta. Qué estúpida fui…

—Soy un bruto. —Jeremías se arrodilla delante de mí e intenta tocarme el brazo, pero se arrepiente a medio camino—. Discúlpame, Sara. Soy una bestia. No quise… No llores, por favor.

Asco. Dolor. Rabia. No quiero revivir el pasado nunca más. Quiero arrancármelo de la boca, aunque no pueda arrancármelo de la piel.

—Es suficiente, Jeremías. —Dante toca su hombro, indicándole que retroceda—. Déjala respirar.

Borro cada lágrima caprichosa. Me concentro en la manta que cubre mis piernas. Odio sentir esta vergüenza. Odio querer desaparecer.

—¿Cuántos años tienes, Sara?

La voz de Jeremías alza mi cabeza, me encuentro con una mirada llena de una comprensión que me desconcierta.

—¿Recuerdas cuántos años tienes? —Dante no puede ocultar la curiosidad.

—¿Por qué la edad es tan importante para ti? —Mi voz suena débil, patética. Y no quiero que estos hombres me vean así. No quiero que nadie más me vea así.

—Responde, Sirena. Por favor.

Miro su cuello, ese por el que paseé hace minutos. Subo hasta su boca, esa que estuve a punto de besar.

—Veintiuno.

El alivio en su mirada es inmediato y no pasa desapercibido.

—¿Cómo podemos ayudarte, Sara? —Jeremías se sienta sobre la mesa de centro.

—Me sorprende lo dócil que estás hoy, hermano.

Un duelo intenso de miradas, se degüellan con un solo parpadeo.

—No soy un monstruo.

—Tampoco es que hayas mostrado mucha clemencia desde que llegó aquí.

—Lo reconozco, pero soy un monstruo. —Suspira—. ¿No podemos hablar con Víctor para que haga algo? Que le dé un trabajo o…

—No quiero estar con hombres que no conozco.

Hay lástima en esos ojos tan iguales. Tan distintos.

—Podríamos ayudarte a encontrar un trabajo, Sara.

—¿Podrían…? Podrían darme techo a cambio de trabajo. Puedo serles de utilidad. Sé limpiar y cocinar. Puedo ayudar a Luz con sus tareas y todas las cosas de niñas, cuidarla cuando ambos estén trabajando. Haré cualquier cosa —sueno desesperada—, solo necesito un lugar donde estar segura.

Veo la duda en los ojos de Jeremías y una emoción extraña cruzar la mirada de Dante.

—No lo sé. —Se pasa las manos por el rostro y la cabeza, luego me mira con lástima—. Las cosas no son tan fáciles en la isla, no podemos meter a cualquiera. Hay papeleo, autorizaciones. Burocracia. No puedo pasar por encima de todo eso siendo el guardaparque. Se supone que es mi trabajo hacer que este lugar sea respetado.

—Podemos hacerlo —dice Dante, dando un paso al frente—. Ir por las vías legales. Ella nos ayudaría y nosotros a ella. Podría funcionar por un tiempo, hasta que se sienta…

—Eso tardaría meses —lo interrumpe—. ¿Y mientras tanto qué? ¿La metemos bajo la alfombra?

Un silencio tenso.

El sol comienza a colarse por las ventanas, dibujando figuras en el suelo de madera.

—Hay una manera más fácil. —Jeremías le da vueltas a una idea.

—¿Cuál? —me apresuro a preguntar.

Posa sus ojos en mí.

—Puedo decir que eres mi pareja.

—No. Buscaremos otra manera.

—Sabes que es la forma más fácil, Dante. Tenemos un permiso de convivencia, el mismo que aplica para hijos y familiares.

—No. —Dante rechaza la oferta una vez más—. Diremos que es la niñera de Luz.

—Eso tardaría meses. ¿Sabes cuántas solicitudes esperan la admisión? No tienes idea. Lo que propongo es más práctico y rápido. ¿Cuál es tu maldito problema?

Se acerca a la ventana, su mirada se pierde en el bosque.

—Diremos que… diremos que es mi pareja.

Lo veo. Lo siento en mi estómago, pero no lo creo. ¿Él está… celoso? ¿Hay otra explicación?

—Eres voluntario en la isla, no tienes permiso permanente. No van a otorgarte ese tipo de beneficio tan fácil.

—Lo haremos —digo, poniéndome de pie—. Aceptaré tu ayuda, Jeremías. Tú pones las condiciones.

CAPÍTULO 14

DANTE

El hacha se eleva y cae con furia sobre el tronco, es un corte perfecto. Levanto el círculo de madera y comienzo a lijarlo sin apartar los ojos de la ventana.

En el interior, al lado del fuego, Luz y la sirena juegan a las princesas y luchan con espadas de madera que yo mismo fabriqué. Llevan haciéndolo toda la tarde, pintándose las uñas, peinándose y peleando contra monstruos invisibles.

Y me atraganto con la imagen.

Suelto la lija, agarro el termo de café con dedos gélidos. Las miro una vez más antes de tomar un sorbo largo que pretende ahogar el sentimiento.

Continúo. Lijo con tanta furia que la madera va a desaparecer.

«Puedo decir que eres mi pareja». La voz de Jeremías sigue molestándome. No importa cuántos días hayan pasado, aún la escucho.

El pedido de solicitud fue enviado. En dos semanas ambos tendrán una entrevista, firmarán papeles y todo este asunto estará resuelto. Sara vivirá en la isla. Con nosotros.

—¿Puedo ayudarte?

Levanto la vista y ahí están esos ojos de miel. Estaba tan perdido en mi malestar que no la oí llegar.

—No.

Se acerca otro poco, creo que le gusta torturarme. Lleva puesto mi abrigo, le queda tan grande que causa gracia. Me reiría si no estuviera tan enojado. Conmigo.

—Hace frío, vuelve a la casa. —El tono de mi voz es mucho más áspero del que pretendía usar.

Acaricia la porosidad de los trozos de madera como si estuviera redescubriendo los sentidos. Lo hace con todo. Lo vive todo como la primera vez. Incluso las cosas más simples, como tener una taza de café caliente entre las manos.

—Déjame ayudarte, terminaremos más rápido.

—No necesito tu ayuda. Gracias.

Se sienta a mi lado.

—¿Qué estás haciendo? ¿Para qué es tanta madera?

Inhalo su curiosidad, exhalo tensión.

—Unos taburetes para Raquel.

—¿Sabes hacer muebles?

—Es a lo que me dedico cuando no estoy haciendo ninguna tarea de reparación en la isla. —Comienzo a lijar otra vez—. Suelo venderlos en cantidades a los restaurantes del centro. Les gustan los que son más rústicos, como este.

—Eres bueno con las manos.

—¿Eso crees? —Levanto una ceja, pero su rostro inocente tarda más de lo esperado en reaccionar.

—Quiero decir… —Sus mejillas se incendian—. Sabes…

—¿Luz ya te quemó la cabeza?

—Todo lo contrario. Es adorable y divertida. —Sonríe y mis ojos viajan a sus labios, que están mucho más rojizos de lo normal.

—Tu boca… —Desvío la mirada, trabajo la pieza con más dureza —. ¿Luz te puso algo?

—Dejé que me pintara los labios. ¿Me queda mal?

Vuelvo a mirarlos. Su lengua los hidrata y todo mi cuerpo se endurece.

—Te queda… —*apetecible*— bien.

Lijo con furia, estoy a un centímetro de perder los dedos.

—¿Quieres más café? Puedo traértelo.

¿Por qué contengo el aire? ¿Por qué no puedo relajarme?

—Yo iré a buscarlo. —Mi pierna arde como el infierno en medio de este frío y se queja a cada paso. No me acostumbro. Jamás.

—Dante, ¡espera!

Me doy vuelta, el atardecer rojizo cae sobre su cabellera de fuego.

—¿Estás enojado conmigo?

Me enfoco en cualquier otra cosa que no sea el rostro pecoso que tengo delante.

—No. ¿Por qué tendría que enojarme?

—Porque acepté la ayuda de tu hermano.

—¿Y?

Sus ojos inquietos buscan los míos.

—¿Estás seguro de que no te molestó?

—Sí. ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Que es la primera vez en días que me respondes algo más que un monosílabo.

Lucho contra el impulso irracional que me grita que dé un paso al frente y me coma su boca. Que ceda a la tentación. Que termine aquello que nunca empezó. Lucho porque me siento extraño de solo pensar en desear a otra mujer que no sea Marlene.

—Será mejor que entres. —Le doy la espalda—. No quieres enfermarte.

El calor del hogar es una caricia, intento concentrarme en ella para deshacerme del mal humor. Voy directo a la cocina, enciendo la cafetera.

La puerta se abre un minuto después, es la sirena siguiéndome los pasos.

—¡Sara! —Luz la llama desde su habitación—. ¡Ven a ver el resto de mis juguetes!

—¿Te parece bien si hago la merienda primero?

—¡Sí! ¡Merendemos en mi cuarto! ¡Podemos jugar a tomar el té!

Me concentro en las vetas de la mesa, no quiero pensar en nada más. Pero siento su olor, la siento venir a mí antes de escucharla.

—Permiso —murmura ¿ofendida? y se estira para alcanzar dos tazas de un estante. De puntas de pie, lo da todo para tocar la cerámica, pero no lo consigue.

Mi brazo pasa por encima de su cabeza, agarro tres tazas.

—Gracias —susurra.

Cedo al capricho de oler su cabello, pero no al de tocarlo. Y siento el cambio en el ritmo de su respiración.

—¿Dante?

—Merienda, Sirena.

Me sirvo café y escapo hacia la quietud de mi habitación. Bebo en soledad, dejo que mis pensamientos hagan una masacre.

Luz. Jeremías. Papeles. Cabello rojo y esa boca… No puedo arrancarme la sensación de su nariz rozando la mía. No quiero olvidar el calor de su aliento en mi cuello, la perfección con la que mis manos la sostuvieron.

Las paredes de la habitación de Luz no pueden contener su risa, tampoco la de la sirena.

Me acerco al pasillo.

—Sara, ¿quieres que seamos mejores amigas?

—¿Mejores amigas?

—¡Sí! Usaremos brazaletes iguales y todo. ¿Ves? Brazaletes de la amistad.

—Yo… nunca tuve una amiga.

Mi corazón se detiene.

—¿Nunca *nunca*? —Mi hija está sorprendida.

—Nunca. Pero será un placer ser tu mejor amiga.

—¡Sí! ¿Puedo ponerte el brazalete?

—Claro.

—¡Ya está! ¿Lo ves? Es igual al mío. Ahora somos mejores amigas para siempre.

—Es precioso —dice la sirena—. Me encanta. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Puedes leerme este cuento?

—¿Este? ¿*El Principito*?

La sangre se drena de mi cuerpo.

—Papá siempre dice que mamá iba a leérmelo cuando cumpliera seis, pero… nunca pudo hacerlo. Y ya casi cumplo siete. ¿Puedes leérmelo tú, Sirena?

CAPÍTULO 15

SARA

La tormenta azota las ventanas, los relámpagos iluminan el salón.

Miro el reloj que cuelga de la pared, justo encima del fuego. Son las tres de la mañana.

El cielo está enfurecido y soy incapaz de relajarme.

—Duérmete. Duérmete. Duérmete —le susurro a mi cerebro. Me aferro a la manta, cierro los ojos e intento pensar en cosas lindas.

Cosas como Dante y su familia.

Cosas como su cuerpo detrás de mí, alcanzándome las tazas y erizándome la piel en el proceso.

Cosas como la expresión en sus ojos al ver mis labios pintados.

Cosas como su voz diciendo *Sirena*.

Consigo todo lo contrario a lo que buscaba. Mi corazón se acelera más y las mantas comienzan a sobrar.

Saco una. Saco dos. Saco todas.

Mis piernas desnudas acarician el sofá; mis dedos, la camiseta. *Su* camiseta que cubre mi cuerpo como un vestido. Como un abrazo. Esa que me dio el primer día y no volví a quitarme ni una sola noche. Y no pareció importarle que me la quedara, porque volvió a dejarla entre mi escasa ropa cada vez que terminaba de planchar. Siempre perfumada. Siempre con olor a él.

Estudio las sombras que las llamas dibujan en el techo. Los minutos pasan, el sueño no me visita. La tormenta sigue castigando

nuestra imprudencia.

—No… No. ¡No!

Me levanto de un salto.

—Por favor, no.

Cruzo la sala, acercándome al pasillo que da a las habitaciones.

—¡Basta! Lo suplico.

Mi cuerpo se endurece cuando reconozco la voz que solloza y suplica.

—No la toquen. No, no, no.

Con el corazón en la garganta me acerco a su cuarto. La puerta está entreabierta.

—¿Dante? —susurro, perdida en la oscuridad.

—No quiero verlo. No.

Abro despacio, entro y la cierro para que sus gritos no despierten a los demás.

—¡Basta! Basta.

Me acerco hasta la cama.

—¿Dante?

La tormenta ilumina la habitación, me permite verlo. Y sufre.

—¿Dante? ¿Me escuchas?

Su rostro es rehén del dolor. Toco su frente, helada y húmeda.

Enciendo una pequeña lámpara y me siento a su lado.

—¿Dante? —Acaricio el sufrimiento entre sus cejas—. Estás soñando, despierta —susurro.

Su pecho agitado sube y baja a un ritmo alarmante.

—Dante, despierta. —Apoyo la palma de mi mano sobre su corazón enloquecido—. Soy Sara, estoy aquí. Despierta.

Sus ojos se abren, me buscan desencajados.

Me aparto un poco, preparándome para preguntas como ¿qué haces en mi habitación? ¿Por qué entraste sin permiso?

—¿Estás bien? —hablo suave.

Su mirada se relaja.

—Sirena.

Cautelosa, le sonrío.

—Estoy aquí. ¿Quieres que te trai…?

Sus brazos me rodean con fuerza, con miedo. Es un impulso bruto. Es necesidad.

—¿Dante?

Siento la humedad de su piel bajo mis labios y el latir de su corazón contra mi pecho. Y no sé qué hacer, estoy petrificada entre sus brazos.

—Dante, ¿sigues soñando?

—No te vayas, Sirena —murmura adormecido—. Ya no quiero… No puedo… No me dejes solo.

CAPÍTULO 16

DANTE

Un calor reconfortante se abre paso en la bruma del sueño.

Me muevo entre las sábanas, abrazándome a la fuente de calor. Nunca me sentí tan cómodo en esta cama.

Intento robarle unos minutos más al sueño cuando noto cómo mi entrepierna comienza a endurecerse. Aquella parte de mi cuerpo también disfruta de esta extraña sensación.

Inhalo profundo, un aroma a vainilla invade todos mis sentidos. *Vainilla*, igual al jabón con el que se ducha la sirena. Sonrío. La sirena…

Inhalo una vez más, pero la fuente de calor y vainilla se mueve.

Mis ojos se abren de a poco, ajustándose a la luz que se filtra por la ventana. Una nuca pelirroja acapara toda mi atención.

Petrificado. Todo mi cuerpo está duro ahora.

La escucho respirar con parsimonia, dormida. Intento espabilarme, sumar dos más dos y entender qué es lo que hace en mi cama. *Qué* pasó anoche.

La puerta está cerrada, ese detalle me devuelve el alma. Nadie nos vio. ¿Nadie nos vio?

Estoy a punto de levantarme y prepararme para fingir que nada de esto ocurrió, pero se acurruca más contra mi pecho. Su espalda contra mi pecho.

Dejo de respirar. Le exijo a esa parte de mí que no piensa que deje de emocionarse. Porque nada pasó. Y nada va a pasar.

Cierro los ojos y aprieto los puños, esos que rozan sus pechos.

«¿Cómo terminamos así?».

Quiero levantarme sin despertarla. Quiero entender por qué la estoy abrazando así, como si fuera un salvavidas en medio de un mar furioso.

La sirena se mueve de nuevo, estimulando cada puto nervio de mi cuerpo. Y no puedo soportarlo más, me alejo como un animal herido.

Abro el armario, tomo lo primero que encuentro y me visto con rapidez. Le doy la espalda e intento acomodar la monumental erección que grita su nombre.

—Mierda —susurro, queriendo romperme la cabeza contra la pared—. Mierda. Mierda.

—¿Dante?

Su voz adormilada eriza mi piel.

Cierro los ojos, reúno coraje y me doy vuelta.

El cabello le cae en voluminosas ondas de fuego. Mi vieja camiseta no logra ocultar la curva de sus pechos.

Es un poema. Uno que quiero leer hasta poder recitarlo de memoria.

—¿Dante? ¿Estás bien?

Mirarla así es un error. Otro error.

—Por favor, levántate y sal de la habitación.

Frunce el ceño. No soy el único confundido.

—No quiero que nadie te vea aquí. Sal, por favor —susurro.

—Pero… ¿Ya estás…?

—No sé qué haces en mi cama, pero tienes que levantarte. Ahora.

Mis palabras arrancan hasta el último vestigio de sueño de sus ojos.

—Anoche tuviste una pesadilla, gritabas.

—Yo no tengo pesadillas.

—Vine a verte y me pediste que me quedara.

—Yo no hice eso.

—Me pediste que me quedara. Me abrazaste y me dijiste que no te dejara solo.

Me apoyo en la ventana, mantengo la distancia. Dos metros jamás dolieron tanto. Jamás fueron tan insuficientes.

—No. Levántate, por favor.

Un destello de humillación cruza su mirada.

—¿Tampoco recuerdas cómo me acariciaste el cabello hasta quedarte dormido? ¿Y… las cosas que me dijiste?

Mi pulso se dispara.

—Estaba dormido, de otra manera jamás haría algo así.

Sus ojos se humedecen y no tardo en arrepentirme.

—Sara…

Corre la manta, se levanta y estira su camiseta para cubrirse. *Mi* camiseta. Esa que le di aquella noche que la traje entre mis brazos y la dejé junto a la fogata sin saber que, a partir de ese instante, un fuego renacería en mí. Uno que no quiero. Uno que debía permanecer muerto.

—*Hey*, Sara…

Un portazo se lleva el resto de mis palabras.



El resto de la mañana transcurre tensa y lenta.

Luz está en la escuela, Jeremías cuidando la isla y la sirena cumpliendo con su parte del trato, cocinando algo que no pude ver. La observo a través de la ventana mientras doy una última capa de barniz a los taburetes para Raquel. Lleva el cabello recogido sin mucha maña, pero esos mechones rojos que se escapan le enmarcan el rostro haciéndolo lucir aún más angelical.

El barniz se desliza por la madera perfectamente lijada.

No dejo de pensar en ella. Ella en mi cama. Mi cuerpo abrazado al suyo. La suavidad de su piel bajo mis dedos…

Unos golpecitos en la ventana me sobresaltan como si hubiese sido atrapado, como si alguien hubiera escuchado mis pensamientos.

Sara pega un improvisado cartel al vidrio.

Ya está el almuerzo.

Lo leo dos veces, guardando su caligrafía en mi memoria.

Entro luego de dejar los taburetes al resguardo, parece que el cielo no tuvo suficiente con llorar toda la noche.

Sigo el aroma exquisito hasta la cocina. La mesa está servida para uno.

—No sé qué hiciste, pero huele increíble —digo, sentándome.

No me habla. Lleva castigándome con su silencio desde que nos despertamos. Deja un plato de ñoquis con salsa boloñesa frente a mis ojos, esos que la siguen cuando se aleja.

—¿No vas a comer? —Observo cómo llena dos platos antes de guardarlos en el refrigerador. Supongo que serán para Jeremías y Luz, aunque mi pequeña almuerza en el colegio.

—No tengo hambre, gracias.

Ahí está, el sonido que tanto quise escuchar. Y que yo mismo apagué.

Se asegura de que la cocina haya quedado perfecta y me pasa de largo pretendiendo salir, pero mi mano sujeta su muñeca.

—Vas a almorzar conmigo, Sirena. Siéntate.

—No tengo hambre.

Me levanto, sirvo otro plato.

—Siéntate. —Sus ojos de miel se derriten sobre los míos—. Por favor.

Se sienta de mala gana.

Pongo el plato delante de su rostro y vuelvo a mi lugar. Por fin, me llevo el tenedor a la boca y saboreo.

—Estos ñoquis son casi tan buenos como los de mi abuela, y eso es decir demasiado —no miento.

—Cualquiera puede cocinar. —Mira por la ventana, me ignora.

—Cualquiera puede hacerlo, pero no a todo el mundo le salen cosas ricas.

Suspira como si no quisiera estar aquí, como si mirarme a la cara fuera una tortura medieval.

—Come.

—¿No te cansas de dar tantas órdenes? Camina, Sirena. Entra, Sirena. Duerme, Sirena. Come, Sirena. Abrázame, Sirena. No me

dejes solo, Sirena.

Su inesperado ataque me deja contra las cuerdas.

—Lamento haberte tratado así esta mañana. —Dejo el tenedor sobre el plato, le sostengo la mirada—. No supe cómo reaccionar al…

—¿Despertar a mi lado?

Inhalo profundo, tomo el vaso y bebo toda el agua de un sorbo.

—¿Estás ofendida?

—Estoy confundida. *Tú* me confundes.

Desvía la mirada. Detesto que respiremos esta incomodidad.

—Perdóname, no es mi intención.

—¿Cuál es tu intención, Dante?

La pregunta se atora en mi garganta. Esta Sara combativa es algo nuevo.

—Anoche, mientras me abrazabas, me dijiste que deseabas estar así desde que me viste dormir por primera vez. Y… —toma una bocanada de coraje— después me echas a patadas de tu habitación y me ignoras. ¿Cómo se supone que debo sentirme? ¿Qué debo pensar? Dímelo, porque me estoy volviendo loca.

Cierro los ojos, intento terminar con la guerra en mi interior. No me importa quién gane, solo quiero dejar de sentir… *esto*.

—Estaba soñando con mi esposa —digo, mirando el manto gris que cubre el cielo—. Cuando te dije eso, creí que eras ella. No te lo decía a ti, Sara, se lo decía a mi mujer. Lo lamento.

Un sentimiento oscuro cruza sus ojos, deja lágrimas a su paso.

Se levanta y abandona la cocina como si estuviera en llamas.

Pero lo que arde es mi pecho, es la mentira que aún me quema la garganta. Sí, estaba soñando con mi esposa, esa misma pesadilla que me visita cada maldita noche, pero cuando desperté supe muy bien a quién pertenecían esos ojos que me miraban con devoción.

La vulnerabilidad me traicionó y sacó a relucir uno de mis deseos más viscerales. Pero no puedo permitir que se ilusione conmigo.

Tiene veintiún años, su vida recién empieza. ¿Qué puede ofrecerle un militar retirado de treinta y dos, que aún sueña con que su esposa regrese? Un tipo que al perder a quien más amaba, no supo rehacer su vida. Que, en cuatro años, no supo mirar a nadie

más. No supo *entregarse* a nadie más por miedo a traicionar a aquel amor que todavía calienta su pecho. Ese vínculo sagrado que juró proteger incluso después de la muerte.

¿Deseo a Sara? Sí. Es mirarla y sentirme vivo de nuevo. Es carnal. Primitivo. Visceral. Verdadero.

¿El problema? No puedo permitirme dar rienda suelta a lo que siento sabiendo que no podré entregarme por completo, porque el fantasma de Marlene me sigue a cada paso.

Escucho el sonido del agua correr, Sara se encerró en el baño.

Los minutos pasan. Los recuerdos se mezclan en mi cabeza, forman un cóctel explosivo.

Me levanto y junto la mesa, necesito hacer cualquier cosa que me impida pensar.

La puerta de entrada se abre.

—¿Tan temprano? —hablo desde la cocina—. ¿Te acobardó la tormenta, guardaparque? Espero que no estés dejando las botas embarradas sobre la alfombra otra vez, porque voy a arrancarte las pelotas y…

—¿Esa es la forma de recibir a tu madre?

Guardo el último plato y me doy vuelta en cámara lenta.

—¿Mamá? ¿Qué haces…?

—¿Aquí? ¿No vas a darme un abrazo?

Su cuerpo pequeño y bajito desaparece entre mis brazos y me arranca una sonrisa.

—¿Por qué me parece que cada día estás más alto?

—Tal vez porque cada día estás más bajita.

Me da un tirón de oreja, pero sonríe.

—Perdón por usar mi llave, creí que ambos estaban fuera. Quería darles la sorpresa cuando llegaran. ¿Cómo está mi nieta? ¿Podemos ir a buscarla al colegio?

—Las clases terminan en…

—Dante, no sale agua de la du… cha.

Los ojos de mi madre siguen su voz.

Allí, envuelta en una toalla, con la piel mojada y el cabello lleno de *shampoo*, está la sirena.

CAPÍTULO 17

SARA

La mirada de la mujer se desliza por mi cuerpo, siguiendo el rastro de piel húmeda hasta mis pies.

Estoy paralizada y debería correr. Debería vestirme. Ahora.

—Mamá —Dante rompe el silencio—, ella es Sara, una… amiga que está quedándose un tiempo con nosotros.

Los hermosos ojos de la mujer van de Dante a mi cuerpo envuelto en una toalla.

—Hola, Sara. —Se acerca con una sonrisa que destila dulzura y me abraza.

—Voy a mojarla, señora…

—Ada. —Me suelta y me toma de las manos—. Soy Ada, es un placer conocerte.

Dante carraspea y ese sonido vuelve aún más extraña la situación.

—Mamá, ¿puedes preparar café? Yo voy a ver qué le pasa a la ducha.

—Claro. —Sus manos sueltan las mías para acariciar las mejillas de su hijo—. ¿Tomas café, Sara?

—Sí. Gracias.

—Vamos —ordena el militar y sigo sus pasos.

Entramos al baño, el vapor lo cubre todo.

—Perdón por salir así. Te estuve llamando, pero creo que no me escuchabas. Solo necesitaba…

—¿Enjuagarte el *shampoo* de la cabeza? No pasa nada, Sirena. —Abre y cierra el paso del agua, pero no cae una sola gota—. Creo que le caíste bien a mi madre, te vio muy… transparente.

Me arde el rostro de vergüenza.

—Lo lamento.

Sigue probando con todas las canillas, sin éxito, mientras tirito de frío.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé. Tendré que revisar las cañerías.

Cruza el reducido espacio acercándose a la puerta. A mí. Repara en mis hombros desnudos y yo no hago más que recordar el beso tímido que anoche depositó justo ahí. Mientras soñaba con su esposa.

Traga saliva antes de hablar.

—Usa mi baño.

Miro hacia arriba, a esos ojos iguales a los de su madre, pero me detengo en aquella nuez de Adán que resalta en su cuello. Y me parece un detalle fascinante. *Él* me parece fascinante, como si nunca antes hubiese visto a un hombre. A un hombre hermoso.

—Gracias.

No hay nada más que decir, sin embargo, no cruza la puerta. Continúa observándome como si fuera algo excepcional. Algo prohibido. Así me siento bajo su lupa.

Su pulgar acaricia mi pómulo, ralentiza el tiempo. Lo endulza. Me muestra una pestaña que acaba de quitarme de la mejilla.

—Tienes unos ojos demasiado bonitos como para llorar. Nada merece tu tristeza, Sirena.

Y así, como si no me hiciera temblar con su voz, sale del cuarto dejándome con el corazón extasiado.

Camino descalza, pero seca y vestida. Cruzo el salón en silencio, pero me detengo cuando me nombran.

—Sara. —La voz de Ada llega desde la cocina—. Qué chica tan preciosa. ¿Cómo la conociste? No sabía que tuvieras *amigas*.

—Es una historia larga, mamá. —Dante es tajante—. Algún día te la contaré.

—Es hermosa y parece tan dulce.

—Sé lo que estás haciendo, mamá —susurra.

—¿Qué estoy haciendo? ¿No puedo elogiar la belleza de alguien?

Silencio. Mis piernas tiemblan mientras decido si entrar o escuchar un poco más.

—No te enojes. Me alegra verte acompañado, hijo.

—Es una amiga.

Las palabras de Dante son agujas en mis oídos.

—Claro. Una amiga preciosa. —Su madre ríe—. ¿Qué? —susurra y me acerco un poco más a la puerta—. ¿Me vas a decir que no te parece una belleza?

Un suspiro agotado.

—Voy a avisarle que se le enfría el café. Prepárate, iremos a buscar a Luz y pasaremos a visitar a Raquel. Se alegrará de verte.

Mi cerebro se activa y cruzo la sala en dirección a su habitación otra vez. Entro, corro al baño y cierro la puerta despacio. No emito sonido. Apoyo la espalda contra la pared, intento recobrar el ritmo natural de mi respiración.

Escucho sus pasos.

—¿Sirena? Se te enfría el café.

—¡Ya salgo!

Me miro al espejo. Inicio un recorrido por mi rostro como si estuviera conociéndome por primera vez. Me analizo.

«Sara, qué chica tan preciosa».

Un grupo de mariposas lidera una revolución en mi estómago.

¿Cómo me ven sus ojos? ¿Seré preciosa para él?

Inhalo profundo, coloco el cabello detrás de mis orejas y salgo.

Dante y su mamá están poniéndose los abrigos.

—Estaremos fuera por un rato. —Su voz está tensa—. Hay un papel con mi número de teléfono pegado en el refrigerador, llámame

desde este celular si me necesitas. —Lo deja sobre la mesa de centro, al lado de un café humeante.

Los ojos luminosos de Ada van de su hijo a mí, sus labios finos sonríen.

—Hijo, quiero que Jeremías, Luz, Sara y tú vengan a cenar mañana a casa. También avísale a Víctor, llevo meses sin verlo.

Mis pobres uñas vuelven a ser víctimas de mis nervios. Dante lo advierte y dejo de morderlas de inmediato.

—Mamá, no creo que sea una…

—Estoy cansada de estar sola en una casa tan grande —lo interrumpe, poniéndose la bufanda—. Además, hace meses que no te quedas más de una hora. —Sus ojos de zafiro me buscan—. ¿Te gustaría cenar conmigo, cielo?

Miro a Dante, buscar su aprobación es casi un reflejo. Suelta otro suspiro extraño y comienza a ponerse los guantes.

—¿Cielo?

—Claro. Me encantaría, señora.

—Dime Ada, por favor, no me hagas sentir una anciana. —Sonríe y agarra un paraguas.

—Claro, Ada. Me encantaría.

—¡Excelente! Te haré mi mejor plato, te encantará.



La lluvia golpea con pereza las ventanas, el fuego crepita a mi lado.

Acaricio la página antes de pasarla, sumergida en *El Principito*. Me detengo en cada oración, recordando el brillo en los ojos de Luz cuando comencé a leerlo para ella. Mi alma se encoge al saber que no era mi voz la que debía susurrar esa historia.

Jeremías entra embarrado de la cabeza a los pies.

—¿Estás bien? —pregunto, dejando el libro sobre la alfombra—. ¿Qué te pasó?

—Me caí intentando ayudar a un ciervo herido. —Comienza a desvestirse, como siempre, antes de cruzar el salón—. Era pequeño,

no pasaba los seis meses, y tenía la pata fracturada. —Se deja caer en el sofá, luce agotado—. Ya están atendiéndolo.

—Pobrecito —susurro—. ¿Quieres café? Deberías tomar algo caliente.

—Por favor. —Se pasa las manos por el rostro, yo me pongo de pie—. ¿Dónde están los demás?

—Dante y tu madre fueron a buscar a Luz y luego…

—¿Mi madre? ¿Mi madre está en la isla?

—Sí. Llegó este mediodía. ¿No lo sabías?

—No. Pero ella es así —sonríe—, le encanta sorprender.

Le devuelvo la sonrisa y camino a la cocina.

—¿Qué dijo de ti? Mejor dicho, ¿qué mentira le contó mi hermanito?

Enciendo la cafetera y busco una taza, las cambié de lugar para poder alcanzarlas sin la ayuda de mi malhumorado salvador.

—Él… dijo que era una amiga y que estaba quedándome con ustedes por un tiempo.

La risa de Jeremías se escucha cada vez más cerca.

—Apuesto a que le encantaste a mi madre.

Giro, lo veo apoyado en el marco de la puerta. La camisa abierta, como siempre, y los pies descalzos.

—Creo que le caí bien. ¿Por qué lo dices?

—Porque desde que Dante enviudó no dejó de rezar para que siguiera adelante. Vive diciéndole que necesita rehacer su vida y, de repente, aparece una hermosa pelirroja viviendo con su hijo. —Sonríe y se sienta desgarbado en una silla—. Para mi madre eres un ángel caído del cielo, Sara.

Intento que mis ojos no demuestren el efecto que sus palabras tienen en mí. Le doy la espalda, sirvo el café recién calentado en la taza y se la llevo.

—Gracias.

—De nada —murmuro, dirigiéndome a la puerta.

—Lo escuchaste gritar anoche, ¿verdad? —Su voz detiene mis pasos—. Tiene esa misma pesadilla desde hace cuatro años.

La curiosidad es un virus e invade mi sangre.

«Estaba soñando con mi esposa».

—¿Qué pesadilla?

—El entierro de Marlene. —Una emoción extraña oscurece sus ojos claros—. Aquel día, Dante estaba fuera de sí. Parecía un desquiciado. Se tiró sobre el féretro y no dejaba que nadie se acercara. No paraba de gritar que no la tocaran, lo suplicaba abrazado al cajón. —El relato cierra mi garganta—. Tuvimos que despegarlo entre cuatro hombres, tenía el rostro desencajado y una fuerza animal. Cuando comenzaron a echarle tierra… cayó de rodillas, gritando que no podía verlo. Fue una tortura para todos.

Tomo asiento, incapaz de alejar las imágenes que se formaron en mi mente. Un Dante destrozado. Desesperado. Derrotado.

Los ojos de Jeremías están rojos, pero se rehúsa a derramar una sola lágrima.

—Sé que sueña con ese día desde entonces.

—No puedo imaginar un dolor así —hablo bajo, mirando la lluvia débil a través de la ventana—. La magnitud de ese sufrimiento. Perder a la persona que más amas.

—Es como si te arrancaran el corazón en vida. Sientes cómo te abren el pecho y lo aprietan hasta que dejas de respirar. De sentir.

Me descoloca oírlo hablar con tanta sensibilidad.

—Lamento que la perdieran. —Borro una lágrima de mi mejilla—. Estoy segura de que era una persona increíble.

—La mejor persona que conocí.

Le sonrío algo incómoda y cansada de estar tan sensible. Él bebe un poco de café.

—¿Sabes qué le ocurrió? —pregunta, buscando mis ojos.

—No. Pero prefiero que sea Dante quien me lo cuente, si algún día desea hacerlo. No lo sé —acaricio mi pecho, intentando alejar la sensación de ahogo—, no se siente correcto meterme así en su vida.

—No te ilusiones con Dante, Sara.

La advertencia me agarra con la guardia baja.

—¿Qué…?

—No importa qué tan hermosa seas. No importa cuánto le gustes ni cuánto pueda encariñarse contigo mientras juegan a la casita. No importa cuántos años pasen, él seguirá amando a Marlene.

Esa noche lo escucho gritar otra vez, pero no me muevo.
No hay fuego que derrita el hielo en su pecho.

CAPÍTULO 18

DANTE

El atardecer cae helado sobre mis hombros.

Ayudo a Luz a bajar de la lancha y corre por la pasarela.

—Gracias —dice la sirena, aferrándose a mi mano para tocar tierra firme.

Le sonrío, pensando cómo voy a sobrevivir a esta noche.

Luz toma mi mano, sin dejar de dar saltitos, y luego entrelaza sus dedos con los de Sara. Los tres caminamos hacia el estacionamiento.

—¿Cuándo vendrá el tío Jeremías?

—En algunas horas, cuando termine de trabajar —respondo y acomodo su gorro de lana.

—¿Podré jugar en el parque de la abuela?

—Ya no. Es tarde y hace demasiado frío.

La gravilla suena bajo nuestros pies.

—¿Por qué salimos tan tarde? —se queja.

«Porque había que ocultar a la sirena».

—Porque estaba ocupado trabajando. ¿Recuerdas lo que te dije?

—Sí, vamos a mentirle a la abuela.

Raúl, el hombre de seguridad, me saluda desde la casilla.

—No. No vamos a mentirle a la abuela Solo… no le vamos a contar que saqué a Sara del lago. ¿Entendido?

Sus ojitos claros van de la sirena a mí.

—¿Por qué?

—Porque sí. Sé una buena niña. ¿Por favor?

Sara detiene sus pasos. Se agacha hasta quedar a la altura del rostro confundido de Luz.

—¿Las mejores amigas guardan secretos?

—Claro —responde, tocándose la bufanda rosa llena de pompones.

—Aún no me siento preparada para que todos sepan que tu papá me salvó —habla con dulzura—. ¿Puedes guardar este secreto por mí, hasta que me sienta lista para contarlo?

—Sí, puedo.

—Gracias, Luz.

Mi pequeña rodea el cuello de la sirena, la abraza con fuerza, con un cariño genuino, como si la conociera desde que nació.

Lucho contra la imagen. Intento que no me corroa, pero se graba en mi retina, en mis huesos.

—Vamos, Víctor nos está esperando en la camioneta.

—¡Sí! ¡El tío Víctor!

Luz corre por el taller de mi madre, dando vueltas y vueltas con un vestido de bailarina hecho a su medida.

Me acerco más a la puerta entreabierta. La imagen de una Sara enfundada en un vestido rojo, largo y ajustado como una segunda piel, es difícil de digerir.

—Tienes una figura preciosa, Sara —mi madre la halaga, acercándose a su cintura con agujas—. ¿Te molestaría probarte algunos vestidos más? Me ayudarías a ultimar detalles de mi nueva colección.

—Me encantaría.

Mi madre baja el cierre del vestido, desnudando aquella espalda repleta de pecas.

—¿Te traigo un babero?

El susurro de Víctor me sobresalta.

—Carajo, Víctor —mascullo, alejándome. Lo ignoro y me como el pasillo con rapidez.

—¿Ahora espiamos, picarón?

Me siento en el sofá de la enorme sala de estar de mi madre. El aroma a infancia dice presente en cada rincón.

Romero deja caer su metro noventa a mi lado.

—¿Quieres que la investigue? —pregunta en voz baja—. Puedo pedirle el favor a Márquez, el de Comunicaciones. Sabes que será fácil.

—Ya te dije que no.

—¿No quieres saber más de *tu sirena* Sara Gómez? ¿No te mata el misterio que rodea a la pelirroja?

—Prefiero escuchar lo que sea que quiera contarme de su boca. No voy a estar investigándola como si fuera el objetivo de mi próximo operativo.

—Pero podría serlo. Un operativo con mucha piel, contacto y sudor.

—Basta.

—Estás cada año más aburrido, ¿lo sabes?

—Cierra el pico. ¿Quieres ver el partido? Todavía falta para la cena.

—Prefiero que me cuentes qué pasa. —Se pone cómodo.

Enciendo la televisión, pongo el partido a un volumen más alto de lo normal.

—¿Qué pasa con qué?

—Con la pelirroja que sacaste del lago como un príncipe encantador —susurra.

—No tendría que haberte dicho nada.

—No perdonaría que me ocultaras la primera cosa interesante que ocurre en tu vida desde que te fuiste del ejército.

—No pasa nada, Oso.

—Vamos, jefe. ¿Crees que no me doy cuenta? Salivas como un perro ante un bife cada vez que la ves.

—Siempre tan delicado.

Finjo que mi atención está puesta en la pelota, pero no puedo evitar sonreír.

—Mi sutileza es igual que tu habilidad para mentir, no existe. Lárgalo.

—No hay más que lo que ves.

—Todo lo que veo es un tipo asustado de lo que siente. De lo que quiere.

—Lo que siento son ganas de partirte la cara, Romero. Y no me sorprende. ¿Por qué no hablamos de tu eterna soltería?

—Mi eterna soltería está muy bien, gracias. Volvamos a lo importante: la pelirroja que te vuelve loco.

—¿Puedes callarte? —mascullo, mirando hacia la escalera.

—Con gusto me callo cuando lo admitas.

Inhalo profundo, no hay oxígeno suficiente para mí esta noche.

—Ella es… demasiado joven y yo no estoy buscando enamorarme.

—¿Piensas que el amor se busca? No te creía tan iluso.

—No empieces con tu filosofía de mierda, Víctor.

—El amor te encuentra, te sacude y te hace vibrar.

—Romero…

—El amor no pide permiso, jefe, se cruza en tu camino y detiene tu marcha solo para verte caminar acompañado.

Su exceso de glucosa me da arcadas.

—¿Quién diría que puedes ser tan bestia y tan cursi a la vez?

—Soy un hombre de muchos talentos.

—El amor no puede encontrarme, Oso. Mi corazón ya le pertenece a una mujer. Solo una.

Suspira.

—Marlene es tu primer amor, lo entiendo, pero…

—Es mi único amor.

—No te cierres, Dante. —Ya no hay chispa en su mirada verde—. Somos capaces de volver a amar, incluso con más intensidad que la primera vez. —Sé que piensa en su pérdida, en aquel amor de su infancia—. No rechaces lo que sientes. No lo desprecies porque está ahí, hasta yo puedo verlo.

—Marlene…

—Marlene siempre será Marlene, tu amor y la madre de tu hija. Pero tienes un corazón joven, hermano. Un corazón dispuesto a

enamorarse otra vez. Es natural… Estamos hechos para compartirnos. Y si te asusta la palabra amor, hablemos de sentir. Tienes un cuerpo joven, vivo. Tienes derecho a *sentir* otra vez, Dante.



Nos sienta a todos a la mesa como si fuéramos chicos. Pone una fuente plateada enorme en el centro y quita la tapa.

—Dante me dijo que las pastas son tu comida favorita —dice mi madre, incapaz de ocultar el entusiasmo—, así que hice sorrentinos. ¡Los mejores que probarás, Sara!

Los ojos de la sirena me buscan y, como un imán, no puedo resistirme.

—La ayudo, señora Abellán —dice Víctor, poniéndose de pie.

—¿Cuándo vas a decirme Ada, Víctor? —Mi madre pone delicados platos en las manazas del Oso.

—Nunca, señora Abellán, nunca.

Otra vez, esa bella sonrisa en los labios que susurraban canciones de cuna para mí.

—Gracias, Víctor. —Continúa dándole platos mientras él los apoya en la mesa—. Ya te extrañaba por aquí.

—Yo también, señora. Y mi estómago ni le cuento, no hay nada como su comida.

Mi madre ríe, como siempre que está en presencia del Oso, y Luz mete un pancito en la salsa.

—¡Luz! Dante, ¿qué pasó con los modales de mi nieta?

—Vive con dos hombres —aclara Víctor—, no espere demasiado.

—Ya que lo mencionas, ¿dónde está Jeremías? ¿Alguien puede despertarlo?

—El hambre ya lo hizo —dice, bajando la escalera con los ojos hinchados por el sueño—. No sé qué es eso, pero huele de puta madre.

—¡Jeremías! —Mi madre pone el grito en el cielo.

—Perdón, huele *exquisito*. —Se sienta al lado de Sara, mis músculos se tensan—. ¿Así está bien?

—Tío, tienes una lasaña en el ojo.

La mesa explota en risas.

—Una *lagaña*, Luz —la corrige—. Lasaña es lo que come Garfield. ¿Te acuerdas del gato que te mostré?

—¡Sí! Papi, ¿puedo tener un Garfield? ¿Puedo?

Despellejo con la mirada a Jeremías y sus ocurrencias.

—Lo hablaremos después, preciosa.

Romero sirve el último plato y se sienta a mi lado.

—Buen provecho —dice mamá y todos comenzamos a comer.

—Esto está increíble, señora Abellán.

—Gracias, Víctor. ¿Te gusta, Sara?

La sirena relame sus labios, gesto que solo yo percibo.

—No recuerdo haber comido algo tan rico —dice, ruborizándose por ser el centro de atención—. Gracias, Ada.

—Abuela, ¿sabías que la sirena y yo somos mejores amigas? —Luz muestra orgullosa la pulsera que lleva a juego con la pelirroja.

—¿La sirena? —pregunta mamá.

—Sara —digo.

—¿Le dices *sirena* a Sara? —le pregunta a Luz.

—Papá le dice sirena porque la sacó de… —Sus ojitos se agrandan y se mete un sorrentino gigante a la boca.

—Porque me parezco a Ariel —dice Sara—, la sirenita de Disney.

Mi madre sonríe y se limpia los labios con una servilleta de tela.

—¿Así que son mejores amigas, *Sirena*? —dice con ternura.

Sara asiente y muestra la pulsera que Luz anudó a su muñeca.

—Para siempre —recalca mi hija y Sara le guiña un ojo.

—Qué suerte tienen las dos. —Toma a ambas de las manos, le da un cariñoso apretón a cada una—. Qué pulseras tan bellas.

Está a punto de llorar y lo odio. Odio que se ilusione de más. Odio saber que sufrirá cuando este cuento termine.

El resto de la cena transcurre sin sobresaltos. Solo elogios infinitos de Víctor, estupideces de Jeremías, preguntas curiosas de Luz, sonrisas de mi madre y silencio. Silencio de Sara y mío.

Mamá se pone de pie.

—¿Servimos el postre?

—¿Encima hay postre? —dice Romero—. ¿No quiere adoptarme, señora?

Mi madre se echa a reír. Su cabello castaño claro cae sobre sus pequeños hombros, sus ojos lucen vivos y, de repente, ansío abrazarla.

—Selva Negra y helado para mi nieta.

—Yo la ayudo. —Sara se levanta, a pesar de que mamá intenta impedirlo.

Ambas van a la cocina y vuelven con las manos cargadas.

—¿Puedes relajarte? —susurra Víctor, aprovechando el ruido de la vajilla—. Parece que te metieron un palo en el culo.

Le dedico una mirada que es más efectiva que un insulto.

—Qué cuadros tan preciosos, Ada —dice la sirena—. No pude dejar de mirarlos desde que llegué.

Mi corazón crea un ritmo nuevo. Uno que no quiero.

—¿Te gustan? —le pregunta mi madre, sonriéndome.

—Me encantan. La expresión en cada uno de los rostros, la mirada tan… viva.

—Los hizo Dante —mamá responde orgullosa.

Sara deja las servilletas limpias sobre la mesa, me mira incrédula.

—¿Pintas?

Rasco mi cabeza.

—¿No se lo contaste? —dice mi madre, cortando un trozo de pastel—. Siempre tan modesto. ¡Tengo docenas más en el altillo! Puedes verlos cuando quieras, Sara. Son increíbles. Lo hace desde pequeño, siempre…

—Mamá, basta.

—¿Podemos dejar de hablar del hijo preferido y pasar al postre?

—Jeremías, llevo una vida diciéndote que no tengo un hijo preferido.

Mi hermano hace rodar los ojos y roba una cucharada del postre de Luz.

—¡Mi helado!

—Sara, ¿esta porción está bien? —Mamá sostiene un plato ante sus ojos.

—Si me disculpa, pasaré del postre. —Lleva una mano a su estómago—. Estoy llenísima, Ada. Gracias.

—Voy a envolvértelo para que te lo lleves, cielo. ¿Dante?

—Envuelve el mío también.

—A Víctor envuélvele todo el pastel, mamá. —Jeremías se burla del Oso.

—Dante, ¿por qué no le muestras el altillo a Sara?

—No hace falta, mamá.

Siento los ojos de la sirena sobre mí.

—Hijo, no seas maleducado. Muéstrale la pequeña habitación que solía ser tu taller —insiste.

—Vamos, jefe, *muéstresela* —agrega el bruto de Víctor, dándome un codazo.

—Entiendo si no quieres, Dante —casi susurra el rostro lleno de pecas.

Me levanto, la sangre zumba en mis oídos.

—Vamos.

CAPÍTULO 19

DANTE

Subo la escalera, siento los pasos de la sirena a mi espalda. Recorro el pasillo repleto de fotos, de infancia, de adolescencia, de amor y buenos tiempos.

Paso las tres habitaciones y me detengo en el entrepiso. Le hago señas a Sara para que suba primero.

—Ten cuidado, la escalera es muy estrecha.

Asiente y comienza a subir.

Trabo la puertita que pusimos cuando Luz comenzó a caminar y subo.

Enciendo una lámpara de pie y el pequeño altillo de madera cobra vida. Ojos, bocas, lágrimas, sonrisas y siluetas seductoras salpican los lienzos en cada esquina.

Los ojos de Sara no saben qué mirar primero.

—Esto es… sublime.

—*Sublime* —susurro—. Nunca me habían dicho algo así.

La sirena recorre los escasos metros, perdiéndose entre óleos, pinceles, trapos manchados de pintura y rostros ajenos.

—Cada uno. —Sus dedos acarician los lienzos—. Cada uno cuenta una historia. Los ojos —susurra, trazando aquella mirada con su índice— parecen vivos. ¿Cómo lo haces?

—Hay técnicas —respondo, sintiéndome incómodo entre estas paredes que ya no me reconocen. No me representan.

«¿Qué me representa hoy?».

—¿Técnicas? —Sonríe, sus dedos dibujan el puente de aquella nariz desconocida—. Tienes un don, Dante. ¿Inmortalizar el alma sobre un lienzo en blanco? Eso no es técnica, es magia.

Si ese es mi don, el suyo es dejarme siempre sin palabras.

—¿Tienes un favorito? —Se acerca a los bosquejos que rodean la ventana.

—No.

—Creo que este es el mío. —Acaricia el último que pinté, aquella explosión de colores y rabia—. Tiene carácter, tiene… emoción. Es como si apenas pudieras contenerte.

—Odio ese cuadro. —La distancia que nos separa se desdibuja, desaparece—. Sigo sin saber por qué no lo tiré.

—¿Por qué lo odias? Es precioso.

Miro aquel arrebato de furia y dolor.

—Porque lo pinté en el peor momento de mi vida.

—¿Te gustaría hablar de eso?

—No.

Su mirada acaramelada divaga por el lugar.

—¿Crees que podrías pintarme?

—No.

—¿No soy inspiración suficiente?

Dejo escapar una risa incrédula, pero muere rápido.

—Eres la musa de cualquier artista, Sirena.

Sus mejillas florecen.

—¿Entonces?

—Ya no pinto. —Niego con la cabeza, señalando a mi alrededor —. Este… ya no soy yo. Dejé de serlo hace muchísimo tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho. Años.

Asiente. Sé que lo entiende. Sé que siempre piensa más de lo que dice.

—Tu madre es increíble. —Mira por la ventana. El paisaje de ciudad tan distinto al de la isla.

—Lo es.

No puedo despegarme de sus ojos, de la manera en que la luz cálida los hace brillar.

—Jeremías y tú tuvieron tanta suerte de crecer en un hogar así —sonríe—, tan dulce y verdadero.

La añoranza en su mirada me conmueve.

—Lo sé. Esa mujer es todo para nosotros —me sincero—. Admiro su fortaleza más que cualquier otra cosa en el mundo. Lo que hizo por nosotros, cómo nos guio y formó en quienes somos hoy. Le estaré eternamente agradecido.

—Está muy orgullosa de ustedes, se le nota en los ojos. En la manera en que los mira como si fueran su mundo entero.

El silencio se pone cómodo. Nos permite respirar, quizá, por primera vez en la noche.

No puedo evitar mirarla. No puedo evitar perderme en sus labios.

Las risas y voces se funden con la intensidad en sus ojos hasta que ya no queda nada más que esto, un duelo de miradas. Un deseo inexplicable que arde más a cada latido.

—Creo que será mejor que bajemos.

—Gracias. —Se apoya contra el escritorio bajo la ventana—. Por todo. Por devolverme a la vida, por darme seguridad y una oportunidad, por ayudarme a encontrarme cuando estaba perdida. Pero, sobre todo, gracias por hacerme un lugar en tu familia. En tu hogar. Jamás podré agradecerte lo suficiente. No me alcanzará la vida.

Palabra a palabra mi pecho se va calentando.

—Eres fácil de querer, Sirena.

Un segundo. Un segundo donde mi voz me traiciona, saliendo en un susurro íntimo y ronco.

Su boca deja ir un suspiro.

—Luz ya te adora. Jeremías, de pronto, parece sentirse a gusto con tu presencia. Tienes encandilada a mi madre y yo…

Hay tanto fuego en sus ojos que podría incendiar bosques con un aleteo de pestañas.

—¿Y tú?

Veo el efecto de lo que digo en el vaivén de su pecho, pero es lo que callo lo que enciende la chispa.

—¿Y tú? ¿Es fácil quererme para ti?

—Sara. —Mi voz es una súplica.

—Dante. —Su voz es una promesa.

Puedo escucharlo. El pulso vibrando detrás de mis oídos, la euforia de su corazón enloquecido. La pasión. La *necesidad* que vuelve plomo la sangre en mis venas. Ese anhelo que me impulsa a apretar su mandíbula y acercar sus labios a mi boca.

Un jadeo cálido y sorpresivo escapa de sus labios.

Solo un centímetro nos separa del apocalipsis.

—Si te beso, Sirena, voy a querer volver a hacerlo.

Muerde su labio inferior, lo mantiene prisionero mientras sus ojos me ponen de rodillas.

—¿Qué te hace pensar que me conformaría con probarte solo una vez?

Como si hubiéramos sido creados solo para venerar la boca del otro, así siento su beso en todo el cuerpo.

Su lengua pierde inocencia a medida que la mía la invita a liberarse.

Es una batalla por determinar qué fuego arde más fuerte. Y, en esta guerra, la bandera de la paz no existe.

Mis manos acunan su rostro mientras las suyas se pierden en mi pecho, aferrándose a mi camiseta.

Nos apretamos. Nos rozamos. Exigimos formar solo un cuerpo donde quepa este nuevo corazón, si es que sobrevive a este combate.

Mi pulgar traza el pulso en su cuello, ese que late mi nombre, llamándome en susurros rojos.

Su boca tiene hambre de la mía y no tengo intenciones de saciarla jamás.

Su cabello rojo zigzagueando entre los árboles.

Su silueta caminando lago adentro.

Mis brazos aferrándose a su vida.

Su cuerpo dormido al lado del fuego.

Sus manos acariciando mi rostro, despertándome de mi eterna pesadilla.

Todas las imágenes se funden en una sola: mi boca sobre la suya. Algo tan simple y absoluto como esto, un roce de labios que me rompe y me reconstruye a la vez.

CAPÍTULO 20

DANTE

Mi lengua intenta memorizar su sabor, degustarla solo un poco más.

Mis manos descienden hasta su cintura, encariñándose con el sur, adueñándose de cada centímetro mientras mi boca exige más.

La siento temblar contra mi cuerpo, derretirse entre mis brazos.

—¡Dante! ¡Sara! ¡Miren, está nevando!

Los gritos de alegría me devuelven a la realidad, me obligan a soltar su boca.

Pego mi frente a la suya. Inhalo el aliento cálido y dulce que se escapa de sus labios, esos que acabo de devorar con hambre irracional.

Escondo el rostro en su cuello, incapaz de renunciar a este momento.

—Sirena, yo…

—Shhh. —Sus dedos se pierden en mi pelo—. Lo sé. No hace falta que digas nada.

Dejo sobre su piel una ruta de besos que no lleva a ningún lugar.

Cierro los ojos, busco el valor para afrontar lo que acaba de suceder. Para admitir que no fue un error. Para aceptar que acabo de volver a la vida con un beso.

—Está nevando —susurra. La cercanía continúa erizándome la piel—. Lo sabía.

—¿Que iba a nevar hoy?

—Que eres magia y transformas todo lo que tocas.

¿Magia? ¿Yo? Me quedo sin palabras y no sé si las necesito. ¿Para qué? Mi cuerpo está hablando.

—No quiero bajar, Forastera, pero van a sospechar si no lo hacemos.

Me sonríe.

—¿Dante?

—¿Sí?

—Creo que tu madre sabía exactamente lo que pasaría cuando te pidió que me mostraras el altillo.

Me uno a su risa suave.

—¿Conoces la nieve, Sirena?

—No.

No puedo evitar pasar el pulgar por sus labios hinchados. Hinchados por mí. Por aquel arrebato de emociones que aún intento catalogar.

Separarme de su calor es una misión difícil y estoy desarmado.

—No puedo permitir eso. Vamos, quiero verte hacer tu primer muñeco de nieve.

—¿Mañana podemos seguir jugando con la nieve? ¿Podemos quedarnos a dormir mañana también? —pregunta Luz mientras la tapo.

—No, preciosa. —Acaricio las trenzas que le hizo la sirena después de jugar por horas en la nieve—. Hoy nos quedamos porque está nevando mucho y es peligroso regresar a casa. Pero mañana volveremos, hay que terminar las tareas de la escuela.

Hace un berrinche mudo, pero termina en sonrisa.

—¿Me lees un cuento, papi?

—Creo que esta noche me toca a mí. —Mi madre está apoyada en el marco de la puerta.

—Hay que ver si tu nieta te deja un lugar. Mírala, te usurpó la cama.

Luz ríe fuerte, como si estuviera haciéndole cosquillas.

La mano de mamá descansa en mi mejilla.

—Ve a descansar. —Me acaricia—. Sara ya está acostada en tu habitación.

Asiento fingiendo que esa información no me produce nada.

—No te duermas tarde y deja descansar a la abuela. —Beso la frente de Luz—. Te amo.

—Yo también te amo, papi.

La acaricio una vez más, beso a mi madre y salgo.

El pasillo está en silencio. Me detengo al llegar a la puerta de mi habitación. La mano a punto de llamar, pero no lo hago. Sigo caminando como el cobarde que soy.

Entro a la habitación de Jeremías, que ya está acostado.

—Bienvenido a la pijamada —dice Víctor, intentando meterse en una bolsa de dormir.

—Apuesto a que preferías arriesgarte a morir en la carretera antes que meterte en eso. —Estiro mi bolsa sobre la alfombra.

—No puedo mentirle, jefe.

—Dejen de quejarse, princesas. —Jeremías le tira un almohadón al Oso—. ¿También tendré que escucharlas hablar de hombres?

—Podríamos empezar hablando de los bíceps de tu hermano —dice Víctor—. ¿Estuvo levantando muchos troncos, jefe? ¿Va a formar parte del calendario de machotes de la isla?

No puedo controlar la risa.

—Si no cierras la boca, vas a hacer que este machote duerma en el pasillo.

—Si quieren les dejo la cama —dice Jeremías—. Yo puedo hacerle compañía a Sara.

Hasta el último músculo de mi cuerpo se vuelve piedra.

Los ojos de Romero son pelotas de *ping-pong* rebotando entre nosotros.

—¿Qué? —Jeremías cruza los brazos detrás de su cabeza—. ¿Me van a decir que la pelirroja no está buenísima?

Sé que mis nudillos están blancos. Sé que necesito controlarme, ser un animal racional.

—Creo que la voy a invitar a salir. Una vez que logre blanquear su estadía en la isla como mi pareja. Necesita un poco de diversión, ¿no creen?

—¿No estás saliendo con Mara? —pregunta Víctor.

—No es nada serio. Además, tampoco pienso casarme con la pelirroja. Pero podríamos divertirnos.

Me meto en la bolsa de dormir. Cierro los ojos e inhalo profundo.

—Hombre, creo que Sara estaría más interesada en salir con tu hermano. —La voz de Víctor paraliza el tiempo.

—¿Con Dante? —Jeremías se ríe—. Dante no tiene intenciones de salir con nadie. ¿No es así? Además, Sara es demasiado joven para él.

Sus palabras se meten bajo mi piel.

«Sara es demasiado joven para él. Demasiado joven para él. Demasiado joven».

—¿Qué? ¿Te gusta la pelirroja? —insiste—. ¿Ya te olvidaste de Marlene?

La rabia endurece mi pecho.

—Cierra el pico, Jeremías.

—Es hora de dormir, muchachos —dice el Oso.

Jeremías ríe antes de apagar la luz.

La oscuridad se apodera de mis pensamientos.

«Sara es demasiado joven para él. ¿Ya te olvidaste de Marlene? Marlene. *Marlene*».

Las horas pasan y no consigo engañar a mi cerebro.

Escucho el ronquido de Víctor en perfecta sincronía con el de Jeremías.

Todo lo que puedo hacer es pensar. Pensar en mi esposa. Pensar en lo que sentí desde que la perdí. Pensar en lo que sentí cuando encontré a la sirena. Cuando la salvé.

Las palabras de Jeremías me torturan.

Aún siento el sabor de Sara en mi boca. Sus labios moviéndose al ritmo de los míos, deshaciéndose en súplicas silenciosas.

De pronto, las paredes comienzan a cerrarse. Este cuarto me asfixia.

Me levanto intentando escapar de la voz en mi cabeza.

El pasillo me da el oxígeno que necesito.

Camino descalzo y me detengo frente a esa puerta. Mi puerta. La que me separa de la razón de mi insomnio.

Mis dedos rozan el picaporte. Caprichosos e impulsivos, abren.

La habitación está en penumbras; la cama, vacía.

—¿Tampoco puedes dormir?

Sigo su voz, la encuentro parada junto a la ventana. Contempla cómo la nieve lo pinta todo.

Cierro la puerta, me acerco despacio.

Sus curvas están enfundadas en un delicado camisón de seda con tirantes. Rozo la tela que se ciñe a su cintura.

—Esto está mejor que mi vieja camiseta, ¿verdad? —susurro.

—Me gusta tu camiseta.

Sonrío.

—¿Cortesía de mi madre?

Asiente, acariciándose los brazos desnudos.

—Dijo que el verde esmeralda resalta el color de mi cabello.

—Mi madre siempre tiene razón. —Dejo que mis dedos asciendan por su brazo, no sé lo que hago—. ¿Por qué no puedes dormir?

Suelta un suspiro que endulza el aire.

—¿La verdad?

Mi índice dibuja el contorno de su hombro, va camino a ese cuello esbelto.

—Siempre.

Inhala profundo.

—No puedo dejar de pensar en el altillo. En lo que ocurrió en el altillo.

Trazo su mandíbula, me detengo en esos labios carnosos.

—Tampoco yo. Y me está quemando vivo.

La miel en sus ojos me busca. Me seduce. Y me encuentro indefenso ante los efectos de su canto.

—¿Estuvo bien? —susurra y su pequeña nariz recorre mi cuello.

Mis ojos se cierran, siento su caricia hasta en los huesos. Y lo anhelo. Lo anhelo tanto, *sentir*.

El deseo y el hambre se apoderan de cada latido, de mi mente y de mi voz.

—Creo que no recuerdo cómo fue. ¿Te molestaría recordármelo?

Siento su sonrisa en mi piel.

Sus labios ascienden dejando besos húmedos sobre mi barba incipiente. Atrapo su boca a medio camino, incapaz de contenerme.

Su sabor me envuelve otra vez, como si mis sentidos hubiesen sido creados para venerarla. Mis manos se hunden en su cabello, las suyas deambulan inquietas por mi espalda.

Su lengua escribe su nombre en mi boca. Me marca. Me enseña que no está muerto aquello que me esmero por enterrar.

Me encariño con sus curvas, hipnotizado, pero la alarma se dispara cuando siento una porción de su pecho blando bajo mis dedos.

—Creo que deberíamos parar —susurro sobre su boca—. Por favor.

Asiente, reposa la frente en mi pecho y se le escapa una risa nerviosa.

—¿Qué pasa? —La rodeo con mis brazos, acaricio su espalda desnuda.

—Todavía no puedo creer que seas real.

«Deberías dejar de leerme el pensamiento».

Cierro los ojos, permito que mi cuerpo absorba todo lo que quiera darme.

—¿Puedes quedarte? —susurra.

La siento, la cobardía comenzando a reclamar su lugar.

—No creo que…

—Por favor —me interrumpe—. Solo hasta que me duerma.

¿Cómo puedo decirle que no? ¿Cómo puedo *decirme* que no?

Dejo que nos guíe hasta la cama donde apenas cabemos los dos. Apoya la mejilla en mi pecho y mi mano viaja sin escalas hasta su cabello.

El pánico me asalta cuando la siento tibia contra mí. Cuando la realidad se vuelve demasiado nítida.

Estoy acostado, acariciando a una mujer que no es Marlene.

Besé a una mujer que no es Marlene.

Sentí pasión por una mujer que no es Marlene.

—No lo pienses más —dice como si hubiera escuchado el caos en mi cabeza—. Solo quiero que hagas lo que sientas, no voy a pedirte nada más.

Miro hacia la ventana, la cortina entreabierta deja ver el caer de la nieve. Continúo acariciándola hasta que su respiración se vuelve armoniosa. Justo cuando creo que está dormida, su voz suena en el silencio.

—¿Dante?

—¿Sí?

—¿Qué le ocurrió a tu padre?

Contengo la respiración.

—Cáncer.

Besa mi pecho.

—Lo lamento.

—También yo.

Sobre esta cama que me vio reír, amar y llorar, el silencio y la oscuridad nos abrazan.

—Gracias por este día, Dante. Nunca me sentí tan feliz como hoy.

Su respiración se acompasa relajando cada uno de mis músculos.

Mis párpados se cierran y, sin darme cuenta, el sueño me encuentra. Me arrastra a un mundo donde no tengo el control.

Esta noche no me aferro al cajón de mi esposa.

Esta noche sueño con sirenas.

Esta noche solo siento… paz.

CAPÍTULO 21

SARA

Una risita llena de picardía se filtra en la bruma de mi sueño.

Mis ojos se abren, a mi cerebro le toma varios segundos entender dónde está.

La risita corre por el pasillo.

La habitación de un Dante adolescente cobra forma y los recuerdos caen uno a uno.

Dante entrando de madrugada al cuarto.

Dante pidiéndome que le recuerde el beso.

Dante derritiéndose en mis labios.

Dante delineando las curvas de mi cuerpo.

Dante acariciándome el pelo mientras me duermo sobre su pecho.

Una sonrisa genuina se pinta en mi boca, me llena de ilusión y mariposas.

¿Fue real? Anoche, en el altillo, él y yo…

Acaricio mis labios anhelando sentirlo de nuevo.

—Luz —escucho los intentos de susurros detrás de la puerta—, deja descansar a Sara, aún es temprano.

—Ufa, quiero jugar con la sirena.

Sonrío. Admiro lo extrovertida, dulce e inteligente que es esa niña.

Abandonar la calidez de las mantas no cuesta nada si pienso en volver a verlo a *él*.

Mis pies tocan la alfombra y mi piel se eriza. Pero no es el frío lo que me sensibiliza, es lo que descansa sobre la mesa de noche.

Acaricio cada trazo, soy incapaz de dejar de mirar la imagen. *Mi* imagen. Recorro el dibujo reconociéndome, descubriéndome a través de la mirada del hombre que empieza a redefinir el sentido de *vivir* para mí.

Mi índice camina por cada rasgo delicado y suave. Las pecas cubren la mayor parte de mi rostro, mis labios están llenos y mis ojos… Ahí está. El toque de su mano, su magia, está ahí, en el brillo vivo de mis ojos.

Para cuando llego al final de la hoja, el corazón me late tan fuerte que me asusta lo que siento.

Dibujarte es tan fácil como respirar, Sirena. Eres arte.

Llevo el dibujo a mi pecho, atesorándolo como el regalo más bello.

Dibujó. Después de cuatro años sin acercarse a esa parte de él, lo hizo. Lo hizo por mí. Para mí.

¿Cómo puedo evitar sentirme así? ¿Cómo se detiene esta atracción? ¿Quiero detenerla?

Doblo el dibujo con cuidado y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón al vestirme.

Bajo ansiosa por verlo y agradecerle el gesto. Ansiosa por otro día. Por vivir.

Un aroma dulzón llena el aire y despierta mi apetito.

—¡Sirena! —Luz corre a mi encuentro, aplasta la mejilla contra mi estómago y me abraza con una fuerza sorprendente.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—¡Súper! La abuela hizo galletas con chispitas de chocolate para desayunar.

—Qué rico.

Entro de su mano a la cocina.

—Buen día, Sara. —Ada me da un abrazo afectuoso, como si me conociera de toda la vida—. ¿Cómo dormiste? ¿Estuviste cómoda?

Pienso en el pecho de Dante bajo mi piel. Sonrío.

—Muy cómoda, gracias.

—Siéntate, cielo, hice unas galletas para chuparse los dedos.

—Abuela, ¿puedo ponerle más chocolate a mi leche?

Ada la mira, analiza la situación.

—Bueno, solo porque tu padre no está. No se lo cuentes.

La pequeña se levanta y agarra el tarro de cacao en polvo.

—¿Dante salió? —pregunto, aceptando el café que pone en mis manos.

—Todos los hombres salieron, fueron a arreglar la camioneta de Víctor —explica—. Intentó irse al amanecer, pero parece que el vehículo hacía un ruido extraño. Lo llevaron al taller de un amigo de Jeremías, aquí cerca.

No puedo evitar la decepción. Espera verlo. *Ansiaba* verlo.

Le sonrío a Luz cuando me pasa una galleta.

—Están deliciosas —admito, metiéndome una chispita suelta a la boca.

—Gracias. ¿Te gusta cocinar, Sara?

—Mmm…

—¡Cocina superrico! —dice Luz—. Una vez me hizo panqueques con muuuuucho dulce y nos manchamos todos los dedos para comerlos. Después se los pasé a papá por la cara y me atacó con cosquillas.

Ambas reímos con el recuerdo de un Dante lleno de dulce de leche.

—Podríamos hacer panqueques y galletas para tu cumpleaños —ofrezco.

—¡Sí! Porfi, porfi. —La rubiecita junta las manos.

—Tendrás que limpiarte esa cara. —Ada señala el chocolate en la boca de su nieta—. Si tu padre sabe que te estoy dando tanta azúcar, me matará.

Continuamos desayunando entre comentarios ocurrentes de Luz y risas. Después de dos tazas de chocolatada caliente, la pequeña va a mirar los dibujos animados.

—¿Hace mucho que conoces a mi hijo?

La pregunta me descoloca. Sé que lo nota, porque sonríe con amabilidad. Quiere quitarle importancia al asunto.

—No mucho.

—Creí lo contrario, parecen muy cercanos.

Me escondo en el último sorbo de café.

—Me alegra que estés quedándote en su casa, siempre está tan solo. —Suspira mirando su taza—. Jeremías se la pasa afuera, Luz en la escuela y él… perdido en su cabeza. Parece más feliz ahora, debes ser buena compañía para ellos. Se nota que Luz se está encariñando contigo.

—Es una niña muy dulce y sociable.

—Lo es, salió a Marlene. Dante nunca fue de los que estaban rodeados de amigos. Le cuesta confiar, abrirse, dejarse conocer de verdad.

El nombre de aquella mujer da vueltas en mi cabeza. Es un susurro constante desde que salió de la boca de Dante por primera vez.

—¿Cómo lo ves de salud? —Mi ceño se frunce y Ada agrega—: A Dante. ¿Cómo está su pierna?

—Creo que bien. Es decir, hay días en que noto que siente dolor o le cuesta un poco moverse, en especial cuando levanta troncos o camina por un terreno empinado. Pero la mayor parte del tiempo se ve… bien.

—Es tan necio. —La preocupación tiñe su mirada—. Dejó kinesiología hace medio año, sabiendo que aún la necesita.

—¿Fue muy duro? El accidente.

—Creí que moriría por segunda vez —dice, negando con la cabeza—. Primero Máximo, mi esposo, una parte enorme de mí se fue con él. Después, Dante. Creí que no iba a soportarlo. No si me lo arrebataban a él también. —Sus ojos se llenan de lágrimas y me siento culpable por haber preguntado—. Fue terrible, Sara. Dante es un hombre necio y duro, acostumbrado a ser fuerte, dominante. No supo cómo reaccionar al encontrarse tan débil, al depender ciento por ciento de los demás. Ni siquiera podía bañarse o ir al baño solo, Jeremías y yo lo hacíamos todo con él.

—Sé que le cuesta admitir que tiene una… dificultad. Pero a mis ojos, luchar cada día con un dolor que te recuerda constantemente lo que ocurrió, no es más que un signo de fortaleza.

Ada asiente, derramando más de una lágrima.

—Marlene, su movilidad física y el ejército, fueron muchas pérdidas para su pobre corazón.

El aire se vuelve espeso. Cada palabra me cierra un poco más la garganta.

—Mejor cambiemos de tema. —Intenta borrar las huellas del dolor con una sonrisa—. ¿Eres de Neuquén, Sara?

Elijo el lugar donde viví más tiempo.

—No, soy de Buenos Aires.

—¿Te molesta si te pregunto qué edad tienes?

«Los Abellán y su obsesión por la edad».

—Veintiuno.

Hay un brillo extraño en sus ojos.

—Tan joven, tan bella.

La incomodidad se sienta junto a nosotras. No sé qué decir, así que sonrío y me levanto para lavar la taza.

—Sara, ¿te gustaría acompañarme a mi tienda? Está a pocas cuadras de aquí. Incluso podríamos ir caminando, la nevada ya no es intensa como anoche.

—Claro. No sabía que tenías una tienda, creí que solo diseñabas.

—Tengo esa tienda desde que mi esposo nos dejó. Siempre diseñé para otras marcas, pero decidí cumplir el sueño. —Guarda el resto de las galletas en un frasco—. Es pequeña, pero todo está a mi gusto.

—Seguro es preciosa.

Me sonríe.

—Vamos a verla.



La tienda parece sacada de un cuento de hadas. Suelo de madera blanca y paredes a juego, luces cálidas en cada esquina, una hermosa araña antigua colgando del techo y un sillón color crema. La única nota de color la aportan los vestidos, colgados en elegantes percheros móviles, llenando de vida el espacio.

Luz no deja de tocar cada una de las prendas, en especial las que tienen más brillos, y pedirle a su abuela que le haga un nuevo vestido para su cumpleaños. Ada asiente mientras acomoda en la vidriera las piezas de su nueva colección.

—Sara, ¿me ayudarías un minuto, por favor?

—Claro.

—¿Podrías sacar aquella bolsa negra y tirarla a la basura? Son retazos de tela. Sal por la puerta trasera, el contenedor está casi al llegar a la esquina.

Luz sigue cantando y saltando por todo el lugar.

Sonrío mientras agarro la bolsa, que pesa más de lo que esperaba, y salgo.

El aire gélido me hace arder el rostro. La calle está vacía, es temprano y el frío es una amenaza.

Maravillada como una niña, observo mis huellas estamparse en la nieve mientras me acerco a la esquina.

El contenedor es enorme y alto, tanto que me cuesta tirar la bolsa. Es una lucha ridícula. Estoy a punto de lograrlo, pero una mano tapa mi boca.

La bolsa cae.

Unos brazos rodean mi cintura, presionando cada costilla hasta que grito de dolor.

No importa cuánto forcejee, la tienda comienza a alejarse y entiendo que no conocía el miedo hasta que escuché su voz.

—¿Pensabas que no iba a encontrarte?

CAPÍTULO 22

SARA

Su aliento se transforma en miedo cuando roza mi cuello. Y me paraliza.

No puedo respirar, no con su mano en mi boca mientras me arrastra hacia atrás.

—Terminamos de jugar a las escondidas, Sara —susurra a mi oído—. No puedes escapar. No de mí.

Cada palabra ralentiza el tiempo. Me aleja de todo lo que podría hacerme bien. Libre. Feliz.

Lucho por liberarme de sus brazos, pero me rompo en gritos mudos.

Todo lo que veo es Dante.

Todo lo que siento es Dante.

Él sacándome del lago, devolviéndome a la vida.

Su cabaña. Su fuego. Su hogar.

Su sonrisa. Su mirada ardiente. Su gesto serio. Su clemencia.

Sus manos acariciándome.

Su boca haciéndome sentir viva.

Su voz susurrando *Sirena.*

Su hija haciéndome reír, dándome pulseras de amistad.

Jeremías eligiendo darme una oportunidad.

Dicen que el amor es el sentimiento más poderoso, pero es el miedo a perderlo todo lo que me impulsa a pelear. El miedo a

perderme. Otra vez.

Me sacudo como si estuviera poseída. Busco desestabilizarlo, pero sus piernas son firmes. Fuertes.

«¿Por qué no hay nadie? ¿Por qué nadie nos ve? ¿Por qué nadie me ayuda?».

—Quieta.

No obedezco. Me sacudo entre sus brazos, sigo buscando una oportunidad. Y la consigo.

Es un segundo.

El tiempo corre más rápido que mi pulso.

Su mano se afloja sobre mi rostro.

Mis dientes se hunden en su carne y muerden con furia.

Su sangre lo inunda todo. Ensucia mi boca. Ensucia mi alma.

—Hija de puta —masculla y contiene un alarido de dolor.

Mis pies vuelven a tocar el suelo y corro.

No pienso. Soy instinto.

Corro sin mirar atrás.

Corro con rabia y fuerza sobrehumana.

Corro por mí.

Corro por Dante.

La tienda parece alejarse cada vez más. Pero no me detengo, a pesar de que mis piernas se deshacen sobre la nieve.

Abro la puerta trasera y entro.

No puedo pensar. No puedo concentrarme en nada más que esta urgencia por asegurar todos los pasadores de la puerta. Por desaparecer. Por sobrevivir.

—¿Sara? ¿Estás bien, cielo?

Intento calmarme antes de girar y enfrentar a Ada y a su nieta. Pero no son dos pares de ojos los que me miran atónitos, son cuatro.

La mirada de Dante pasa de la calma al horror.

—¿Sirena?

Una fracción de segundo. No tarda nada más que una fracción de segundo en tomar mi rostro e inspeccionarme.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás sangrando?

Toco mis labios, saboreo la sangre tibia que baja por mi cuello.

—¿Sara? —Dante está serio y sus ojos no dejan de buscarme—. Sara, ¿estás bien?

«¿Me vio? ¿Se animará a entrar aquí sabiendo que no estoy sola?».

—Sirena, ¿me escuchas?

Su rostro se desdibuja. Más me esfuerzo por salir del aturdimiento, más me mareo.

—Estoy… bien —susurro, aceptando el pañuelo que Jeremías pone en mis manos—. Yo… me resbalé en la nieve y me golpeé muy fuerte al caer.

Me limpio la boca con desesperación. Lucho contra las ganas de vomitar que me produce el sabor de *su* sangre.

—¡Por Dios! Es mi culpa. —Ada se acerca con una botella de agua—. Yo le pedí que sacara la basura. Lo siento, cielo. ¿Quieres ver a un médico?

La voz de Dante se impone grave y gélida.

—Jeremías, lleva a mamá y a Luz al auto.

Jeremías asiente, pero sus ojos están fijos en mí.

Bebo toda la botella de agua, desesperada por eliminar ese sabor que me marea.

La puerta se cierra.

El infierno brilla en los ojos del único hombre en el que confío.

—Dime qué pasó.

No sé dejar de temblar. Busco apoyo en la pared, pero no consigo ocultar el pánico que aún me domina.

—Me resbalé en la nieve y…

—Dime la verdad.

Lágrimas calientes y pesadas se acumulan en mis ojos.

—Me caí.

—Sara. —Inhala profundo, sé que intenta mantenerse sereno—. No soy estúpido.

—¿Podemos…? —Mis manos temblorosas se aferran al pañuelo manchado y comienzo a llorar. Y no quiero. No quiero ser esto, vulnerable—. ¿Podemos irnos a casa? Por favor, Dante. Vámonos a casa.

Su pecho sube y baja con violencia, una emoción extraña cruza su mirada.

—Fue él. —No es una pregunta—. Fue la basura que quiso atacarte.

—No.

—¿Estuvo aquí? ¿Lo intentó otra vez? Dímelo.

La angustia tiene sus garras alrededor de mi garganta.

—Solo me caí. Vamos a casa, por favor. Llévame a casa.

Su mirada esconde una profunda batalla, pero sus brazos ceden y me rodean. Y yo me rompo. Me fracturo en millones de fragmentos diminutos, de esos que se astillan y se vuelven polvo.

—Odio las mentiras, Sara. —Me acaricia la espalda, intenta alejar mis miedos—. No las pongas en tu boca. Por favor, no me hagas odiar tu boca.

No importa cuánto inhale y exhale, sé que no voy a calmarme. No hasta estar en medio de esa isla, dentro de aquellas paredes que me hacen sentir segura.

—Vamos a casa —susurra.

Sus dedos se entrelazan con los míos y salimos de la tienda.

Los ojos de Dante son los de un halcón, lo escrutan todo mientras su mano me sostiene bien fuerte.

Subo al auto.

Jeremías suspira.

Ada y Luz están calladas.

El aire se siente espeso.

Dante cierra la tienda de su madre, vuelve a mirar hacia todos lados y sube al auto.

Jeremías arranca y dejamos la mañana atrás.

Pero yo puedo sentirlo.

Sus ojos en mi espalda.

Sé que está ahí.

Marcándome con fuego.

Escribiendo mi destino.

CAPÍTULO 23

SARA

Aprendí que el silencio duele más cuando se tiene mucho para decir.

Siete días ahogando los gritos en mi garganta.

Ciento sesenta y ocho horas sin sentir su boca sobre la mía.

Diez mil ochenta minutos sin que su sonrisa me acaricie hasta los huesos.

Sé que cree que sabe por qué lloro por las noches.

Sé que está decepcionado porque mis labios no susurraron la verdad que cree desear escuchar.

Ojalá pudiera sentir lo que siento.

—Estoy segura de que están bien.

Mira por la ventana, la tormenta de nieve golpea con fuerza la cabaña.

—Deben haberse refugiado en la casa de tu madre —intento tranquilizarlo, aunque de poco sirve. Sigue paseando de una punta a la otra sin soltar el teléfono.

Jeremías y Luz salieron hace horas, fueron al centro a comprar provisiones para el resto del mes y algunas cosas para el cumpleaños de la pequeña.

Hace quince minutos se desató la primera gran tormenta de la temporada, que decidió adelantarse y burlarse de todo pronóstico.

—No podrán volver. —Se pasa las manos por el cabello y el rostro, su preocupación me llena de ansiedad—. Es imposible que

suban a la lancha con este clima.

—Dante, Jeremías es un adulto y sabrá qué hacer. Sé que están con tu madre y sé que podrás comunicarte con ellos, solo tienes que calmarte.

Apoya la cabeza en el marco de la ventana, las ramas de los árboles escriben sobre el vidrio.

—No debí permitir que se la llevara.

—Luz va a estar bien. ¿Por qué no te sientas y terminas tu café?

Me mira de reojo, meditando, tal vez, si soy digna de su compañía.

—Si quieres puedo irme a la cocina y dejarte solo.

Niega con la cabeza, pero no sé si el gesto es para mí o para sus pensamientos.

Camina descalzo, la madera se queja bajo sus pies.

Se sienta en el sillón individual, a pesar de que sobra espacio a mi lado. Toma la taza con ambas manos y mira a la nada, perdido en sí mismo.

Es difícil creer que el tiempo no existe cuando veo cómo nos separa. Segundo a segundo, su voz se vuelve algo vago. Un recuerdo cada vez más lejano.

El teléfono suena, Dante se desvive por atenderlo.

—¡Jeremías! ¿Dónde están?

Camina como un loco hasta que la voz del otro lado de la línea relaja su paso y afloja sus hombros.

—Está bien. —Se pasa la mano por la frente, luce aliviado—. No salgan hasta que esto termine. Y, aunque pare, no se te ocurra navegar con Luz durante la noche.

No tardo mucho en sentirme incómoda escuchando la conversación. Intento concentrarme en el fuego que se consume, apagándose poco a poco. Me pregunto si Dante habrá preparado más leña.

—¿Que deje de darte órdenes? ¡Tienes a mi hija, imbécil! —Niega con la cabeza, me da la espalda—. Voy a llamarte en unas horas, ten el celular a mano. Está bien, adiós.

Tira el teléfono sobre la mesa de centro. Me disgusta verlo tan alterado.

—¿Están con Ada? —pregunto, jugando con mi taza vacía.

—Sí, gracias a Dios. Van a quedarse ahí hasta que pase la tormenta.

—¿Estás más tranquilo?

Por primera vez en días, su mirada se detiene en la mía durante más de cinco segundos.

—Sí.

Le regalo algo bastante parecido a una sonrisa. Una de esas que él suele arrancarme a montones.

—¿Qué hace esto aquí?

Veo el libro entre sus manos.

—No lo sé. Luz o tu hermano deben haberlo dejado por aquí esta mañana. —La rareza habita sus ojos y despierta mi curiosidad—. ¿Por qué?

Lo abre, acaricia con lentitud sus páginas.

—Es un libro de nombres y significados que nos regaló Víctor cuando se enteró de que Marlene estaba embarazada.

Marlene.

No quiero ponerle nombre a lo que siento. ¿Intriga? ¿Envidia? ¿Lástima? No me importa lo que es, no me gusta.

—Víctor parece un buen hombre. —Dejo la taza sobre la mesita —. No hablamos mucho durante la cena en casa de tu madre, pero es muy simpático. Se nota que es parte de la familia.

—Es un hermano para mí. —Continúa hojeando el libro con la nostalgia pincelada en el rostro—. Incluso comparto más cosas con él que con Jeremías.

—¿Siempre fue así? —Su mirada me encuentra—. Esa rivalidad latente entre los dos, ¿estuvo siempre?

—Jeremías *siempre* quiso todo lo mío. —Hay resignación en su voz—. Desde que tengo uso de razón, compite conmigo. Jamás voy a entender qué hice para que me viera como un rival, para que sienta que debe probar su superioridad constantemente.

—Me cuesta entender por qué se comporta así cuando parece tan seguro de sí mismo.

El silencio y Dante se amigan otra vez. Vuelve a perderse en su mundo y en aquel libro hasta que lee:

—Sara es un nombre de origen hebreo y significa princesa. —Su boca es hipnótica al decir *princesa*—. Muy apropiado para una sirena.

—¿Qué significa tu nombre?

—Dante significa…

—¿Qué?

—El que resiste.

Su rostro confundido se detiene en mí antes de volver al libro.

—Dante: el que resiste, el que perdura.

Sonrío.

—No puede haber nombre más apropiado para un hombre como tú.

Estoy a punto de reconocer un atisbo de sonrisa en su boca, pero la oscuridad nos deja ciegos.

—Carajo.

—¿Dante?

—Tranquila, es solo un apagón.

Lo siento moverse alrededor.

—¿Es algo común por aquí?

—Hubo tormentas que nos dejaron sin electricidad ni comunicación durante semanas. El sur es muy bonito, pero no es para todos.

—Ya lo creo.

La linterna de su celular se enciende y apunta a mis pies descalzos.

—Voy a buscar más leña al cobertizo, vamos a necesitar fuego durante la noche.

Asiento, aunque no quiero que salga. No quiero separarme de él. No quiero estar sola.

—¿Tienes velas?

—En la cocina. Ya las traigo, no te muevas.

El miedo me convierte en una estatua sentada en el sofá.

Odio la oscuridad. Odio la soledad. Odio lo vulnerable que me hace sentir.

Lo escucho abrir y cerrar cajones. Regresa con dos candelabros antes de que pueda contar hasta cien.

—Pensar que le dije a mi madre que jamás usaríamos algo tan lujoso en la cabaña.

Apoya las velas sobre la mesa baja.

—Son preciosos.

—Son del casamiento de mis padres.

Me observa en silencio. Me encantaría saber qué piensa cuando me mira así.

—Voy a buscar leña. —Se pone el abrigo y revuelve un cajón hasta que saca una linterna.

—¿Necesitas ayuda? Sé que te duele la pierna, no deberías cargar mucho peso. —Sus ojos se clavan en los míos. No necesito luz para leer el sentimiento que los hace brillar—. Te vi tomar analgésicos esta mañana.

—No necesito ayuda. Gracias.

Cierra el cajón con furia y desaparece.

Me hago una bolita en una esquina del sillón. Una bolita atenta a cada ruido.

La tormenta golpea las ventanas y el viento murmura verdades oscuras.

«¿Pensabas que no iba a encontrarte?».

No quiero recordar. No quiero pensar en él. No quiero *pensar*.

El lomo del libro de nombres brilla a la luz de las velas.

«Dante: el que resiste, el que perdura».

La puerta se abre. Un Dante cubierto de nieve y cargado de leña intenta sacarse las botas.

Me levanto y trato de quitarle algunos trozos de madera.

—Dame algunos —insisto cuando se resiste.

—Basta. Ve a sentarte.

—¿Puedes dejarme ayudarte? Tengo más fuerza de la que crees.

—Está lleno de astillas, no quiero que te lastimes.

Me ignora, camina hasta la chimenea y comienza a distribuir la madera. En cuestión de segundos, sus manos hábiles hacen que una pequeña llama comience a nacer, poderosa y llena de furia, justo como me siento en este momento.

—Me haces sentir inútil.

Busca ayuda del sofá para levantarse. Me apena saber que siente dolor y no puedo aliviarlo, pero me enfurece que sea tan necio.

Se quita la chaqueta y sacude la nieve de su cabello.

—No es mi intención.

—¡No soy de cristal! Tienes que dejar de tratarme como si fuera a romperme a cada segundo.

—¿Cómo quieres que te trate entonces? ¿Eh? Dímelo. —Avanza hacia mí. Lento. Inmenso y apabullante—. Si te ignoro, te molesta. Si finjo que podemos ser amigos, *me* molesta. Si te beso como si no hubiera un mañana, me gano tu silencio. Que no confíes en mí. Que no seas sincera. ¿Cómo se supone que debo tratarte, Sirena? —Mi espalda toca la pared, su nariz roza la mía—. ¿Qué tengo que hacer contigo?

CAPÍTULO 24

SARA

Su aliento tibio me seduce, llevándose la mitad de mi furia y reemplazándola por algo igual de arrollador, pero mucho más placentero: el deseo.

—¿Cómo quieres que te trate?

Es difícil pensar cuando sus labios amagan con invadir mi cuello y conquistarlo todo a su paso.

—Como… —Inhalo profundo, su perfume mata una a una mis neuronas—. Como una mujer que no va a romperse si la tocas.

Detiene su boca a un milímetro de la comisura de mis labios, torturándome.

—¿Eso quieres?

Una promesa flamea en sus ojos.

—Sí.

Mi voz detiene el tiempo.

No existe nada más que nuestras miradas hambrientas, devorándose sin piedad.

Juro que puedo escuchar el latir desbocado de su corazón. O tal vez es el mío. O tal vez nuestros cuerpos se enroscaron con tanto frenesí, que apenas puedo reconocer qué parte le pertenece a cada uno.

No estoy lista para entender cómo mis piernas se aferraron a su cintura con tanta naturalidad, sus labios recorriendo mi cuello tiene

mi atención absoluta.

Sus manos en mi cintura, las mías en su nuca.

Su boca marcando mi piel, la mía intentando recordar cómo hablar.

—Dante.

Se comen mi jadeo y el entusiasmo del beso me estampa contra la pared. Y no me quejo. ¿Quién pensaría en quejarse cuando Dante Abellán se deshace en tu boca?

Lo siento. Siento su virilidad entre nosotros, materializando el deseo. La necesidad. El capricho de la piel. De la soledad.

Y pronto me olvido de todo. Del pasado. De las dudas. De la cabaña. De la isla. De la tormenta de nieve. Solo está su boca, protagonista de un beso tan apasionado con el que jamás me atreví a fantasear. Ni siquiera cuando me imaginé libre.

Mis piernas abrazan con fuerza su cuerpo mientras sus manos hábiles bucean por debajo de mi suéter, dejando un rastro de fuego en mi piel.

Antes de que pueda cuestionármelo, me deshago de esa prenda con torpeza.

Contengo la respiración mientras sus ojos recorren el valle de mis pechos, ascendiendo hasta mi cuello, ese que venera con dedicación.

—Eres una criatura fascinante, Sirena.

Mi pulgar acaricia su boca, húmeda y ansiosa.

—Desde que me sacaste de ese lago, todo lo que hay en mi cabeza eres tú. No puedo dejar de pensarte.

—No me conoces.

—No necesito conocerte. Me basta lo que vi. Lo que hiciste por mí.

Unos labios de café se funden con los míos mientras caminamos como uno solo entre las sombras. Me deposita sobre la alfombra, al lado del fuego, y se tumba sobre mí.

Sentir su peso entre las piernas vuelve más nítidos mis sentidos. Mi realidad. Pero su boca me busca con tanta dulzura que el ovillo de inseguridades se desarma poco a poco.

Quito su suéter y su camiseta de la ecuación. Mis dedos se deleitan con la piel que se eriza a mi paso. Recorren las ondulaciones de un abdomen firme, se pierden en el sur, en esas caderas que conduce a terrenos que creí prohibidos.

Su boca se detiene en la cima de mis pechos, una extraña energía vibra entre los dos.

—¿Qué pasa? —susurro.

Deja un beso en el centro de mi pecho.

—Dante, ¿estás bien?

Su mirada húmeda me encuentra, me arrastra a su tristeza infinita.

—Estoy aterrado.

Acaricio su rostro.

—¿Por qué?

—Es la primera vez que estoy así con una mujer después de…

Algo le impide terminar la frase, pronunciar ese nombre.

—Marlene —susurro por él.

Cierra los ojos, reposa la cabeza en mi hombro.

—Perdón. No quiero arruinar el momento. Yo…

—No somos máquinas, Dante. —Mis dedos se pierden en su pelo —. Entiendo que es difícil para ti.

Su pecho se infla en busca de valentía.

—Ella fue mi primera y única mujer —confiesa—. Empezamos a salir desde muy jóvenes, nos enamoramos y ya no hubo nadie más.

Dibujo líneas en su espalda, intentando relajar sus músculos.

—No tienes que hacer esto. Si no estás preparado, si no quieres…

—Quiero. Quiero hacer esto desde el primer día que me sonreíste. Quiero ceder. Quiero aceptar esta atracción. Hacer las paces con esa parte de mí que quiere volver a vivir. Quiero… sentirte. A ti. Pero temo que, si lo hago, olvidaré para siempre lo que ella me hacía sentir. Lo que éramos juntos.

El dolor está arraigado en la cadencia de su voz. Así es la pérdida, oscurece todo lo que toca. Deja una huella que, a veces, el tiempo es incapaz de borrar.

—Dante, mírame, por favor —suplico y levanta la cabeza. Sus ojos vidriosos pasean por cada detalle de mi rostro—. No puedo competir con tu esposa, tampoco quiero hacerlo. Esto es lo que hay, aquí. —Toco su pecho—. Esta cabaña, lo que quieres. Lo que sientes cuando me besas. Esta atracción. Esa es tu realidad *hoy*. Puedes ignorarla o abrazarla, depende de ti.

Hay una verdadera batalla en su mirada, no quisiera estar en su mente.

Acaricio el dolor y la preocupación que se alojan en su ceño.

—Todo está bien. Lo que decidas estará bien para mí.

Sus labios se posan sobre los míos, su lengua pide permiso y entra despacio. El beso pide un perdón innecesario y eso me conmueve.

—Estás aquí —susurra, casi para sí mismo—. *Tú* estás aquí. Yo estoy aquí. Ahora.

—Estoy aquí.

—Y quiero esto. Lo deseo tanto que me duele el cuerpo. Me duele pensar.

Lame el lóbulo de mi oreja, despertándome de la cabeza a los pies. Vuelve a encariñarse con mi cuello mientras intenta desabrochar el sostén, pero fracasa.

—Estoy nervioso, perdón. —Besa mi frente—. Juro que no siempre fui así de torpe.

Río suavemente.

—¿Te ayudo?

—No, ya lo tengo.

Cierro los ojos cuando siento el torso desnudo, contengo el impulso de taparme.

—Preciosa. —Su mano grande y áspera se cierra con suavidad alrededor de mi pecho izquierdo—. A veces creo que eres un sueño, un producto de mi mente y mi dolor. Un bálsamo perfecto.

La confesión es una caricia, pero no me relaja.

—¿Sara? —Deja un beso inocente en mi mejilla—. ¿Estás bien?

Me mira como si fuera el mundo entero. Y sé que no es amor. Sé que va a tomar lo que necesita de mí y tomaré lo que necesito de él, pero elijo guardar esa expresión para siempre en mi memoria.

—Es la primera vez que estoy así delante de un hombre.

La confusión se apodera de sus ojos.

—¿Cómo…? ¿Tú…? ¿Eres…? ¿Nunca…?

—Por favor, no le des más importancia de la que tiene.

Parpadea varias veces, se aleja unos centímetros y me observa.

—¿Que no le dé importancia? Acabo de aplastarte contra la pared como si fuéramos animales.

—Y me encantó. —Acerco su rostro de nuevo a mí, me concentro en el roce de su barba incipiente—. Ya te lo dije, no soy de cristal. No voy a romperme.

—Jamás pensé… —Su mirada está fija en mi boca; su mente, en cualquier lugar—. Sé que eres joven, pero jamás creí que…

—Basta.

—Deberíamos esperar. Ver hacia dónde va todo esto. —Coloca un mechón de cabello detrás de mi oreja—. No tengo sexo hace más de cuatro años, Sirena. Puedo esperar, créeme.

—¿Esperar? ¿Esperar a qué? Es mi cuerpo. Es mi virginidad, *yo* decido cuándo y con quién la pierdo.

Necesito saber qué piensa y por qué lo piensa demasiado.

—¿Estás segura de esto? De mí.

Alejo ese mechoncito castaño que suele caer sobre su frente.

—No hay nadie más que me haga sentir así de segura. Nadie más con quien desee hacer esto. Nadie más con quien quisiera estar así, aquí, ahora.

Sonríe y la mitad de mis problemas están resueltos.

Comienza el recorrido en mi cabello, va camino al sur, adora cada zona montañosa, cada valle que lo conduce a su destino. Cuando sus dedos rozan el cierre de mi pantalón, se detiene. Su mirada pide permiso, asiento y la prenda desaparece en un suspiro.

Mi piel se enciende cuando su índice se engancha en mi ropa interior, deslizándola hacia abajo con una calma dulce y exasperante.

Su boca retorna a la mía, su tacto asciende por mis piernas haciéndome vibrar.

—¿Puedo… verte? —susurro.

Hay hambre en sus ojos. Hambre de mí. De nosotros.

—¿Eso quieres? —Asiento—. Entonces pídelo, Sirena. No lo preguntes, pídelo con seguridad.

—*Quiero* verte. —Mis dedos dibujan su boca—. Déjame verte.

Se pone de pie, con esa ligera dificultad de siempre, y no puedo evitar preguntarme si estará cómodo aquí, en el suelo. Pero todos los miedos e incertidumbres se evaporan cuando comienza a desabrochar sus vaqueros.

Sin quitarme los ojos de encima, deja caer sus pantalones. Un bóxer blanco acaricia sus piernas torneadas. Y, cuando esa prenda toca el suelo, olvido mi nombre.

Mi mirada se pierde en cada músculo, soltándole la mano a la timidez. Es una obra de arte. Y no hablo solo de su cuerpo, hablo de su alma noble y torturada.

Mis ojos se cierran cuando lo siento tibio sobre mí.

—Estás temblando. —Besa la punta de mi nariz.

—Estoy… ansiosa. Todo es muy nuevo para mí.

—También para mí.

Su boca dibuja senderos por mi piel, hasta cerrarse con ternura sobre uno de mis pechos.

Soy un manojo de constelaciones nuevas.

—Dante… —gimo su nombre, sintiéndome extraña y fascinada ante esa faceta desconocida de mi voz.

Su mano desciende por mi estómago hasta el vértice entre mis piernas. Sus dedos acarician la humedad de mis pliegues y mi espalda se arquea sin permiso.

—¿Eso te gusta?

—Sí… —Un jadeo. Una súplica.

El mundo es un recuerdo borroso, su sonrisa es la única certeza.

—Voy a besarte cada peca, cada lunar, como si el tiempo no existiera. Voy a ayudarte a descubrir lo que te gusta, voy a observar cómo te deshaces y después, recién después, voy a pensar en mí.

CAPÍTULO 25

DANTE

El rugir del viento ya no existe, solo se escuchan los gemidos tímidos.

El fuego ya no quema, lo único que arde es su piel retorciéndose con la mía.

Sé que está a punto de estallar, de arrastrarme con ella al vacío, a ese estado de sublime inconsciencia donde solo somos algo bruto. Puro. Esencia.

Sus pies tibios rozan mi espalda, sus piernas me mantienen cerca. Con cada vaivén suave, pero profundo, las caderas de la sirena se despojan de la timidez liberando el deseo. El instinto.

Quiero ser delicado. Quiero continuar venerándola como a una diosa. Quiero descubrir sus detalles y matices. Quiero memorizar cada lunar y cada mueca de placer como lo hice desde el momento en que estuvo desnuda frente a mí, pero sentir cómo se contrae a mi alrededor mientras jadea mi nombre me sumerge en un frenesí. Delicioso. Excitante. Angustiante.

Mis caderas cambian el ritmo con el que nuestros cuerpos se encuentran, me hundo en su dulzura con una voracidad abrumadora. Y llega. La siento recorrerme, aquella electricidad tan añorada que me sacude en espasmos placenteros y me deshace.

Mi cabeza cae sobre el pecho de la sirena. Dejo que mis pedazos vuelvan a unirse mientras me concentro en el latir eufórico de su

corazón. Ese que traje a la vida una noche a orillas del lago.

—Eres magnética, Sirena.

Su silencio me hace buscarla.

—¿Estás bien? —Mis labios atrapan una lágrima solitaria en su mejilla—. ¿Te lastimé? ¿Te duele o estás incómoda?

Niega, pero no me devuelve la tranquilidad hasta que sonríe y captura mi rostro con sus manos suaves.

—No imaginas lo que esto significa para mí. No puedes imaginarlo.

—Lo sé. —Mi pulgar traza sus labios—. En cierto modo, también es mi primera vez. Es la primera vez, en cuatro años, que deseo tanto a alguien como para entregarme... así. Es la primera vez en años que una mujer me hace romper mis propias reglas. Soy un hombre de control, Forastera, y tú me lo quitas todo.

Me regala una sonrisa que me endurece. Otra vez.

—¿Yo?

—Tú.

Beso la punta de su nariz.

—Voy a salir despacio, ¿sí?

Asiente, pero su rostro no puede ocultarme el temor. La ansiedad.

Me muevo con suavidad, llevándome un pedazo de su alma. Los vestigios del orgasmo se aferran a mí, ansiando perdurar.

Me estiro para tomar una manta del sofá y cubrir ese cuerpo salpicado de estrellas.

Cuando Sara apoya la cabeza en mi pecho y mis dedos se pierden en su cabello, admito cuánto extrañaba compartir algo así, tan íntimo y carnal. Y esa confesión silenciosa me golpea más fuerte que la realidad. Más fuerte que el calor de su piel. Más fuerte que su sabor en mi boca. Más fuerte que el condón que le robé a Jeremías mirándome. Juzgándome.

El mundo vuelve a girar; la tormenta, a rugir. O tal vez nunca dejó de hacerlo. Quizá solo nos arrastró sin que nos diéramos cuenta. La vida.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

—Mmm, no. ¿Y tú?

—Un poco, pero no quiero moverme.

El crepitar del fuego pinta la cabaña de luces y sombras.

En cada esquina, la paz susurra verdades que no estoy listo para escuchar.

—Jamás imaginé que alguien tan… gigante como tú pudiera ser tan delicado.

—¿Tengo que ofenderme por lo de gigante?

Ríe contra mi piel.

—Es que me siento una hormiga a tu lado.

—Una hormiguita colorada. —Me burlo y pellizca mi abdomen.

—Estos últimos días apenas hablamos y no pude agradecerte por el dibujo. —Traza líneas imaginarias sobre mi pecho. ¿Son palabras? —. Es perfecto. Es el regalo más lindo que me hicieron desde que tengo uso de razón.

Sonrío y entierro la nariz en su cabello. Me encanta olerla.

—Se sintió bien volver a dibujar después de tanto tiempo.

—Háblame de ella, Dante. Sé que necesitas hacerlo. Háblame de Marlene.

Escuchar ese nombre abre una grieta nueva en mi pecho. Me pregunto si alguna vez dejará de hacerlo.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que necesites contarme.

Mientras mi voz bucea en un mar de angustia, la acerco más a mí. Es instinto. Es como si eso que voy a decir amenazara con arrancarla de mis brazos. Con quitarme este momento.

—Cuando Luz nació, yo estaba trabajando. Cuando mi esposa murió, yo estaba trabajando —hablo bajo, los recuerdos me asfixian —. Cuando te unes a la División Especial de Seguridad Halcón no trabajas para vivir, vives para trabajar. Ese fue mi peor error. El primero de muchos.

—¿Quieres contarme qué le ocurrió?

Inhalo profundo, sintiéndolo ahí. El odio. El rencor. El dolor.

—En aquel entonces vivíamos en Esquel, una ciudad al noroeste de Chubut. Cuando nos casamos, ambos sabíamos que estaría mucho tiempo fuera de casa. Semanas o meses, dependiendo de la misión. Por eso decidimos que lo mejor sería comprar una pequeña

casa ahí, cerca de sus padres y su familia. Así ella no sentiría tanto mi ausencia. —Mis dedos caminan por su espalda, erizando su piel —. Mi madre y Jeremías nos visitaban con frecuencia, en especial cuando sabían que me iría. Es duro, ¿sabes? Despedirte de la persona que amas sin saber si vas a volver. Besar esa boca que amas como si fuera la última vez, porque puede serlo. Porque cada vez que cruzas la puerta, puedes no volver.

Se estremece y la abrazo más fuerte.

—¿Dónde estabas cuando ocurrió?

—En Buenos Aires, trabajando en una toma de rehenes. Cuando neutralizamos la situación, mi superior me pasó un llamado. Era mi madre, supe que algo estaba mal antes de escuchar su voz. —Acaricia mi garganta como si supiera que ahí se aloja el dolor—. El padre de Marlene sufrió un infarto mientras la llevaba al trabajo, su auto perdió el control e impactó de lleno contra un camión de carga. Ambos… —La angustia juega con mi voz—. Ambos murieron en el acto.

Se aferra a mí casi con la misma desesperación con la que busco su consuelo.

—Es un milagro que Luz no haya estado ahí, porque sus abuelos solían llevarla al parque después de dejar a Marlene. Pero ese día mi bebé estaba tan resfriada que decidieron quedarse en casa. —No quiero llorar. Estoy cansado de llorar mis errores, cansado de llorar la vida—. Tenía que ser yo, ¿entiendes? Tenía que ser yo quien llevara a Marlene a su trabajo. Yo quien cuidara de mi hija enferma. Yo quien estuviera para ellas, no sus padres. Yo. ¿Por qué me dediqué a proteger la vida de los demás sabiendo que lo único que debía cuidar estaba en casa? Ellas debían ser mi prioridad. No mi maldito orgullo. No esas medallas. No ese uniforme.

—Dante, estás siendo demasiado duro contigo. Es tu vocación, no puedes culparte por…

—No —la interrumpo—. No era vocación, era obsesión. Estaba obsesionado con ese trabajo, con la adrenalina que me recorría cada vez que mi vida estaba en juego. Obsesionado con sentirme un héroe cada vez que lideraba una misión exitosa. No sabes lo poderoso que un uniforme y un arma te pueden hacer sentir. Me

llevaba el mundo por delante, Sirena, hasta que la vida decidió que era suficiente y apretó el freno. O el gatillo.

El silencio masajea mis hombros, afloja mi garganta.

—Esa llamada fue el detonante. Ese día fue *mi* detonante.

—¿Ese día te sacaste el uniforme?

—No. —Una risa tosca y llena de asco sale de mi boca—. Dos meses después, cuando me dispararon estando en servicio. Fui tan imbécil como para creer que podía seguir siendo eficiente en mi trabajo cuando lo único que tenía en la cabeza era la imagen de la tierra cayendo sobre el cajón de mi esposa. Lo único que tenía en el pecho era rabia, rabia asquerosa. No puedes dirigir un equipo táctico así, no puedes *pensar* así. —Niego con la cabeza, intentando alejar los recuerdos—. Y fui un idiota, Sara. Tan idiota en pesar que el dolor me haría más fuerte, más inteligente. Pero cuando sentí el ardor en mi pierna y caí, lo entendí. Aquella noche, revolcándome de dolor sobre la tierra, lo entendí: todos tenemos un límite. Perder a Marlene fue el mío.

En medio de esta noche de tormenta, pasión y confesiones, Sara se mueve entre mis brazos. Su mirada me busca, sus dedos acarician mi barba descuidada.

—Ojalá pudieras verte a través de mis ojos —dice, la voz llena de emoción—. Ojalá pudieras ver que todo lo que veo es a un hombre fuerte, de acero. Un hombre que lo perdió todo y resurgió de las cenizas, más protector y humano que nunca. Un hombre valiente, que lucha a diario con el dolor, que cría solo a una niña preciosa y dulce, que ignoró su necesidad de cariño por respeto a la ausencia de su esposa. Un hombre que arriesgó todo por darme una segunda oportunidad, por enseñarme a vivir. Eso es todo lo que veo cuando te miro, Dante. Cuando me pierdo en ti.

Sus palabras calan mis huesos. Profundo. Tan profundo como la necesidad de volver a su boca, a su sabor. A rendirme.

—Después de que me balearon, les juré a Luz y a mi madre que no volvería a poner en riesgo mi vida por nadie más que no tuviera mi sangre. No podía dejar a mi pequeña sola, no iba a permitir que un error le quitara también a su padre. —Sostengo su rostro entre mis manos—. Pero cuando te vi desaparecer en ese lago, lo olvidé

todo. Rompí mi promesa y crucé mis límites por ti, sin conocerte. No eras mi sangre, pero solo podía pensar en sacarte de ahí. Y me odié por eso, porque trajiste de vuelta al hombre de los errores. Al que lo perdió todo. —Mi pulgar delinea sus labios—. Viniste a dar vuelta la isla, Sirena. *Mi* isla, donde solo hay lugar para la pena y para mi Luz. Viniste a borrar aquellos días en los que no quería sentir, en los que solo pensaba en abrirme el pecho al medio y arrancarme el corazón. Vaciarlo todo. —Me acerco a la comisura de su boca, no quiero alejarme de ahí por el resto de la noche—. Llegaste a tiempo. Ayúdame a sanar mis heridas.

CAPÍTULO 26

DANTE

Tres días de aislamiento.

Tres días donde lo único que hice fue hacer el amor, una y otra vez, nutriéndome con sus gemidos y la confianza que su piel depositó en la mía.

Tres noches donde la oscuridad fue el escenario perfecto para mi boca sobre su espalda, trazando senderos húmedos hasta las puntas de sus pies.

—¿Me pasas más *shampoo*? Tienes el cabello muy largo.

—¿No te gusta? —pregunta, poniendo más producto en mis manos.

—¿Gustarme? —Muerdo suavemente su mejilla—. La manera en la que cae sobre tu espalda es… *sexy*, Sirena.

Continúo masajeando su pelo, acariciando cada porción de piel que se cruza en mi camino.

Hoy es nuestro último día en el paraíso. Ayer por la tarde la tormenta cesó y las rutas están siendo despejadas.

Hoy dejamos de andar desnudos a todas horas.

Hoy dejo de alimentarme sobre su cuerpo.

Hoy comienzo a pensar en cómo voy a explicarle a Luz que su mejor amiga, *la sirena,* me robó la razón.

—El agua se está enfriando, tenemos que salir.

—Todavía tengo que ponerme acondicionador —se queja.

—Te dije que debías bañarte primero.

—Tenía que quitarte la harina del rostro, parecías un payasito.

—¿Te estás riendo de mí? Voy a cobrarme esa jugada.

—Fueron los panqueques más ricos y divertidos, eso no puedes negarlo.

Sonrío mientras enjuago su cabello. Absorbo su risa. Su juventud. De pronto me siento con diez años menos.

Sus dedos recorren aquella cicatriz que tanto desprecio, esa que empieza en mi cadera y termina casi en mi rodilla. Esa que me recuerda que también sangro, que no soy eterno.

—Deja de tocarla, es asquerosa.

—Las cicatrices cuentan historias —dice, sin dejar de acariciarme —. Esta es tu batalla ganada, tu historia, eso la vuelve hermosa y valiosa. Tienes que dejar de mirarla como un defecto y aceptarla como una virtud.

Otra vez, esa boca dejándome sin palabras. Y quiero su prisma. Quiero verlo todo a través de sus ojos. Quiero un poco de su inocencia. Quiero perdonarme.

—Voy a echar más leña antes de que nos congelemos. Termina de bañarte, Sirena.

Le robo un beso a sus labios y me pongo de pie.

Ya cambiado, doy vueltas por el salón juntando cualquier rastro de pasión.

Los recuerdos están en cada esquina.

Su boca sobre mi cuerpo, descubriendo, aprendiendo.

Mis manos enterrándose en su cabello mientras mis caderas van a su encuentro, inventando nuevas formas de adorar.

Levanto un bretel de su sostén. Aún puedo saborear sus pechos, blandos y llenos, sentir cómo se endurecían en mi boca.

Me acerco a la ventana, la nieve es un manto blanco sobre la isla dormida. Me pregunto si Raquel estará bien, si aún tendrá suficiente leña.

Agarro el celular del cajón y lo enciendo. Llevo haciendo lo mismo desde que supe que la electricidad no iba a volver, saco el teléfono y lo prendo solo para llamar a mi madre y hablar con Luz.

Pero cuando diez llamadas perdidas de Víctor brillan en la pantalla, sé que algo va mal.

—Casi muero congelada en la bañera. —Sara corre hasta la chimenea. Lleva puesto un suéter mío que le queda como un vestido y frota sus manos cerca del fuego—. ¿Qué pasa?

—Víctor estuvo intentando comunicarse conmigo.

—¿Te queda batería para llamarlo?

—No creo que alcance. —Suspiro. Estoy a punto de intentar llamarlo cuando escucho los pasos y cantitos de Luz acercarse.

Me desespero por abrir la puerta y abrazarla.

—¡Papi! —Sus brazos aprietan mi cuello; sus piernas, mi cintura —. Te extrañé mucho, así, hasta el cielo.

Lleno de besos sus mejillas rosadas y frías.

—También te extrañé hasta el cielo, preciosa.

Apenas sus piernitas tocan el suelo, corre hacia Sara.

—¡Sirena! Te extrañé un *montonsote.* ¿Vamos a pintarnos las uñas? Tengo nuevos esmaltes que me regaló la abuela.

—Luz, ve a tu habitación, por favor. —La voz de Jeremías termina con la fiesta.

—Pero quiero estar con papá y la sirena.

—¿No me escuchaste? Ve a tu habitación. Ahora. —El tono de voz que usa me hace perder el juicio.

—¿Estás loco? ¿Por qué le estás hablando así?

Su mirada es un témpano. Algo está mal. Algo pasa.

—Luz, mi amor, ve a jugar a tu habitación —digo, acercándome a sus ojos húmedos—. Iré en un ratito, ¿sí?

Asiente, aún aferrada a las piernas de la sirena que acaricia su cabello.

Cuando la pequeña desaparece, la tensión se apodera del ambiente.

—¿Qué mierda te pasa, Jeremías?

—¿Qué me pasa? —Busca algo en el bolsillo de su chaqueta—. Esto me pasa.

Desdobla un papel, me roba el oxígeno.

Mi cuerpo tiembla de pies a cabeza.

Mi sangre se espesa y corre lento por mis venas, haciendo eterno cada segundo.

—¿Qué...?

—¿Qué es esto? —escupe, lleno de rabia—. ¿No sabes leer? —Sacude el papel delante de mis ojos—. Bien, leeré para ti. Sara Heredia, dieciocho años, *desapareció* el quince de mayo del corriente año en San Carlos de Bariloche. Pelirroja, ojos color miel, delgada y de estatura mediana. Si la ve o tiene información sobre su paradero, por favor, comuníquese con la policía o con los padres llamando a los siguientes números.

El mundo se detiene a mi alrededor.

Mis ojos están fijos en la foto de la sirena enfundada en un vestido rojo y sonriendo a la cámara. Paseo por su cabello peinado con delicadeza en ondas suaves, por las joyas adornando su esbelto cuello.

—¿Así que no tenías padres? —Sé que es la voz de mi hermano, pero… ¿por qué se escucha tan lejana?—. ¡¿Así que estabas sola en el mundo, Sara *Gómez*?! ¿Que vivías en la calle? ¡Mentirosa! Por Dios, ¡te dije que había que avisar a la policía apenas puso un maldito pie en esta casa!

—Dante…

Ese susurro. Ese susurro que siempre consigue erizarme la piel, ahora me asfixia.

—Dante, puedo explicarlo.

Escucho el galope de mi corazón, pero mis extremidades se adormecen.

«Sara Heredia. Dieciocho años. Desaparecida. Comunicarse con sus padres. Dieciocho años».

—¿Dante?

Mi mirada comienza a hacer foco, sus ojos están llenos de lágrimas. Y me miran. Solo a mí.

—¿Quién eres, Sirena?

CAPÍTULO 27

SARA

Puedo sentirlo, el miedo abrazándome, susurrándome al oído.

—Dante, por favor…

Retrocede con torpeza, su mano se alza dibujando un océano entre nosotros.

—No te acerques. Solo… dime la verdad.

La confusión en sus ojos hace temblar mis piernas. Me desestabiliza. Me arranca del paraíso en el que viví los últimos tres días para arrojarme directo al infierno.

Llegó. Es ahora. El momento en que mi boca susurra la verdad y la oscuridad vuelve a enterrar sus garras en mi pecho. A tragarme.

—Soy… gitana. Toda mi familia es gitana.

El silencio sepulcral que precede a mis palabras es una mano cerrándose alrededor de mi cuello.

—¿Y? —La mirada de Jeremías exige otra respuesta—. Yo soy católico y no por eso me meto en casas ajenas y vivo una mentira.

—No lo entiendes. Esto no se trata de fe. Esto es cultura, es tradición. Esto es una comunidad que dicta cómo vivirás desde el día en que naces hasta tu último suspiro.

La risa de Jeremías me eriza la piel.

—¿Qué demonios tiene que ver que sean unos estafadores y adivinen la suerte por ahí con que te hayas metido a un maldito lago

en el medio de la noche? Y con que estés en mi isla, fingiendo ser alguien que no eres.

Cierro los ojos, sus prejuicios se atoran en mi garganta.

—¿Estafar? ¿Adivinar la suerte por ahí? —Niego con la cabeza, borrando la impotencia que se desliza por mis mejillas—. No me insultes, Jeremías. Ten un poco de respeto.

—¿Vas a hablarme de respeto? ¿Tú? ¡Te metiste en la vida de mi familia a base de mentiras! ¡Nos usaste haciéndote la víctima!

—No me juzgues sin conocerme.

—Esto tiene que ser una broma. —Se pasa las manos por la cara, incrédulo—. ¿Que no te juzgue sin conocerte? Entonces abre esa bonita boca de una vez y di la verdad.

Por una vez en mi vida quiero sonar fuerte y segura, pero la inexpresividad en el rostro de Dante entumece mi voz.

Acaricio mi garganta como si pudiera aflojar la verdad, ayudarla a salir.

—La noche en que Dante me encontró en el lago estaba escapando de mi boda.

Silencio.

No quiero ver la expresión en la mirada del hombre que me tiene en sus manos. No *puedo* verla.

—¿Qué? —Jeremías da un paso hacia mí—. ¿Todo esto porque te arrepentiste de atarte a un pobre diablo por el resto de tu vida? ¿Encima hay un novio furioso ahí afuera que va a querer partirnos la cara?

—No es así, no…

—Estoy harto de esta mierda. Vamos a llevarla a…

—¿Puedes cerrar la boca y dejarla hablar? —La voz de Dante se impone, ronca y herida.

Inhalo profundo, siento sus ojos sobre mí. Y pesa. La manera en que me juzgan, pesa.

—Iba a casarme con mi primo.

—¿Eh? ¿Eso es legal?

—Es posible en nuestra comunidad, Jeremías. A veces. La endogamia es lo que garantiza la preservación de nuestra cultura. —Miro a Dante, sus ojos están clavados en el fuego—. Lo peor que le

puede pasar a un gitano es que su hija se case con un *payo*, alguien ajeno a la colectividad.

—Ibas… —el susurro de Dante se queda a medio camino—. ¿Ibas a casarte con tu primo a los… dieciocho años? —La palma de su mano recorre su rostro atónito como si quisiera despertarlo—. Recién terminaste la escuela. ¿Qué…?

—Ojalá fuera verdad. —Hay una sonrisa herida y llena de anhelo en mis labios—. Ojalá hubiera terminado la escuela, pero yo…

—¿Papi?

Luz se acerca llena de curiosidad.

—Tengo mucho que contarte, Dante —bajo la voz—, pero la niña no puede escucharlo.

Algo cambió en esos ojos que me observan como si fuera una extraña.

—Jeremías, lleva a Luz a la casa de Raquel —habla sin dejar de mirarme. Cuando su hermano está a punto de protestar, agrega—: Te lo pido por la memoria de nuestro padre, dame un respiro.

Jeremías aprieta los puños, pero asiente.

—¿Voy a ver a la tía Raquel? —Luz se acerca a su padre, que le pone el gorrito de lana y el abrigo—. ¿Va a hacerme galletitas?

—Te hará galletitas, preciosa.

Dante besa su frente y la libera.

—¿Jugamos cuando vuelvo, Sirena?

Su sonrisa de leche me tortura.

—Claro —consigo decir, escondiendo las lágrimas.

Jeremías me descuartiza con una mirada antes de agarrar la mano de su sobrina y salir de la cabaña.

El silencio me asfixia.

Necesito escuchar su voz.

Necesito que entienda por qué hice lo que hice.

—¿Podemos sentarnos? —pregunto, señalando el sillón donde duermo desde que me salvó de mí misma, donde hace algunas horas hicimos el amor como si el mundo fuera solo nuestro.

Camina mudo y con la mirada ida. Se sienta en el sofá individual, lejos, muy lejos de mí.

—No sé por dónde empezar.

—Por la verdad. Por *toda* la verdad.

CAPÍTULO 28

SARA

Témpanos. Esos ojos que me miran son témpanos y no sé si alguna vez podré volver a derretirlos.

—En mi comunidad, en mi familia, la tradición lo es todo. La endogamia, el Consejo, la honra, el rol de la mujer, los hijos…

—Vas muy rápido, Sara —me interrumpe—. Necesito que… —Inhala profundo y suspira, luce más tenso a cada segundo. A cada palabra—. Despacio. Necesito que vayas despacio.

—Perdón. —Intento disimular que ese frío *Sara* me duele—. Voy a tratar de explicarme mejor. El rol de la mujer gitana está destinado a la protección y al cuidado de la familia. Desde que naces, te preparan para servir a tu comunidad y a tu esposo. La boda es el acontecimiento más importante en la vida de una mujer gitana.

—No… —Deja caer la cabeza en sus manos—. Por Dios, no lo entiendo. Tienes dieciocho años y estás hablando de casamiento e hijos.

—Dante, mis primas tienen quince y diecisiete años, ambas están casadas con hombres que le doblan la edad. —Su mirada palidece, no creo que esté listo para escucharlo todo. Para conocerlo todo. Para *conocerme*—. Muchas de nosotras recibimos solo educación primaria, porque la mayoría contrae matrimonio muy joven. Algunas incluso esperan su primer hijo, si tuvieron suerte en la noche de

bodas. Además, cuanto más contacto tienes con otras realidades mayor es el riesgo de empezar a cuestionarlo todo. Y…

—Basta. Dame un momento. —Se levanta, camina hacia la ventana y la abre. Respira—. No puedo creerlo. No puedo *imaginarlo*.

—Nuestra comunidad es… diferente, tiene otros valores. Debes tener la mente abierta si quieres escuchar el resto.

—¿Hay más?

—Nuestro mundo es muy distinto al de ustedes. —Me hago una bolita entre los almohadones. No me gusta que me mire así, que me juzgue así—. Solo por darte un ejemplo, no podemos estar en una sala donde haya hombres. No sin nuestro esposo o padre presente. Hay reglas. Hay una estructura que respetar.

—¿No quieren que estén alrededor de los hombres, pero las casan a los quince años? Discúlpame, pero es ridículo.

—Sé que es difícil de entender. Toda cultura lo es. —Trago el ovillo de nervios que amenaza con asfixiarme—. Así funciona para mi familia. Por eso la endogamia es tan importante, se prefiere que todo quede entre nosotros. Es la única manera de conservar y continuar con la tradición. Por eso… —no puedo evitar que mi voz se quiebre— estoy prometida a mi primo desde que nací.

Derrota. Prejuicios. Asco. Lástima. Empatía. Su mirada se oscurece con cada emoción que intenta no sentir. Porque lo veo, veo la lucha. Veo cómo se esfuerza por ser objetivo. Por olvidarse de mí.

—¿Lo amas?

La pregunta vibra en mis huesos.

—¿Hace falta que responda a eso?

—Solo trato de entender.

—No importa esa cosa llamada *amor*, Dante. Mi familia cree que ese tipo de sentimiento puede construirse con los años de matrimonio. —Sangro cada palabra que sale de mi boca—. Por eso nos casan tan jóvenes, sin amarnos ni conocernos realmente. Lo hacen porque deben hacerlo, porque así es para nosotros. Te casas, pasas tu noche de bodas y al día siguiente te mudas con tus suegros. Entonces, recién entonces, comienzas a conocer al hombre

con el que compartirás el resto de tu vida, porque, en la ley gitana, *lo que se une no se separa*.

La incredulidad lo aturde, lo deja en blanco. O tal vez es la repugnancia que siente por mi verdad. Por mí.

—¿Qué tan metafórico es eso?

—No hay lugar para las metáforas aquí, Dante. Lo que se une *no* se separa. No existen los divorcios. El casamiento es uno solo y dura para siempre. Y la respuesta es no. No amo a mi primo Martín. Jamás podré hacerlo, nunca podré entregarme a él. No es el hombre que deseo, por *muchas* razones, y esta no es la vida que quiero. Por eso… hui. Escapé porque, si daba un paso más, perdería mi esencia. —Su silencio me anima a continuar—. Siempre supe que no era como ellos, ¿sabes? Desde pequeña supe que no podría vivir la vida que estaba escrita para mí. No podía dejar de cuestionarlo todo. ¿Por qué no podía estudiar? ¿Por qué tenía que servirles a los hombres? ¿Por qué mi madre me ignoraba cuando le decía que quería ser abogada cuando fuera grande para defender a la gente? ¿Por qué me castigaban cuando no quería ponerme esos vestidos y esa ridícula cantidad de maquillaje? ¿Por qué mis hermanos tenían privilegios? ¿Por qué no podía cortarme el cabello? ¿Por qué me obligan a asistir a las fiestas? ¿Por qué no podía tener amigos? ¿Por qué solo podía jugar con mis primas? ¿Por qué no podía tener una cita? ¿Por qué debía casarme? ¿Por qué debía tener hijos? ¿Por qué no podría trabajar? ¿Por qué no podía ser dueña de mi propia vida?

—Basta.

Vuelve a sentarse, más rígido, más frío. Más distante.

—¿Querías la verdad? Aquí la tienes. —Hay una tormenta en mis ojos y deseo que sea el diluvio final—. Después de hacer el amor, cuando hablamos sobre tu pasado, me dijiste que todos tienen un límite. Aquella noche, cuando me encontraste, descubrí cuál era el mío. Estar a un paso de renunciar por completo a lo que soy, a lo que *quiero* ser, ese fue el detonante para mí.

—Por Dios...

—Escapé, porque, si daba un paso más, me convertiría en el reflejo de mi madre; una mujer sumisa, casada a los dieciséis años, obligada a abandonar su hogar, sus sueños, destinada a parir y

asegurarse de que su marido sea feliz. —El dolor me entumece, pero necesito seguir. Necesito sacarlo todo. Vaciarme—. Esa no es la vida que quiero para mí. Respeto a todas las mujeres de mi comunidad, realmente lo hago. Respeto a aquellas que creen firmemente en la tradición, en su *deber* como mujeres, en su rol como protectoras de la familia, a las que están a gusto con esa vida. Pero ¿qué pasa con las que pensamos diferente? ¿Qué pasa con las que tenemos sueños, proyectos, metas por fuera de la comunidad? ¿Qué pasa con las que queremos crecer, aprender, conocer el mundo, elegir cómo vivir y a quién amar? ¿Tenemos que renunciar a lo que somos solo por continuar con la tradición, solo por sangre?

Estoy agotada. Con cada palabra vuelvo a correr descalza por el bosque. Vuelvo a escapar de mí. Pero esta vez lo espero, espero que él me encuentre. Espero que Dante me abrace.

—¿Por qué no me dijiste la verdad desde el principio?

—Porque estaba aterrada. Porque lo único en lo que podía pensar era en que me entregarías a la policía o a mi familia. Porque…

—¡Te habría ayudado! Si hubiera sabido la verdad, te habría ayudado igual que como lo hice hechizado por tus mentiras. —Niega con la cabeza—. Dios, no puedo creerlo. ¿Hay algo que sea verdad? ¿Algo de todo lo que dijiste? ¿La pérdida de la memoria? ¿O eso también lo inventaste?

—Fue verdad, como tantas otras cosas que te dije. —Me acerco, pero se aleja. Y duele. Quema—. Ni siquiera recordaba mi nombre, Dante. Y cuando lo hice, cuando recordé todo el infierno en el que viví, ya había probado la libertad. Y la adoré. *Te* adoré. A ti, a tu familia, a esta cabaña, a esta isla. Adoré poder *elegir*. Adoré ser escuchada.

Están ahí, fugaces, los momentos que compartimos. Y derriten el hielo en su mirada.

—¿Por qué mentiste sobre tu edad?

—Porque sabía que te preocupaba que fuera demasiado joven. Porque sabía que ibas a entregarme a mis padres. Porque sabía que ibas a negar esta… atracción, si conocías mi edad.

Pasa las manos sobre su rostro en un gesto desesperado, como si quisiera dejar de ver la realidad.

—Dieciocho años, Sara. Tienes solo dieciocho años. —Su mano vuela hasta una lámpara que se estrella contra el suelo—. ¡Tengo catorce años más que tú! ¿Entiendes eso? ¡Prácticamente toda tu vida! Eres… Eres una niña.

—No soy una niña, Dante. ¡Iban a casarme! ¡Iban a casarme con un hombre que yo no elegí! Iban a obligarme a tener relaciones con un hombre que yo *no* elegí. A formar una vida, una familia.

—Esto es una locura.

Se mueve por la habitación, pisando los vidrios rotos.

—¿Qué estás haciendo? Dante, ¿adónde vas?

—Necesito pensar.

—Pero aún tengo mucho por contarte. Hay más que necesitas saber. Por favor, no me dejes sola. —El pánico ata mis pies—. Tenemos que hablar sobre nosotros.

Agarra su abrigo y las llaves. Su mirada me golpea más que las palabras.

—¿Nosotros? No hay nosotros, Sara.

La puerta se cierra.

Su voz desaparece; mi ilusión, también.

CAPÍTULO 29

DANTE

Ni el viento gélido curtiendo mi piel ni las olas rompiéndose contra la lancha, nada logra despertarme del trance.

«Soy gitana. Iba a casarme con mi primo».

Le exijo más al motor, desesperado por alejarme de la cabaña y de aquella mujer que despertó una parte de mí a base de mentiras. Una parte que debió permanecer dormida. Muerta.

«Muchas de nosotras recibimos solo educación primaria, porque la mayoría contrae matrimonio muy joven. Algunas incluso esperan su primer hijo, si tuvieron suerte en la noche de bodas».

La rabia y el aturdimiento me consumen.

«Esa no es la vida que quiero para mí».

Trato de imaginarla antes de llegar a la isla, a mí, viviendo bajo las normas de una comunidad milenaria. Sufriendo una tradición que no siente, sabiendo que no es dueña de su propia vida.

«¿Tenemos que renunciar a lo que somos solo por continuar con la tradición, solo por sangre?».

Mis nudillos están blancos. Tengo la garganta cerrada y el pecho endurecido por la impotencia. No puedo clasificar lo que siento. No puedo distinguir qué pesa más.

Siendo agente y militar, sabiendo exactamente cuál era el maldito procedimiento a seguir, mantuve oculta en mi casa a una mujer que apareció de la nada.

Sabiendo que era muy joven, me dejé llevar por el deseo. Por la emoción de volver a sentir *algo*.

¿En qué estaba pensando?

Cuando llego a Puerto Pañuelo, soy un ente inanimado que se dirige al teléfono público.

Uno, dos, tres tonos y su voz aparece.

—¿Hola?

—Estoy en el puerto. ¿Puedes venir a buscarme?

—¿Jefe? Carajo, llevo toda la mañana llamándote, tengo que hablarte sobre la pelirroja. Sé que no querías que la investigara, pero…

—Ya lo sé. —Apoyo la frente en la cabina—. Lo sé todo.

Un suspiro profundo del otro lado de la línea acompaña mi derrota.

—En media hora estoy ahí, no te muevas.

Cuelgo.

Pateo piedras de camino al estacionamiento.

Me siento en un banco húmedo y espero.

La mente llena, el corazón vacío.

CAPÍTULO 30

SARA

Jeremías está en su cuarto, seguramente ansiando poder deshacerse cuanto antes de mí.

La niña duerme. Tuve que leerle tres cuentos y medio para que se dejara llevar por el sueño, sabiendo que su padre no iba a arroparla esta noche.

La luz regresó, pero me siento más cómoda en la oscuridad, allí donde las lágrimas no se ven.

El fuego crepita.

En esta noche fría, miles de palabras mueren en mi boca.

La puerta se abre, mi corazón vuelve a latir.

—¿Dónde estabas?

Se quita las botas y la chaqueta. Me ignora.

—Me tenías preocupada.

Sus ojos esquivan los míos cuando se dirige al pasillo.

—Está dormida. —Mi voz lo detiene—. Costó, pero dejó de preguntar dónde estaba su papá y se durmió.

Su respiración agitada es un reloj. Es una bomba de tiempo. La madera se queja bajo sus botas mientras cruza la sala de camino a la cocina. Y lo sigo.

—¿Qué pasa? ¿Ya no vas a hablarme?

Apoya una taza sobre la mesa. Hay un tornado en su mirada, dispuesto a arrasarlo todo con un parpadeo.

—¿Quieres saber qué me pasa? Que te besé —susurra, acercándose a mí—. Te besé una y otra vez, a pesar de la culpa. Te permití entrar. Me permití caer. Volver. Te hice el amor, Sara.

Amaría esta cercanía, si la decepción no habitara en su mirada.

—¿Cuál es el problema con eso?

—El problema es que durante años creí que ya no podría besar a nadie más. Tocar a nadie más. Pero llegas tú y… —Niega con la cabeza, alejándose, dándole la espalda a lo que siente.

—¿Qué? ¿Y qué?

—No lo entiendes.

—Entonces explícamelo.

Se aferra al respaldo de la silla con tanta fuerza que creo que va a romperlo.

—¿Y qué, Dante?

—Y haces que parezca tan fácil. Esto. Sentir.

Cierro los ojos.

Lo escucho alejarse.

Me quedo de pie, en el medio del silencio, dejando que sus palabras echen raíces en mi pecho.



No importa que el fuego arda a mi lado, no importan las mantas que me envuelven, tirito. Mi alma tiene esa clase de frío que solo un abrazo puede quitar.

Me levanto del sofá, voy hacia la ventana. La noche eterna se burla de mí.

«Te besé una y otra vez, a pesar de la culpa».

Acaricio mis labios, casi puedo sentir su boca derritiéndose sobre la mía.

Miro la puerta de su habitación. Cerrada. Llamándome a gritos.

«Haces que parezca tan fácil. Esto. Sentir».

Me dejo guiar por el impulso que me lleva a agarrar una manta y caminar hasta su cuarto. Cuando entro, la oscuridad y el silencio me absorben.

Avanzo a ciegas, sin emitir sonido. Me acuesto en el suelo, al lado de su cama. Cierro los ojos, me concentro en el perfume que lo invade todo. *Su* perfume. Y dejo que los minutos pasen.

Bailo en ese limbo entre la vigilia y el sueño cuando percibo cómo me levantan.

—¿Dante?

Unos brazos fuertes y conocidos me dejan sobre una superficie tibia y mullida.

—¿Dante?

Lo siento acostarse a mi lado y cubrirnos con mantas suaves.

—Lo lamento —susurro, buscando su piel—. En verdad lo lamento.

—Duerme.

—No quiero dormir. Necesito hablar. Necesito contarte toda la historia, quiero que lo sepas todo de mí.

—No sé si quiero escuchar el resto, Sirena.

Una sola palabra. Un sencillo y ronco *Sirena*, solo eso bastó para hallar un color entre tanta oscuridad.

—Por favor. —Su corazón late desaforado bajo la palma de mi mano—. Dime lo primero que cruce tu mente. Pregúntame lo que sea, voy a responder con honestidad.

Escucho su respiración, casi armoniosa, en absoluto contraste con la mía.

—Lo que me contaste sobre aquel tipo que intentó abusar de ti, ¿es verdad?

Los recuerdos me revuelven el estómago.

—Sí —susurro—. Solo que no fue un hombre para quien trabajé, fue mi primo.

Se tensa y lo acaricio como si pudiera deshacer los nudos de la verdad.

—Esperaba que esa parte fuera mentira.

—También yo.

Silencio. Silencio de ese que no te deja respirar.

—¿Hablamos del hombre con el que ibas a casarte? —Le cuesta decirlo. Le cuesta creerlo.

—Sí, hablamos de Martín. —Inhalo profundo y dejo escapar la tensión lentamente—. Creo que está obsesionado conmigo. Desde el momento en que nací, cuando con sus diez años me sostuvo en brazos y mi padre le dijo que algún día sería suya, desde ese instante me convertí en el centro de su vida. Es un hombre retorcido, Dante. Algo en él está mal, lo supe desde que era una niña. Es violento y manipulador. No tiene remordimientos.

Sus latidos enloquecen con cada palabra que sale de mi boca.

—¿Él te hizo esos hematomas? Los golpes con los que llegaste a la isla.

Me consume la vergüenza.

—Estaba furioso porque mi padre hizo un arreglo de último momento.

—¿Un arreglo?

—Uno de los hombres del Consejo…

—¿El Consejo?

—Es un grupo formado por los hombres más longevos y respetados de nuestra comunidad —explico en voz baja—. Ante cualquier acontecimiento que implique tomar una decisión, ellos se reúnen y su palabra será la sentencia. Ellos son la ley para nosotros.

—¿Qué pasó con ellos?

—Uno de los hombres del Consejo, el más joven, me pidió para su nieto. Duplicó la dote que mi tío había ofrecido por mí.

—¿Qué demonios es *la dote*, Sara? Estoy enloqueciendo.

—La dote es… ¿Cómo explicarlo de forma sencilla? —Suspiro—. Es como una especie de indemnización que paga la familia del novio a la familia de la novia por llevarse a su hija.

—Esto no puede ser real. ¿Te estás escuchando? ¿De qué siglo te escapaste?

—Yo no escribí la tradición, Dante.

Un suspiro cansado escapa de sus labios, entibia mi frente.

—Este hombre del Consejo duplicó la dote que habían ofrecido por mí. Mi padre aceptó, a pesar de que mi familia no necesitaba dinero. Siempre tuvimos un buen pasar económico. —Dibujo líneas sobre su pecho, necesitando cualquier tipo de contacto que me permita continuar—. Aceptó porque era uno de los gitanos más

respetados quien hacía el pedido, además de que me convertiría en la esposa del nieto de un miembro del Consejo.

Su mano se posa sobre la mía, entrelaza nuestros dedos.

—Supongo que el primito no se alegró con la noticia.

Siento el odio en cada sílaba.

—Enloqueció. Él enloqueció, Dante. Se armó una guerra en mi familia, mi casa pasó a ser un campo de batalla. Mi tío Rafael, el hermano de mi padre, lo acusó de traición y amenazó con dejar de dirigirle la palabra de por vida si no reconsideraba su decisión. A fin de cuentas, tenía razón, yo estaba prometida a su hijo desde antes de nacer.

—¿Qué hizo él? ¿Qué te hizo?

—Mientras los hombres de la familia estaban reunidos decidiendo con quién me casaría, él entró a mi habitación. Esa… esa fue la primera vez que intentó forzarme. Dijo que nadie me tendría antes que él, que mi… —Me ahoga el asco. El odio—. Que mis partes íntimas, por decirlo de una forma más delicada, eran suyas por derecho.

—Hijo de puta.

—Pero…

—No digas nada más, por favor. —Sus brazos me rodean, sus dedos juegan con mi cabello mientras escucho el latido de su corazón—. Me estás destruyendo. No digas nada más.

—Iba a decirte que no pudo hacerlo, ninguna de las dos veces que lo intentó. Ni ese día, cuando mi madre irrumpió en la habitación, ni el día de la boda. Ese día entró mientras terminaba de maquillarme, quiso darme un *adelanto* de lo que me esperaría en la noche. Le dije que mis damas de honor entrarían en cualquier momento para ayudarme a vestirme. Él… —trato de borrar su asquerosa sonrisa de mi mente— me manoseó por encima de la ropa y se fue.

Respiro. Por fin respiro. Me relajo entre sus brazos, que se aferran a mí con dolor. Con una sensibilidad desconocida. Abrumante.

—Entiendes que quiero vaciar el cargador de mi Glock en su cabeza ahora mismo, ¿verdad?

—Hay algo que ya no podrá quitarme, Dante. Hay algo que elegí entregarte a ti, el único hombre que se ganó mi confianza y, por eso, mi cuerpo será para siempre *mío*. Yo decidí. Por una vez en mi vida, tomé una decisión. Elegí.

—Me alegra que lo sientas así, Sara. Que sientas que puedes decidir, como siempre debió ser. ¿Pero yo? No sé si yo…

—Por favor, no lo digas.

Deja un beso y una promesa muda sobre mi frente. Y yo permito que cada caricia me transporte a un lugar seguro.

—¿Adónde fuiste? —susurro.

—A intentar procesar toda esta locura, aunque creo que necesitaré otra vida para poder hacerlo.

Me aferro al calor de su piel.

—Estaba tan preocupada.

—Estuve con Víctor. Él siempre sabe qué decir, qué hacer.

—¿Le contaste sobre mí? —No puedo evitar sentirme avergonzada.

—Ya lo sabía, te investigó.

—¿Me investigó?

—Es un agente activo y bastante paranoico. No me sorprende, hizo cosas peores.

—Y… ¿qué te dijo?

—Que iba a arrancarme las pelotas e izarlas en el mástil de la central, si renunciaba a ti.

Sonrío, extrañada ante ese vocabulario tan impropio de Dante.

—Y… ¿vas a permitir que atente contra tus genitales?

Su boca vuelve a mi frente y susurra sobre mi piel:

—¿Eres consciente de que soy un viejo para ti?

—Soy mayor. Eres mayor. Ambos damos nuestro consentimiento. Es legal.

—No se trata solo de legalidad, Sara. Apenas empiezas a vivir. Tienes que descubrir el mundo, tienes que…

—Por favor, no seas como ellos. No me digas lo que tengo que hacer, lo que tengo que sentir.

—Sirena…

Entrelazo mis piernas con las suyas, abrazándolo con cada parte de mi cuerpo y mi alma.

—Eres tú. No existe nadie más. Y, aunque me rechaces, aunque decidas darle la espalda a… esto, seguirás siendo tú.

CAPÍTULO 31

DANTE

Mentiría si dijera que cerré los ojos desde que la sentí dormirse sobre mi pecho.

Mi cabeza va a estallar.

Sus palabras y las de Víctor se mezclan en mi cerebro.

«Iban a casarla con su primo de veintiocho años, jefe. Diez años mayor que ella. Iban a obligarla a casarse con alguien a quien no ama, alguien a quien ni siquiera *elige*. ¿De verdad tu edad es lo que más te preocupa?».

«Eres tú. No existe nadie más. Y, aunque me rechaces, aunque decidas darle la espalda a lo que sientes, seguirás siendo tú».

«Date una oportunidad con la pelirroja. Lucha por la sirenita, jefe. Te necesita. Y tú la necesitas más de lo que crees».

Su respiración cálida y armoniosa sensibiliza mi cuello.

Me estiro y busco el despertador, a pesar de que sé que aún no amanece. El reloj marca las cinco y cuarto.

No quiero despertarla, pero necesito algunas respuestas más para tratar de definir qué es lo que haremos antes de que se levante Jeremías.

Salgo de la cama con cuidado, Sara abraza mi almohada.

Antes de atravesar el salón entro a la habitación de Luz, que duerme con la inocencia pintada en el rostro. Verla me relaja.

Enciendo la luz de la cocina y preparo un desayuno abundante intentando hacer el menor ruido posible.

Regreso al cuarto cargado con tostadas, queso y café. Enciendo una luz tenue y la veo, hay tanta paz en el rostro de la sirena que me apena despertarla.

Apoyo la bandeja sobre la punta de la cama, me siento a su lado y dejo que mis dedos se pierdan en su pelo.

—¿Sara? —susurro, acariciándola—. Despierta.

Su rostro pecoso remolonea, disfrutando de mis caricias.

—Buen día —susurra y me regala una sonrisa que me encanta. Y me llena de culpa.

—Buen día, Sirena.

Me permito perderme en sus ojos un instante, imaginar un *Érase una vez* donde las culturas y las tradiciones no existan, donde la edad no sea más que un número sin sentido, donde no haya que escapar para ser libre, donde esta pena no me consuma, donde pueda despertarla así cada mañana.

—¿Qué pasa? —pregunta y aleja mi mano de su mejilla solo para besarla—. Me estás mirando de forma extraña.

—No sé si alguna vez te dije lo cautivadora que eres. —Su boca besa cada uno de mis dedos—. Eres dueña de una belleza que quita el aire, Sara.

Sus ojos adormilados brillan para mí.

—Gracias por dejarme dormir aquí —posa su mano en mi pecho —, lo necesitaba—. ¿Qué hora es?

—Demasiado temprano, pero necesito que tengamos un poco de intimidad para poder hablar antes de que los demás se levanten. —Pongo la bandeja sobre su regazo—. Come.

—¿Qué necesitas saber?

Me siento frente a ella.

—¿Cómo llegaste a la isla?

Cierra los ojos y un suspiro abandona sus labios rosados.

—Mi padre decidió que me casaría con mi primo. Él hizo que mi tío Rafael triplicara la dote. Todo estaba arreglado, la familia seguiría unida y el miembro del Consejo no tendría cómo superar la oferta que habían hecho por mí. —Mira cómo el café se enfría entre sus

manos—. Las semanas previas a la boda fueron una tortura. No importó cuánto llorara, cuánto suplicara; tampoco las veces que intenté hablar con mi padre sobre lo agresivo que Martín era conmigo, nada importó, iban a casarme. La última palabra estaba dicha y no era mía.

Hace una pausa, el dolor y la vergüenza se escapan por cada poro de su piel.

Acomodo un mechón de cabello detrás de su oreja y la incito a continuar.

—Cuando llegó el día, acepté que mi fin había llegado. No iba a soportar, Dante. No iba a soportar su maltrato, su retorcida obsesión, el hecho de ser suya y tener que servirle. Acabaría enfermando o… —La angustia la asalta, juega con su voz.

—Tranquila. —Beso su frente—. Estás aquí. *Estoy* aquí. No voy a permitir que te ponga un solo dedo encima, Sirena.

Inhala profundo como si no supiera que está llena de valentía.

—Cuando terminó de zamarrearme y… manosearme, se fue. —Limpio una lágrima de su rostro y sus ojos encuentran alivio en ese gesto—. Mientras las damas de honor, mis primas, me ayudaban a ponerme el vestido, supe que tenía que hacer algo. Tenía que escapar sin importar si me dejaba la vida en el intento. Era escapar o pasar a ser su objeto. Un bonito objeto que presumiría ante sus amigos y usaría de la forma que quisiera hasta el cansancio. —Niega con la cabeza, le tiemblan las manos cuando lleva la taza a sus labios—. Supe que tenía que irme antes de la prueba del pañuelo, de lo contrario…

—¿La prueba del pañuelo?

Sus mejillas se encienden.

—La prueba de la virginidad. —Deja la taza, se muerde las uñas —. Es… bastante asqueroso, ¿quieres que te lo cuente igual? —Asiento y continúa con el rostro afligido—. La pureza es una de las cosas más importantes en nuestra comunidad. Es símbolo de honra para la familia y debe mantenerse hasta el día de la boda. Si una mujer no es virgen, ya no puede casarse. A menos que el novio la acepte en esas condiciones, pero la dote se reduce a la mitad. Por eso se certifica la pureza con la prueba del pañuelo. —Busca mi

mano y entrelaza nuestros dedos. Lo agradezco en silencio, necesito tenerla cerca para comprender esta locura—. El día de la boda, antes de dar el *sí*, te llevan a una habitación con otras mujeres de la comunidad; una de ellas, la ajuntadora, es la encargada de… introducir un pañuelo en tu vagina. Si sangras o manchas la tela con algún tipo de secreción rosada, eres virgen. El procedimiento se repite hasta dejar tres manchas sobre la tela blanca, le dicen las *tres flores*. Luego, la mujer sale y les muestra a todos los invitados el pañuelo manchado. Esa es tu honra, a partir de ese momento estás oficialmente casada.

Silencio. Eso es todo lo que llena la habitación. No sé qué decir. No sé qué sentir.

—Es un poco extremo, lo sé.

—¿Un poco? —Me paso la mano por el rostro, intentando despertar de esta pesadilla—. La rabia me consume en esto momento, Sara. Quiero ser abierto, quiero entender. No quiero juzgar, pero solo escucho atrocidades a las que llaman tradición.

Agacha la cabeza.

—Perdón. Perdón por traer todo esto a tu vida.

—*Hey*. —Levanto su mentón, necesito que me mire—. No sientas vergüenza, nada de esto es tu culpa.

—No podía permitir que me hicieran la prueba, Dante. Ya no habría vuelta atrás para mí. Por eso hui. Me ayudó Clarita, mi prima más grande, ella padece su matrimonio y no quiere lo mismo para mí. —Juega con el borde de mi camiseta, esa que usa para dormir—. Justo antes de que llegara la ajuntadora, ella se encargó de reunir a todos en el salón para anunciar su primer embarazo. Ese fue mi momento, ella hizo posible que me ignoraran por más de cinco minutos. Entonces, de camino a la sala, aproveché el tumulto y me encerré en el baño. Me saqué los zapatos altos, salí por la ventana y comencé a correr. Corrí por todo el centro de Bariloche con la mente en blanco. No podía pensar, Dante, solo correr. Mi cuerpo temblaba, mis pulmones ardían y solo reconocía la necesidad de alejarme, de terminar con esto.

—¿Cómo…? ¿Quién te trajo a la isla?

—Me subí al primer ómnibus que se cruzó en mi camino y terminé en el puerto. Cuando bajé, me encerré en los baños públicos, me deshice de parte de mi vestido y esperé a que anocheciera. —Niega con la cabeza, la mirada perdida en la nada—. Ni siquiera sentía frío, Dante. Estaba tan aturdida que no sentía el invierno sobre mi piel desnuda. Solo había una cosa. Una sola cosa que ocupaba mi mente: van a encontrarme.

Sus ojos se llenan de recuerdos que se deslizan por las mejillas.

Rompo la distancia, por minúscula que sea, y la envuelvo con mis brazos.

—Tranquila. Todo está bien ahora.

—No, no está bien. No sirvió de nada, Dante. Me están buscando y, con todos esos carteles con mi foto por ahí, no pasará mucho antes de que me encuentren. Martín ya sabe que estoy cerca, me vio afuera de la tienda de tu madre.

Solloza sobre mi pecho, y hasta el último vello de mi cuerpo se eriza.

—¿Fue él? ¿Él te lastimó ese día?

—Sí. Pude zafarme de su agarre, pero me vio. Sé que me vio subir al auto contigo y tu familia.

Estoy a punto de estallar.

Necesito moverme y no sé por dónde comenzar.

—Todo lo que hice… Esperé a que anocheciera, me colé en un barco pesquero y terminé aquí, perdida entre miles de árboles, hambrienta y muerta de frío. Caminé durante horas en la oscuridad, sintiendo cómo mis piernas se entumecían y el pánico me consumía. ¿Eso era la libertad? Estar sola y perdida en medio de un bosque, sabiendo que no sobreviviría a la noche. —Seca sus lágrimas, se aleja para poder mirarme a los ojos—. Cuando me encontraste, yo… no sabía qué hacía en el lago. Esa parte —aprieta sus sienes—, esa maldita parte está borrosa. Sé que estaba desesperada. Sé que pensaba que cualquier cosa, incluso la muerte, era mejor que volver con mi familia. Aún lo pienso —dice, rompiéndome de formas que no creí posibles—. Pero ese paso del pensamiento al hecho sigue siendo una laguna en mi cabeza. Jamás creí que llegaría a ese extremo,

Dante. Jamás creí que tendría la valentía o la cobardía para hacer algo así.

—Estabas en *shock*, Sara. —Borro sus lágrimas, mis brazos vuelven a reclamarla—. Venías de pasar una situación de mucho estrés, tu cuerpo sentía niveles de adrenalina que nunca antes habías experimentado. Súmale el miedo, la hipotermia, el hambre, la angustia. ¿De verdad esperabas que tu cerebro fuera razonable? No puedes culparte, Sirena, no sabías lo que hacías cuando te metiste en ese lago.

—Si no hubieras aparecido…

—Pero aparecí. —Sostengo sus pedazos, guardándolos hasta que esté lista para armarse de nuevo—. Aparecí y ahora estás aquí, conmigo. Y ¿sabes qué? No me importa la tradición ni tu padre ni tu primo. Solo me importa ayudarte. Solo me importa lo que tú quieres. Solo me importa que seas libre, Sirena. Y no pienso renunciar a eso.

Me rindo a sus labios que saben a café, lágrimas y mil derrotas. Esa boca es una flor que se abre para sentir, entregándome sueños y secretos.

Y esta danza de lenguas no es un beso, es una promesa que nos marca a fuego.

—Eres tú —susurra, descansando en la comisura de mi boca—. Eres la prueba de que, a veces, el universo sí conspira a tu favor.

CAPÍTULO 32

SARA

—Iba a presentarla como mi pareja, estaba moviendo cielo y tierra para que pudiera quedarse aquí. ¿Por qué aceptó? ¡¿Qué iba a hacer cuando llegara el momento de ir a dar la cara y firmar los papeles?! ¡¿Eh?!

—Aceptó porque estaba aterrada y era la única manera de ganar tiempo, Jeremías. Aceptó porque sabía que así tendría unas dos o tres semanas más sin preguntas.

—No puedo creer lo estúpido que fui. ¡Y encima la estás defendiendo! Tiene que irse de la isla, Dante. ¿En qué idioma quieres que te lo diga?

Cierro los ojos, me apoyo contra la pared. Desearía no escuchar nada más.

Dante lleva más de veinte minutos en la cocina, no me atrevo a entrar. Está tratando de convencerlo de hacer las cosas a su manera, de seguir su plan. Plan que desconozco todavía, solo sé que habla con Víctor a toda hora desde hace dos días.

—Va a irse de la isla, Jeremías. Solo necesitamos unos días más.

—No tengo unos días más. —Su voz encarna la histeria—. Ya no estamos ayudando a una pobre mujer sin hogar ni familia. ¡Estamos escondiendo a una adolescente que está reportada como desaparecida! ¿Qué parte es la que no entiendes? No pienso poner en juego mi trabajo por un capricho tuyo. ¿Te calienta, Dante? ¿Todo

esto es por eso? ¿Quieres acostarte con ella? Métete entre sus piernas y listo. Quítense las ganas de una vez y terminemos con este cuento.

Un estruendo me tensa de la cabeza a los pies.

Asomo el rostro, me paralizo cuando veo a Dante apretar la mejilla de Jeremías contra la mesa.

—Que sea la última vez que hablas así de Sara. ¿Entendido?

Un silencio venenoso es la antesala de su risa histérica.

—Carajo, tiene que tener las tetas de oro para que te pongas así.

Dante levanta el cuerpo de su hermano como si pesara lo mismo que una pluma y lo estampa contra la pared.

No puedo soportarlo más.

—¡Basta! —Mi voz detiene el forcejeo—. Dante, suéltalo.

—Eso, Dante, suéltalo. —Jeremías se burla—. Hazle caso a la *sirena*.

—Por favor —susurro.

Su mirada se suaviza poco a poco hasta que deja ir al hombre que parece disfrutar el espectáculo.

Jeremías aplaude. Levanta la silla y se sienta.

—Lo tienes dominado, pelirroja.

—Sara, ve a la habitación —dice Dante, acomodándose la camiseta—. Por favor.

—Eso, Sara. Ve a *tu* habitación, en *tu* maldita casa.

—Me iré pronto —aseguro, a pesar de no conocer qué planea Dante para nosotros.

—Pronto no es ahora. No quiero problemas, y tú llevas escrita la palabra en la frente. Tienes dieciocho años, eres mayor de edad. ¿Por qué no les dices a tus papis que no quieres volver a casa y fin del problema?

—¿Crees que estaría escondiéndome si fuera así de fácil?

—No tienes que explicarle nada más —interviene Dante.

—Lo sé. —Me obligo a no agachar la cabeza—. Pero quiero dejarle claro a tu hermano que mi intención no es complicar su vida ni traer desgracia a su familia, solo intento salvarme de la mía. La mayoría de edad no te sirve de nada cuando tus padres trazaron tu destino desde antes de nacer y respetan más la tradición que tus

lágrimas. Menos cuando tu primo está obsesionado con poseer tu cuerpo y tu alma cueste lo que cueste. —Trago la angustia, la rabia —. No estoy buscando a un príncipe que pelee mis batallas, en este cuento la princesa se salva sola.

Su risa está llena de sarcasmo.

—¿Por eso te refugias aquí, *princesa*?

Apoyo la palma de la mano sobre la mesa, acercándome a él, asegurándome de que vea el fuego en mis ojos.

—No. Por eso escapé dispuesta a cambiar mi destino.

CAPÍTULO 33

SARA

La música llena de vida la cabaña, la risa deja un recuerdo en cada rincón.

Coloco la séptima velita rosa sobre el pastel que decoré con esmero.

Siento su perfume, sé que es él antes de que diga una sola palabra.

—Gracias por hacer esto, Sirena. Luz la está pasando increíble.

Deja un beso húmedo y fugaz en mi cuello.

—Es lo mínimo que podía hacer después de causarte tantos problemas.

Mira de reojo hacia la puerta, asegurándose de que nadie esté cerca, antes de apretar mi cintura y robarme un beso efímero. Dulce. Casto.

—No me causas problemas. —Acaricia mi pómulo y vuelve a dibujar esa distancia moralmente correcta para dos amigos—. Conocerte fue lo más motivante que me pasó en años, Sara.

Sus palabras arman un nidito de esperanza en mi estómago. Uno que espera sobrevivir a la tormenta.

—¿Te parece si ya lo cortamos? —Señalo el pastel repleto de pequeñas flores en distintos tonos de rosa.

—Sí. —Mira su reloj—. Vendrán a buscar a los niños en cuarenta minutos y mamá tiene que irse antes de que anochezca, le tiene

pánico a navegar de noche —dice, haciendo rodar sus bellos ojos.

—No te burles de tu madre, no todos adoran ese lago como tú.

—¿Qué puedo decir? Encontré cosas muy interesantes en esas aguas. —Me guiña un ojo.

Muerdo mi labio, contengo la risa. Contengo eso que siento y no entiendo, pero no quiere perder.

—Quiero besarte —susurro, mirando la distancia que nos separa —. Ahora. Aquí. Durante horas.

—No puedes. —Su mirada deja una estela ardiente sobre mi piel —. No deberías.

—¿Hacerlo o desearlo?

—Las dos cosas.

Suspiro.

—¿Vamos? —Avanzo, pero me detiene.

—Debo explicarle la verdad a mi madre cuanto antes.

—Lo sé. Quiero que se entere por nosotros y no por los carteles que están copando la ciudad. Es un milagro que no haya visto uno todavía.

—Dejemos pasar este día, Sirena, y lo haremos. —Me sonríe, intenta ocultarme su preocupación.

Callo a la voz de la ansiedad y lo sigo.

Los ojos de los pocos amiguitos de Luz brillan cuando apoyo el pastel y enciendo las siete velas.

Víctor sube a su sobrina sobre sus hombros y comienza a cantar el *Feliz cumpleaños*. Los niños, Ada, Dante y Raquel se unen con fervor.

Un taciturno Jeremías observa desde una esquina, sosteniendo su tercera lata de cerveza.

La mirada de Luz brilla con inocencia, haciéndome desear esa candidez en los ojos de todas las niñas de mi comunidad.

Víctor se arrodilla, las mejillas rosadas de la cumpleañera se inflan y sopla con fuerza cada vela hasta que solo quedan los besos y las palabras de amor.

Uno por uno, los presentes la abrazan y la llenan de regalos.

—¡Pásame la cámara, Raquel! —Ada intenta capturar para siempre los besos que un baboso Dante deja por el rostro de su

princesa.

Víctor se mete entre el besuqueo, reclamando a su sobrina. Es imposible no sonreír viendo a dos gigantes rendidos ante esa miniatura.

Un portazo pincha la burbuja de felicidad.

—¿Y a ese qué le pasa? —Raquel frunce el ceño.

Ada suspira, toma el cuchillo y comienza a repartir el pastel.

—Es mi hijo y lo amo, pero necesita aprender a manejar ese carácter.

—No soporta no ser el centro de atención —susurra Víctor a mi oído, poniéndome la piel de gallina.

Le sonrío sin saber qué hacer ni qué decir.

La fiesta retoma su ritmo normal cuando el chocolate inunda las bocas y recibo docenas de elogios por el sabor.

—¡Sara! —Raquel me llama desde un rincón cerca de la ventana.

—¿Quiere otro pedazo? —digo, acercándome.

—No, no. Intento cuidar la figura. O lo que queda de ella. —Ríe, tocándose la cintura—. Quería decirte que, si alguna vez necesitas hablar de mujer a mujer sobre… lo que te ocurrió con aquel hombre para el que trabajabas, aquí estoy. Puedes confiar en mí, linda. Sé lo que es estar sola.

Hay un nudo en mi garganta, llevo días intentando deshacerlo.

—Gracias.

—También puedes pasar unos días en mi cabaña, si te cansas de tanta testosterona. —Me guiña un ojo.

Le sonrío sintiéndome culpable por hacerla víctima de mi mentira. No lo merece, fue tan amable conmigo desde que llegué aquí.

—Necesitamos más leña —dice Ada, removiendo las brasas.

—Yo voy —Víctor se ofrece—. Necesito nicotina para sobrevivir a tanta juventud. —Ríe cuando los niños corren a su alrededor—. ¿Me acompañas, Sara?

La petición me toma por sorpresa.

Siento aquellos ojos claros sobre mí.

—No sé si es buena idea que salga —dice Dante.

—Tranquilo, jefe. El Oso cubre su espalda. —Se palmea el pecho —. ¿No es suficiente?

Veo la puja en su mirada.

—Si se lastima o la pierdes de vista un segundo…

—Ya, ya. —Lo hace callar—. ¿Vamos, Roja?

—¿Hiciste que Dante Abellán no replicara? —le susurro, sonriendo.

—Uno de mis muchos talentos.

No hay abrigo suficiente para el frío del sur.

Mis botas se entierran en la nieve mientras caminamos hasta el cobertizo donde Dante guarda meticulosamente la leña.

El olor a madera y humedad despierta mis sentidos.

Víctor saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta y enciende uno.

—Escúchame, Roja, tenemos poco tiempo antes de que tu guardián venga a buscarte —dice, apoyándose contra una mesa llena de herramientas—. Quiero decirte algunas cosas. En primer lugar, me disculpo por haberte investigado. No suelo ir por ahí metiéndome en la intimidad de la gente; pero eres la primera mujer, en cuatro años, que vuelve loco a mi amigo y… apareciste en circunstancias sospechosas.

—Iba a contárselo. Lo juro. Solo esperaba el momento oportuno. Solo necesitaba tiempo.

—No tienes que darme explicaciones a mí, solo a él. Y, por lo que vi hace un rato en la cocina, ya se las diste. —Tira la ceniza en el suelo, la aplasta con su bota. Casi puedo escuchar a Dante quejándose—. Me alegra que el desgraciado me hiciera caso una maldita vez.

Agacho la mirada, avergonzada al saber que vio nuestro beso en la cocina.

—Segundo —continúa, alejándose el cabello largo y castaño de los ojos—, vamos a ayudarte. No tienes que preocuparte por nada, Dante y yo estamos ultimando todos los detalles para poder sacarte de este problema.

Una chispa de electricidad me recorre, despertando la esperanza dormida.

—¿Puedo saber cómo?

—Todavía no. Cuanto menos sepas por ahora, mejor. —Comienza a apilar la leña que vinimos a buscar—. Pero no volverás a ponerte un maldito vestido de novia en tu vida, si no es lo que deseas. Créeme, cubrimos tu espalda, Roja. Cuenta con eso. Tienes dos perros rabiosos que no van a permitir que te toquen un pelo de esa cabecita de fósforo.

—¿Debería ofenderme por lo de cabeza de fósforo? —pregunto, sin dejar de sonreír. Al parecer, eso es lo que provoca estar alrededor de Víctor. Ese es otro de *sus muchos talentos*.

—Para nada. —Sigue poniendo madera en la carretilla—. Sabes que todo el mundo adora a las pelirrojas.

Me acerco, escapándome de los brazos de la timidez.

—Gracias. —Coloco mi mano sobre su brazo, dándole un amigable apretón—. Gracias por ayudarme sin conocerme. No imaginas lo importante que esto es para mí. Tú y Dante están dándome una segunda oportunidad, haciéndome sentir dueña de mi vida. Estoy viva por primera vez, Víctor. Jamás podré agradecerte.

Su mirada cálida brilla, haciéndome sentir que todo está bien respecto a este hombre bruto, dulce y solitario.

—En realidad existe una manera de agradecerme, Roja. Hazlo feliz. Háganse felices. Continúa demostrándole que se puede volver a amar, que merece esa clase de felicidad. Sigue poniendo esa estúpida sonrisa de niño lindo en su cara. Sigue haciendo lo que sea que estés haciendo con él, Roja, y tendrás mi eterna gratitud.

CAPÍTULO 34

SARA

Su boca me venera, haciéndome sentir una diosa. Su diosa.

Es todo lo que supimos hacer desde que los invitados se fueron y la cumpleañera insistió para pasar el fin de semana con su abuela.

Esto. Rendirnos. Acompañarnos. Disfrutarnos. Y quiero más. Lo quiero a él en mi mente. En mi alma. En mi cuerpo. Pero algo lo detiene. Algo lo limita a los besos, a las caricias. Hay una línea invisible que no quiere volver a cruzar. Una línea de números y no de piel. No de corazón.

—No quiero absorber tu juventud —susurra y deja un beso tibio en mi cintura.

—¿Eres un vampiro o algo así?

—Un vampiro y una sirena. Eso no puede salir bien.

—Yo me siento un poco más sabia con cada beso. Tal vez soy yo la que absorbe tu sabiduría, tu experiencia.

—Sara…

—No es solo la edad, Dante. Venimos de dos mundos completamente diferentes. ¿No crees que podemos aprender mucho el uno del otro?

—Sí. Sí lo creo y ese es el problema.

—Tal vez es la solución. Un antídoto para nuestra soledad, para nuestro dolor.

Su boca ávida busca miel en mis labios, se deja vencer por el impulso. Su lengua inicia aquella danza sensual y cálida, tan nuestra, que hace que no exista nada más.

Y bajo el hechizo de ese beso entiendo que a veces nos rompemos de una manera preciosa. Nos rompemos en las manos correctas. En las manos capaces de contener todas nuestras piezas, de conservarlas y cuidarlas hasta que estemos listos para reconstruirnos y lucir cada grieta como una batalla ganada. Para renacer.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Crees que tu primo te querría igual si se enterara de que ya no eres virgen? —dice, acariciando mi cadera.

Intento concentrarme en la pregunta, pero la suavidad de sus dedos recorriendo el camino hasta mi vientre me distrae.

—¿Sirena?

Encuentro su mirada, que espera una respuesta con ¿esperanza?

—Sí. Me querría igual, porque no puede permitirse perderme. Jamás podría aceptar que no fuera suya.

—Pero dijiste que la virginidad lo era todo para ustedes.

—Y lo es. Pero Martín no quiere poseer solo mi cuerpo, quiere mi alma y mi mente. Él me sueña suya y no parará hasta ver ese sueño hecho realidad. —Mi estómago se revuelve, alejando todo vestigio de placer—. Y cuando digo que no parará, digo que es capaz de todo.

—¿Crees que es peligroso? ¿En verdad peligroso?

Inhalo profundo, enterrando los recuerdos de la infancia que suben por mi garganta.

—Está enfermo, Dante. Y tiene contactos.

—¿Contactos?

—No sé qué es, pero sé que anda en algo… oscuro.

Lo siento tensarse a mi lado.

—¿Con oscuro te refieres a delictivo?

La vergüenza anida en mi estómago otra vez.

—Odio admitirlo, porque la gente está llena de prejuicios sobre nosotros, pero sí. Sé que él y su padre están en algo ilícito.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tuvo a la policía encima durante un tiempo. Se rumoreaba que habían allanado su casa, pero nunca supimos si fue cierto. Las mujeres no nos enteramos de nada, son *asuntos de hombres*.

—¿Tienes algún pálpito sobre eso en lo que pueden estar metidos?

Lo observo, está demasiado interesado.

—No. Solo sé que no es nada honorable y que Martín también forma parte de eso. Él es la mano derecha de su padre, el heredero de lo que sea que está llenando sus bolsillos de oro.

—¿Son muy unidos?

—¿Unidos? Martín cree que su padre es su dios. No es unidad ni respeto, es una clase de adoración enfermiza. Rafael se encargó de eso. Él hizo de su hijo su sombra, alguien capaz de hacer cualquier cosa para probar su lealtad.

Algo orbita en su cabeza y necesito saber qué es. Necesito que Martín deje de estar en su cabeza. En *mi* cabeza.

—¿Qué crees que pasará con tus padres cuando acepten que no volverás a casa?

Es instantáneo, las lágrimas se agolpan en mis ojos.

—Lo que hice es una mancha imborrable en el honor de mi familia, Dante. Si no vuelvo, ellos… me darán por perdida. Deshonré a mi comunidad, prácticamente desprecié y escupí todos los ideales de mi padre. Aun si regresara, las cosas no serían fáciles. No sé si mi familia y el Consejo me perdonarían.

—¿Cómo te sientes respecto a dejarlos atrás, Sirena? No tienes que ser fuerte conmigo, dime la verdad.

Mis ojos pasean por su habitación hasta clavarse en las vigas del techo.

—Son mis padres y los amo. Ellos no son malas personas, Dante, solo están adoctrinados. Fueron criados así, de una forma muy ortodoxa. No hay otra manera para ellos. Realmente no quiero dejarlos, pero… no puedo renunciar a mi vida.

—¿Crees que ellos me aceptarían?

Busco su mirada.

—¿Aceptarte como…?

—Tu esposo. —Acomoda el cabello detrás de mi oreja—. Haría eso por ti, Sara. Si así pudieras tener libertad y conservar a tus padres, lo haría. No estarías atada a mí, yo no reclamaría nada. Ni siquiera tendrías que… No tendrías que estar conmigo. Serías libre. Yo solo sería un comodín. Una forma de que conserves a tu familia y seas libre al mismo tiempo.

Su bondad revive cada célula de mi cuerpo.

—Eres increíble, Dante Abellán —confieso, acariciando su barba de unos días—. Pero jamás te aceptarían. Mi padre preferiría estar muerto antes que ver a su hija casada con un *payo*. Además, no quiero casarme. No me malinterpretes. Me gustas, creo que eres un hombre digno y esto que siento cuando estamos juntos tiene raíces fuertes aquí —tomo su mano y la coloco en mi pecho—, pero no quiero casarme con nadie. El casamiento tiene una connotación muy triste para mí y no creo que eso pueda cambiar. Necesito sentirme libre, crecer, verme al espejo y saber que soy una mujer completa. Mía.

—Si ahora eres inspiración pura, ¿cómo serás a los treinta?

—No lo sé, pero espero que estés ahí para verlo.

Pega nuestras frentes, su nariz juega con la mía.

—Me gustaría estar en primera fila. Como un amigo. Como un admirador. Como lo que quieras.

Sus labios son afables con los míos y eso es todo lo que necesito.

—Voy a prepararte algo de cenar. Ya vuelvo, Sirena.

Me tumbo en la cama, quiero cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Me bastaría un instante, un solo momento de quietud. Pero la ansiedad es un monstruo sanguinario y se divierte con mis entrañas.

Los minutos pasan, un exquisito aroma se cuela en la habitación.

Abandono la cama y comienzo a vestirme cuando creo oír a Jeremías. Me peino con los dedos, asegurándome de borrar cualquier rastro de pasión antes de salir del cuarto.

Un Jeremías desalineado me saluda con una sonrisa ahogada en alcohol.

—Pelirroja, qué linda estás hoy —dice, como si no me hubiera visto hace algunas horas. Se acerca mientras desabotona su camisa —. ¿Bailamos?

—Yo… estoy ayudando a Dante con la cena.

—Dante, Dante, Dante. —Sus manos aprietan mi cintura, acercándome a su robusto cuerpo—. ¿Alguien puede hablaaaaar de otra cosa?

—Jeremías, no quiero bailar.

Comienza a moverse al ritmo de una música que solo suena en su cabeza. Me aprieta contra su pecho mientras se mueve con torpeza alrededor de la sala.

—Jeremías…

—Shhh. —Entierra sus dedos en mis caderas—. Baila, *Sirena*.

—No quiero bailar. —Mi pulso comienza a correr—. Suéltame, por favor.

—Vamos, pelirroja, mueve ese cuerpo.

El alcohol en su aliento enciende la alerta, libera al pánico.

—¡Jeremías, basta! —Forcejeo entre sus brazos—. ¡Déjame!

—Estamos bailando.

Sigue haciéndonos girar y girar, sin dejar de apretarse contra mí. Hasta que una fuerza ajena lo separa.

—¡¿Qué mierda estás haciendo?!

—Tranquilo, agente. Solo estábamos bailando. ¿Qué? ¿Eres el único que puede divertirse con la pelirroja?

Dante empuja a su hermano, que trastabilla y termina aterrizando en el sofá.

—Mete tu culo en la ducha y despiértate. ¿Me escuchas? O te despertaré por las malas —le dice y viene a mí—. ¿Estás bien, Sara?

La risa de Jeremías hace vibrar la cabaña.

—¿Qué te hace pensar que prefiere a un pobre rengo antes que a un tipo como yo?

—Jeremías, basta, por favor —imploro, pero me ignora.

—¿Por qué siempre piensas que todo el mundo te prefiere? ¡¿Eh?! —La diversión se esfuma de sus ojos—. ¿Qué mierda es lo que crees que te hace tan especial?

—Estás borracho y no sabes lo que dices. Cierra el pico y…

—Sé muy bien lo que digo —murmura, interrumpiéndolo—. ¿Sabes qué? Estoy cansado. Realmente cansado de esto. —Pone de pie su intimidante altura—. Años y años y más putos años soportando que te creyeras el hijo perfecto, el héroe, el marido soñado, el padre ideal. Es hora de una dosis de realidad, hermanito. No eres *nada*.

—Jeremías, por favor… —digo, acercándome a las fieras.

—Escucha bien esto, *Sirena.* —Sonríe—. Se cree el hijo perfecto, pero ¿sabes quién sostuvo la mano de mi padre hasta la muerte? ¡Yo! —Dante cierra los ojos al escucharlo—. ¿Qué gana Jeremías? ¡Que su madre prefiera a Dante, su *niño especial*! Se cree el héroe —continúa, señalándolo—, pero abandona el ejército porque es un cobarde que no se permite fallar.

—Jeremías, deja el teatro, por favor.

—Se cree el macho alfa, ¡el marido ideal! —Suelta una carcajada, tirándose al sofá—. Cuando su esposa pedía a gritos un poco de atención, ¡un hombre de verdad! ¿Y sabes qué es lo mejor?

—¡Cierra la puta boca! —Dante estalla.

—Vámonos a la habitación —le suplico, poniendo mis manos sobre su pecho, deteniéndolo—. Está borracho, no sabe lo que dice. Vámonos, Dante.

—¡Lo mejor es que cree que se lleva el título de *Papito del año* cuando Luz ni siquiera es su hija!

CAPÍTULO 35

SARA

El silencio huele a muerte.

Dante es un lienzo en blanco.

—¿Qué? —Jeremías cava la fosa—. ¿De verdad creías que te esperaba? ¿De verdad pensaste que su cuerpo y su corazón iban a ser fieles a un idiota que no era capaz de pasar un puto mes entero en su casa?

El hombre que se escapó de mis sueños está muerto. Lo sé. Puedo sentirlo. Puedo sentir su corazón petrificándose, sus ojos perdiendo vida.

—¿Nunca lo sospechaste? —Jeremías continúa escupiendo rabia, esperando una reacción—. ¿Te crees *tan* bueno que jamás se te cruzó por la cabeza la idea de tu mujer revolcándose con otro?

Las palabras hieren en todos los sentidos posibles, pero no es eso lo que hace temblar mis piernas, es esa expresión ida. Ausente.

—¿Dante? —Temo acercarme. Temo tocarlo y que se pulverice, porque está roto.

—¿Lo ves? —Jeremías se tambalea—. Hasta en este momento, el momento que estuve esperando por diez malditos años, tiene que ser protagonista haciéndose el catatónico.

—¡¿Puedes cerrar la boca?! —Me sorprende mi rabia. Mi voz.

—Lo siento, *Sirena*, pero ya no hay vuelta atrás. ¡Estoy vomitando una vida entera de silencio! —Se acerca a Dante, nariz

contra nariz—. Deja el teatro, *hermanito*, y arreglemos esto como hombres. Me acosté con tu esposa cuantas veces quise y Luz es mía. ¿Qué mierda vas a hacer al respecto?

El tiempo se ralentiza, perpetuando el dolor y el miedo.

—Siempre tuve razón. —Sus ojos ebrios y furiosos desafían a la mirada húmeda y perdida de su hermano—. Eres un cobarde. Tan asquerosamente cobarde, que ni siquiera ahora puedes defender a tu *familia*. Eres un…

La cabeza de Dante impacta contra la de Jeremías, impulsando su cuerpo borracho hacia atrás. Se sube a horcajadas de su hermano y es un animal. Es un animal herido que ataca por instinto.

—¡Dante! —Intento acercarme, pero la brutalidad de sus movimientos me acobarda—. ¡Dante, por favor!

—¡Déjalo! —dice Jeremías entre sonrisas rojas—. Esto es lo que tenía que pasar.

—Dante, por favor, ¡vas a matarlo!

Jeremías ríe, ahogándose con su propia sangre.

Los puños van y vienen, el sonido de los golpes me aturde y adormece mis músculos.

—¡¿Por qué?! —El dolor explota en la garganta de ese hombre destruido—. ¡¿Por qué me odias así?! ¡Eres mi hermano, Jeremías! Mi hermano pequeño. —Un sollozo ahogado escapa de su boca—. ¿Por qué? ¿Por qué me odias así?

—Porque siempre te quedas con todo lo que amo. ¡Amé a Marlene desde el primer día que la trajiste a casa!

—¡Pero era mi novia!

—¡Pero no la merecías! —Tose, lucha por liberarse—. Siempre estaba sola porque preferías el maldito ejército. Ella no era tu prioridad, pero era la mía. Me desviví por llamar su atención y cuando lo conseguí, siguió eligiéndote a ti. A pesar de llevar a mi hija en su vientre, te eligió a ti.

—No. No, no, no, no. —Lágrimas comienzan a deslizarse por sus pálidas mejillas mientras se arrastra hasta ponerse de pie.

—Dante. —Intento acercarme a su cuerpo tambaleante, pero me aleja—. Dante, por favor.

Abre la puerta y sale, descalzo y sin camiseta. Y corre. Corre bosque adentro, alejándose todo lo posible de la verdad.

—¡Dante!

El grito arde en mi garganta, pero sus piernas no se detienen.

No sé lo que hago, solo sé que me muevo a una velocidad inhumana. Tomo sus botas, su abrigo y salgo. Corro detrás de sus pasos.

Mis pies se entierran en la nieve mientras los árboles se multiplican. El frío me entumece, pero no me detengo.

Pronto lo visualizo, corre con dificultad.

—¡Dante! ¡Dante, tu pierna! ¡Vas a lastimarte!

No importa cuánto grite ni qué tan rápido corra, es inalcanzable. No se detiene hasta que llega al lago. Ese lago que lo vio traerme a la vida, hoy lo ve morir.

Se desploma de rodillas sobre la nieve. Su llanto cala mis huesos, me agrieta un poco más.

Me dejo caer a su lado, cubro su espalda con mi pecho. Ambos helados. Ambos vencidos.

—Mi niña —gime con agonía—. Mi Luz.

—Lo sé. Lo sé.

Las olas rompen contra la orilla, el viento ruge con furia, la isla llora por este hombre herido. Y es mi turno de sostener su alma en pedazos.

—Marlene… Mi ángel. —Entierra el rostro entre sus manos, acepta que el dolor lo sacuda.

Coloco la chaqueta sobre su espalda desnuda antes de rodearlo con mis brazos otra vez.

Quiero robarme su dolor, así como él se roba el mío.

A orillas del lago, llora como un niño por una fría eternidad. Y lo acompaño en silencio, hasta que el color de sus labios comienza a preocuparme.

—Estás helado. Necesitamos volver. ¿Dante? Mírame. —Sostengo sus mejillas húmedas y frías—. Te prometo que superarás esto. ¿Me escuchas?

Sus ojos cargados de angustia me buscan, pero su mente está en otro lado.

—Lo perdí todo —susurra—. Todo lo que alguna vez amé y creí mío. Luz, mi bebé. —Su voz se quiebra un poco más—. Mi niña, mi princesa.

Agoniza sobre mi hombro. No hay caricias suficientes, no hay consuelo.

—Es tu bebé. Siempre será tu niña, tu princesa. Eso no va a cambiar. Nada va a cambiar.

—Mi… pecho —balbucea, separándose—. No puedo respirar.

Un vómito visceral lo sacude, contorsiona su rostro. Su cuerpo. Las arcadas se funden con el llanto, torturándolo.

Lo sostengo mientras expulsa la angustia.

—No puedo… respirar. —Jadea en busca de oxígeno.

—Dante. —Intento que sus ojos se posen en los míos—. Solo respira. —Inhalo profundo y exhalo con lentitud, necesitando que me imite—. Mírame y respira. Solo estamos tú y yo. ¿Me escuchas? Solo tú y yo. Ahora. Aquí. Juntos.

Froto su pecho con una mano mientras que la otra revisa los bolsillos de su abrigo hasta encontrar el celular. Mis dedos rígidos toquetean la pantalla y pronto la voz de Raquel aparece.

—¡Necesito ayuda!

—¿Sara?

—Estoy frente al lago con Dante, no puede respirar. —Las palabras se atropellan en mi boca.

—¿Frente al lago? ¿En qué dirección? ¿Qué pasa?

Miro alrededor, no tengo idea de dónde estamos exactamente.

—En… en línea recta desde la cabaña. Creo. ¡No lo sé! ¡No sé cómo ubicarme!

—¿Está la lancha de Jeremías por ahí?

La busco con la mirada.

—¡Sí! Hay una lancha. No sé si es la de Jeremías, pero…

—Llego en cinco minutos. Haz que se calme.

A pesar del fuego y el vaso de tequila en su mano, el rostro de Dante sigue muerto.

No dijo una sola palabra desde que Raquel se arrodilló en la nieve y le recordó cómo respirar. Solo hubo lágrimas silenciosas en medio del vacío.

—¿Sara? —Raquel me llama desde la cocina.

Hago un esfuerzo titánico por soltar los dedos fríos de Dante y cruzar el salón.

—Tienes que decirme qué pasó —dice, frotándose las sienes—. Jamás lo vi así. Y lo conozco, Sara. Conozco su dolor.

Estiro las mangas de mi suéter. No quiero hablar. No tengo derecho a contar una historia que no es mía.

—Discutió con Jeremías.

—Sara, los vi pelear miles de veces. Esto no es una de sus típicas discusiones.

—Lo lamento, pero creo que no me corresponde meterme en esto —hablo bajo, deseando estar en el salón junto a él—. Es un problema de familia, créame, Raquel.

Inquieta, pasea por la cocina.

—Tiene que bañarse —dice, mirándolo desde la puerta con ojos maternales—. Ni siquiera el alcohol lo hizo entrar en calor. Ve, llena la bañera con agua bien caliente y ayúdalo.

Sigo sus órdenes, me acerco a la sombra de ese hombre dulce.

—¿Dante? —susurro, acariciando su frente y su cabello—. Tienes que darte un baño caliente, estás helado.

No me mira. No hay forma de que regrese a mí. Al presente.

—¿Vienes conmigo? —Imprimo toda la dulzura posible en esas palabras mientras espero a que tome mi mano. Lo hace, sus dedos fríos se entrelazan con los míos y me sigue en silencio.

Agradezco la intimidad que Raquel nos da cuando cierro la puerta. El agua caliente corre, el vapor no se hace esperar.

—¿Dante? —Siento que pasó una eternidad desde la última vez que escuché su voz—. Tienes que meterte. Te hará bien, vamos.

Su llanto cansado se funde con el vapor, creando un ambiente donde solo se respira dolor.

Tomo su rostro entre mis manos.

—Dante, voy a desvestirte. ¿Sí?

Ni una palabra sale de su bella boca. Me mira, pero sé que no está ahí.

Le quito la chaqueta, lo ayudo a ponerse de pie y comienzo a bajar sus pantalones. Dejo su ropa interior, tal vez ya se siente demasiado vulnerable.

Me cuesta una vida conseguir que entre a la bañera; pero, cuando lo logro, se desploma con gusto.

Tomo el jabón y trazo círculos en su espalda, implorando a todos los dioses que calmen su agonía.

—Tranquilo —susurro, dejando caricias en su piel—. Todo estará bien —afirmo, sabiendo que no es cierto. Nada puede estar bien después de esto.

Su llanto se vuelve un canto desgarrado que se rehúsa a cesar.

—¿Qué voy a hacer? —balbucea, agarrándose la cabeza—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Cierro los ojos. Siento su llanto en mis huesos.

Me deshago de mi ropa, el agua caliente toca mi piel.

Su cuerpo tiembla entre mis brazos, que no son lo suficientemente grandes para sostener tanto dolor.

Y así lo escucho llorar hasta que el agua está fría y las lágrimas perdieron sabor.

CAPÍTULO 36

SARA

Jamás la tristeza ajena supo filtrarse así bajo mi piel, congelándome, dejándome inerte, incapaz de sentir algo más allá de la desolación.

Ver a Dante cerrar los ojos con fuerza para intentar dormir, o tal vez desaparecer, me robó latidos.

Llorar hasta caer rendido entre las sábanas, eso hizo desde que llegamos a casa de Raquel.

¿Y yo? Solo fui capaz de envolverlo con mis brazos y proteger su sueño.

Ahora siento su ausencia en los huesos. Desearía haberlo acompañado, pero quiso estar solo. Además, ¿realmente pienso que puedo caminar por la ciudad sin que nadie me reconozca?

El peso que cargo en los hombros se burla de mí mientras termino de ordenar la habitación que la doctora nos prestó.

Miro la hora, pienso en Dante. Ya debe haber llegado a la casa de su madre, ya debe tener a su princesa entre los brazos.

Sé que no va a decirle la verdad. Y no es porque sea un hombre dominado por el orgullo, es porque una niña de siete años no podría soportar perder a sus dos padres. No es justo, la vida no puede quitarle a sus dos ángeles.

Arreglo la cama por última vez y salgo del cuarto.

Raquel está sentada en un sillón floreado junto al fuego, tejiendo lo que será un colorido suéter.

—¿Vas a salir? —No despega la vista de las agujas que se mueven con destreza.

—Tengo que ir a la cabaña a buscar algunas cosas para Dante y a cambiarme de ropa.

—¿Necesitas que te acompañe?

—Se congela hasta el aliento ahí afuera, quédese aquí.

Asiente en silencio. Solo se oye el crepitar, el viento y una vieja radio.

—¿Cree que él estará bien?

—No sé qué le ocurre, pero sanará. —Se lleva una taza a los labios—. Es un hombre duro, Sara. Ha superado tanto. Hace falta mucho para romperlo.

«Esto *es* mucho».

—¿No tiene problema con que se quede aquí unos días más? No creo que quiera volver todavía.

—No tengo problema con que se *queden* aquí el tiempo que necesiten. Son bienvenidos.

Una sonrisa agotada tira de mi boca.

—Gracias. —Respiro por primera vez en horas—. Volveré en un rato.

—Aquí estaré. —Alza el tejido—. Espero que con un suéter donde pueda meter los dos brazos.

Sonrío de nuevo mientras me pongo un abrigo suyo, que insistió en regalarme, y salgo al desierto blanco.

Las botas se entierran en la nieve marcando un camino, el viento revuelve mi pelo y endurece mis extremidades.

Me pongo la capucha, me cubro el cabello y parte del rostro. Soy una mancha negra en un lienzo impoluto. Sigo las instrucciones que Raquel me dio anoche, pero tengo menos sentido de la orientación que un recién nacido.

Me toma un siglo encontrar la cabaña. Uso la llave de Dante y deseo que el lugar esté vacío.

Apenas pongo un pie en la sala, la escena vuelve a cobrar vida. Los gritos retumban en las paredes. El odio, las lágrimas y el dolor se aferran a cada esquina.

Cierro la puerta. Esquivo las latas de cerveza, la ropa sucia y el resto del caos que Jeremías provocó en nuestra ausencia. Entro al baño y me ducho con rapidez, a pesar de que el agua no sale tan caliente como desearía. Me envuelvo en una toalla y busco el bolso donde guardo mis pocas pertenencias. Me visto a la velocidad de la luz, guardo en el bolsillo de mi pantalón el dibujo que Dante me regaló y peino mi cabello con los dedos de camino al salón.

Me muevo rápido, meto en un bolso todo lo que Dante pueda necesitar. Estoy a punto de salir, pero la puerta se abre.

Mis músculos se vuelven piedra.

Espero un comentario mordaz, incluso un insulto o que me eche a patadas, pero lo que dice me descoloca.

—Carajo, ¡menos mal que estás aquí! Tenemos que sacarte de la isla *ahora*. Acaban de avisarme que habrá un rastrillaje. ¡Un puto rastrillaje! Los efectivos pueden llegar esta misma noche. ¡Carajo! ¿Dónde mierda está Dante? Lo estoy llamando desde hace más de media hora.

Su rostro está desfigurado, pero no es eso lo que me alerta, es la desesperación con la que se mueve de un lado a otro.

—¡¿Sara?! ¿Me estás escuchando? —Sus dedos se entierran en mis hombros, despertándome—. Tienes que desaparecer de la isla antes de que te encuentren y nos metas a todos en problemas.

—¿Qué…?

—¿Dónde está Dante? —insiste, mirándome a través de sus párpados hinchados y amoratados.

—En casa de tu madre.

—Perfecto, te llevaré con ellos. —Se mueve por la habitación esquivando basura y guardando cosas en sus bolsillos—. Rápido, agarra todo lo tuyo, no dejes nada.

Mis pies echaron raíces, no puedo moverme.

—¡Sara! —Su voz me hace saltar en mi lugar—. ¡Pueden llegar en cualquier momento! ¿No me estás escuchando? ¿Quieres que te encuentren después de toda la mierda que nos hiciste pasar para ocultarte?

—Pero… Raquel me está esperando, va a preocuparse si no regreso. Y Dante… ¿Cómo…? —El oxígeno escasea, la estancia da

vueltas—. ¿Cómo sabes lo del rastrillaje? ¿Cómo…?

—Te estoy diciendo que acaba de avisarme mi superior. —Me muestra un aparato con antena en su mano—. Ni siquiera sé si tenemos tiempo. ¿Me estás escuchando? O te saco ya mismo o te encuentran. Decide.

Un pitido suena en mi cabeza, me impide pensar con claridad.

«Decide».

—¿Sara?

Asiento una y otra vez, sintiendo cómo el pánico se apodera de mi razón y de mis piernas hasta que camino por la cabaña como un fantasma.

Mis dedos torpes se desesperan por cerrar el bolso y agarrar mi abrigo.

Antes de que pueda pensar en nada más, Jeremías tira de mi brazo mientras corremos entre los cipreses con el miedo y el silencio como únicos testigos.

El motor de la lancha ruge, pero no tan fuerte como mi corazón.

—Tengo que hablar con Dante, tengo que avisarle que…

—No hay señal en medio del lago, Sara. Lo llamarás apenas desembarquemos y vendrá a buscarte para que yo pueda volver a la isla. —Frota su rostro con frustración, le exige al motor más de lo que puede dar—. Será rápido. Relájate, esto acabará pronto.

El lago está furioso. Nos sacude mientras la ansiedad y el frío dan forma a un monstruo que crece en mi interior.

El silencio es un animal salvaje que se alimenta de sueños. Y prefiere los míos.

La desesperación no duerme, ni siquiera cuando el puerto se dibuja en el horizonte.

Nos detenemos. Jeremías pisa tierra firme y me ofrece su mano.

—Vamos, baja con cuidado.

Aferrándome al pequeño bolso, con la capucha puesta y la mirada cabizbaja, acepto su ayuda.

Me esfuerzo por seguirle el paso mientras atravesamos Puerto Pañuelo, pero es demasiado rápido.

—¿Ya puedo llamarlo? —pregunto, esquivando las miradas de los turistas curiosos.

—Cuando lleguemos al estacionamiento. —Tira de mi mano, me apura—. Cuanto menos estemos por aquí, mejor.

La gravilla suena bajo mis botas cuando pasamos la casilla de seguridad y serpenteamos entre los autos.

Y se detiene. Se detiene tan abruptamente que choco contra su espalda.

—¿Qué pasa? —No me responde—. ¿Por qué paramos?

Sus ojos hinchados me observan antes de desviarse hacia un punto detrás de mí.

—Lo lamento, Sara. Solo intento hacer lo correcto.

—¿Qué?

—Esta mañana vi tu foto en la televisión. Estás por todas partes. Era cuestión de tiempo hasta que el rastrillaje realmente ocurriera.

Hay un incendio en mis pies. El fuego se propaga por mi cuerpo como el más letal de los venenos.

—No…

—Trabajé muy duro para estar donde estoy, Sara. No tengo nada más que este trabajo, no puedo perderlo todo por un capricho adolescente.

No hay sonido. Ni gustos. Ni aromas. Ni tacto. Ni colores.

Solo el vacío forjando el camino.

Giro.

Mi vida se detiene.

El abrazo del miedo es más frío que nunca. Más firme que nunca.

Mi padre y mi madre caminan hacia mí.

La angustia entierra sus garras en mi pecho.

Pero es la sonrisa en los labios de Martín lo que me hace desear estar muerta.

CAPÍTULO 37

SARA

Muerta.

Desde que sus brazos me rodearon estoy muerta.

Una emoción demencial hizo brillar sus ojos, pero fue ese susurro el que me hizo saber que esta guerra era suya.

—No importa cuánto desafíes al destino, Sara —susurró a mi oído, enterrando sus dedos en mi cintura—, sabes que naciste para mí.

«Sabes que naciste para mí. Para mí».

El camino se vuelve familiar, la camioneta aminora su marcha.

Sé que estoy a un paso del infierno, pero mi mente sigue atrapada en un limbo. En la expresión indescifrable escrita en el rostro de Jeremías.

¿Arrepentimiento? ¿Lástima? ¿Vergüenza?

No importó.

No importó que me desgarrara la garganta suplicando por su ayuda.

No importó cuánto pataleé intentando evitar que me sentaran donde estoy ahora.

No importó que llamara a Dante hasta ahogarme con mis propias lágrimas.

No importó que la gente se arrimara a ver el espectáculo.

No importó el llanto.

No importó la verdad.

No importó mi deseo.

No importó mi voz.

No importé yo.

El vehículo se detiene, las puertas se abren y mi cuerpo es arrastrado sin delicadeza.

Perdí la noción del tiempo. Mi mente está en blanco.

—¡Sara! —Tres voces, un solo grito, una misma emoción.

Los veo correr hacia mí, hasta que desparezco en esa burbuja que forman sus brazos.

—Por fin estás en casa. —Hay angustia en la voz de Franco.

—Te extrañé, no tenía con quién pelear —dice Nicolás, entre risas nerviosas.

—Papá va a matarte, Sara. No sé cómo vamos a protegerte de esta —agrega Julián con su voz madura, dejando caricias en mi espalda.

Hermanos. Los tres hombres de mi vida. Tres pedazos de mi corazón. Tres soldados de mi padre.

—Sara va a su habitación. —Mi madre emite un sonido por primera vez desde que me vio.

—Pero recién llega. —Nicolás protesta—. Quiero…

—Ya escuchaste a tu madre. —Mi padre también ignora las lágrimas en mis ojos, sigue a Martín hasta el banco donde Rafael fuma con gesto despreocupado.

Los soldados me sueltan, cabizbajos.

La coqueta mano de Leticia, mi madre, captura mi muñeca y tironea de ella mientras atravesamos el salón.

Mi casa está llena de gente, como de costumbre. Es la sagrada hora del té con frutas. Siento los ojos de la comunidad clavados en mi espalda, sus bocas juzgándome con murmullos sofocantes.

Intento buscar a mi abuela entre la multitud. Cuando la encuentro, cuando doy con esos ojos pardos y cansados, esquiva la mirada.

Un solo gesto, más tierra sobre el cajón.

La puerta de mi habitación se abre, mi madre me empuja dentro y el huracán se desata.

No sé qué esperaba, pero no era su palma estrellándose contra mi mejilla. Mi pómulo palpita, hirviendo, pero mantengo la cabeza en alto y controlo el temblor de mi cuerpo.

—¡¿En qué estabas pensando?! Eres una vergüenza. ¿Sabes lo que le hiciste a nuestra familia? ¡Todos se ríen de nosotros! ¿Dónde quedó tu honra, Sara? ¿Por qué manchaste así el apellido?

—¿El apellido? —Lo siento. Siento al monstruo tomando el control—. Hace meses que no sabes dónde ni cómo estoy, ¿y lo único que te importa es el apellido?

Hay lágrimas en sus ojos, pero no va a derramarlas. No ahora, no por mí.

—¿Quién es? —escupe con asco.

—¿Quién es quién?

—El muchacho por el que te escapaste. ¿Quién es? No es gitano, ¿verdad?

La rabia navega por mi sangre.

—¿De verdad piensas que la *única* razón por la que quise escapar fue un hombre?

—Sabes muy bien que es el único motivo por el que escapan las mozuelas como tú, ¡porque tienen calor entre las piernas! Lo vimos antes, familias y tradiciones destruidas por un sucio revolcón.

—¿No se te ocurre pensar que tal vez escapan porque quieren ser dueñas de sus propias vidas? —Su rostro es inmune a mis palabras—. ¿No se cruza por tu cabeza la idea de que quizá tienen sueños? ¿Que tal vez quieren elegir de quién enamorarse? ¿O trabajar y no tener hijos? ¿Que tal vez no aman a un hombre, sino a una mujer? ¿No se te ocurre…?

—¡Estamos criados para respetar, honrar y preservar la tradición! —me interrumpe, colérica—. Es lo que hacemos, es lo que amamos.

—¿De verdad amas esto? —No puedo contener la risa histérica—. Servir las veinticuatro horas a un hombre, estar encerrada entre estas paredes, tener como único objetivo ser madre y haber renunciado a todos tus sueños solo porque un idiota te dijo que así es cómo debes vivir.

—¡Cuida tu boca y respeta la tradición!

—¡A la mierda la tradición!

Su mano aterriza sobre mi mejilla. Esta vez, el golpe derrama mucho más que algunas lágrimas.

—Puedes golpearme hasta que te canses, pero no voy a casarme. Mucho menos con un hombre al que no amo.

Agarra con fuerza mi rostro húmedo y caliente, me observa con desesperación. Hay un atisbo de dulzura, pero el adoctrinamiento se abre paso comiéndose a mi madre.

—Vas a casarte con Martín, si tiene la bondad de aceptarte después de esta deshonra. Vas a tener hijos y a cuidar de tu familia. ¿Me escuchas? Vas a ser una esposa obediente y ejemplar, vas a enmendar tu error y volveremos a ser los respetados Heredia.

—Voy a estudiar. Voy a crecer. Voy a cumplir mis sueños. Voy a conocer el mundo. Voy a enamorarme de alguien que quiera caminar a mi lado y no por delante de mí. Voy a disfrutar y después, solo si quiero, voy a casarme y a tener hijos que serán *libres*.

Es un instante, un segundo, en el que algo parecido al orgullo cruza su mirada.

—Por el bien de todos, espero que sigas conservando tu virginidad.

Me sueltan, camina hacia la puerta.

—No pasaré la prueba del pañuelo.

Mis palabras detienen sus pasos. Gira y se acerca a mí con el rostro inexpresivo.

—¿Qué estás diciendo?

—Ya no… Ya no soy virgen. —El recuerdo de la boca de Dante recorriéndome de la cabeza a los pies calienta mi pecho—. No voy a pasar la prueba, no podré casarme con Martín.

Llamas. Su piel, su voz, todo está en llamas.

—Tu primo lleva años esperándote y tú… —Esquiva mi mirada, inhala profundo—. Tu padre no puede enterarse, mataría a ese *payo*. Ya causaste demasiado daño, Sara.

—Va a enterarse si no paso la prueba.

—Vas a cortarte.

—¿Qué?

—El día de la boda, antes de la prueba, vas a cortarte. Solo lo justo y necesario para manchar el pañuelo. ¿Me entendiste?

Mi estómago se revuelve, el suelo gira bajo mis pies.

—¿Estás loca? No voy a…

—Vas a pasar la bendita prueba y vas a casarte. Eres mi única hija, Sara, y lo juro por mi madre, te voy a enderezar.

CAPÍTULO 38

DANTE

Limbo. Ahí me siento desde que todo lo que cultivé y amé se volvió cenizas por un puñado de palabras sórdidas.

La mente en guerra, el puñal de Jeremías divirtiéndose con mis entrañas.

Qué ironía que de tanto sentir ya no sientas nada.

—¿Hijo? —La voz suave de mi madre me trae de vuelta. Al menos a esa parte de mí que aún puede ser salvada—. ¿Dónde estás?

—¿Qué?

Me aferro a la taza de café como un salvavidas en medio de un océano turbulento.

Sus ojos me observan llenos de calidez y dulzura. Sabe que necesito refugiarme entre sus brazos como cuando era un niño.

Desvío la mirada hacia el sofá, donde mi rayito de sol duerme abrazada a su viejo oso de peluche.

Luz. *Mi* Luz.

—¿Dónde estás? Porque no estás aquí, bebiendo café conmigo.

Inhalo profundo. Respirar supone un trabajo de logística estos días.

—Estoy aquí.

Ladea la cabeza, me sonríe.

—Dante, ¿recuerdas de dónde saliste?

—Mamá…

—Sé que algo te pasa y no lo deduzco por las enormes ojeras debajo de esos preciosos ojos. —Apoya su mano tibia y pequeña sobre la mía—. Soy tu madre, cielo, puedes decirme cualquier cosa.

¿Puedo decirle que la basura de su otro hijo se revolcó con mi esposa y se burló de mí durante años? ¿Puedo decirle que su nieta no es…?

No. No voy a apagar el brillo en su mirada. No después de todo lo que se esforzó para recuperarlo.

Cambio de tema antes de que la presión me asfixie.

—Quiero hablarte de Sara.

—Sara, tu preciosa *amiga* pelirroja. —Se esconde detrás de su taza de té verde—. ¿Qué pasa con la *sirena*?

Es ahora. En este día gélido y gris, sentados en este cuarto lleno de recuerdos, risa y llanto, cuando dejo caer sobre la mesa mi mutilado corazón.

—Sara es… —*una criatura hermosa sobre esta tierra*— más que una amiga.

Una sonrisa ilumina su rostro.

—¿Por qué no me cuentas algo que no sepa? Por ejemplo, cómo te enamoraste de ella…

—¿Enamorarme? Mamá, yo no…

—¿No la quieres?

—Ella me importa. Pero yo… —*¿Yo qué?*—. Lo que quiero decir es que… —Dejo caer la cabeza en mis manos, confundido. Agotado —. Apenas nos conocemos, mamá.

—Dante, no eres la clase de hombre que deja entrar en su vida a cualquier mujer. No lo fuiste cuando eras un jovencito con la mitad de las muchachas de la escuela en la palma de tu mano, tampoco ahora que eres un hombre hecho y derecho. —Sus dedos vuelven a buscar mi mano fría—. ¿Por qué te cuesta tanto admitir que sientes algo por Sara?

Niego con la cabeza. Los recuerdos de una vida de mentiras me arañan la garganta.

—¿Porque admitirlo significa aceptar que, finalmente, pasaste página?

—No estoy ni cerca de pasar página, mamá.

—Yo creo lo contrario. Creo que estás tan cerca, y tienes tanto miedo, que eres capaz de cerrar el libro de golpe y alejarte de él solo para no cambiar. Te sientes cómodo en tu dolor, hijo, en tu soledad. Y salir de esa comodidad te aterra.

No encuentro palabras mientras digiero las suyas. Odio que tenga razón. Odio que entienda mis sentimientos mejor que yo.

—Espero que no me leas la mente las veinticuatro horas.

Sonríe.

—Solo cuando sé que mi bebé lo necesita.

—Tu *bebé* está a punto de enloquecer.

—¿Qué te parece si me hablas de Sara mientras te preparo más café? —propone, levantándose y llevándose mi taza vacía.

Suspiro.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Cómo se conocieron? Me dijiste que era una amiga, pero jamás la había visto antes.

—Puede que te haya mentido un poco.

Ríe, pone en marcha la cafetera.

—¿Un poco?

—Bastante.

—Lárgalo.

Cierro los ojos. Las imágenes de aquella noche helada vienen de todas partes como susurros.

La sirena desapareciendo en el lago.

Mi pulso disparándose.

La adrenalina burbujeando en mis venas.

El agua entumeciendo mis músculos.

Su cuerpo inerte entre mis brazos.

Mi boca y mis manos intentando traerla a la realidad.

Su voz pintando de colores la noche.

Su piel contra mi piel, confiándome su vida.

Abro los ojos.

Mi madre espera la historia cruzada de brazos, mirándome como si fuera un cachorrito herido.

—La encontré en el lago —digo, dibujando líneas imaginarias sobre la mesa—. Una noche que salí a buscar leña, la encontré ahogándose en el Nahuel Huapi.

—Por Dios…

—Lo hice, mamá. Rompí mi promesa por una desconocida, ni siquiera me detuve a pensarlo. Solo actué sin importar las consecuencias, como antes.

—Esa promesa… —Niega con la cabeza, la mirada emocionada—. Siempre supe que alguna vez la romperías. No puedes cambiar tu esencia, hijo.

—La llevé a la cabaña —continúo, sin mirarla—. Tenía un caso severo de hipotermia, no recordaba quién era. Raquel me ayudó, mantuvo todo en secreto hasta que la situación se aclarara. —Inhalo profundo, sintiéndome extraño al relatar una historia que creo tan íntima, tan mía—. Pasaron semanas sin que supiera su nombre, de dónde venía o adónde iba. ¿Qué hacía en la isla de noche? ¿Por qué estaba en ese lago? ¿Por qué estaba herida? —Niego. Todo se siente tan lejano —. Y de pronto estaba entre mis cuatro paredes, con su cabello rojo y esa sonrisa, metiéndose bajo la piel de todos, ganándose el corazón de Luz, siendo encantadora y… volviéndome loco.

—¿Recuperó su memoria? ¿Ahora recuerda quién es?

—Un día recordó. Sara, la joven que le teme a los ciervos, ama las pastas, el chocolate y el color amarillo. Esa era ella.

Me culpo por no haber permitido que me acompañara. Todo sería más sencillo sintiéndola a mi lado.

—Por Dios, Dante. No sé qué preguntar primero.

—Conozco esa sensación. —Acepto la mano que me ofrece al sentarse junto a mí—. Mamá, lo que voy a contarte es complicado. Necesito que tengas la mente abierta. ¿Puedes hacerlo?

Se pone más seria con cada palabra.

—Puedo hacerlo, cielo.

Asiento y quito el seguro, dejo que la granada explote.

—Sara escapa de su familia, mamá. Ellos…

—Mi Dios. ¿Le hacen daño? —me interrumpe, horrorizada.

—En cierta forma, sí. —Trato de ordenar las ideas, de simplificarlo todo—. Ellos son gitanos. Sara es gitana, mamá. Pero el problema no es la cultura, es que sus padres no aceptan que ella no quiera continuar con la tradición. Su familia la obligó a casarse con su primo, un tipo despreciable y enfermo al que ella no ama.

Los ojos vidriosos de mi madre reflejan lo que siento.

—Eso… ¿Eso es legal? ¿Ella está…?

—Es posible en su comunidad. Y no, no está casada. Gracias a su fuerza y valentía, escapó. Escapó el mismo día de su boda. —Mi estómago se revuelve tan solo con pensar en el miedo que habrá sentido—. La noche que la encontré en el lago, Sara intentaba poner fin a una vida de sumisión y sufrimiento.

—Pobre ángel —susurra y cubre su boca con una mano.

—Su familia la está buscando. —Restriego mi rostro con frustración—. La ciudad se está llenando con carteles con su foto, es un milagro que aún no hayas visto uno.

—Pero Sara tiene veintiún años. ¿Cómo pueden obligarla a volver o a hacer cualquier cosa que no quiera?

Fuego trepa por mis piernas.

—Tiene dieciocho.

—¿Qué?

—Mintió. Al principio mintió sobre su edad porque creyó que la entregaría a la policía y después, porque sabía que yo no permitiría que algo pasara entre los dos si…

No puedo terminar. No puedo.

—Dios, qué historia.

—Es caótico, mamá.

—Pero sigue siendo mayor. Legalmente, ya no es una niña. ¿Por qué no expresa lo que quiere, cómo desea vivir?

—No es tan simple. No hablamos de una familia convencional, mamá. Hablamos de miembros de una cultura milenaria que decide cómo vas a vivir. Hablamos de devoción por una tradición. Es complicado, hay cientos de detalles que a nosotros se nos escapan. Pero ese no es el único problema. Si Sara le da la espalda a su comunidad y huye, eventualmente sus padres la darían por perdida. Desterrada —explico—. El problema es su primo. Él no va a

renunciar a ella, tiene una retorcida clase de obsesión. Cree que ella le pertenece. Que es suya por derecho, alguna locura así. —Me desplomo sobre la silla, saturado—. Es violento, mamá. Es agresivo con ella. Vi las marcas en su piel, sé lo que intentó hacerle.

—Pero ahora está contigo. —Se borra una lágrima—. Ya no está sola. Te tiene, Dante. Podemos ayudarla.

—Lo sé. Y mientras esté a mi lado todo estará bien, no voy a permitir que se la lleven. —Hasta el último músculo de mi cuerpo se vuelve piedra solo con imaginarlo—. Pero no es tan sencillo, mamá. Esto va a traernos problemas.

—¿Legales?

—No lo sé. Estoy ocultando a una joven desaparecida. Eso no es para nada legal, lo sé muy bien, pero es mayor de edad. Ella podría declarar que se quedó conmigo por voluntad propia. Encontraríamos el modo de salir de esa situación, eso no me preocupa. Me preocupa su primo.

—¿De verdad es peligroso?

—Sara llora cuando pronuncio su nombre, mamá. Tiene pesadillas con él.

—¿Te da miedo que la encuentre?

Mi pecho se endurece.

—Me aterra pensar en él llegando de alguna manera a la cabaña. Solo o con la policía, arrebatándomela de los brazos. Sé que es casi imposible, pero… —Miro hacia la ventana, una suave nevisca cae sobre la tarde—. Le pedí ayuda a Víctor. Le pedí que moviera sus títeres y me consiguiera un lugar donde llevarla. Lejos. Le pedí que nos comprara tiempo para que Sara se sienta segura y yo pueda lograr convencerla de denunciar a su primo.

—Cielo, ¿no piensas que por algo no lo hizo antes?

—Porque estaba sola. Porque tenía miedo. Porque nadie caminaba a su lado ni cubría su espalda. Porque nadie le dijo que *podía* hacerlo. Porque nadie le dio las herramientas necesarias, mamá.

Bebe un sorbo de mi café, respira profundo.

—¿Víctor lo consiguió?

Ordeno mi cabeza. Dejo en segundo plano la traición que me consume y pienso en ella. Solo en ella.

—Dos días. Me pidió dos días más.

—Sé que estará planeando lo mejor de lo mejor, Dante. No hay nada que Víctor no haría por ti.

—Lo sé.

La ausencia de palabras es la abundancia de emociones.

—¿Está bien lo que estoy haciendo, mamá? Escapándome con una muchacha a la que casi le doblo la edad, incitándola a denunciar a su familiar, dándole las herramientas para renunciar a ellos para siempre.

—Solo tengo una pregunta, hijo. ¿Podrías olvidarte de Sara para siempre?

Cierro los ojos.

Todo lo que veo es Sara. Todo lo que *siento* es Sara. Su voz llena de sueños. Su risa. Sus labios. Su piel repleta de estrellas. La miel en sus ojos. Su ansia de conocer. Su entereza y juventud.

—No.

—Entonces que arda el mundo.

CAPÍTULO 39

SARA

La medida de su ausencia.

El silencio de su voz.

El vacío de sus ojos, llevándose hasta mi último latido.

¿Qué será existir, después de haber *vivido*?

Saboreo el miedo en mis lágrimas.

El silencio se arrastra por la habitación, vigilándome.

Las cuatro paredes pálidas, que un día fueron mi castillo lleno de lujos sin sabor, hoy no son nada más que retazos de una Sara que ya no existe. Una mujer que de la mano de un hombre noble empezó a conocer el mundo detrás del muro. Detrás del miedo.

Dante. *Mi* Dante.

El faro en medio de la tormenta.

La mano que me ayudó a levantarme.

La voz que me recordó lo que soy, lo que valgo.

La boca que descubrió lo que me gusta.

Los ojos que prometieron un futuro. Libre.

Inhalo profundo, el oxígeno no es más que otra vieja historia.

Me concentro en su dibujo, lo único que me impide enloquecer. Lo único que me recuerda que fue real. Que es real. Él. Me acurruco en la cama, abrazando ese arrugado papel que me permite verme a través de sus ojos.

Mi garganta está bajo llave, como la puerta de esta habitación.

El encierro se ríe de mí mientras mis párpados se cierran.

Me entrego a Morfeo deseando despertar entre *sus* brazos, descubriendo con un dulce *Sirena* que todo no fue más que una pesadilla. Una pesadilla en la que solo faltaban cuarenta y ocho horas para que Martín me hiciera suya. Para que Dante no fuera más que un hermoso sueño.

CAPÍTULO 40

DANTE

—¿Ya llegamos, papi?

Disfruto del sonido de su voz poniendo un *papi* en cada oración.

—Solo cinco minutos más, preciosa.

—¡Me pincha! —Se queja cuando aprieto mi mejilla contra la suya, fundiéndonos en un abrazo de esos que prometen durar para siempre.

—¿No te gusta la barba? ¿Quieres que me afeite? —Asiente, toqueteándome la cara—. Me afeitaré para ti, mi amor.

—Para dar besos que no pinchan —dice, acomodándose el gorrito de lana rosa.

—Para dar besos que no pinchan.

Los minutos pasan entre risas, caramelos y caricias.

Cuando bajamos del Modesta Victoria, emprendemos la caminata a casa de Raquel.

—¿Podemos cocinar galletitas con la sirena? —Avanza dando saltitos que me hacen doler la rodilla cada vez que tira de mi mano.

Sirena. Una sola palabra que me vuelve loco.

Necesito verla. Necesito llegar y saborear sus labios, agradecerle por cuidarme como lo hizo y abrazarla hasta que no le quepan dudas de cuánto la extrañé.

—Hay que preparar la cena, no galletas. —Observo las tonalidades rosadas del atardecer antes de perdernos entre los

árboles.

—¿Y después de la cena? —Pone su mejor sonrisa, esa a la que no puedo decirle que no.

—¿No tuviste suficiente dulce ya? Estoy seguro de que tu abuela te bañó en azúcar este fin de semana.

—Solo comí unas galletitas con chispitas de chocolate.

—Amor, no me mientas.

—Bueeeeeeeno, también helado.

La risa guía la caminata.

—¿Puedes leerme un cuento con la sirena antes de dormir?

—¿Que leamos los dos?

—¡Sí! Un poquito papá y un poquito la sirena.

Su ocurrencia me saca sonrisas que creí muertas.

—Está bien, pero elijamos un cuento nuevo. Los demás ya te los sabes de memoria.

—¡Pero me gustan! —Finge un berrinche adorable. ¿De verdad tiene que crecer?—. ¿Adónde vamos? —curiosea cuando se da cuenta de que nos alejamos de casa.

Un nudo se instala en mi garganta.

—Vamos a visitar un ratito a Raquel.

—¡Sí! Su casa es *supermega* linda y huele a galletas de miel.

Aprieto su pequeña mano, me gano su atención.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

Asiente, regalándome una sonrisa de leche.

—También te amo, papi.

Mi muerto corazón gana un latido.

Camino despacio, disfrutando de ver sus pisadas acompañar las mías, deseando detener el tiempo y que sea para siempre mi pequeña princesa guerrera.

—¿También amas a la sirena, papi?

Su pregunta es una patada en el estómago.

—¿Qué…? ¿Por qué preguntas eso?

—Porque la sirena es superlinda y superbuena conmigo y, si la amas muuuuucho como me amas a mí, puede ser mi nueva mamá.
—Ese anhelo inocente es una filosa navaja que me abre el pecho al

medio—. ¿Crees que la sirena me dirá que sí, si le pido que sea mi nueva mamá? Dijo que sí cuando le pedí que fuera mi mejor amiga.

Detengo la marcha. Mi pierna inútil hace lo posible por permitirme agacharme y quedar a la altura de esos ojos claros, grandes y llenos de ilusión.

—Apreciamos a la sirena, preciosa. Muchísimo. Y sé que ella te quiere también y le encanta ser tu mejor amiga, pero tú ya tienes mamá. Marlene, ¿recuerdas?

El agujero en mi pecho se expande cuando sus ojitos miran la nieve sucia entre sus botas.

—Pero una mamá que pueda contarme cuentos antes de dormir. La sirena me cuenta cuentos, me peina, me hace galletitas ricas y es superbuena.

Nos fundo en un abrazo que dice todo eso que no sé poner en palabras.

Ojalá me hubieran preparado para esto, para vivir después de la muerte.

—La sirena es muy joven para ser una mamá, Luz. Pero me tienes a mí, tienes a la abuela, al… tío Jeremías, a Víctor y a Sara como tu amiga. Nos tienes a todos, amor. Todos estamos para ti.

Me asusta su silencio. Necesito escucharla reír. Necesito llenar ese vacío en su pecho.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—¡Sí! Me encantan los secretos.

Sonrío.

—La sirena, tú y yo iremos de viaje. Los tres, nadie más. Nos quedaremos en una casa muy linda y pasaremos mucho tiempo juntos. ¿Te gusta la idea?

—¡¿De verdad?! —dice, despegándose para buscar mis ojos.

—De verdad, preciosa. Pero recuerda que es un secreto, ¿sí?

—¡Yupi!

Entre saltos, risas y guerras de nieve, llegamos a la cabaña de Raquel. Luz golpea la puerta más veces de las necesarias, impaciente, hasta que se abre.

—¿Esta es la preciosidad que casi tira abajo mi puerta? —Raquel pellizca la tentadora mejilla de mi hija.

—¿Tienes galletas?

—Luz, ni siquiera la saludaste. ¿Qué pasó con los modales?

—Perdón —murmura y sonríe mostrando sus hoyuelos compradores—. Hola, Raquel. ¿Tienes galletas?

—En el jarrón de siempre. Ve.

El torbellino rubio no pierde un segundo.

—Voy a tener que mandarla una temporada con mi madre, es evidente que no soy un buen ejemplo.

Raquel ríe y me alienta a pasar.

—Vamos, estás helado.

Escaneo la sala desesperado por encontrarme con ese cabello rojo.

—¿Dónde está Sara?

—Fue a tu casa a cambiarse de ropa y a buscar unas cosas para ti.

Una a una, sus palabras se transforman en ansiedad.

—¿Sabes a qué hora se fue?

Mira el reloj que cuelga encima de la chimenea.

—Mmm… Era cerca del mediodía. ¿Tal vez a las doce? Se fue antes de almorzar.

Las agujas siguen moviéndose, pero el tiempo se detiene.

Son las cinco de la tarde.

—Dante, ¿pasa algo? ¿Vas a contarme qué pasó con Jeremías? El pobre vino a buscarte, tenía la cara desfigurada.

—¿Vino a buscarme?

—Sí, al rato de que Sara se fue. Le pregunté qué le había pasado, pero no quiso contarme. ¿Se pelearon? ¿Tú le dejaste la cara así?

No veo nada.

No siento nada.

Solo pienso *rojo*.

—Papi, ¿puedo quedarme con la tía Raquel? —dice Luz, volviendo de la cocina, aferrada al tarro de galletas—. ¿Papi?

Raquel posa la mano en mi mejilla, su tacto frío me saca del aturdimiento.

—Ve, yo me quedo con la niña.

En piloto automático beso la frente de Luz.

—Voy a buscar a la sirena. Pórtate bien, amor. Vuelvo enseguida.

Luz asiente, Raquel me observa con preocupación y yo rezo. Rezo por primera vez en mucho tiempo mientras serpenteo entre los cipreses.

Ignoro el dolor punzante que recorre mi pierna cuando me fuerzo a caminar más rápido.

Un manto oscuro comienza a cubrir el atardecer.

Sigo *ese* camino, el único que ella conoce, con la esperanza de que nos crucemos.

La nieve pelea con mis pasos; las sombras, con mi desesperación.

Los minutos se arrastran sin piedad.

Diviso la cabaña a lo lejos, sintiendo cómo mi rodilla se deshace.

—¡Sara! —El grito es desesperado y no repara en discreciones. Necesito verla salir y correr hacia mí. Ahora—. ¡Sara!

El silencio es un potro de tortura.

El frío no es nadie cuando reina el miedo.

Los metros desaparecen bajo mis botas y empujo la puerta.

—¡¿Sirena?! —Tropiezo con latas y ropa sucia—. ¿Sara? ¿Sirena?

Recorro la cabaña de punta a punta. Mi pulso es una granada y va a explotar en mi cabeza.

¿Qué pasó? ¿Por qué salió sola? ¿Por qué no me esperó? ¿Dónde está?

—Te dignaste a aparecer.

Jamás creí que fuera posible sentir tanto asco por mi propia sangre, pero me repugna. Su voz me repugna.

Siento las llamas. La ira me devora vivo cuando giro para mirarlo. Pero la imagen me golpea. Me cuesta creer que soy el autor de la masa amorfa en que se convirtió su rostro.

—¿Dónde está?

—¿De qué hablas?

—¿Qué le hiciste? ¡¿Dónde está?!

Me abalanzo sobre él, su cuello se deshace entre mis manos.

—¿Qué…? —Tose—. ¿Qué mierda te pasa?

Su voz estrangulada no me detiene.

—No te hagas el imbécil. ¿No te quedó claro que no estamos jugando? —Lo estampo contra la pared—. ¿Dónde está, Jeremías?

—¿Quién? —Sus manos se aferran a las mías, tratan de alejarme —. ¿Dónde… está… quién?

—Sara.

—No… lo sé. —Su rostro está cada vez más rojo. Aflojo el agarre, lo justo y necesario para dejarlo escupir su odio—. No la vi desde que me arruinaste la cara y corrió detrás de tu culo.

—¡Mientes! Estuviste en la casa de Raquel hace algunas horas, cuando Sara ya no estaba ahí.

—Por eso. —Tose. Golpea mis hombros hasta que permito que tome un poco de ese oxígeno que no merece—. No la vi. No sé de qué mierda estás hablando.

—Vino hacia aquí. —Golpeo su espalda contra la madera—. Estuvo aquí.

—Recién llego de trabajar. —Sus ojos hinchados me desafían—. ¿No me ves? Estuve en el bosque hasta recién. Solo fui a buscarte para que habláramos de Luz, no quiero que sepa la verdad.

Reparo en su ropa embarrada y húmeda por primera vez.

—Me importa una mierda lo que quieras. —El odio se filtra en mi sangre, haciéndome sentir un monstruo—. Si le hiciste algo, si le tocaste un pelo o metiste la nariz en esto, date por muerto.

Revuelvo los bolsillos de su abrigo hasta que encuentro lo que necesito.

Jeremías se desploma cuando lo suelto.

—¡*Hey*, mi teléfono! ¿Qué estás haciendo?

Salgo de la cabaña vistiendo la piel de un demonio.

Doy vueltas por la isla esperando encontrarla en medio de la oscuridad, asustada, tal vez perdida. No me doy cuenta hacia dónde me llevan mis piernas cansadas, hasta que estoy frente al lugar donde todo comenzó.

El oleaje es salvaje y pelea con el viento.

Las aguas oscuras presienten mis miedos.

Siento cada diástole y cada sístole como si fueran los últimos.

Observo el celular, marco su número y espero a que la señal esté de mi lado.

—¿Jeremías?
—Víctor, Sara desapareció.

CAPÍTULO 41

SARA

Suaves caricias se cuelan en la bruma de mis sueños. Danzo en ese limbo de terciopelo que dibujan sus dedos. Quiero despertar para encontrarme con sus ojos, pero el mimo me invita a quedarme donde estoy.

—Dante —susurro entre caricia y caricia.

La porosidad de sus dedos se desliza por mi mejilla hasta mi cuello, erizándome la piel.

—Dante…

El cálido peso de su mano descansa en mi garganta y me reconforta, hasta que el oxígeno comienza a escasear.

Mis ojos se abren aturdidos, me desespero por respirar.

—¿Dante? Me parece que te equivocaste de cuento, princesa.

Martín rodea mi cuello con sus manos, hundiéndome entre las sábanas.

—No pensaba encontrarte aquella mañana en el centro. Me agarraste desprevenido y por eso tuviste la suerte de escapar, bonita. —Su voz dulce contrasta con el odio en su mirada. En sus manos—. Volvía de imprimir cientos de carteles con tu foto. ¿Puedes creer lo que hace el destino? Te encuentro sola, deambulando por la calle sin culpa mientras toda tu familia te buscaba hasta debajo de las piedras.

Intento mover las piernas, pero está sentando sobre mí como un animal a punto de devorar a su presa. Mis uñas no lo lastiman. El miedo en mis ojos lo excita.

—¿No puedes respirar? —susurra. Su nariz juega con la mía con ternura—. ¿Qué tal ahora? —Afloja poco a poco su agarre—. ¿Mejor?

Mis párpados van a explotar. Un grito se construye en mi garganta herida, pero no puede liberarse.

—Grita todo lo que quieras, amor, estamos solo. Todos se fueron a ultimar los detalles para mañana. No es tan fácil organizar una boda en tan pocas horas.

—¡Mentira! —Mi voz se astilla—. Jamás me dejarían sola con un hombre.

—Eso era antes de que fueras una deshonra, Sara. Ahora solo les importa asegurarse de que no pongas un pie afuera de esta habitación.

Peina con sus dedos mi cabello, ignora la tos que me sacude.

—No puedo esperar a que sea mañana. Después de tantos años viéndote crecer, soportando que me sedujeras con tu pecaminoso cuerpo, teniendo que conformarme solo con pensarte en la oscuridad de mi habitación, por fin serás mía. —Inhala profundo, respira sobre mi piel—. Podría tomar lo que me pertenece ahora mismo. Lo sabes, ¿verdad? —Me hace sentir su repulsiva excitación —. Pero el placer de marcarte en el día correcto hace que esta tortura valga la pena.

No quiero temblar. No quiero llorar. No quiero demostrarle cuánto me asusta. Cuánto poder tiene sobre mí.

—Me dejaste ir una vez. Déjame ir ahora, te lo suplico. —Mi voz es una lija que no llega a tocar su piel—. Si me amas, suéltame ahora. Por favor, Martín, sabes que no es esto lo que quiero. Si me amas tanto como dices, no me obligues a sufrir esta vida. Déjame ir.

—¿Dejarte ir? —Su pulgar dibuja mis labios—. No te dejé ir, bonita, estaba siendo discreto. ¿Qué esperabas? ¿Que me peleara con dos hombres para llevarte a rastras a mi auto? Estaba solo, tenía que dejarte ir. Necesité de todo mi autocontrol, pero lo conseguí. Ya sabía dónde estabas, seguías en la ciudad, solo era cuestión de

esperar. Todo llega para el que es paciente, amor. Mira dónde estás, de vuelta en el lugar al que perteneces.

Limpia mis lágrimas y me contempla. Me contempla con una devoción enfermiza.

—Por favor…

—Te vi subir al auto con aquellos hombres. —Su mirada se oscurece—. ¿Ahora eres una puta, Sara? ¿Te entregaste a ellos? —No importa cuánto forcejee, su mano vuelve a mi garganta—. ¿Te entregaste a *Dante*?

Niego, presa del pánico.

—Espero que sigas siendo mi ángel puro, Sara, o no valdrás una mierda para tu padre ni para mí.

Me libera de su peso cuando se pone de pie. Me acurruco en una esquina de la cama y me cubro con la manta como si pudiera protegerme.

A pesar del aturdimiento, revuelvo las sábanas con desesperación.

—¿Buscas esto?

—Dámelo. —Imprimo en mi voz todo el odio que siento.

—«Dibujarte es tan fácil como respirar, Sirena. Eres arte» —lee con fingida pasión—. Respirar no parecía tan fácil hace unos minutos. ¿Verdad, *Sirena*? —Lo mira una vez más—. Es un lindo retrato, pero creo que no te hace justicia.

Llueve papel en la habitación.

El sonido me eriza la piel.

Mi objeto más preciado, hecho trizas.

CAPÍTULO 42

DANTE

—Lo digo con todo el respeto que te tengo, jefe. Hasta que no pongas el culo en esa silla y te calmes, no diré una palabra más.

Sigo sus órdenes, me siento y hundo la cara entre mis manos.

—Suelta lo que sabes de una vez, Víctor. Estoy perdiendo la cabeza.

Agarra su computadora portátil y se sienta frente a mí. Su rostro es un cuadro inexpresivo y no puedo soportar tanta calma cuando estoy al límite.

—Apenas me llamaste, averigüé el estado de la denuncia de la desaparición de Sara y seguía activa, pero hace unas dos horas cambió. La encontraron. Se dio aviso a la comisaría veintisiete y los padres prestaron las declaraciones correspondientes para dar por terminada la búsqueda. Al parecer, alguien llamó a su familia para dar su paradero. Estaba en Puerto Pañuelo. La tienen, jefe.

No es miedo lo que me entumece, lo que me asfixia, es algo peor. Algo que llevaba mucho tiempo sin sentir.

—¿Jefe?

No recuerdo cómo construir palabras, a pesar de que las siento retumbar por todo mi cuerpo.

—¿Dante?

Me levanto como una tromba, Víctor intenta detenerme.

—¿Adónde vas?

—¡Fue Jeremías!

La furia bulle en mi interior, dotándome de una fuerza titánica con la que me saco al Oso de encima. Me llevo los muebles por delante de camino a la puerta, pero un brazo consigue inmovilizarme.

—Tranquilo, jefe. —Su respiración animal compite con la mía—. Vas a despertar a mi sobrina y no queremos que escuche esta mierda, ¿verdad?

Pienso en mi Luz, cayendo exhausta sobre la cama de Víctor por tantas idas y vueltas en un mismo día.

—Solo me fui un par de horas. Volvería a casa y le diría que le conté todo a mi madre, que acepté que me estoy permitiendo sentir de nuevo. —Lucho a mano limpia con la angustia que hace temblar mi voz—. Fue él. Lo sé, fue él. Fue a buscarme a casa de Raquel, él sabía que Sara estaba sola en…

—Ese es un problema para otro momento, jefe —me interrumpe, aflojando el agarre, pero sin soltarme del todo—. Toda nuestra energía tiene que estar puesta en Sara. ¿Entendido?

La rabia se mezcla con el dolor, crea lágrimas calientes.

—Entendido.

—Vamos a sentarnos y a solucionar esto con la mente fría. —Su voz es todo lo que desearía tener ahora mismo: calma—. Y si no puedes pensar como un puto miembro de la División Especial de Seguridad Halcón, te voy a pedir que vuelvas a tu isla y me dejes esto a mí.

—Ni muerto.

—Entonces ordena tu mierda y deja la cabeza fría, si quieres liderar esta misión.

—Es Sara —murmuro entre lágrimas silenciosas, perdiendo ese último rastro de vergüenza—. Podrían… Ahora mismo podría estar sucediéndole cualquier cosa.

—Por eso vamos a hacer las cosas bien.

Su brazo se aferra a mis hombros, me sostiene mientras nos dirigimos de vuelta a la cocina. Me obliga a sentarme, otra vez, y sirve una medida de vodka que deja delante de mi nariz.

—Para entrar en calor y despertar las neuronas —dice, incitándome a beber.

El líquido se desliza por mi garganta, deja un incendio a su paso.

—Tenemos que pasar al plan B.

Hundo los dedos en mi pelo enmarañado.

—¿Hay plan B?

—Habrá plan B y hasta plan Z, si es necesario. —Agarra un sobre grande de papel—. Es una puta mierda porque tenía todo casi listo para que se fueran de vacaciones a la otra punta del mundo, pero tendremos que improvisar.

Vacaciones. Así decidió referirse a mi fuga con la sirena.

—Consígueme la dirección de su casa. —Señalo la computadora —. Estudio los planos, los movimientos, me cuelo de noche y la saco de ese maldito infierno.

—Y el señor Heredia te ve merodeando por su casa cuando se levanta de madrugada a mear, llama a la policía y te abren una causa por allanamiento de morada. En el mejor de los casos. Y Sara queda sola entre los lobos. —Aplaude suavemente, sin dejar de mirarme—. Brillante. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—No van a verme. ¿Olvidas quién soy? Sé cómo hacer…

—¿Estás loco o tienes algún deseo suicida? No sabes una puta mierda. Está claro que hoy no puedes hacer uso de tus habilidades, jefe. —Se toca la cabeza con el índice—. No estás pensando fríamente.

—¿Cómo mierda quieres que piense fríamente sabiendo que está con el enfermo de su primo? ¿Eh?

—Si seguimos tu *magnífico* plan y falla, lo cual es un noventa y nueve coma nueve por ciento probable, solo vamos a conseguir que se la lleven y perdamos su locación. ¿Estás tan seguro de que va a resultar como para poner eso en riesgo?

Mis dedos tamborilean sobre la mesa mientras me trituro los sesos.

—¿Qué hacemos, entonces?

Desliza el sobre hacia mí.

—Estuve investigando un poco a la familia en general. No pude hacer mucho en un par de horas, pero creo que tenemos algo por

dónde empezar.

Abro el sobre, está lleno de breves expedientes. Mis ojos saltan de una foto a la otra, desesperados por absorber cualquier información.

—Leticia Heredia: ama de casa, madre de cuatro hijos… Limpia —leo, aturdido por el parecido físico que comparte con Sara—. León Heredia: propietario de un concesionario de autos… —Me detengo en los ojos del hombre que corta las alas de la pelirroja. Ojos verdes, fríos—. ¿Limpio?

—Limpio.

—Rafael Heredia: socio de León Heredia, vicepresidente del Club Social y Deportivo El Talar… —Salteo las palabras vacías, busco algo más—. ¿Asociación ilícita? ¿Allanamiento?

—Ahí está nuestro comodín, Rafael Heredia.

Un recuerdo fugaz deja un sabor agridulce en mi boca.

—Sara me habló de él. —Apoyo el papel en la mesa y señalo su rostro rojo y barbudo—. Me dijo que tenía asuntos con la policía, que había rumores de algo turbio, ilegal.

—Exacto. —Pone los codos sobre la mesa, acercándose al expediente—. Necesito indagar un poco más sobre la causa, pero creo que tenemos algo gordo.

—¿Comodín? ¿Cómo usamos esto?

—Estoy dándole vueltas a algo, pero no voy a decirte nada hasta que consiga más información.

—¿Me estás jodiendo, Oso? ¡No hay tiempo! No quiero ni pensar en lo que debe… estar pasándole ahora mismo, ¿y quieres que me siente a esperar?

—Quiero que lleves a Luz a casa de tu madre y duermas un poco mientras yo termino de pulir las cosas.

Una risa ronca e histérica se retuerce en mi garganta.

—¿Dormir un poco? ¿Me estás cargando?

—¿Confías en mí?

—Sabes que sí. Te confié mi vida más veces de las que puedo recordar.

—Entonces confíame la de Sara, la cuidaré como si fuera la tuya.

CAPÍTULO 43

SARA

La puerta de mi habitación se abre, la oscuridad desaparece.

No me muevo, no tengo fuerzas. Soy un ente inerte que perdió la noción del tiempo.

—¿Sara?

Su voz es la gota de lluvia en el desierto.

—¡¿Clara?! —Me incorporo con desesperación.

Me envuelve con sus brazos. Me llena de una paz efímera, pero suficiente.

—¿Estás bien? —Me inspecciona—. Estás muy pálida. ¿Comiste?

Niego con la cabeza, vuelvo a esconderme en su pecho.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer igual, necesitas estar más fuerte que nunca.

—¿Para qué? ¿Para mañana? ¿Para bailar toda la tarde con Martín, después de que me obliguen a ser su esposa?

Me acaricia la espalda, mantiene mis pedazos juntos.

—Lamento que no funcionara. Pasaron tantos días que… —Suspira—. Creí que lo habías logrado, que ya eras libre.

—Fui libre, Clarita. Fui libre y apreciada por un hombre de verdad. —Las lágrimas calientan mis ojos otra vez—. Un militar. Serio, pero de sonrisa dulce si sabes ganártela. Un hombre íntegro, de manos cálidas que solo pueden acariciar. Un hombre que se

deleitaba solo viéndome ser. Un hombre que sabe querer sin poseer. ¿Puedes creerlo?

Me suelta despacio. El anhelo y la curiosidad brillan en los ojos de mi prima.

—Quiero que me cuentes todo, pero necesito que te levantes. Me mandaron a prepararte para la cena.

—¿La cena?

—Tu última cena en esta casa, antes de que te conviertas en mujer.

—Ya soy mujer. No necesito casarme con ningún imbécil para que me den el título.

Sonríe y es agridulce.

—Lo sé. Pero ya sabes cómo son las cosas, Sara. —Se pone de pie, me da la mano—. Vamos, tengo que arreglarte.

—No tengo opción, ¿no?

Niega con un gesto triste.

—Es mejor no complicar más las cosas, Sara.

Poso la vista en su pequeño vientre abultado, lo acaricio antes de levantarme.

—¿Está bien?

—Creciendo sano. ¿Te duchaste hoy?

Suspiro, me levanto.

—Hace algunas horas.

—¿Qué son todos esos papelitos? —Señala lo que alguna vez fue el gesto más hermoso que alguien tuvo conmigo. Además de salvarme la vida.

—Prefiero no hablar de eso.

Dejo que mi memoria rearme el dibujo y lo guarde en algún lugar profundo, allí donde no lleguen las manos del diablo.

—Vamos a peinarte y a maquillarte. —Señala la silla de mi tocador, me apura—. Sé que lo que menos deseas en este momento es cenar con nosotros, pero no hay escapatoria esta vez. Mejor terminar con esto rápido.

«No hay escapatoria esta vez».

Arrastro mis pies hasta la silla amarilla y me siento.

Clara cepilla mi cabello mientras espera a que el rizador esté caliente.

—¿Quieres hablarme más de él?

—Su nombre es…

«¿Puedo seguir confiando en Clara? Martín sabe sobre la existencia de Dante, pero no sabe quién es, dónde vive o cómo está compuesta su familia».

—¿Y? ¿Cómo se llama?

—Dante. Pero no puedo hablar de él sin arruinar el maquillaje que estás a punto de hacer. Solo quiero decirte que existe, Clarita. El mundo que sueñas, ese donde eres libre de hacer y deshacer, ese donde el amor es como en las películas, existe. Y está justo detrás de estas paredes.

Me sonríe a través del espejo, reprimiendo las ganas de llorar por su vida. La que es y la que no fue.



Cuando pongo un pie en la enorme sala de mi casa, las miradas me perforan la piel.

La mesa es gigante y, como de costumbre, todos los hombres de la familia y algunos amigos de la comunidad están sentados.

¿Las mujeres? De pie. Sirviendo abundantes platos de comida que dejan delante de sus adorados esposos.

Pienso en Dante llevándome el desayuno a la cama, ensuciándose las manos mientras cocinábamos galletas, haciéndome sus mejores ñoquis, dándome de probar la salsa. Juntos. Iguales.

¿Qué estará haciendo ahora mismo? ¿Pensará que lo dejé? ¿Sabrá lo que ocurrió con Jeremías? ¿Sufrirá por mí?

«No sufras por mí, ya has sufrido demasiado», suplico en silencio.

Callo a esa voz que me dice que vendrá a buscarme, que moverá cielo y tierra por mí. La callo, porque soñar implica despertar y, a veces, duele demasiado.

Estoy a punto de sentarme a la mesa, cuando la mujer que me dio la vida me llama.

—Sara, llévale a Martín su plato. —Mi madre pone una porción de niños envueltos en mis manos.

—¿No puede levantarse a agarrarlo? Hasta esta mañana tenía piernas y manos.

—Lleva ese plato y comienza a redimirte —susurra cerca de mi oído—. Y será mejor que sonrías, mi niña.

Es cólera lo que corroe mis huesos y hiela mi sangre.

Enfundada en un vestido largo y rojo, demasiado ostentoso para una cena familiar, atravieso el salón hasta depositar el plato frente a Martín. Pero soy *tan* torpe que, sin querer, la comida aterriza en su entrepierna.

Se levanta como si su repugnante masculinidad tuviera una quemadura de tercer grado.

—Lo lamento. —Una sarcástica disculpa suena en medio de las risas de algunos invitados—. Me tropecé con la cola del vestido.

Martín se limpia con una servilleta de tela, pero sus ojos marrones están fijos en los míos. Y flamean.

La cena ya ha comenzado, a pesar de que las mujeres aún no se sientan.

El murmullo de la conversación tapa la hostilidad con la que el cuerpo robusto de Martín se cierne sobre mí.

—Me muerdes —dice, mostrándome una rosada cicatriz en su mano, esa que mordí como un animal para liberarme—. Me quemas. —Su boca roza el lóbulo de mi oreja, me eriza la carne—. Tendré que devolverte las *atenciones* y lo haré con gusto, bonita. Sabes que me gusta jugar sucio.

—Me das asco —susurro, observando a la multitud ajena a nuestra burbuja.

—Te encanto, solo que aún no lo sabes. Pero mañana… —murmura, haciéndome cosquillas con su nariz— aprenderás a verlo.

Se aleja dejándome adormecida por el odio.

Camino hacia la mesa, lucho contra las estúpidas lágrimas.

¿De qué sirve llorar, si al final del día sigo siendo incapaz de respirar sin que me digan cómo?

Me siento al lado de mis hermanos, ignorando el lugar que tengo entre las demás mujeres.

—La abuela cocina cada vez mejor —dice Nicolás, ajeno a las cadenas que atan mis pies.

Despeino su cabello, disfruto de la caricia, de tenerlo tan cerca. Después de mañana, este ya no será mi hogar. Esta ya no será mi vida. Será otra. Otra peor.

La cena transcurre entre bromas, gritos, música, negocios y risas. Lo normal en esta comunidad tan alegra y viva.

Los elogios llueven. Que mi cabello, que mis ojos, que mi silueta. Que la boda, que mi futuro esposo, que los hijos y la familia.

¿Mi fuga? Eso nunca ocurrió.

Soy una muñeca perfecta a la que todos quieren mirar, pero nadie quiere escuchar.

Las horas pasan.

El plato sigue delante de mis ojos, intacto.

Esquivo las furtivas y victoriosas miradas de Martín, que no dejó de sonreírme desde que volvió con un pantalón limpio.

Mi hermano mayor, Julián, me observa pensativo desde el otro extremo de la mesa. Sé que sabe lo que quiero y lo que no. Lo que siento. Sé que se siente inútil y culpable, lo leo en sus ojos.

Le sonrío, pretendo quitar el peso de sus hombros. No hay nada que pueda hacer para ayudarme. No cuando él mismo fue desterrado por enamorarse de una muchacha que no era gitana. Muchacha que hoy no es su esposa, eso explica por qué está sentado en esta mesa.

Observo a mi tío Rafael, se levanta. Miro la hora, son las nueve y media de la noche. Sé que va a cerrar el club del que es vicepresidente. Está obsesionado con ser el último que pise el lugar cada día.

Quiero desaparecer, esfumarme sin dejar rastros. Pero una hora y media de trazar hipotéticos planes en mi cabeza me lo dejó muy claro, no hay escapatoria esta vez.

Las puertas y ventanas están cerradas con la excusa del frío. ¿Pero cuál es la excusa para acompañarme al baño o cerrar con llave mi habitación?

Lo entiendo. Soy su única hija, valgo más que una suculenta dote, valgo un arreglo familiar que tiene dieciocho años. Respeto y tradición, eso es todo lo que importa.

¿Mi felicidad? ¿Mis deseos? ¿Para qué detenernos en pequeñeces?

Espero el momento oportuno, llevo haciéndolo más de media hora.

Ana, la dulce y silenciosa madre de Martín, esa mujer que sé que me quiere como si fuera su hija, se levanta. Deja un espacio vacío entre mi prima Dolores y mi padre. Me muevo con discreción hasta sentarme a su lado.

—Papá —hablo bajo, poniendo mi mano sobre la suya—. Necesito que hablemos, por favor.

Su mirada sigue fija al frente, me ignora del mismo modo que lo hizo luego de asegurarse de que estaba en una sola pieza cuando me encontró.

—Papá, necesito que me escuches, por favor —suplico, reclamando su atención—. Sigo siendo tu hija. ¿Puedes mirarme a los ojos?

Observa nuestras manos unidas, antes de rechazar mi tacto.

—Volverás a ser mi hija cuando demuestres tu honra y devuelvas la paz a esta familia. Hasta entonces, no quiero escucharte.

Se levanta, dejándome con el corazón en la mano, listo para entregárselo.

No hay esperanza cuando la ley gitana es la palabra. Y no la mía.

La fiesta continúa, ajena a aquella mujer que dejará de existir en veinticuatro horas.

CAPÍTULO 44

DANTE

Esta es la razón por la que no quería volver a *sentir*. La dejé entrar, hice mío su dolor y ahora ninguno de mis sentidos me pertenece. Estoy a merced de volver a ver su sonrisa. A merced de verla libre.

—¿Estás seguro de esto, Víctor?

Me observa como si la pregunta lo ofendiera.

—¿Hace falta preguntarlo?

—¿Sabes que, si algo sale mal, pones en riesgo mucho más que tu carrera?

—Soy adicto a la adrenalina, jefe. No puedo negarme a un secuestro exprés.

—Imbécil.

—A ver, repasa el plan con este imbécil.

El aire se espesa en la camioneta que el Oso consiguió.

—Nos llevamos a Rafael, llamamos a Martín y organizamos el intercambio. Su padre por Sara.

Una estela gélida recorre mi columna solo con pensar en todo lo que puede salir mal.

—No vayas ahí. —Me lee la mente—. Si ese hijo de puta de Martín es tan devoto de su padre como la sirena te contó, aceptará sin pestañear.

—Está obsesionado con Sara desde que nació, Oso. ¿Qué te hace pensar que no dudará?

—Por lo que sabemos, es un soldado de su padre. Y estoy casi cien por ciento seguro de que solo quiere a Sara porque, siendo un niño, papito le dijo que sería suya. Sara es un trofeo, pero la lealtad pesa más. —Suena seguro, lo envidio—. Además, no olvides el condimento especial. Si no acepta o hace una mínima jugada sospechosa, entregamos al tío Rafael y a los tres policías que tiene comprados. Juego clandestino, jefe. ¿Sabes lo que es una condena por asociación ilícita y defraudación al Estado?

—Está enfermo, Víctor. —Me paso las manos por el rostro, intento despertar—. No podemos confiar en que va a actuar con sentido común.

—Estamos hablando de gente machista, jefe. ¿Crees que su padre le perdonaría que lo mandara directo a la hoguera por una mujer? —Niega con la cabeza, tamborileando los dedos sobre el volante—. Lo tendremos agarrado de las pelotas. Tengo fe en esto.

—Ojalá tengas razón, Oso.

—Oso siempre tiene razón.

La paciencia es un mito del que alguna vez oí hablar.

Solo puedo pensar en rojo.

Cierro mis ojos, los recuerdos se arremolinan en mi cabeza. Son escenas de una película que se puso interesante desde que Sara entró a mi vida. Elijo mi preferido, ese que revivo al despertar, nuestro primer beso. No hay forma de describir el delicioso caos de su boca y mi boca. Esa explosión que me vio renacer.

—Hay movimiento.

La voz del Oso tensa mis músculos.

—Ya estaba pensando que era una pérdida de tiempo. Estuvimos aquí toda la maldita tarde.

—Era necesario para palpar el terreno, jefe. No estás tan oxidado como para olvidarte de lo básico. ¿No?

Mira por el espejo retrovisor, frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—No está solo. —Observa, hace algunas anotaciones rápidas en una libreta.

Miro hacia atrás con discreción, a pesar de que la noche y el polarizado de los vidrios impide que puedan verme. Visualizo a dos

hombres que esperan apoyados contra una camioneta Partner. Uno es pequeño, dominable si no está armado. El otro, en cambio, es alto y corpulento.

—Uno de ellos es Martín —dice y mi pulso se detiene—. Ni se te ocurra moverte. La respuesta a todo lo que estás pensando hacer es no. ¿Está claro?

Mi pecho sube y baja a un ritmo animal.

—¿Cuál es?

—El más alto.

—¿Cómo lo sabes?

—Investigué al resto de la familia cuando te fuiste a dejar a Luz con tu madre. Sé que está oscuro, pero vi varias fotos, es él. Además, ese es el Peugeot que conduce.

—¿Qué hacemos?

—Esperar hasta mañana e intentarlo otra vez.

—¿Me estás cargando?

—Esto podía pasar.

—Mierda. —Golpeo el tablero—. Jeremías, hijo de…

—Tu hermosa y adorable madre. *Hey*. —Me abofetea—. Necesito que te calmes. Me estás sacando canas, voy a envejecer y a perder mi atractivo.

—¿Calmarme?

—Escúchame. Por lo que pude averiguar, Rafael cierra el club todos los días a las veintidós religiosamente. Tiene su propio auto, no creo que lo vengan a buscar cada noche.

—¡No tenemos tiempo, Víctor! ¿Y si mañana también está acompañado? ¿No entiendes que ese hijo de puta puede hacerle daño en cualquier momento? —Hundo el rostro entre las manos—. Tal vez ya lo hizo.

—Vas a tenerla de vuelta, jefe. Le hice una promesa a tu sirena y te hice otra a ti, voy a cumplir ambas. Sabes que soy un hombre de palabra.

—Estoy perdiendo la cabeza, Oso.

Un motor ruge, acompañado de otro. Rafael, Martín y el petiso desaparecen.

—No es hoy, será mañana. Vamos a dar el golpe, jefe. Vamos a traerla a casa.

CAPÍTULO 45

SARA

Anoche, las plegarias se secaron en mi boca.

Hoy, algo muere en mi interior con cada paso.

¿Estoy soñando? ¿Estaré durmiendo entre *sus* brazos? ¿Me despertará con aquel café al que siempre le falta azúcar y sonreirá sobre mis labios mientras me besa?

—Quieta, Sara. —Un pinchazo arde en mi cintura. Esto no es un sueño—. Déjame terminar los últimos arreglos.

Observo la imagen que me devuelve el espejo.

¿Esa soy yo?

—No puedo creer que hayas adelgazado tanto.

«Porque estaba muriendo y no lo veías, mamá».

Deja las agujas sobre el tocador, ajusta el corsé de mi vestido.

—Ya está. ¿Qué te parece?

La tela de color marfil se adhiere a mi pecho, deslizándose suavemente por mis piernas.

—Es sencillo, pero delicado —dice mi madre, admirando su elección—. No es tan bonito como el que llevabas cuando… —Niega con la cabeza, guarda todo en su costurero—. Una amiga de Ana vendrá a peinarte y a maquillarte.

—¿Por qué? ¿Dónde está Clara?

—No se sentía muy bien, irá directo a la boda.

Una sensación extraña vibra en mi piel.

—Toma. —Pone un pañuelo de tela en mi mano—. No debes hacerlo por fuera o la ajuntadora verá la herida. Adentro, solo un corte pequeño minutos antes de que llegue la prueba. Con eso bastará.

Desdoblo la tela, encontrándome con una pequeña hoja de afeitar. Siento el filo y todo se vuelve más nítido. Más real.

—No voy a hacerlo, mamá.

—Tienes que hacerlo, Sara. —Su mano descansa fría en mi mejilla, casi como si le doliera pedírmelo—. Tu futuro depende de ese corte, de la honra en ese pañuelo. Muy pronto será tu cumpleaños. Tienes casi diecinueve años, hija. Un año más y ya nadie va a querer casarse contigo, lo sabes.

Mis dedos se aferran a su muñeca, nuestros rostros jamás estuvieron tan cerca.

—Me estás pidiendo que me lastime los genitales para manchar un estúpido pañuelo, para que todos crean que soy virgen como si eso significara algo, para que todos los hombres de esta familia se sientan orgullosos. ¿Qué tan retorcido es eso, mamá?

—No le des tantas vueltas, Sara. Será solo un minuto, lo prometo. Casi no dolerá.

—¿Sabes que hay mujeres que nacen sin himen?

—Basta, Sara. Ya están listos los invitados. ¡Esto no es un juego!

—¿Sabes que no todas las mujeres sangran al perder la virginidad? Esta tradición no tiene cómo sostenerse, mamá.

—Vendré a buscarte en una hora. Voy a arreglarme, no podemos llegar tarde.

Apoyo mi frente sobre la suya. Es un grito ahogado. Una última súplica.

—No quiero hacer esto, mamá. No quiero casarme con Martín. No sabes cómo es conmigo. No imaginas de lo que es capaz. Él…

Un golpe en la puerta evapora mis palabras.

—Por favor —imploro en un susurro.

Sus ojos están húmedos. Quiero leerlos. *Necesito* saber si hay algún rastro de humanidad en ellos, si la sombra de mi madre habita en ese brillo.

—Adelante —dice, separándose de mí.

La puerta se abre, una desconocida entra cargando brochas y maquillaje.

Mi madre desaparece.

—¿Comenzamos, linda?



La corona pesa sobre mi cabeza mientras cruzo el infierno.

Una multitud aplaude cuando me detengo en medio del lujoso salón.

Cierro los ojos.

Las risas, las miradas y los silbidos desaparecen. Solo queda *su* rostro, ese que me acompañará incluso después de la muerte. Ese al que me aferro para no olvidar que fue real. Dante fue real.

Soy abrazada con fuerza.

—Sabes que siento en carne propia lo que estás sintiendo —susurra—. Pero hay algo que no podrán quitarte, Sara. Sonríe, al menos has conocido el amor. Probaste la libertad, prima. Pudiste elegir, al menos una vez.

Deja un beso en mi frente.

—Clara, ¿qué…? ¿Qué le pasó a tu ojo?

Esquiva la mirada, pero ya vi el derrame en su ojo izquierdo.

—No hice un buen trabajo con el maquillaje, ¿verdad?

—¿Fue él? ¿Fue Manuel? —Miro alrededor, intentando localizar a su esposo.

—Tendremos tiempo para hablar de… esto. —Acomoda los rizos que caen sobre mi pecho—. Ahora tienes que acompañarme, las mujeres ya están en la habitación.

Siento el fuego, se mezcla con cada célula.

—¡Llegó la ajuntadora!

Los invitados enloquecen al oír a mi madre.

Es ahora.

Este es el *show*. El momento que todos estaban esperando.

Si esa mujer saca el pañuelo manchado, seré de Martín. Si no, no habrá casamiento.

—¿Estás nerviosa? —pregunta Clara mientras me arrastra por el salón.

—No.

No puedo esperar para que saque ese pañuelo sin una sola mancha. No puedo esperar para demostrarles a todos que tengo voz y voto, que me entrego a quien yo quiero.

—Mejor, dolerá menos si estás relajada.

Atravesamos el pasillo repleto de los hombres que esperan ver *mi honra*. Mi padre, Rafael y Martín lideran la fila. Su mano rodea mi muñeca, deteniéndome para acercarme a su cuerpo.

—Saca ese pañuelo para mí. Muéstrame lo que tendré esta noche —susurra.

Sonrío, lo desafío con la mirada.

—No vas a olvidar ese pañuelo, lo prometo.

La habitación está llena de animadas mujeres. Sé que solo las casadas pueden presenciar la prueba, pero jamás imaginé que fueran tantas.

«Tienes casi diecinueve años, hija. Un año más y ya nadie va a querer casarse contigo, lo sabes».

—¡¿Dónde está la novia?! —La ajuntadora, una mujer robusta que pisa la quinta década, a quien la madre de Martín debe haberle pagado un dineral por hacer esto, se muestra eufórica.

Mi madre es la encargada de empujarme hasta la cama.

—Acuéstate, hija. —Me ayuda a recostarme sobre unos almohadones altos preparados especialmente para este momento—. No estés nerviosa, será rápido.

—¡¿Quién tiene el pañuelo?! —La voz de la ajuntadora me eriza la piel.

Clara le acerca una pequeña caja forrada en terciopelo blanco, de donde la mujer saca un pañuelo del mismo color.

—Abre las piernas, dulzura. Prometo que no te haré sufrir.

Siento el latido de mi corazón en todo el cuerpo mientras mi madre me sube el vestido hasta la cintura y Clara me quita la ropa interior.

Ambas me separan las piernas.

«No va a doler. Será rápido y todo habrá terminado».

La sala está entusiasmada.

Estoy expuesta ante más de una docena de mujeres que esperan que manche la tela para continuar con el festejo.

Los gritos de los hombres afuera de la habitación, esperando el maldito pañuelo, juegan con mis nervios.

La mujer envuelve su dedo medio con el pañuelo mientras se acerca a mí.

—Flojita, dulzura. —Palmea mis muslos—. Será rápido.

Cierro los ojos con fuerza, espero la intrusión.

Su dedo entra en mi vagina ejerciendo más presión de la necesaria. La aspereza del pañuelo me irrita y el dolor pronto cobra forma. Pero es cuando comienza a sacarlo que las lágrimas llenan mis ojos.

Puedo jurar que su uña está rasgando mi interior.

Cuando la presión desaparece, escucho los gritos de las mujeres.

—¡Y aquí va la primera rosa!

Mis ojos se abren aturdidos.

—No… —susurro, viendo el pañuelo manchado.

La mujer me sonríe mientras enfunda otra vez su dedo.

—Solo dos más, dulzura. Ya terminamos.

Niego con la cabeza una y otra vez cuando siento su dedo invadiéndome de nuevo.

—Mamá…

—Sabía que lo harías, hija —me susurra en medio de los gritos y festejos—. Sabía que devolverías la honra a esta familia.

—No lo hice.

—¡Aquí está la segunda!

El vitoreo alegra a los hombres que aguardan del otro lado de la puerta.

—Mamá…

—Ya casi termina. Solo una más.

El pañuelo ingresa una vez más, pero ya no siento nada.

Solo puedo ver mi esencia manchando aquel lienzo blanco.

Yo no lo hice. No me corté. Ella…

—¡Y ahí están las tres rosas! ¡Qué honra!

Llena de orgullo, mi madre besa mi frente sudorosa.

Llueven almendras sobre mi cama.

Las voces de las mujeres son un grito de vida, pero yo me siento muerta.

—¿Sara?

Alguien me llama, pero mis ojos están fijos en la mirada de Ana. La forma en que me observa, como si supiera que esto no es real.

—Sara, tienes que levantarte para el baile. ¿Sara?

Mis piernas tiemblan.

El oxígeno es ácido en mis pulmones.

«Saca ese pañuelo para mí. Muéstrame lo que tendré esta noche».

El pañuelo está manchado.

Estoy casada con Martín.

CAPÍTULO 46

DANTE

La noche cae como el abrazo de la muerte sobre la ciudad.

El peligro puede olerse; mi desesperación, palparse.

El capó de la camioneta está abierto; Víctor, listo en su puesto.

Son pasadas las diez de la noche y hoy la lotería es nuestra, Rafael está solo.

Llevamos todo el día esperando este momento. Ese segundo capaz de cambiarlo todo.

—Mierda —masculla el Oso y esa es *la señal*. Está saliendo del club.

—Hombre, estás bloqueándome la salida. —Esa voz desconocida tensa mis músculos—. ¿No viste el cartel de prohibido estacionar?

—Perdón. Me está fallando el motor. Venía haciendo ruidos raros hasta que me dejó tirado. —El Oso sigue su libreto, yo continúo agazapado.

—¿Quieres que te llame a una grúa o algo?

Mi corazón palpita desquiciado.

—¡Mierda! La llevé al taller esta misma semana. Esos hijos de puta, creo que me están estafando. Deben haber metido mano para que tenga que volver. No puedo tener tanta mala suerte. ¿De casualidad sabes algo de mecánica?

Silencio.

—A ver, déjame darle un vistazo rápido.

Lo hizo, mordió el anzuelo.

El mundo se amplifica. Puedo escuchar la sangre corriendo en mis venas.

—Voy a invitarte una cerveza si lo haces arrancar, lo juro.

—Tendrán que ser dos si me ensucio las manos a esta hora.

Víctor ríe, le sigue la corriente.

—Lo que sea, hermano.

Uno. Dos. Tres.

—No puedo creer que esto me pase *ahora*.

Cuatro. Cinco. Seis.

Un golpe en la ventanilla. Abro la puerta y Rafael sube a la parte trasera de la camioneta. Mi arma reemplaza la de Víctor, pegándose a su cabeza.

—¿Qué…? ¿Qué pasa? ¿Qué quieren? —Las palabras tropiezan en su boca—. ¿Es un ajuste de cuentas? Puedo…

Un empujón y su cuerpo cae de rodillas.

—Cierra el pico y ponte esto. —Aprieto el cañón en su nuca mientras dejo caer las esposas a su lado—. Una en tu mano, la otra en la barra de asistencia.

El vehículo arranca.

—Si te debo algo, podemos arreglarlo con discreción. —Levanta las manos, se protege—. Podemos…

—A mí no me debes nada, pero conozco a alguien a quien le debes la vida. Cierra la boca y haz lo que te digo.

Sus manos tiemblan mientras se esposa a sí mismo.

—¿Cuánto? ¿Cuánto les debo? —Lloriquea cuando me acerco con la cinta—. Vamos, muchachos, podemos…

Pego un generoso trozo de cinta aislante en su boca.

—Así está mejor. —Corto otro pedazo y me acerco a su rostro colorado—. Recuerda bien esta cara, Rafael, porque, si algo sale mal, soñarás con ella.

La cinta cubre sus ojos.

Súplicas mudas marcan el camino.

Los kilómetros juegan con mi paciencia hasta que Víctor se detiene en el medio de la nada. Las montañas y la noche son los únicos testigos.

Baja, sus pasos suenan sobre la gravilla.

Las puertas traseras se abren.

—Afuera —me dice.

Le echo un último vistazo a Rafael, que está acurrucado en una esquina de la camioneta, antes de salir y cerrar las puertas.

—Solo para dejarlo claro, no vamos a lastimarlo. —Se apoya contra el vehículo, ata su cabello largo—. Solo algún que otro arañazo para meterle dramatismo a la situación, si hace falta. ¿Entendido, jefe?

—Ahora mismo no me interesa desquitarme con él, puedes quedarte tranquilo. —Camino como un animal enjaulado, levantando tierra. Estoy al borde del colapso—. Solo quiero terminar con esto de una vez.

—Toma.

—¿Qué es? —pregunto, atajando lo que me lanza.

—Su teléfono.

Enciendo la pantalla. Me encuentro con una foto de él, Martín, una mujer y dos niñas.

—Tiene contraseña.

—Vamos a conseguirla. ¿Poli bueno y poli malo?

—Pido el malo esta vez.

Ambos subimos a la camioneta.

Rafael sigue en posición fetal, sobre su orina, tan callado que hasta parece dormido.

Me agacho y sostengo su cabeza por su escaso pelo. Quito la cinta de su boca, le muestro el celular.

—Necesitamos la contraseña.

Rafael boquea como si recién pudiera respirar.

—Será mejor que se la des rápido, Heredia, hoy no tiene paciencia —agrega Víctor, cruzándose de brazos.

—¿Cuánto les debo? Digan la cifra y… terminemos con esto.

—Ahhh… —El Oso sonríe, llevándose las manos al pecho—. ¿Escuchaste? Sigue pensando que esto es por sus sucias apuestas

ilegales. Nadie está hablando de eso, hombre, tranquilo.

Los ojos del tío de Sara van de uno a otro, desorbitados.

—Entonces… ¿Qué? ¡¿Qué mierda quieren?! ¡¿Quiénes son?!

—Contraseña —insisto, zamarreándolo.

—Vamos. —Víctor se acerca y le pellizca la mejilla sudorosa—. Te ofreciste a ayudarme con el auto, no puedes ser *tan* mal tipo. ¿Oh sí? Casi que me caes bien, no me hagas sacártela a golpes.

Rafael escupe sobre mis pies.

Hago tronar mi cuello, decido dejarle pasar el gesto.

—Cuatro, siete, dos, cero.

Marco los dígitos, accedo.

—Buen trabajo, amigo. —Oso palmea su espalda—. Del uno al diez, ¿cuánto crees que te quiere tu hijo?

—¿Mi hijo? ¿Qué mierda tiene que ver mi hijo en todo esto? ¡Me tienen a mí!

—No eres el protagonista esta noche, Rafael —le aclara—. Esto se trata de Martín. Dime, del uno al diez, ¿cuánto tendremos que desfigurar tu cara para que nos entregue a Sara sin chistar?

—¿Sara? —Sus ojos pardos están a punto de abandonar ese rostro aturdido y colorado—. ¿Mi sobrina? ¿Esto es por ella?

—¿Qué tan leal es tu hijo, Rafael? —continúa Víctor mientras yo busco el número de Martín entre docenas de contactos—. ¿Crees que te hará sufrir demasiado o será un intercambio rápido? Estoy impaciente por saberlo.

Tose, finge morir.

—Tú, el callado —dice y clavo mis ojos en él—. Eres tú, ¿verdad? Eres el *payo* por el que se escapó mi sobrina. ¿No es así? —Mira a Víctor—. ¿O eres tú? ¿O es tan puta que se fue con los dos?

Es instinto.

Mi puño se estrella contra su mandíbula, llena su boca de sangre.

—Cuida tu lengua, si quieres conservarla.

Oso me mira. Es una mirada que habla, que dice *ya lo pusiste en su lugar, cálmate.*

—Ahora entiendo todo —masculla y escupe su esencia roja—. La quieres de vuelta. —Ríe, tose—. Lo lamento, amigo, es tarde.

Contengo la respiración.

—¿Cómo? —Tiro de su cabello, llevando su cabeza hacia atrás—. ¿Qué dijiste?

Una sonrisa roja gana terreno en su rostro.

—Están casados.

Fuego envuelve mis huesos.

—¡Mientes!

—Hay fotos del casamiento en mi teléfono —me incita a revisar mientras el mundo se desmorona—. ¿Quieres un pedazo de pastel también? Sobró demasiado y estaba exquisito.

Rojo.

Siento rojo.

Pienso rojo.

Veo rojo.

No hay sonido más allá del incesante pitido dentro de mi cabeza.

—*Hey*. Vamos afuera un minuto.

Veo los labios de Víctor moverse, pero no entiendo lo que dicen.

—¿Me escuchas? Afuera.

Mis ojos húmedos se encuentran con la victoria en la mirada de Rafael. Y el animal se desata.

¿De qué soy capaz por ver libre a Sara?

Escribo la respuesta con su sangre.

De todo.

—¡Basta! —Unos brazos intentan detenerme, pero no hay fuerza más poderosa que el dolor.

Siento los huesos de su nariz romperse bajo mis nudillos y quiero más. *Necesito* más.

—¡¿Dónde están?!

—¡Jefe, basta! ¡Vas a matarlo! ¡Sigamos el plan!

—¡A la mierda tu plan! ¡¿Dónde está?! —Zamarreo su torso, lo aplasto contra el suelo de la camioneta, que se mueve con brutalidad—. ¡¿Dónde está Sara?! ¡¿Dónde mierda está Sara?!

La basura ríe, ahogándose con su propia sangre mientras intenta hablar.

—A… ¿A esta hora? Haciéndose mujer.

CAPÍTULO 47

SARA

La tierra está en el cielo.

Todo da vueltas.

Un ejército de hormigas marcha sobre mi cuerpo, adormeciendo mis dedos.

Miro por la ventanilla, las montañas se multiplican bañadas por el atardecer.

—¿Qué…? —Mi garganta está seca—. ¿Qué me diste?

—Magia. ¿Te gusta?

Lucho contra mis párpados, que solo quieren cerrarse y olvidar el presente.

—Quiero… bajar. —Mi cerebro envía la orden a mis manos, pero estas no buscan la manija—. No puedo moverme. ¿Qué me…? ¿Qué me hiciste?

—¿Nunca te dijeron que no descuides tu copa, bonita?

Mi cuerpo está relajado, pero en mi mente reina el pánico.

—¿Qué me diste? Dime qué…

—Ya te lo dije, magia. Me encanta la fiera que llevas dentro, amor, y me muero por saber si también la dejarás salir en la cama. Pero hoy es especial. Esta noche te necesito sumisa, receptiva.

Sangre. Pañuelo. Gritos. Música. Alegría. Miedo. Baile. Bebida. Escape.

Las imágenes no tienen forma en mi cabeza, pero encastran a la perfección en mi pecho.

—Ya que estamos revelando nuestros secretos. —Un giro brusco sacude mi cuerpo inútil—. ¿Puedo decirte cuánto me enoja que hayas querido escapar por segunda vez de nuestra boda? Dos veces, Sara. ¿Cómo voy a domar ese espíritu? ¿Eh? —Su risa me nubla la vista—. Vamos a tener que establecer algunos límites, pero ya habrá tiempo para eso.

—Mi… prima —susurro—. Va a buscarme. Vendrá a buscarme. Yo… desaparecí de la… de la fiesta.

—Nadie vendrá a buscarte, amor. Somos un par de novios fugándose en su noche de bodas.

—No…

—¿Crees que alguien va a interrumpirnos mientras consumamos nuestra unión? La familia espera este momento tanto como nosotros.

—El pañuelo… —Las hormigas entran a mi boca—. No soy virgen. La ajuntadora… Ella me hizo sangrar.

—¿Esperas que crea eso, bonita? Todos sabemos el respetado rol que cumplen las ajuntadoras. Ellas previenen a los hombres de las mujeres que son un fraude. ¿Por qué te haría sangrar? Además, mi madre vació su billetera para conseguir una de las mejores.

—Tu madre. —Recuerdo la expresión en la mirada de Ana cuando la mujer mostró *mi honra* en el pañuelo—. Ella quiere que… me tengas. Ella… haría cualquier cosa por ti. No soy virgen. —Escucho una risa que tiene mi voz, pero no la siento nacer—. Me… entregué a un hombre de verdad.

El vehículo se detiene en seco. La inercia juega conmigo.

Unas manos rodean mi cuello, sienten mi vida. Cada latido muriendo.

—No te conviene hacerme enojar, Sara.

—Sentí a… un hombre de… verdad —susurro mientras sus dedos me roban el oxígeno—. Y… lo disfruté. No puedes quitarme eso.

—Cállate.

—Me acosté con él… muchas veces.

—Cierra esa preciosa boca, Sara.

—No… importa lo que hagas…

—¡Cállate!

—Jamás… seré tuya.

Un golpe llena de estrellas mi campo de visión.

—Iba a ser un caballero esta noche, pero estás haciéndome enojar.

Lento, los colores se desvanecen.

—Haz… lo que quieras. Ya estoy muerta.

El mundo se apaga.



Un aroma masculino y fuerte sensibiliza mi olfato.

Le suelto la mano a la inconsciencia, vuelvo al presente poco a poco.

Mi mirada recorre un pecho amplio y fuerte, asciende por un cuello esbelto y una pronunciada nuez de Adán hasta toparse con los ojos del demonio.

—¿Qué…?

—Bienvenida a casa, amor.

Mi cuerpo cae lánguido entre sus brazos mientras subimos las escaleras.

Trato de observar el lugar, reconocer objetos, entender dónde estamos, pero el mareo vuelve a cerrar mis párpados.

Una poderosa sensación de *déjà vu* me invade mientras avanzamos.

Yo en sus asquerosos brazos, incapaz de moverme.

Él susurrando dulces y retorcidas incoherencias mientras me depositaba en un auto.

—Martín…

—Estoy aquí, bonita.

—Déjame ir.

Besa mi frente, mi piel sufre un repulsivo escalofrío.

—Escucha bien esto, Sara —susurra y su lengua lame el lóbulo de mi oreja—. *Jamás* voy a dejarte ir. Naciste para mí. No puedo

arrancarte de mi cabeza.

Una solitaria y desabrida lágrima se desliza por mi mejilla.

El frío me abraza, llenando de estalactitas aquel lugar donde una vez hubo fuego.

Mi espalda cae con delicadeza sobre algo sedoso y mullido. La silueta de un ventilador de techo aparece junto a unas luces tenues.

—Martín…

Cajones se cierran. Quiero seguir el sonido, pero apenas puedo mover la cabeza.

—¿Qué, bonita?

—Quiero… irme. Por favor.

—Pero si recién llegamos, amor. —Su sombra se acerca, imponente sobre mi alma dormida—. No vas a dejar esta cama por un largo rato. —Desabotona su camisa—. Vamos a divertirnos, tengo muchas ideas.

El miedo se desliza por la habitación, se acuesta a mi lado.

—Estoy… usada. Pagaste una dote muy grande por mí y… ya… no te sirvo. Me acosté con él. Ya no te sirvo. No te… sirvo.

—Déjame decidir eso, bonita.

—¿Sabes que nunca voy a amarte? —Me muerdo la lengua al hablar—. No importa lo que hagas, cuánto lo… intentes, no eres él.

—Años esperando este momento. —Su voz gira junto con la habitación—. Años soportando la tortura que implicó verte crecer y desarrollar ese cuerpo, que sería mío. Años tocándome mientras imaginaba tu rostro, tu boca gimiendo mi nombre.

Quiero aferrarme a las sábanas, pero no puedo usar mis dedos.

—Jamás lo haré.

Su figura se cierne desnuda sobre mí. Me mueve como si fuera una muñeca de trapo, llevándome los brazos a los costados de la cabeza. Obligándome a sentir el latir de su corazón junto al mío.

—Déjame. —La orden muere en mi boca. El grito que no nació, también.

—¿Sientes esto, Sara?

Toma mi mano, la hace navegar entre nuestros cuerpos hasta tocar su repugnante excitación.

—Te lo suplico, Martín. Déjame ir. Llévame a casa.

—Años y años endureciéndome solo con pensarte. —Envuelve mi mano con la suya, me obliga a acariciarlo—. Gruñendo de placer tan solo con saber que algún día entraría en tu cuerpo. Una y mil veces.

Quiero mover las piernas. Quiero levantarme. Quiero soltar su asquerosa erección. Quiero correr lejos. Muy lejos. Pero los músculos no responden.

—¿Qué me diste? Quiero… moverme. No puedo moverme.

—Sabía que estarías nerviosa por nuestra primera vez. —Mis manos ascienden por su vientre, guiadas por las suyas, y besa cada uno de mis dedos—. Quise ayudarte a relajarte, amor. No necesitas moverte esta noche, solo disfrutar.

Su cuerpo húmedo repta sobre el mío. Devora mi cuello, traza formas repulsivas con su lengua.

—Martín —susurro entre sollozos débiles.

—Eso vas a decir. Una y otra vez.

Mis brazos se elevan por encima de mi cabeza, pero no soy yo quien los está moviendo.

—¿Qué estás haciendo?

Junta mis muñecas.

—Vamos a jugar un poco.

Mis párpados revolotean como alas de mariposas negras, intentan seguir la velocidad de sus movimientos.

Una corbata cruza mis muñecas.

—Por favor…

Tira. Ajusta. Duele.

—Quiero que estés receptiva, que me sientas, pero no estoy de humor para la Sara combativa hoy. Esperé demasiado…

—No me ates. —Las lágrimas marcan un camino de fuego sobre mi piel—. No puedo… moverme. Por qué… ¿Por qué me estás atando?

—El efecto pasará en algunas horas. —Mis brazos se estiran un poco más, los músculos de las axilas duelen—. Pero no te preocupes, tengo más. Aunque conservo la esperanza de no tener que usarla.

Se pone de pie, admira su obra.

—Casi perfecta.

Ya no sé dónde empiezo ni dónde termino. Soy una masa amorfa de carne que siente, pero no reacciona.

—¿Cómo estás?

Mis ojos van de derecha a izquierda intentando atrapar su voz.

Su índice aterriza en mi frente, se desliza por el puente de mi nariz de camino al sur. Cuando llega a mi pecho, mi pulso se detiene.

—Este vestido es tan angelical. Te hace lucir como una princesa, Sara. —Su dedo dibuja la circunferencia de mis pechos. Quiero moverme. Quiero gritar. ¿Por qué no puedo gritar?—. Eres hermosa. El pecado hecho mujer.

La suavidad de su voz contrasta con la desesperación con la que rasga mi vestido. Lo destroza, expone mi vulnerabilidad.

—Ahora sí —susurra, apretando mis pechos con rudeza—. Perfecta.

—Por favor. No. No me to… toques. Déjame… ir.

El elástico de la ropa interior se desliza por mis piernas.

—Voy a mostrarte lo que es un hombre de verdad, Sara.

Arranca un pedazo de tela de mi vestido y la coloca entre mis labios, anudándola detrás de mi cabeza.

—Vas a sentirme en todas partes. Voy a marcar cada milímetro de tu piel.

Mis ojos se cierran con fuerza, pero no despierto. Su mano sigue entre mis piernas.

—No llores, bonita. Te va a gustar. Vas a acostumbrarte a mí, terminarás amándome incluso más que ahora.

Besa con rabia mi vientre.

Quiero moverme.

Quiero gritar.

Necesito gritar.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos nublando mi atontada vista.

—Me excitas tanto, Sara. —Acaricia mis labios secos. Su tacto me produce más arcadas que la mordaza—. Las cosas que podrías hacerme con esa boca… Esa boca que me mordió. Me marcaste, amor, y voy a devolverte el regalo con creces.

Quiero moverme.

No puedo moverme.

Solo puedo sentirlo recorrer mi brazo con su boca, hasta que entierra los dientes en mi hombro.

El alarido de dolor se construye en mi garganta, pero la humedad de la tela en mi boca lo contiene.

—¿Te gusta eso?

Sus labios marcan un camino hacia el sur, se detienen en mi estómago y clava los dientes alrededor de mi ombligo.

El dolor bloquea mi visión.

El ardor silencia mis súplicas.

Sus labios descienden hasta mis muslos.

—¿Alguna vez te besaron de verdad, Sara? —pregunta, acomodando mis piernas muertas a su antojo—. ¿*Dante* supo hacer esto?

Su lengua invade mi feminidad.

Quiero moverme.

No puedo moverme.

Necesito gritar.

—¿Supo hacer esto? ¿Eh?

Sus dedos me lastiman mientras muerde el interior de mis muslos.

Quiero gritar.

Necesito gritar.

—No soporto un minuto más —murmura, irguiéndose como un animal sobre mí—. Voy a tenerte ahora.

Mi boca balbucea súplicas muertas.

Mis ojos se cierran con fuerza.

Siento una presión entre mis flácidas piernas, el dolor llenándome por completo.

—Esto es… un… sueño —jadea.

«Es una pesadilla. Voy a despertar. Es una pesadilla. Voy a despertar. Voy a despertar».

—Te amo tanto, Sara.

Empuja. Muerde. Muero un poco más.

—Mía.

Empuja. Muerde. Mis lágrimas perdieron sabor.

—¡Mía!

No importa cuánto duela, mis párpados no van a abrirse.

Pienso en *él*. Mi hombre serio y de manos dulces.

«Voy a besarte cada peca, cada lunar, como si el tiempo no existiera».

Empuja. Quiero gritar. Necesito gritar.

«Eres una criatura fascinante, Sirena».

Empuja. Gime. Muerde. Quiero gritar. Necesito gritar.

«Eres fácil de querer, Sirena».

Empuja.

Empuja.

Empuja.

Quiero morir.

Necesito morir.

CAPÍTULO 48

DANTE

Las agujas del reloj se clavan en mi pecho a cada minuto.

«¿A esta hora? Haciéndose mujer».

No siento el frío ni la nevisca que cae sobre mis hombros.

Estoy vacío una vez más.

«Pierden su tiempo, ya debe estar usada».

—¡Agua! Por favor, agua…

La sed de venganza endurece mi pecho.

—Agua, por favor… Por favor.

Miro las estrellas, pienso en las pecas que adornan su piel.

«Voy a traerte a casa. Aguanta, Sirena. Por favor, aguanta».

—Está quebrándose, jefe. Es ahora.

Acepto la mano que Oso me tiende, me levanto del suelo.

Las puertas de la camioneta se abren.

Un roto y agotado Rafael completa el paisaje esta noche.

—Agua…

—El agua tiene un precio, ya lo sabes. —Víctor mueve la botella frente a sus ojos.

Miro la hora en el inútil teléfono de Heredia, ese que hice añicos cuando el plan A se fue a la mismísima mierda.

—Te quedan dos minutos —le recuerdo.

—Vamos, sé un chico listo —presiona el poli bueno—. Te aseguro que te conviene tratar con nosotros y no con La Federal.

—¿Tanto escándalo por una… muchacha?

—Eso lo decidimos nosotros, amigo.

Arrebato la botella de las manos del Oso y me acerco a Rafael. Bebo un poco sin dejar de mirarlo.

—¿Te cuento un secreto? —Miro directo a ese ojo que aún no es una hendija deforme—. Fui entrenado para matar y me considero un artista. No pongas a prueba mi creatividad.

—Agua…

—Solo dilo.

Jadea como un animal rabioso.

—¿Cómo sé que van a dejarme ir?

—Solo queremos a la chica —miente el Oso.

Su ojo va de Víctor a mí.

—Villa La Angostura. —Escupe rosado—. Ahora denme agua.

Mi corazón revive, salta como un desquiciado dentro de su jaula.

—Si estás mintiendo, voy a dar rienda suelta a esa creatividad.



—¿Puedes apretar el maldito acelerador?

Oso me observa a través del espejo retrovisor.

—¿Quieres encontrarla o morir en el intento?

La rabia y el pánico me enceguecen.

Necesito llegar.

Necesito encontrarla.

Necesito abrazarla.

Necesito llevarla a casa.

Las horas no se miden en minutos, se miden en desesperación.

La camioneta aminora su marcha, se detiene a escasos kilómetros de Villa La Angostura.

Oso apaga el motor y las luces, baja y le sigo los pasos.

Rafael continúa atado y dormido en la parte de atrás de la Fiorino.

Miro alrededor, no hay nada más que ruta y árboles.

—¿Dónde está la casa? —La ansiedad me corroe los huesos—. ¿Nos mintió? Tres putas horas de viaje y…

—Baja la voz. La ira está dominándote, jefe. Estás mirando, pero no observando.

Intento aflojar los músculos, sacarla de mi cabeza solo un segundo y enfocarme.

—A las diez en punto, entre los árboles. ¿Ves la luz?

Sigo las indicaciones, diviso un brillo anaranjado a la distancia. Tenue. Casi un producto de la imaginación.

—Hijo de puta. La trajo al medio de la nada.

Comienzo a caminar, pero el brazo del Oso me detiene.

—Promete que vas a seguir el plan.

—No puedo prometer eso.

—No pierdas la cabeza, jefe. Enfócate. Solo piensa en Sara. No te distraigas. —Cachetea mi mejilla, exigiendo atención—. No puedo salvarte el culo si la usas por venganza —dice, palpando el arma en mi cintura—. Deja que yo me encargue de él. Déjamelo a mí, solo ocúpate de Sara. ¿De acuerdo?

—Solo puedo pensar en ponerle una bala entre ceja y ceja.

—Tengo planes mejores para él, confía en mí. Hoy somos un equipo, como en los viejos tiempos. ¿De acuerdo? Te sigo los pasos con la camioneta. Si tardas más de lo razonable, entro. —Golpea mi pecho y asiento—. Ve.

No pierdo un segundo. Me adentro en la oscuridad amigándome con las sombras y el silencio.

Con cada paso recupero un latido.

Estoy cerca.

Serpenteo entre los árboles, empuñando mi fría y vieja amiga.

«No pierdas la cabeza. Enfócate. Solo piensa en Sara».

La nevisca que cobra intensidad dificulta mi visión.

«Déjamelo a mí. Tengo planes mejores para él».

El crujir de las ramas suena debajo de mis botas.

Los músculos de mi pierna suplican una pausa.

«Eres tú. No existe nadie más».

Una casa blanca de dos pisos se alza sobre mí, imponente entre los árboles.

Mis pasos se detienen.

La luz anaranjada proviene de una sola ventana en la planta alta.

Mi pulso es una bomba a punto de estallar.

Me acerco agazapado y más silencioso que la muerte.

El viento susurra presagios esta noche y quiero creerle.

Pego mi espalda a la fachada, me arrastro en busca de una entrada.

La puerta principal está cerrada. No es de buen material. Podría forzar la cerradura a patadas, pero perdería la ventaja del factor sorpresa.

Estudio el perímetro, reviso cada ventana hasta que encuentro lo que necesito. La que da a la cocina no tiene rejas y es corrediza. Toco la abertura de aluminio. Escaneo los alrededores una vez más antes de guardar el arma en mi cintura y comenzar a mover con suavidad una de las hojas de la ventana.

Arriba. Abajo. Arriba. Abajo.

Apenas puedo divisar el interior. No sé si el pestillo se está moviendo, pero sé que funcionará. Siempre funciona.

Continúo con el movimiento, triturándome los dedos hasta que la hoja se desliza sobre el riel.

Bingo.

Ese hijo de puta se cree el diablo, pero todavía no me conoce.

CAPÍTULO 49

DANTE

Estudio el interior antes de meterme.

La cocina está despejada; la mesada donde aterrizo, también.

El silencio y la oscuridad son absolutos.

Me saco las botas y avanzo descalzo, empuñando el peso de la Glock entre mis manos.

Atravieso el salón repleto de muebles cubiertos.

Visualizo la escalera y subo bien pegado a la pared.

Cada escalón será una bala en la cabeza de Martín, si se atrevió a tocarle un solo pelo.

Soy sinónimo de sigilo mientras recorro el oscuro pasillo, hasta que el correr del agua me detiene.

Agudizo mis sentidos.

La lluvia artificial proviene del cuarto al final del corredor. Un baño.

«Enfócate. Solo piensa en Sara».

Continúo.

Un pie delante del otro.

Hay dos puertas. Una a mi izquierda, otra a la derecha.

No tengo una corazonada. No tengo corazón hasta que no la vuelva a ver.

Giro despacio el picaporte. Sin llave. Empujo la madera. Vacía. La habitación de la izquierda está vacía.

La vida se amplifica, late por todo mi cuerpo.

Es la derecha.

Mis dedos se aferran al otro picaporte, giro lentamente. Sin llave.

Adopto la posición de tiro frontal mientras la puerta se abre.

La imagen me desarma.

La tierra se deshace bajo mis pies.

El tiempo me esclaviza mientras me acerco a aquel cuerpo desnudo, atado y amordazado.

Mis ojos no quieren ver.

Mis manos no quieren tocar.

—No. No. No. No. No. No. No.

Sangre entre sus piernas, mordidas esparcidas por toda su piel.

Su pecho no sube ni baja.

Su rostro está pálido. Tieso. Herido.

Caigo de rodillas a un costado de la cama. No puedo respirar. No puedo entender. No puedo *pensar*.

—No. No. No. No. ¿Sara? —No me atrevo a tocarla—. Sirena, ¿me escuchas? —Sus párpados revolotean al oír mi voz y me devuelven a la vida—. ¿Sara? —Me desespero por quitarle la mordaza y deshacer el nudo de la corbata que mantiene sus brazos en alto—. Forastera, despierta.

Quejidos brotan de sus labios secos cuando las muñecas caen flácidas a los costados de su cuerpo.

Alejo el cabello húmedo y enmarañado de su rostro, saboreo la primera de mis lágrimas.

—Estoy aquí. Voy a llevarte a casa, Sirena.

Un alarido de dolor estalla en su garganta cuando intento levantarla.

—Shhh. —La desesperación se filtra por cada poro de mi piel—. Soy Dante. Tranquila, puedes confiar en mí. ¿Recuerdas?

—Da… ¿Dante?

Su voz vibra dentro de mi pecho.

—Sí, Forastera. Estoy aquí. Ya estoy aquí. Voy a llevarte a casa.

Cubro su cuerpo con las sábanas manchadas, pero no puedo moverla sin que el dolor astille su garganta y nos delate.

—Tengo que levantarte, Sirena. Muerde esto, ¿sí? —susurro, poniendo de nuevo en su boca la asquerosa tela que acabo de quitarle.

El familiar frío del metal me paraliza.

—Suéltala.

Mis brazos se congelan debajo de aquel cuerpo roto, Martín aprieta el cañón contra mi nuca.

—Hijo de puta —mascullo—. Estás muerto.

—Déjala en la cama. Ahora.

—No pienso soltarla.

Quita el seguro y la adrenalina se dispara.

Todo se reduce a una fracción de segundo.

Mis ojos escanean el lugar intentando localizar la Glock que solía estar en mis manos antes de cargar a Sara.

—¿Buscas esto? —Un segundo cañón se entierra en mi cintura—. Bonita arma, por cierto.

—Tengo que llevarla al hospital.

—Es mi esposa, yo decido adónde va. Ahora, suéltala.

La sangre burbujea en mis venas.

—¿Y así la cuidas, basura?

—Suéltala. —Entierra el cañón un poco más—. No voy a repetirlo.

Tiemblo mientras la dejo con delicadeza sobre la cama.

—¿Esto es amor para ti? ¿Para esto la buscaste? ¿Para esto querías casarte?

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando. —Me agarra de la chaqueta para alejarme de la cama. De ella. *Bien, una de las dos armas desapareció de la ecuación*—. Levanta las manos. —Si sigue presionando así, va a perforarme el cráneo sin apretar el gatillo—. No entiendes nuestra conexión. *Nadie* entiende nuestra conexión.

—¿De qué conexión estás hablando, enfermo? —Analizo mis opciones mientras alzo las manos—. Acabas de… Acabas de… —El cuerpo herido de Sara me quita el habla.

—Mostrarle lo que es un hombre de verdad —susurra a mi oído —. A ti podrá olvidarte con otro que se lo haga mejor, pero a mí… —Ríe—. Esta noche no se la olvida. La marqué para siempre.

Negro.

Su voz se pierde en un bucle negro. Y me arrastra.

«La marqué para siempre. Para siempre. Siempre».

—Date vuelta, *payo*, quiero verte la cara.

«No se olvida. Para siempre. Siempre».

Giro despacio.

El cañón se apoya en mi frente.

—Así que tú eres Dante, el de los dibujitos, ¿verdad? —Sus ojos son los de un hombre muerto, solo que aún no lo sabe—. Estaba lindo, pero no llegaste a retratar la clase de belleza que tiene mi esposa.

—Voy a matarte.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Despacio. —Intento relajar los músculos, poner la mente en blanco—. Voy a despellejarte pedazo a pedazo. Y voy a hacerlo despacio. Muy despacio. —Una sonrisa cínica ilumina sus ojos, lo disfruta—. Te arrancaré un pedazo por cada lágrima que Sara haya derramado, por cada grito o súplica que hayas ignorado. Y voy a divertirme, te lo aseguro.

—Qué gran imaginación. Parece que eres todo un artista. Si vas a hacerlo por cada grito, tendrás para rato. Yo también me divertí, te lo aseguro. Estaba tan prieta, tan dulce que…

Un movimiento rápido y certero, mis manos atrapan el cañón del arma y retuercen su brazo.

El disparo me deja sordo.

—Mala puntería, Martín.

Mi rodilla sana impacta contra sus pelotas una y otra vez, hasta que cae deshaciéndose en alaridos agonizantes.

Pierdo la cabeza.

Me subo a horcajadas de su cuerpo semidesnudo. No sé lo que hago. Solo sé que quiero hacerlo sangrar.

—¡¿Así que te divertiste?! —Mis nudillos se desarman sobre su rostro, mezclando su sangre con la mía—. ¡Voy a matarte! ¡Voy a matarte, hijo de puta, voy a matarte! —Mis puños toman impulso, destrozan su nariz. El sonido de sus huesos rompiéndose me incita a seguir—. ¡No vas a volver a tocarle un solo pelo! —Mis manos se

ensañan con su cabeza, la hacen rebotar contra el suelo—. No vas a…

Un llanto débil y agudo se filtra en el arrebato de furia.

Ladeo la cabeza, Sara se mueve en la cama.

—Mi… Mi… —Su voz está consumida por la angustia. Lleva los dedos hasta su entrepierna—. Arde. Duele.

Suelto el cuerpo vapuleado de Martín.

Me desespero por llegar a su lado.

—Sara. —Mis manos ensangrentadas borran las lágrimas de sus mejillas, ensuciando su piel.

—Duele… aquí.

Escaneo el cuerpo herido sin saber qué reparar primero.

—Voy a conseguirte ayuda, Sirena. Lo prometo. Solo tenemos que salir de…

Un golpe seco impacta contra mi cabeza.

Miles de figuras en negativo oscilan en mi campo de visión.

Piso en falso, hago todo lo posible para mantener el equilibrio.

«Enfócate en Sara. Solo en Sara. Vamos a traerla a casa».

Mis ojos se abren y se cierran aturdidos.

Algo zumba en mi cabeza.

«Tardas más de lo razonable y entro. Entro. Entro».

El llanto de la sirena magnifica mis sentidos. Me alerta.

—Terminemos con esto.

Sigo la voz, con esfuerzo enfoco a un desfigurado Martín. Pero no es eso lo que me hiela la sangre, es el cuerpo de Sara entre sus brazos.

Doy un paso al frente, pero apoya mi Glock en su sien.

—No vas a matarla, te obsesiona tenerla.

—¿Estás tan seguro?

CAPÍTULO 50

DANTE

Entierra el arma en su cabeza.

Las manos de Sara van a su intimidad desnuda, allí donde un hilo de sangre desciende por sus piernas blancas.

—Deja que se acueste —suplico, levantando mis manos—. No puede mantenerse en pie, deja que se acueste. Déjala y arreglemos esto como hombres. Tú y yo.

—No hay nada que arreglar. —Camina de espaldas, arrastrando el cuerpo lánguido de Sara hacia la puerta—. Voy a irme con mi esposa y tú te quedarás aquí, agonizando, muriendo lentamente, sabiendo que ella es mía.

La sirena se queja y mis pies avanzan sin dudarlo.

—Un paso más y te vuelo la tapa de los sesos.

—Soy un agente de la División Especial de Seguridad Halcón. ¿Entiendes eso? Si me matas, te pudres en la cárcel el resto de tus días.

La duda cruza su mirada.

—¿Piensas que voy a tragarme esa mierda?

—En tu lugar, yo me tragaría esa mierda. —Víctor apoya una semiautomática en su cabeza.

El rostro de Martín palidece.

—Tira el arma y suelta a la chica —le ordena.

—No pienso soltarla.

—No sabes cuánto me gusta apretar el gatillo con mierdas como tú. Suelta. A. La. Chica.

Sara solloza, completamente ida, mientras intenta mantenerse en pie.

—No vas a dispararme. Solo estás…

El estallido retumba entre las cuatro paredes.

El tiempo se detiene.

Martín cae hacia un costado, intenta detener la sangre que emana del agujero en su pierna.

—¡Hijo de puta! —El grito le desgarra la garganta.

—¿No te dije que me gusta apretar el gatillo?

Las bocas se mueven, pero ya no puedo escuchar lo que dicen.

Mi mente reproduce el momento exacto en que el cuerpo de Sara se desvanece.

No hay sonidos. No hay olores ni colores. No existe la vida hasta que la tengo entre mis brazos.

—Te tengo. —Aprieto su cuerpo helado contra mi pecho viendo cómo Víctor inmoviliza a Martín mientras intenta hablar por teléfono —. Te tengo, Sirena. Te tengo.

—*Hey*, jefe. —Sentado sobre la espalda de Martín, se quita la chaqueta y me la tira—. Cúbrela. Sácala de aquí.

Mis dedos torpes agarran el abrigo y cubren el cuerpo magullado de Sara.

—Mi… dibujo —susurra, luchando por mantener los ojos abiertos —. Él rompió… *Me* rompió.

—Te haré cientos de dibujos, ¿me escuchas? Iremos a casa, Sirena.

—Casa.

—Sí, a casa. Tú y yo. Juntos. —Beso su frente—. Ya te tengo, Sirena. Ya te tengo.

EPÍLOGO

DANTE

Dos semanas después

Muerto en vida. Así volví a sentirme desde aquella noche en que una destruida Sara se desvaneció en mis brazos.

La sangre deslizándose por sus piernas.

Su cuerpo inerte, ajeno a mi tacto. A mi voz.

Dos horas y quince minutos hasta la sala de emergencias más cercana.

Dos horas y quince minutos creyendo que la perdía. Que jamás podría verla disfrutar de su libertad.

¿Cuántas veces dije su nombre mientras conducía como un desquiciado por aquella desolada ruta blanca?

Creí que era el fin. Con cada silencio creí que era el fin.

La nieve.

El frío.

La noche.

La sangre.

Las mordidas en su piel.

Mi cabeza al borde del colapso.

Mi pulso marcando los segundos.

La peor pesadilla siempre es la realidad.

Cuando crucé las puertas del hospital y me la arrebataron de los brazos, supe que eso era todo. Era el fin.

El fin de la sirena de voz dulce y sonrisa fácil.

El fin de la forastera inocente y llena de sueños.

El fin de la mujer fuerte y decidida que amenazó con robarme el corazón con una mirada.

¿Cómo superaría esto? ¿De dónde sacaría la fuerza cuando la rompieron por dentro y por fuera? ¿Cómo juntaría sus piezas? ¿Quién le devolvería la sonrisa?

Las preguntas solo avivaron la llama del odio.

Las horas de espera fueron ácido subiendo por mi garganta.

Y la cínica sonrisa en el rostro de Martín estuvo ahí cada vez que cerré los ojos.

¿Qué le dio? ¿Qué le hizo? ¿Durante cuánto tiempo estuvo a merced de su tortura?

La imagen. Esa maldita imagen que me recibió al abrir la puerta estará grabada para siempre en mi retina.

No pude pensar en otra cosa. Ni siquiera cuando, horas después, los médicos me dijeron todo eso que no quería oír.

Un desgarro. Esa fue la causa de la hemorragia que tiñó sus piernas.

Quise matarlo.

Quiero matarlo. A pesar de tener a Sara durmiendo entre mis brazos, anhelo esa bala entre sus cejas. Necesito que sufra, que sangre por cada herida que le causó.

No hicimos nada más que juntar nuestros pedazos rotos. Piel con piel. Solo sentir la presencia del otro. Solo afecto y promesas dulces. Solo su cabeza descansando sobre mi pecho. Minutos, horas, días, hasta que vuelva a sonreír.

Mis ojos están fijos en el techo de mi antigua habitación, esa que llené de recuerdos durante la adolescencia y que hoy es el refugio del que la sirena no se anima a salir.

El sueño juega con mis párpados, pero las imágenes me atormentan en cuanto mis ojos se cierran.

Estuve ahí cuando la policía llegó.

Estuve ahí cuando un médico examinó su cuerpo y fotografío cada rasguño y cada una de las veintitrés mordidas.

Estuve ahí cuando extrajeron las muestras de semen que hoy hacen que Martín Heredia espere una condena por violación.

Estuve ahí cuando las pruebas de las distintas enfermedades de transmisión sexual dieron negativas.

Estuve ahí cuando sus padres se deshicieron en lágrimas y perdones.

Estuve ahí cuando me abrazaron y me dieron las gracias por salvar la vida de su hija, como si yo realmente hubiera hecho algo.

Estuve ahí cuando sus hermanos se arrodillaron delante de su cuerpo dormido y vaciaron hasta la última gota de dolor, preguntándose cómo pudieron estar tan ciegos.

Estuve ahí cuando, diez días después, la prueba de embarazo fue realizada y resultó negativa.

Estuve ahí cada día esperando ver algún vestigio de mi sirena, pero el brillo en sus ojos se había apagado.

Sara se mueve, acomoda la mejilla sobre mi pecho.

—No. No puedo… moverme —murmura entre quejidos y su cuerpo se endurece.

—Estás soñando, Sirena —susurro, intentando relajar sus músculos con caricias—. Estás soñando.

—¿Dante? —Su voz es apenas audible.

—Estoy aquí.

—¿Estoy en casa?

—Estás en casa, preciosa. Duerme.

Hundo mis dedos en su cabello, su cuerpo se relaja poco a poco. Continúo cuidando su sueño, ese que solo consigue gracias a las pastillas que la psiquiatra le recetó.

La recuperación es un camino cuesta arriba, más cuando perdiste tu voz. Pero estoy aquí para prestarle la mía si necesita gritar. Estoy aquí para hablar sin palabras y entender sus silencios.

Mi teléfono vibra. Me estiro y lo agarro antes de que Sara se despierte otra vez.

Es un mensaje.

¿Cómo está la sirenita, jefe?

Víctor. El Oso. El verdadero héroe de este cuento, a quien le debo el final feliz que sé que Sara algún día tendrá.

El hombre que movió cielo y tierra para llevarme hasta Sara.

El hombre que redujo a Martín cuando este amenazaba con terminar de destruir a la sirena.

El hombre que se quedó con él y con Rafael en una casa en medio de la nada, esperando refuerzos, mientras yo subía a una herida e inconsciente Sara a la camioneta y pisaba el acelerador en busca de ayuda.

El hombre que se encargó del papeleo y todos los asuntos legales para que yo no tuviera que despegarme de ella ni un solo minuto.

El hombre que, creyendo que nadie lo veía, limpió sus lágrimas y le pidió perdón a una pelirroja dormida por no cumplir su promesa.

¿Qué sería de mí sin él? ¿Qué sería de Sara sin él?

Ese tipo gigante y bruto, ese hermano, fue la pieza central de este engranaje y no me alcanzará la vida para agradecérselo.

Dormida. Hoy no conseguí que comiera, tampoco que dejara de llorar. Me siento inútil. Pero sé que pasará. Algún día pasará. Es fuerte. Tiene que serlo.

Mis dedos continúan trazando ese camino de caricias por su brazo, esquivando cada mordida que me eriza la piel.

Es una fiera. Déjala lamer sus heridas, jefe. Se levantará con más fuerza.

Escribo con una sola mano.

Ojalá tengas razón.

La respuesta es inmediata.

El Oso siempre tiene razón.

Asiento con la cabeza, a pesar de que no puede verme.

Apago el teléfono. Soy incapaz de recibir más mensajes u otra llamada de Jeremías, que se desarmó en disculpas. Incluso se presentó en el hospital arrepentido, queriendo ver a Sara, suplicando por su perdón.

Agradezco a los hombres de seguridad por sacármelo de las manos. De no haber sido por ellos, lo habría matado.

Mi madre no me lo hubiera perdonado jamás, aun si supiera la verdad.

Cierro los ojos, aún lo veo suplicando en el suelo. Pero sus palabras fueron vacío en mis oídos.

Supongo que algunas cosas no se pueden perdonar.

Me concentro en su respiración armoniosa, en la calidez de su cuerpo.

«Está conmigo. Está conmigo. Es fuerte. Esto pasará».

La luz que se filtra por la ventana ilumina tenuemente la habitación.

Mis ojos se clavan en el dibujo pegado en la puerta de mi habitación. Luz lo hizo para la sirena, luego de preguntar por qué llora por las noches, por qué ya no quiere jugar con ella.

Una mujer de cabello rojo fuego, un hombre alto de pelo marrón y una pequeña con trenzas amarillas. Las manos de los tres están unidas y la sirena tiene una espada de madera. Solo hay sonrisas bajo un día soleado, además de un cachorro que no existe.

Mi pequeña. Mi niña, mi mundo. Aquella Luz que mantendré siempre brillante. Aquella sonrisa que voy a alejar de personas como Martín, aunque me cueste la vida.

Observo el jarrón con flores frescas que mi madre cambia cada tres días. Mi madre. Esa mujer de acero y dulce como la miel, esa que no hace más que rezar, cocinar las comidas preferidas de Sara y cuidar de Luz mientras yo limpio las heridas de la sirena. Las muchas que aún se ven en su piel y los miles que se tatuaron en su alma.

«—Las cicatrices cuentan historias —me dijo aquella mañana después de hacer el amor—. Esta es tu batalla ganada, tu historia. Eso la vuelve hermosa y valiosa».

Ojalá recuerdes eso, Sirena. Esta será tu batalla ganada. Esta es tu historia.

SARA

Un año y medio después

El sol calienta mi piel, la brisa juega con mi pelo.

Intento no moverme mientras me pierdo en mi cielo, que está en sus ojos.

Su mano acaricia el pincel, lo hace danzar sobre el lienzo blanco.

Me dejo llevar por la delicadeza de sus movimientos, la postura relajada de sus hombros, la expresión pacífica de su rostro y esa sonrisa que me regala cada vez que me descubre observándolo.

—Deja de mirarme así, Sirena.

—¿Así cómo?

—Así.

—¿Como si fueras lo más hermoso que vieron mis ojos?

—Me desconcentras.

—Acepte mis disculpas, Abellán.

—No te muevas, solo un detalle más.

Una sonrisa baila en mi boca. Intento quedarme quieta, pero la risa de Luz hace vibrar mi pecho.

Sus trenzas se entregan al viento mientras corre persiguiendo a Garfield, su perro. Sí, un perro.

Intenta enseñarle a traer una rama, pero el cachorro y su espíritu libre se niegan a cumplir las órdenes de su pequeña dueña.

—¡No, Garfield! —Lo reprende en un adorable tono mandón—. ¡Papi, Garfield se metió a la piscina otra vez!

La risa de Dante hace que mis párpados se cierren. Solo un segundo. Solo para sentirla en todo el cuerpo.

—Tiene calor, dale un respiro.

—¿Puedo meterme con él? ¿Puedo? ¿Puedo?

—Ve, pero no te acerques a la parte profunda. ¿Entendido?

Luz asiente, pura sonrisa, y corre con su mallita rosa derecho al agua.

Trato de no sonreír, de seguir las indicaciones y mantener mi rostro relajado. Natural.

Me concentro en mi respiración. Siento la paz filtrándose por cada poro de mi piel, alejando los recuerdos que aún luchan por aferrarse a alguna célula.

—Listo, Sirena.

Su voz me activa, corro a su lado.

Reprimo las ganas de acariciar con la punta de mis dedos cada trazo húmedo que compone mi rostro.

Mis ojos maravillados se pierden en la furia de mi pelo, las pecas están repartidas por mi piel, hay brillo en mi mirada y humedad en mis labios llenos.

—Creo que es uno de mis mejores trabajos —dice, limpiándose las manos.

Dejo que los detalles me absorban.

—¿Así me ves?

—Así te veo, Sirena. Ahora, ¿puedo tener esa boca? —Toma mi rostro, me acerca a sus labios—. Llevo mirándola más de dos horas, nunca una tortura fue tan dulce.

Asiento y devora mi sonrisa. Mientras besa mis miedos me permito recordar.

Recordar que aún quedan heridas por sanar.

Recordar que no hay ciencia que pueda coser un alma en pedazos. Solo lágrimas. Solo tiempo. Solo silencio. Solo amor. Solo yo y mis ganas de encontrar mi voz. De escribir mi final feliz. Porque eso hacemos, perseguir una felicidad tan efímera como necesaria, aferrándonos a cada abrazo que recibimos por el camino.

Hoy, mientras besa cada uno de mis miedos, me permito recapitular los últimos meses de mi vida.

Me felicito por cada paso que di, incluso cuando el suelo ardía.

Me felicito por cada vez que limpié mi alma a gritos, creyendo morir.

Me felicito por cada vez que le solté la mano a la oscuridad, sabiendo que la idea de perderme en ella me seducía.

Me felicito por cada vez que hablé, cuando solo quería callar.

Me felicito por ese impulso que me llevó a salir de mi refugio.

Me felicito por ese impulso que me llevó a pedir trabajo en aquel restaurante.

Me felicito por ese impulso que me llevó a pisar la escuela en busca de mis sueños.

Me felicito por *vivir*, cuando morir era más fácil.

—¿Esto es real? —susurro contra su boca. Esa que vuelve a apoderarse de mis labios con más ganas de sentir.

—¿Eso responde tu pregunta?

Sonrío. Cada día es un poco más fácil.

—¡*Hey*! ¡Ustedes dos! Horario de protección al menor. —Víctor se acerca con las primeras hamburguesas.

—Por un momento olvidé que estabas aquí —confieso, ocultándome en el pecho de Dante.

—Ya lo creo, Roja. —Apoya la bandeja sobre la mesa—. ¿Despertamos a Ada?

—Ada ya está despierta. —La madre de Dante atraviesa el jardín con un bonito vestido floreado—. Ese olor es más efectivo que cualquier despertador.

—¿Pudiste descansar, mamá? —Su voz siempre se suaviza cuando habla con la mujer que me recibió como si fuera su hija.

—Cuando el maldito insomnio decidió dejarme en paz, sí. Necesitaré pastillas para dormir. Dios… ¿Ya estoy así de vieja?

—Todavía no estás viejita, abuela. —Luz se acerca a la mesa envuelta en una toalla—. Tienes que tener el pelo blanquito como el algodón.

Las risas se unifican, formando un solo sonido armónico. La magia del idioma universal.

Miro aquel asiento vacío, ese plato a la espera de una persona cuyo remordimiento le impide aparecer.

Jeremías.

Jeremías y los irreparables errores que carga día a día sobre su espalda.

¿Arruinó mi vida? Sí, eso sentí.

¿Puedo culparlo por todo? No.

¿Puedo volver a mirarlo a los ojos sin sentir odio? Aún no lo sé.

Pero lo que sí sé es que no quiero ser la causa de que dos personas que comparten sangre se odien a muerte.

No quiero ser la causa por la que Luz pierda a su *tío.*

Si Dante quiere odiarlo por la traición que aún arde en su pecho, adelante, está en todo su derecho. Pero no por mí.

¿Hago bien? ¿Hago mal? No lo sé. El tiempo lo dirá. Aún tengo mucho que aprender.

La mesa cobra vida, el almuerzo transcurre con entusiasmo bajo el sol.

Hoy no quiero nada más. Aunque tal vez una parte de mí, no tan pequeña, desearía sumar unos cuantos platos para aquellos rostros que sigo amando a pesar de todo.

Clarita. Nicolás. Julián. Franco. Mamá. Papá.

Me han preguntado cómo es que pienso perdonar a mis padres y he respondido que aún no lo sé. Solo sé que no quiero vivir llena de odio. Solo sé que quiero dejarlo ir. *Necesito* dejarlo ir. Necesito más espacio para todo el amor que Dante y su familia me dan, un corazón ya no me alcanza. Quiero más espacio para esa Sara con la que sueño despierta, esa que tiene una vida por conquistar.

—Roja, ¿me ayudas a traer el postre?

—Claro. —Me levanto.

—Ojo con mi sirena, Oso.

—Cuido su bonita espalda, ¿recuerdas? —Víctor pone su pesado brazo sobre mis hombros.

—Te gusta ponerlo celoso, ¿verdad?

—Me encanta. Es tan fácil.

Sonrío. Entramos a la cocina. Nuestra cocina. Nuestra casa. Aún me cuesta creer que vivo aquí, que despierto cada día al lado del hombre que elegí para acompañarme. Para crecer. Para volar. Que *elegí*.

—Sabes que no necesito ayuda para llevar el postre, ¿no? —dice, buscando el helado.

—Dudo que alguien con esos brazos necesite mi ayuda.

Lo apoya en la mesa, ata su cabello largo en un moño despeinado y cruza los brazos sobre su ancho pecho.

—Quiero pedirte disculpas. —Su voz grave borra mi sonrisa—. Lo necesito. Sé que ya pasó mucho tiempo, pero no puedo sacarlo de aquí. —Su índice da golpecitos en su sien—. Te fallé, Roja. Aquella tarde en el cobertizo, buscando leña, te prometí que no ibas a volver a ponerte un maldito vestido de novia si no querías. Te di mi palabra y te fallé. Y yo no fallo.

Últimamente hago todo lo que siento. Y ahora mismo siento ganas de abrazar a este hombre bruto y sensible que lo dio todo por mí sin conocerme.

No me detengo a pensar, solo actúo. Me pongo en puntitas de pie y me estiro, intento rodear su cuerpo. Mis brazos apenas abarcan un cuarto de su espalda, pero los suyos se envuelven a mi alrededor, haciéndome desaparecer.

—Solo tengo una cosa para decirte, Oso. Eres una de las pocas personas en mi vida que no me ha fallado. Si hoy soy libre, también es gracias a ti.

—Basta. Me vas a hacer llorar, fosforito.

—Te debo mi vida entera —le recuerdo—. Y hoy te doy mi palabra, tienes mi amistad para siempre.

—No me debes nada, pero me gustaría esa amistad.

—¿Debería preocuparme por esta escena? —La voz de Dante hace que ocultemos las lágrimas—. ¿Por qué están llorando? Hoy es un día feliz.

—Culpo a tu sirena por todo, no deja de recordarme el final de *Yo antes de ti*. Es una tortura.

—Creo que me robaré a la cumpleañera mientras sigues lloriqueando —dice, entrelazando sus dedos con los míos—. ¿Das un paseo conmigo?

Asiento, secando la humedad de mis mejillas.

—Guárdame helado, grandulón —le digo antes de salir.

La brisa salada juega con mi vestido, mis pies se entierran en la arena con cada paso.

Su mano en mi mano. El sol. El mar. La paz.

Esa casita a metros de la playa nos da todo lo que el sur no pudo darnos.

No lo odio, jamás podré hacerlo. Entre el fuego, la nieve y las montañas, conocí la libertad, pero en la isla ya no había nada para nosotros.

Sé que Dante extraña tener a su madre cerca y a Raquel, esa mujer que rompió en llanto cuando conoció mi verdad. Pero también sé que necesitaba respirar tanto como yo.

Bahía Varese fue el bálsamo en la herida. Una oportunidad. Un nuevo comienzo.

—¿Estás bien? —pregunta, acercándome a su cuerpo.

—Estoy pasando uno de los mejores días de mi vida.

Sus dedos aprietan mi cintura mientras su boca me busca hambrienta. Siempre hambrienta.

—¿Sigues queriendo estar con este viejo?

—Creí que habíamos superado el tema de la edad. —Muerdo su labio inferior—. Sí, sigo queriendo estar con este viejito.

Sonríe, atrapa mi boca.

—Cierra los ojos.

—¿Eh?

—Ciérralos, Sirena.

Mis párpados se cierran, sonrío como si jamás hubiera conocido el dolor.

El viento hace lo que quiere con mi cabello; esa piel, con mis sentidos.

Su tacto se desliza desde mi hombro hasta la punta de mis dedos.

Mi respiración se acelera.

Deja un beso en mi muñeca izquierda y coloca algo frío.

—Feliz cumpleaños, Sirena.

Miro mi mano entre las suyas.

—Sara, la joven que le teme a los ciervos, ama las pastas, el chocolate y el color amarillo, ¿aceptas caminar conmigo hasta la

eternidad? O hasta que tengas ganas de oírme roncar.

Mi mirada se llena de lágrimas que no entiendo.

—¿Esto es…?

—Una promesa —dice, acariciando la delicada pulsera de oro que ahora adorna mi muñeca—. Solamente una promesa. Nada más. Aquí, con los pies llenos de arena y el mar de testigo, prometo que solo quiero caminar a tu lado. ¿Adónde? Adonde quieras, adonde necesites estar. ¿Me lo permites, Sirena?

La vida me da la oportunidad de detener el tiempo a mi antojo, de guardar este instante en lo más profundo de mi ser. Allí donde nadie puede llegar. Nadie más que yo.

Mis dedos se aferran a su nuca.

Nuestras bocas crean nuevas formas de besar. De *hablar*.

Me pierdo en sus ojos. Los ojos de ese alguien que leyó mis labios cuando mi voz fue silenciada. Ese alguien que se enamoró de mis tonalidades más oscuras, sabiendo que algún día amaría mis sonrisas. Ese alguien que escuchó mi historia y quiso formar parte de ella.

—¿Caminarías conmigo, Sirena?

—Contigo caminaría el mundo al revés con los pies descalzos.

CONTENIDO EXTRA

Su mirada no me juzga, pero quema. Quema lo que espera de mí. Lo que todos esperan de mí: encontrar la luz, salir de esta oscuridad donde empiezo a sentirme cómoda. ¿Pero cómo? ¿Cómo puedo ver esa luz de la que hablan si estoy ciega? ¿Cómo puedo soltarle la mano a esta oscuridad si es un refugio? Ella me entiende. Está en sintonía con mis pensamientos y sentimientos. No me exige una sonrisa. No espera nada de mí.

—¿Sara?

Marga me observa. No me incomoda su mirada profesional, pero me avergüenza que me vea así. Anoche me corté el cabello. Todo el cabello. Y no, no me encontré en el reflejo. No era yo quien me miraba con lástima. No soy yo. No soy.

—Tu libreta está vacía.

Es la tercera sesión que la traigo vacía. No tengo nada que escribir. Nada que decir.

—Ni siquiera sé lo que siento. ¿Cómo se supone que voy a escribirlo?

—Este —toca la libreta que Dante compró para mí— es tu lugar seguro. Puedes llenarlo con lo que quieras. No tienen que ser palabras. No tiene que ser un discurso coherente. Es un deshago, Sara. Es tuyo. —Me lo devuelve—. No tienes que empezar hoy, hazlo cuando te sientas preparada para escuchar tu voz.

LA LIBRETA DE SARA

Marga dice que tenemos que hacer esto, anotar todo lo que cruce nuestra mente. Incluso aquello que nos avergüenza.

Hoy entendí que hay tres de nosotras. La Sara que aún está atrapada en esa habitación donde murió, la Sara que se convirtió en la mujer de sus sueños y yo. Yo voy a ser el puente entre ustedes dos.

Necesito hacerlo, hablar, pero no puedo usar mi voz. No sé dónde está. No la escucho. No la siento. ¿La perdí para siempre? ¿Me perdí para siempre?

No tengo fuerzas para luchar contra el monstruo que se robó mi voz, por eso escribo. Para lamer mis heridas. Para entender y ¿perdonar? Para volver a ser fuerte. Para enfrentarme al monstruo y recuperar lo que es mío.

Hoy desperté, pero la pesadilla seguía latiendo. Fue real. Es real. Es más real que nunca. Me vi sangrando. Me vi rota. Estoy rota.

¿Por qué? ¿Por qué mi sangre me lastimó así? ¿Por qué mi voz no importó? ¿Por qué yo no importé? ¿Por qué me escuchan cuando ya no tengo nada que decir? Cuando me cansé de gritar.

Lo que callo me devora por dentro, eso dijo la psicóloga. Pero no puedo hablar cuando en mi cabeza está su voz. En mi piel están sus

manos. Y me repugna. Él me repugna. Él me devora.

Estaba llena de sueños, sueños de libertad. Sueños de amor verdadero. Sueños de conocimiento y experiencias. Sueños de crecimiento. Sueños. Estaba llena. Estaba.

Estamos sangrando. Estamos sangrando desde aquella noche y no sé cuánto más podremos soportar. ¿Cuánto dolor soportan los huesos antes de romperse? ¿Cuánto dolor soporta el corazón antes de detenerse? ¿Cuánto dolor soporta la mente antes de quebrarse?

Luché con la fuerza de una bestia para conseguir la libertad que hoy me encadena.

¿Qué haremos con esta hoja en blanco? ¿Cómo reanimaremos este corazón muerto? ¿Cómo sanaremos estos huesos rotos? ¿Cuándo volveremos a sentir nuestra esta piel? ¿Con qué llenaremos este vacío? ¿Cómo vamos a callar el eco de su voz? ¿Cómo vamos a recuperar la nuestra?

Hoy no podemos. Hoy nos venció el pasado.

Vamos a intentarlo de nuevo mañana.

Vamos a intentarlo de nuevo siempre.

Duelo. Estoy haciendo un duelo. Es la pérdida más grande de mi vida, me estoy despidiendo de mí. De lo que fui. De lo que no puedo ser ni podré. Me estoy despidiendo del cuerpo que fue amado y también del que fue violentado. Me estoy despidiendo de lo malo sin

poder evitar que arrastre lo bueno. Porque así es la muerte, un agujero negro que se traga todo.

Trata. Ese hombre que me adora trata de ser mis piernas, trata de ser el corazón moribundo dentro de mi pecho. Trata de ser mi voz. Mi fuerza. Trata. Lo intenta cada día, a cada hora. Y no sé cómo decirle que no deje de intentarlo. No puedo pararme con el alma rota.

Arde. Arde la traición. Arden las disculpas que no puedo aceptar. Arden las lágrimas que no me conmueven. Arde no sentir nada más que odio. Arde el vacío. Arde la soledad. Arde sentirse muerto en el mundo de los vivos. Arde el silencio. Arden los gritos que nadie puede escuchar.

Me arde la sangre cuando la veo sufrir por mí. Mamá, ¿por qué no me escuchaste? Mamá, ¿por qué no creíste en mí?

Arde. Arde la libertad que me vio morir.

No puedo mirarme al espejo, no me encuentro. La que me devuelve la mirada me destroza con sus dientes afilados. Me muestra las heridas que no quiero sentir ver. No quiero ser esa mujer rota que me mira.

No puedo mirarme al espejo. No queda nada de mí en ese reflejo.

Hoy no lloré. No quise, no pude. No supe cómo. A veces no sé desahogarme. A veces dejo que los sentimientos me duerman.

Hoy no lloré y no sé si es un triunfo o una derrota.

Querida Sara:

Desde pequeñas supimos que el mundo no era un cuento de hadas. Había vestidos preciosos, sí, pero los jardines mágicos tenían rejas. Existía un límite que no podíamos cruzar. Había un lobo. Un monstruo que nos miraba de cerca mientras se afilaba los dientes. Crecimos bajo su mirada perversa y fuimos devoradas por su oscuridad. Y hoy estamos aquí, perdidas en un silencio doloroso, suspendidas en un limbo donde jamás sale el sol. Hoy estamos aquí, preguntándonos si esta es la libertad con la que tanto soñamos.

Quizá no debimos cruzar el límite. Tal vez ese jardín mágico era nuestro lugar.

No. Ese jardín no era mágico. No conocimos la magia hasta que fuimos libres. Porque lo fuimos. Fuimos libres y volveremos a serlo.

“VIVA”

Muchos años después…

Llegué a esta isla sin saber quién era, sin poder respirar.

Llegué a esta isla buscando una libertad con sabor a muerte.

Llegué a esta isla gritando en silencio, tan llena de dolor que me sentía vacía. Vacía de mí. De sueños. De futuro.

Hoy vuelvo y la brisa es una caricia, es la memoria que no quiero perder. Son los brazos que me mantuvieron a flote, las voces que me ayudaron a encontrar el camino.

Hoy vuelvo siendo otra. Siendo libre. En paz con todas mis versiones, sin sentir lástima por ellas.

Hoy vuelvo sintiendo adoración por cada pedazo de mí que buscó su lugar y aprendió a coserse. A sanar. A transformar el odio en amor. En fuerza. En oportunidades.

Hoy vuelvo a esta isla que no es la misma. Nada es inmutable, el mundo cambia con nosotros. Por nosotros.

Cierro los ojos, doy esa bocanada profunda que durante tantos años fue una fantasía. El agua moja mis pies, ya no me seduce como aquella noche fría. No hay nada que desee dormir, todo lo que quiero es sentir. Sentir el cambio. Sentirme viva.

Madera. Hierbas. Agua. Fuego. Hogar. Los aromas me abruman. Han pasado diez años desde la última vez que miré estas montañas, pero pensé en ellas cada día. Hay lugares que nos marcan.

—El agua está helada, Forastera.

Esa voz. Esa voz que se ha vuelto más profunda con los años. Esa voz que supo encontrarme cada vez que me perdí en el dolor. Esa voz que fue refugio y libertad.

Sonrío y avanzo hasta que el agua lame mis rodillas. Lo salpico. Juego con el verano del sur y con él, mi salvoconducto en esta guerra contra mis demonios.

—Mira que ya no tengo treinta años, ten piedad con este viejo.

—No te veías muy viejo esta mañana. ¿O no eras tú?

Una mirada cómplice. Un recuerdo dulce. Una sonrisa sensual.

—¿Te estás burlando de mí, Sirena?

—Claro que no. Jamás me burlaría de un anciano.

Camina hacia mí con una seguridad nueva. Hizo las paces con el pasado. Con ese dolor en su pierna que le recordará por siempre lo que perdió. Lo que ganó.

—Mira lo que puede hacer este anciano.

Me toma por la cintura y nos sumerge en el agua cristalina. Lo abrazo. No quiero pensar en la despedida.

Peino su cabello mojado hacia atrás, la caricia le endulza las facciones.

—Voy a extrañarte.

—Yo también, Sirena. Pero serán solo dos semanas y hemos sobrevivido a distancias más largas.

—Lo sé. ¿Hablaremos todos los días?

—Todos los días, todas las veces que quieras. Tienes que entretener a este viejo con tu vida apasionante.

Beso su mejilla y descanso en ella mientras proceso lo que pienso. Lo que siento.

—Tengo miedo.

—¿Cuántas cosas hiciste con miedo?

—Muchas.

—¿De alguna te arrepentiste?

—No.

—¿Lo ves? Es la decisión correcta.

—Llevo años planeando esto. ¿Y si algo sale mal? ¿Y si solo era una buena idea, pero en la práctica…?

—¿Y si dejas de pensar y vives el momento que tanto esperaste?

—¿Desde cuándo eres tan relajado?

—Desde que me despierto contigo cada día de mi vida.

—Espero que conserves toda esa calma esta noche.

—¿Esta noche?

—Luz traerá a su novio a cenar. Y serás el suegro más amable del mundo. Se lo prometiste, ¿recuerdas?

—¿Suegro? No es su esposo. Es solo una etapa.

—Una etapa que lleva dos años.

Hace rodar los ojos. Es un anciano muy infantil.

—No, no, sin caras. Relajado, eso.

—Creí que nunca llegaría este momento.

—El tiempo vuela, viejito. Mírate, ¿de dónde salieron esas canas?

Aleja el cabello húmedo de mi rostro, me mira como siempre deseé que me miraran. Con respeto. Con admiración. Con amor.

—Estoy orgulloso de ti, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Lo harás increíble. Lo vi. Con el tiempo me volví adivino.

Sonrío.

—¿Si?

—Sí. No voy a contarte los detalles para no arruinarte la experiencia, pero será un éxito, Sirena. ¿Confías en mí?

Me aferro a sus brazos, el agua y la isla nos envuelven.

—Confío en ti. Siempre.



No es la primera vez que viajo sola. Aun así, no me acostumbro. El avión me genera una ansiedad que no consigo domar, por eso abro el maletín y saco la carpeta. Me pongo a revisar el proyecto que llevo años puliendo, a repasar el discurso que sé de memoria. Me repito que puedo hacer esto. Que estoy preparada. Puedo convencer a esa gente. Puedo conseguir a los inversores que necesito para que esta idea sea una realidad.

Cuando aterrizo en Mendoza, hay una mujer que sostiene un cartel con mi nombre. Me lleva en un auto elegante hasta las

oficinas donde me espera media docena de personas que ansían escucharme. Personas que confían en mí. En mi capacidad. En mi voz.

La recepción es imponente; también los nervios.

—Soy Sara Heredia, asistente social. Tengo una reunión con la señorita Navarro.

—Pase por aquí, señorita Heredia. La estábamos esperando. ¿Cómo estuvo su vuelo?

—Muy bien, gracias.

La puerta de una gran sala de conferencias se abre. El cuero de mi maletín me ancla a la realidad.

«No voy a contarte los detalles para no arruinarte la experiencia, pero será un éxito, Sirena».

—Bienvenida, Heredia. Toma asiento donde te sientas cómoda. —Navarro enciende una pantalla, allí está mi proyecto. Mi sueño—. ¿Estamos listas para comenzar?

Miro alrededor. Tiemblo, pero no de miedo. Es entusiasmo. Es emoción. Seis mujeres poderosas. Seis víctimas que decidieron hacer algo con su dolor. Seis personas que quieren ayudarme a materializar mi idea. A crear esta organización. A crear *Vida*. Un refugio que rompa cadenas. Una luz que abra los ojos. Una sola voz. Un grito de libertad para todos los que fuimos silenciados.

NOTA DE LA AUTORA

Cuando terminé esta historia estaba desbordada de emociones. Hoy, que la releo tantos años después, también. Me emociona la valentía en cada página. Me emocionan Dante y Sirena, que se animaron a usar sus voces, a luchar por sus ideales, por sus sueños, por sus cuerpos, por el amor que merecen. Por una segunda oportunidad. Por su derecho a elegir. Por eso quiero agradecerles a ellos.

Gracias, Sirena, por recordarme que mi voz merece ser escuchada siempre y que el destino está en mis manos, no en las ajenas.

Gracias, Dante, por recordarme que existen las segundas oportunidades y que las heridas no nos definen. No nos limitan.

Pasando a las personas que alegran mi día a día:

Gracias, abuela, por ser mi cómplice y admiradora número uno. Gracias por hacerme saber lo orgullosa que estás de mí, por incitarme a soñar cada vez más alto. El límite no existe cuando soñamos juntas.

Gracias a Marian, mi esposo, por ser mi lugar seguro, un refugio donde aprendo del amor y la amistad.

A mi familia, mis amigas, mis colegas, gracias por vivir cada historia como un triunfo.

A mis editores, Álvaro y Majo, gracias por confiar en mi voz.

Gracias a vos. Gracias por caminar conmigo cada página, por estar de nuevo en cada historia sin importar cuánto te haga sufrir. Gracias por encontrar belleza en el dolor. Gracias por leer con la mente abierta.

Por último, me gustaría resaltar que la historia de Sara no pretende ofender a ninguna comunidad. Está basada en vivencias reales de una familia ortodoxa. Más allá de las culturas o religiones, Sara es la voz de todo aquel que alguna vez creyó que no tenía las riendas de su propia vida.

Que tu voz suene siempre fuerte y clara. Habrá alguien que quiera escuchar tu historia y formar parte de ella.

Mar

Grupo Planeta

¡Seguinos!

